Mercedes Marín del Solar (1804-1866) Obras reunidas

Compilación, estudio preliminar y notas críticas

Joyce Contreras Villalobos

dibam DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

EL PATRIMONIO DE CHILE

CENTRO DE INVESTIGACIONES DIEGO BARROS ARANA

MERCEDES MARÍN DEL SOLAR (1804-1866). OBRAS REUNIDAS

ÍNDICE

Prólogo (gestionando)
Estudio Preliminar
Criterios de la edición

I. Poesía

Poemas patrióticos

A Don Juan Egaña
Canto fúnebre a la muerte de don Diego Portales
Elegía
Marcha a la salida de la Expedición libertadora del Perú
Brindis en un convite patriótico
Himno patriótico a la Batalla de Yungay
Bolívar
A Washington
Canto a la Patria
A José Romero, en el día de sus exequias
Mi Patria (en febrero de 1859)
A Manuel Rodríguez, en la inauguración de su monumento
Al eminente patriota don Mariano Egaña
Al general argentino don Juan Lavalle
A la Unión Americana
Al 18 de septiembre de 1865
A S. E. el señor don José J. Pérez, presidente de la República de Chile, Oda.

Poemas religiosos/ piadoso/ caritativos

La existencia de Dios
A una rosa
Al pie de la Cruz, Plegaria
La Anunciación
Al Iltmo. señor don Rafael V. Valdivieso, Arzobispo de Santiago, a la vuelta de Roma
Al mismo
A la sepultura del Iltmo. señor don Manuel Vicuña, primer Arzobispo de la iglesia chilena

Al Iltmo. señor don I. Cienfuegos
A la Purísima Concepción
Canto a la Caridad
Himno de la “Casa de María”
La Caridad
Himno
Al indulto de cuatro reos de conspiración
El mejor recuerdo
A un ciego
Marcha que cantan los religiosos mercenarios de Chile
A San Luis Gonzaga
La muerte del justo
Dulce es morir
Escepticismo y fe

Poemas de asunto familiar y maternal

Ternura maternal
A mi hija Luisa, en sus días
A mi hija Elena, en su partida
¡Adiós!
A mi hija Carolina
A mi hija Matilde
Al retrato de mi marido
Falso presentimiento
A un niño
A un niño que murió en el instante de nacer
A un niño, regalándole un buen libro

Poemas de amistad y elegías íntimas

A una amiga
A una amiga, en la ausencia de su esposo.
A la misma
Tus ojos
A E., en el día de su compromiso matrimonial
A Celina
En el álbum de una hermosa boliviana
En un álbum

A dos amables niñas
A E. Eléspura
A Laura
A C. Caamaño
A R.
A una joven religiosa, enviándole un regalo
A un amigo
A don Manuel Urrejola
Al doctor don L. Sassie
A mi hermana, en la sensible muerte de su esposo
En la muerte de mi yerno don W. Vial
Al señor don V. Blanco Encalada
Al señor don Andrés Bello, en la muerte de su hijo Don Juan
A la muerte del ilustre sabio don Andrés Bello
Tributo de dolor a la memoria del doctor don L. Sassie
A M. La Chenaye
A don J. M. Arlegui, en la muerte de su esposa
A la memoria de la señora doña M. C. de O
A la señora doña M. H. de Toledo, en la muerte de su hija
A la memoria de la señora doña A. S. de Aldunate
Epitafio

Poemas ilustrados

En el álbum de mi amiga I. Z. de Hunneus
A la poetisa cubana doña J. G. de Avellaneda
Impresiones de la ópera
A la distinguida cantatriz doña Teresa Rossi
A una madre
A A. Caamaño, poetisa guayaquileña
A Ferretti
Al célebre pianista don L. M. Gotschalk
Al periodista Mr. Hipólito Belmont
Al señor don Ignacio Gómez

Poemas misceláneos

Al mar
A Valparaíso

El arroyuelo
A la hermosura
Pensamiento
Los jugadores
La Novia y la Carta
Al sueño
El desengaño

PROSA

Plan de estudios para una niña

Biografías históricas

- Biografía de don José Gaspar Marín
- Biografía de don Manuel Vicuña, primer Arzobispo de Santiago

Cartas, artículos y otros documentos

Cartas

- Carta de Mercedes Marín a Juan Mauricio Rugendas, en Coquimbo
- Carta de Mercedes Marín a Juan Mauricio Rugendas, en Talca
- Carta de Mercedes Marín a Juan María Gutiérrez
- Carta de Mercedes Marín a Juan María Gutiérrez
- Carta de Mercedes Marín a José Ignacio Víctor Eyzaguirre, en Roma
- Carta de Mercedes Marín a su hija Carolina, en Chimbarongo
- Carta de Mercedes Marín a su hija Carolina, en Chimbarongo
- Carta de Mercedes Marín a un amigo ausente

Artículos y otros documentos

- Contestación al crítico francés Max Radriguet
- Justificación del "Canto fúnebre a la muerte de Diego Portales"
- Contestación a propósito de las críticas sobre la biografía de Gaspar Marín
- Contestación a José Antonio Torres
- Discurso pronunciado en la entrega de premios a alumnas de un colegio (fragmentos)

POESÍA

POEMAS PATRIÓTCOS

A DON JUAN EGAÑA[1]

Yace la Patria en lacrimoso duelo
Por la muerte de un hijo esclarecido,
Justo atributo al mérito debido
Ofreciendo en su amargo desconsuelo.

Gimen las Musas bajo negro velo;
Y en dolorosa angustia sumergido
En genio del saber, mudo, abatido,
Ya no despliega su brillante vuelo.

Sube en tanto el espíritu rabioso
A la mansión donde la verdad impera,
Y donde habita el inefable gozo.

Olvidando la vida pasajera
Que discurrió, cual astro majestuoso,
Senda de luz dejando su carrera.

[1] Juan Egaña (1768-1836) fue uno de los máximos representantes del movimiento ilustrado chileno. Hombre de leyes, intelectual y político, fue un activo colaborador del proceso independentista. Entre sus principales obras se cuenta la fundación del Instituto Nacional (1813) y de la Biblioteca Nacional, el mismo año.
Amunátegui sostiene que esta fue una de las "primeras composiciones dadas por [Marín] a la estampa", la cual por cierto dejó publicada sin firma. Este poema habría aparecido en las páginas de *El Mercurio*, sin embargo, Amunátegui no entrega más información al respecto. Solo se limita a señalar que la datación de este poema correspondería al mes de mayo de 1836 y que habría sido publicado al final del poema *Elogio del senador Juan Egaña*. Este poema constituye uno de los pocos que no están incluidos en la compilación realizada por Enrique del Solar. [N. de la C.]

PORTALES HOMENAJE DE GRATITUD A LA MEMORIA DEL BENEMÉRITO MINISTRO D. DIEGO PORTALES [2]

Helas! Si sa grande ämeeút connu la vengeance
Il vivrait, et sa vie eút rempli nos souhaíts-
Sur tons ses mentriers il versa ses bientfaits.[3]
Voltaire

Despierta, musa mía,
Del profundo letargo en que abismada
Yaces por el dolor. Musa de duelo,
Modera tu quebranto,
Inspiración benigna pide al cielo,
Y, desde esta mansión de luto y llanto,
Anuncia con acento lamentable
Una desgracia inmensa, irreparable,
Un crimen sin segundo,
Ingratitud nefanda
Que escándalo y horror será del mundo.
Mas ¿cuál sonido penetrante escucho

[2] La primera publicación de este poema fue el 28 de julio de 1837 en las páginas del periódico *El Araucano* (n°361), dirigido por Andrés Bello. Firmado con el seudónimo de "Una señora chilena", el poema alcanzará una entusiasta y hasta entonces, inusitada, recepción entre el público lector de la época, hecho que provocó que posteriormente este canto se reimprimiera en formato de folleto (de diez hojas) por la Imprenta de la Opinión, conservando el mismo título que el original. Según relata Amunátegui, el 4 de agosto de 1837 este texto volverá a imprimirse esta vez en las páginas de *El Mercurio* (n° 2596) precedido de una celebratoria crítica que explicaba el éxito del texto: "Reimprimimos a continuación el Canto Fúnebre al señor Portales, publicado en estos últimos días en Santiago, en la imprenta de la *Opinión*, porque no puede menos de sernos sumamente grato ilustrar la colección de nuestro diario con uno de los más bellos rasgos de la literatura chilena. Esta composición apareció anónima; pero como ni su objeto ni su mérito son compatibles con la indiferencia de los lectores, la curiosidad pública rasgó muy pronto el velo que había tejido la modestia, y se descubrió con no poca sorpresa que el autor era la señora doña Mercedes Marín del Solar. Con no poca sorpresa, decimos, porque a pesar de la justa reputación que gozan en Santiago los talentos de esta señora, no se creía deber al bello sexo un homenaje tan digno del hombre ilustre cuya pérdida se lamenta.

Lo más notable a nuestro entender en esta obra es el colorido constantemente poético con que la ha hermoseado el pincel de la señora del Solar. Esta es una de las dotes que se encuentran muy rara vez en los primeros ensayos de un poeta, porque penetrar los secretos de estilo, ser sencillo sin degenerar en prosaico, conservar la elevación sin tocar en una afectación tediosa, y sobre todo dar color a una composición elegíaca sin abandonarse a la hipérbole del sentimentalismo que afea la mayor parte de los elogios, está reservado solo a ingenios dotados de una verdadera inspiración y enriquecidos con el estudio de los clásicos.

Además del mérito del estilo, tiene este canto bellezas que no pueden menos que llamar la atención de los inteligentes, y cuya enumeración exigiría más espacio que el que nos dan nuestras columnas. Sin embargo, no es posible dejar de fijarnos en dos cuadros, que honrarían a cualquier poeta: el de la hipocresía del asesino descrita en el trozo que comienza *Si, desencadenada*; y el retrato de la víctima que da principio por este verso: "¿Dónde está el soplo divino que animaba, etc.". Estos dos rasgos escritos con tanta felicidad en la expresión, descubren un talento poético que sería doloroso no ver cultivado por un constante ejercicio, porque anuncia los frutos más preciosos a la literatura nacional".

Cabe mencionar que el título original de este poema experimentará una ligera variación respecto a las presentaciones de Amunátegui y Enrique del Solar. De esta manera ambos lo titularán más brevemente como "Canto fúnebre a la muerte de don Diego Portales", título con el cual generalmente es conocido. [N. de la C.]

[3] Extracto del parlamento de Antonio en la obra *La muerte del César* (1736) de Voltaire: "Si hubiese conocido la venganza todavía existiera, y sus amigos vieran cumplidos sus ardientes votos. Todos, hasta sus propios asesinos probaron su clemencia, por dos veces". [N. de la C.]

Qué atormenta el oído y que resuena
En lo íntimo del alma? La campana
Es esta de la muerte, y ella hermana
Sus destemplados, lúgubres sonidos
Con un coro de llantos y gemidos.

Justicia eterna ¿cómo así permites
Que triunfe la maldad?¿Así nos privas
Del tesoro precioso,
En que libró su dicha y su reposo
La patria, y así tornas ilusoria
La esperanza halagüeña,
Que un porvenir a Chile prometía,
De poderío, de grandeza y gloria?
¿Dónde está el genio que antes diera vida
A nuestra patria amada? O caro nombre
Que en vano intenta pronunciar el labio
Mudo por la aflicción! Tu infeliz suerte,
Tu prematura, dolorosa muerte,
No acierto a describir. Ilustre sombra!
Perdona mi extravío en este canto,
Ahogado tantas veces por el llanto.

¿Qué se hicieron los días venturosos
Del esplendor chileno?
El Pacífico en vano su ancho seno
Franquea a nuestras naves. Los pendones
Que victoria anunciaban,
Y tantos nobles pechos inflamaban,
Y terror infundieron al tirano
En su asiento lejano,
Ya en sangre y polvo envueltos
Se ven, y de vergüenza ¡oh Dios! cubiertos.
Enrojecido el suelo
Está de sangre fraternal. Despojos
De víctimas humanas,
Se ven donde quiera, y cual torrente fiero
De destrucción, la muerte se ha lanzado:
La obra de iniquidad se ha consumado!

Si, desencadenada
Saliera del Averno horrenda furia,
Oculta con cautela la sangrienta
Cuchilla a las traiciones avezada,
La torpe faz velada
Con apariencias dulces y engañosas,
Cual sierpe que se oculta entre las rosas.

Ella se arrastra y hasta el alto solio
Penetra del poder: allí combina
El plan de maldición. Su envenenado
Soplo respira sobre mil incautos
Corazones, que ilusos, extraviados,
De incomprensible error, siguen su huella:
Los días numerados
Tienen ya de la víctima inocente:
Y no hay rasgo alevoso,
Que del crimen odioso,
La magnitud enorme no acreciente.

Tú mueres ¡Oh dolor! La cruda fiera
Que supo alucinarse con falsías,
No respetó tus días
Que tan queridos a la patria fueran.
¡Qué! ¿El mérito sublime,
El talento divino,
Poderosos no fueron a librarte,
De tan injusto y bárbaro destino?
¿Con qué fatal conjuro el fementido
Pudo cerrar tu oído
Al aviso oficioso,
De la fiel amistad que al lazo oculto
Tus sagaces miradas convertía?
¿Cómo su noble celo
Rasgar no pudo su velo
Con que se lo encubrió la alevosía?

Mas ¿qué infernal instigación ofusca
La mente del traidor?[4] Los beneficios
Que con tan larga mano le prodigas
No desarman la suya? La brillante
Carrera que le ofreces a la gloria,
A la estima, al poder, a los honores,
Cual sendero de flores,
¿No halaga su ambición? ¿Ni aquella noble
Magnánima, segura confianza
Con que le libras tu preciosa vida,
Un solo sentimiento
De lealtad a despertar alcanza?
Tú, cual el grande Macedon[5], la copa

[4] La alusión es al asesino de Portales, el militar José Antonio Vidaurre. [N. de la C.]
[5] Hace referencia a Alejandro Magno, Rey de Macedonia, señor de Grecia y conquistador de Asia durante el siglo IV A.C. Discípulo del filósofo Aristóteles y unificador de Oriente y Occidente. En: J. Pelegrín, "Una aproximación didáctica a la historia de Alejandro...", *Clio*34, 2008

Apuras sin recelo,
No ya de saludable medicina,
Sino de activo y pérfido veneno,
Mas ¡ay! No era posible que en el cieno
De la maldad un ser degenerado
Por tan viles instintos
De ambición y bajeza,
Percibiese el exceso de grandeza
Que encierra un proceder tan delicado.

¿Cómo ¡oh Dios! el prestigio poderoso
De la víctima ilustre, el crudo golpe
No vedó al asesino, como al Cimbrio[6]
La faz aterradora del Romano?
La sacrílega mano
Quedar debiera al punto yerta y fría,
Al suelo descendiendo el hierro insano;
Pero no vio la luz del claro día
Esta escena de horror; tiniebla oscura
Sirvió de velo al crimen espantoso;
Nada en torno se vía: en el silencio,
Que, al modo de la calma, precursora
De horrida tempestad, allí reinaba
Con imperio terrible y pavoroso,
Solo un ¡ay! doloroso
El eco de la selva repetía
Y entre débiles auras se perdía.

Dime, infeliz Portales ¿Qué sentiste
Cuando el amargo cáliz de la muerte
Se presentó a tus ojos por la mano
De la negra maldad? Di ¿cuál sufriste
Más agudo dolor? Fue la injusticia
De la condena atroz? La alevosía,
La baja ingratitud? Fue el pensamiento
Del hondo precipicio en que sumida
Veías la dulce patria, o la memoria
De las prendas a quienes la natura
Con vínculos de amor te había unido? …
Revélalo, amistad ardiente y pura[7],
Que, cual númen de paz y de consuelo

[6] Hace referencia a un pueblo germano que junto al teutón fueron históricamente los primeros pueblos en invadir Roma: "los cimbrios, que durante la guerra de Yugurta habían destruido algunas legiones romanas en las Galias, se unieron con los teutones, y con otros pueblos del Norte (…) con ánimo de invadir la Italia". D. J. Herrera Dávila y D. A. Alvear: *Lecciones de Historia Romana.* Imprenta de D. Mariano Caro. Sevilla, 1828.

[7] "Esta alusión se dirige al coronel don Eugenio Necochea, quien, habiendo sido aprehendido junto con Portales en Quillota, le acompañó hasta su muerte" [N.de la A.]

Descendido del cielo,
Tu bálsamo suavísimo vertiendo
En el alma afligida,
Tocar pudiste la profunda herida.

Inútil fue el denuedo
Y tanta noble sangre derramada
Por la leal milicia en su defensa,
Y la preciosa vida
Del valiente Zaldívar, en las aras
De la patria ofrecida.

Y tú, infeliz Cavada[8],
De la fiel amistad ilustre ejemplo,
¿Por qué mueres también? ¿Cuál fue el delito
Que provocó la rabia
Sangrienta de esos lobos carniceros
Para cebarse en tu modesta vida?
Tú sigues a la víctima querida
Al sacrificio fiero; mas, en vano
Su salvación procuras; el camino
Del dédalo intrincado
Por astucia infernal está cerrado.
Mas, veo de los cielos la venganza
Descender al momento
Confiada a nuestros bravos, que acometen,
Y cual llama que acrece el raudo viento,
Nuevo ardor los inflama,
A vista de la víctima sangrienta,
Que exánime a sus ojos se presenta.

Furor, ira, venganza, dolor fiero
Llena los hondos pechos; por sus ojos
Raudal vertiendo de ardoroso llanto,
Esgrimen denodados el acero
Que vibra refulgente, cual la espada
Del Exterminador[9]; seguid, valientes,
Purificad un suelo amancillado
Por tan infando crimen: no son hombres,
Son furias infernales las que cruzan
Ese campo fatal: corred, guerreros,
Perseguidlas en todos los senderos,

[8] Se refiere a Manuel Cavada, secretario personal del entonces ministro Portales, y quien lo acompañaba al momento de su muerte. Fue asesinado conjuntamente con este. "El General Necochea y la crónica de un siglo atrás". *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 1937, p. 26.

[9] La hablante alude al personaje bíblico deAbadón, más conocido en la tradición cristiana, como el "Ángel Exterminador" presente en el libro del Apocalipsis. [N. de la C.]

Y, si huyen a sus horridas guaridas,
Ponga el remordimiento,
Con incesante, roedor tormento,
Fin espantoso a sus infames vidas.

Triunfáis al fin y la afligida patria
Tornó de su angustioso paroxismo
Para sentir empero mil dolores
En el aciago triunfo. Al tiempo mismo
Que besa agradecida los laureles
Que el General valiente
Le consagra con llanto, un ¡ay! doliente
Se escapa de su seno, penetrado
De una inmensa aflicción. Un eco triste
Repite por doquier: "murió Portales"
Y todo es miedo, indignación y susto,
Y todo anuncio de futuros males…

No hay himno de victoria
En este infausto día, ni otra gloria
Que llorar y gemir. El pueblo en tanto[10]
Avanza a recibir el don funesto
De la negra traición. La fiel matrona
Sorprendida, aterrada
Su morada, sus hijos abandona
Y se muestra también: vertiendo llanto,
En medio de las calles, las doncellas
Están de sí olvidadas. Los infantes
Fijan los ojos en sus madres tristes
Y enmudecen de espanto:
Y el decrépito anciano
Que ver tanto horror no esperaba,
Y en dulce paz tranquilo se gozaba,
Se enjuga el lloro con la débil mano.

Ardiendo en ira santa
La juventud chilena se apercibe
A vengar el ultraje. No la espanta
Puñal aterrador; su sangre toda
Gustosa verterá, si así redime
El honor ultrajado y el reposo
De la patria infeliz. El entusiasmo,
Como fuego del cielo descendido

[10] "El pueblo de Valparaíso se adelantó a recibir los cadáveres de Portales, Zaldívar y Cavada. Estos dos últimos quedaron sepultados allí; pero el de Portales, después de embalsamado fue conducido con gran pompa a Santiago, donde se le hicieron honores extraordinarios" [N. de la A.]

Llena los corazones. Cual quisiera
Con atrevida mano
Derrocar al tirano; cual volviendo
Al mártir de la patria sus miradas,
Ansía seguir su huella esplendorosa
Y halla suerte dichosa
La de morir llorado
Del pueblo libre cuya dicha fuera
De su desvelo el fin… Pero la patria
Verá días de gloria… Noble arrojo
Será, no vil oprobio y desaliento
El fruto del amargo sentimiento
Con que a Portales llora desolada
La familia chilena. ¡Sombra amada!
No te conmuevas en la sombra fría,
Ni turbe tu reposo
El pensamiento odioso
De ver por el tirano envilecida,
Aherrojada, oprimida
Esta patria adorada,
Que merced a tu celo, se vio un día
A tan excelsa gloria levantada.

Mas oigo ya el estruendo
Con que el cañón anuncia que se acerca
El carro funeral. Los viles hierros,
Que a la inocente víctima ligaron,
De signo ignominioso,
En timbre de alto honor se ven trocados,
Y en público espectáculo se ostentan,
No menos gloriosos
Que los que al gran Colón apercibieron
Calumnia atroz y bárbara injusticia.
El carro, en que a la muerte fue llevado
Por insanos verdugos,
Aparece en las calles enlutado
Y de sorpresa y duelo
Indefinible sensación produce…
Ya la amistad con mano fiel conduce,
La faz en tiernas lágrimas bañada,
La ceniza preciosa
Al postrimer asilo, reverente.
Hondo silencio en torno se difunde,
En solo un doloroso pensamiento…
¿Son esos restos fríos,
En esa imagen insensible y muda
Cuanto nos queda de *Él*? Su alta memoria,

Sus acciones legadas a la historia,
¿Serán de hoy mas su ser, toda su vida?...
¿Dónde está el soplo divino que animaba
Aquel semblante hermoso? Dónde se esconde
La mente osada, altiva
De aspiraciones elevadas llena?
Dónde el alma firme, impávida y serena,
La mirada sagaz y penetrante,
La voluntad resuelta y decidida,
El aliento de vida
Que a todos con su espíritu animaba,
La pasión generosa y anhelante
De lo grande y lo justo?... La faz yerta
Carece de expresión. No ven sus ojos,
Su oído no percibe ya el lamento
De amargo sentimiento
Con que todos contemplan sus despojos.

¿Dónde estás? Es posible? Te perdimos
Para siempre jamás? No nos escuchas?
Y el pueblo idolatrado
Es nada para ti? Horror! Espanto!
Yerman el corazón y no hay consuelo…
Empero torno al cielo
Mis tristes ojos de llorar cansados
Y veo allí la Religión divina,
Que con faz de belleza peregrina
Me revela en su alcázar luminoso,
El asilo dichoso,
Donde libre su espíritu reside
En sempiterna paz, en calmo gozo.

– "No llegan los malvados,
Me dice, a este lugar, ni su malicia
Dardos emponzoñados
Asestar puede aquí con mano aleve:
Los que están fatigados
Aquí descansan, y en el blando seno
Del Hacedor Supremo no hay cuidados,
No hay insidias, engaños, ni traiciones.
De las viles pasiones
El imperio tiránico no alcanza
A perturbar el goce inalterable
De este bien inefable,
Y su furor, inútil aquí expira,
Cual las olas del mar tempestuoso
Contra el escollo inmóvil que las mira."

Salve, feliz y veneranda sombra!
Salve mil veces! Tu alma generosa
Otra mansión ocupa, más grandiosa
Y digna de habitarse. El suelo impuro
Que premia la virtud con fiera muerte
No mereció, Portales, poseerte…
Habita esa mansión de luz divina
Que cobarde traición no contamina,
Mientras tu cuerpo helado,
Por la doliente patria custodiado
Cual reliquia preciosa,
Entre los puros ardorosos votos
De un pueblo agradecido
Ante el santuario del Señor reposa.

ELEGÍA[11]

Víctima fuiste de traición aleve,
Ejemplo al mundo de civismo heroico,
A la lealtad chilena objeto caro
De compasión y duelo.

Y al sucumbir bajo el agudo golpe
Menos sentiste tu destino infausto,
Que el abismo donde vieras sumergida
La patria idolatrada.

Cuando la muerte presentó a tus ojos
Su amargo cáliz, su feroz guadaña,
De crimen tan horrendo no acusaste
Al cielo ni a la tierra.

Al Ser Supremo tus miradas tiendes
Y, de rencor y de venganza ajeno,
Sabio, indulgente, religioso y justo
A los cielos te elevas;

Cual sol de tarde, que entre pardas nubes
Vela su lumbre en hórrida tormenta
Y muy más bello aparecer le miran
Las opuestas regiones.

Tiende la Patria los maternos brazos
Y tu despojo recibiendo en ellos
Con su férvido afecto animar quiere
El aterido polvo…

¿Dónde están ahora los que así vertieron
Con fiera saña tu inocente sangre?
¡Del Dios omnipotente la alta diestra
Pesó airada sobre ellos!

Marca oprobiosa se fijó en su frente,
Desaparecieron como el humo leve,
Y orfandad y viudez y negro luto
En pos de sí dejaron…

Lave la Patria con amargo llanto
De impuros hijos el baldón funesto

[11] Este poema también está inspirado en el trágico deceso de Portales. [N. de la C.]

Borre sus nombres, y el olvido cubra
Su tumba solitaria.

El giro lento de los tardos siglos
La faz de Chile cambiará mil veces,
Brillando siempre esplendoroso y puro
El nombre de Portales.

MARCHA A LA SALIDA DE LA EXPEDICIÓN LIBERTADORA DEL PERÚ, EL 18 DE SEPTIEMBRE DE 1837[12].

CORO

¡A las armas, valientes guerreros,
Tremolad el pendón de la gloria,
Y, a las voces de muerte o victoria,
Derrocad al indigno opresor!

Libertad por el cielo inspirado
Clamó el hombre; a ese acento divino
Todo el orbe proclama el destino
Que le diera el Supremo Hacedor;
Y cayeron los tronos que un día
Blasonaron su origen del cielo,
Y rasgándose el mágico velo,
En su solio brilló la razón.

Libertad dijo América hermosa,
Y rompiendo lo antigua cadena,
Alza altiva la frente serena
Y respira de indigna opresión:
Mostró entonces la faz angustiada
De los Incas la patria querida,
Corrió Chile, le dio nueva vida,
Ayacucho[13] sus glorias colmó.

Se vio libre, triunfante, feliz,
De su seno arrojó los tiranos
Y formó con los pueblos hermanos
Dulces lazos de plácida unión;
Masalzóse feroz la discordia,
Y en un día de amor y confianza,
Presa fue de la vil asechanza,
De un intruso, falaz protector[14].

Sobre sangre de ilustres peruanos

[12] Marín escribió este poema en 1837, rememorando el auxilio militar prestado por Chile a la empresa de emancipación peruana. Sin embargo, a medida que el poema avanza, la hablante cambiará el foco de su asunto para centrarse en la partida de las tropas chilenas que se dirigían a combatir en la Guerra contra la Confederación Peruano-boliviana, dirigida por el mariscal Andrés de Santa Cruz. Este va a ser sindicado como un "falaz protector" que sembrará la discordia entre las naciones hermanas. [N. de la C.]

[13] Ciudad del Perú en que ocurrió la batalla que decidió el triunfo del bloque patriota y el fin del virreinato. Moroto, Herbert. *Bolívar, Libertador y Enemigo Nº 1 del Perú*. 2009, p. 153.

[14] Se refiere a Santa Cruz. [N. de la C.]

Se entroniza el infausto dominio
Que amenaza con fiero exterminio
Pueblos libres que inflama el honor.
Tiende en tanto su red ominosa,
Y excitando una mano traidora,
En la prenda que Chile atesora[15]
Sacia ciego su insano furor.

Está fresca la sangre preciosa
Y la Patria llorosa, enlutada
-"Esgrimid, hijos, dice, la espada,
"Y tornadme mi antiguo esplendor"
Vengad pues sus atroces agravios!
Y llenad el glorioso destino!
Oid las voces del pueblo argentino!
De Bolivia escuchad el clamor!

Ved cubriendo las filas gloriosas
Tantos nobles e ilustres peruanos,
Que al gemir de sus dulces hermanos,
Raudos vuelan al campo de honor.
Y marchad y tornad victoriosos,
Disipad las tinieblas oscuras,
Y que luzcan brillantes y puras
Las benignas centellas del sol.

De Portales la sombra gloriosa,
Coronada de eternos laureles,
Se sonríe al mirar los bajeles,
Y os saluda con blanda expresión:
Generoso al combate os anima,
Y cual astro de gloria y consuelo,
La victoria os promete del cielo!
Y en los siglos eterno loor.

[15] Se refiere a Diego Portales. Por entonces se especulaba que Santa Cruz habría sido el autor intelectual de su asesinato. De hecho, la sublevación militar liderada por Vidaurre que pone fin a la vida del ministro justamente obedece al rechazo de una facción del ejército chileno a la declaración de guerra chilena –encabezada por Portales– en contra de la nueva Confederación Peruana – Boliviana. [N. de la C.]

BRINDIS EN UN CONVITE PATRIÓTICO EN EL ANIVERSARIO DE LA BATALLA DE CHACABUCO[16]

Hoy el aniversario
Es del augusto día,
En que rompiendo Chile la cadena
A que por tres centurias le condena
De la España la dura tiranía,
Respiró el aura pura y deliciosa
De dulce libertad[17]. Su faz hermosa
Descubrió la alma paz; y la divina,
Seductora esperanza
Felices nos halaga y embelesa,
Cual madre cariñosa,
Que, con voz melodiosa,
Arrulla al tierno infante,
Y lo adormece sobre el seno amante.

Así se viera ufano,
Reposando a la sombra de laureles,
Libre Chile, triunfante del tirano,
En sosiego profundo
Emulación causando al viejo mundo.

Mas ¡ay! discordia fiera,
En malhadado día,
Encendió tea impía,
Y todo lo destruye en su furor.
Y gimieron las madres,
Y las tiernas esposas,
Cuando vieron llorosas
Alejarse las prendas de su amor[18]

Si!... mas huya al instante
De mi extraviada mente la memoria
De tan fiero dolor; trázme al punto
Con atus dorados, mágicos pinceles,

[16]Amunátegui fecha este poema en 1839. [N. de la C.]

[17]La batalla de Chacabuco fue un importante acontecimiento histórico que consagró definitivamentela Independencia de Chile ya que significó la expulsión definitiva de las tropas realistas del territorio nacional. Luego de más de tres años ejerciendo resistencia a los criollos patriotas (proceso que se conoce como "Reconquista"), los españolesfinalmente fueron derrotados en la hacienda de Chacabuco, localizada al sur de Santiago.Esta victoria fue posible en gran medida gracias a la significativa colaboración del Ejército de los Andes de las Provincias Unidas del Río de la Plata comandado por José de San Martín, que contó con contingentes emigrados de Chile. Este hecho ocurrió el 12 de febrero de 1817. De allí que la hablante cite dicha fecha. [N. de la C.]

[18] "Alusión a la guerra entre el Perú y Chile" [N. de la A.]. Como podemos apreciar, nuevamente la hablante trae a colación la guerra que enfrentaba al ejército chileno contra la Confederación Peruano-boliviana.

Risueña fantasía,
El cuadro del placer y la alegría.

Alma paz peregrina,
Desciende ya del cielo,
La dicha y el consuelo
Trayendo en pos de ti.
Y el *Doce de febrero*,
Cual iris esplendente,
Los horrores ahuyente,
De una guerra infeliz.

Caiga el funesto velo
Que nos ciega homicida,
¡No más sangre vertida!
¡No más odio y furor!
Cielos, oíd mis votos,
Y que el pueblo peruano
Se torne nuestro hermano
La libertad salvando y el honor.

De la paz imploremos
El celestial encanto
Y cese el triste llanto
De viudez y orfandad.
Sabio cultive Chile
Los bienes que atesora,
Huya la asoladora
Plaga de la infeliz humanidad.

HIMNO PATRIÓTICO A LA VICTORIA DE YUNGAY[19]

CORO

¡Salve, Patria feliz,
Coronada de gloria!
Honor a la victoria
Y al Héroe de Yungay![20]

Honor a los valientes
Cuya empresa atrevida
A la Patria querida
Dio gloria y majestad;
Y al brazo generoso
Que derrocó al tirano,
Tornando al pueblo hermano
Su noble dignidad!

Se disipó cual humo
La suerte destructora,
La hidra amenazadora
Duerme en sueño letal;

No ondea ya en los aires
Su pendón orgulloso,
Es trofeo glorioso
De un valor inmortal.

Es despotismo fiero
Fulminó ciego rayo
Pero en hondo desmayo
Su arrojo vio tornar;
Cual tea furibunda,
Que ora muere o se inflama,
Y exhala impura llama
Al tiempo de expirar.

Huye el feroz tirano
Cubierto de vergüenza
Entre la niebla densa
Del combate fatal;
Y la lumbre esplendente

[19]Amunátegui titula este poema como "Himno patriótico a la célebre victoria de Yungay", fechando su escritura en el año 1839. [N. de la C.]
[20]La batalla de Yungay [N. de la C.]

De sol, padre del día;
Sirve a la tiranía
De antorcha funeral.

Alzad, sombras augustas
De los Incas peruanos,
Los rostros soberanos
De la tumba, mirad
Cual rompe el heroísmo
La cadena opresora,
Y renace la aurora
De dulce libertad.

Bolívar y portales
Descendiendo del cielo
Cruzan en raudo vuelo
Por la cima de Ancach,
Y de verdes laureles
Ponen corona hermosa
Sobre la sien honrosa
Del héroe de Yungay.

Gózate, ilustre Chile,
En tus hijos amados,
Olvida los cuidados
Y el prolijo penar:
Con la virtud constante
El triunfo se asegura:
Digna es gloria tan pura
De quién supo lidiar.

Sonríe a nuestros votos,
Dulce paz peregrina,
Derrama, o paz divina,
Tu encanto celestial!
Sean el Perú y Chile
Por su heroico civismo
Terror del despotismo
En lazo fraternal!

A BOLIVAR[21]

SONETO

¡Bolívar inmortal! Genio eminente,
Joya de los anales de la historia,
Tú, a quien la libertad y la victoria
Ciñeron de laurel la heroica frente!

Sus trofeos te incline reverente
El Capitán del siglo: es polvo, escoria
Palma que hace brotar la estéril gloria
De hacerse por la sangre prepotente.

De América rompiste la cadena,
Y el hispánico orgullo sepultado
De Ayacucho quedó en la roja arena.

Tu nombre pronunció el orbe admirado,
Al herirte la envidia, muy más bella
De tu fama irradió la blanca estrella.

[21] "Simón de Bolívar, Generalísimo del Estado Independiente de Venezuela, y Presidente de la República de Colombia, nació por los años de 1785, de padres distinguidos, en Caracas". Texto de 1823 publicado con el nombre de "Noticia biográfica de don Simón de Bolívar, Generalísimo de Venezuela" por *Variedades o Mensajero de Londres,* citado en: Trujillo, Manuel: *Bolívar*, Fundación Biblioteca Ayacucho, 1983, prólogo pág. XVII.

A WASHINGTON

SONETO

¡Númen de libertad, en paz y en guerra
Tipo del más sublime patriotismo,
Que el poder recibiste de Dios mismo
De crear un Edén sobre la Tierra!

¡Washington sin igual! Tu gloria encierra
La bondad, la virtud y el heroísmo,
Y por ti confundida, al hondo abismo
La opresión huye que tu nombre aterra.

Mas ¡que veo! Tu sombra conturbada,
Al rumor de una guerra fraticida,
Lanza sobre la Patria una mirada;

Y con voz poderosa conmovida
--"¡Unión! dice, los hombres son hermanos,
También acá en el cielo hay africanos!"--

CANTO A LA PATRIA
DEDICADO A LA SOCIEDAD DE INSTRUCCIÓN PRIMARIA DE SANTIAGO[22]

Dieciocho de Septiembre, día claro,
Que en las profundidades del destino
Marcó de Chile la feliz autora:
Palabra inspiradora,
Acento peregrino,
Tú mi númen serás: recuerdo caro
Preside hoy a mi canto,
Ilumina y alienta
El estro mío, ya que osado intenta
Evocar hoy tus glorias,
Y cantar penetrado de alegría
Las sublimes virtudes
Y el porvenir risueño que hoy ofrecen
Sus dulces hijos a la patria mía.

Hubo ¡ay! Un tiempo en que tiniebla oscura
Cubrió el hermoso suelo que pisamos;
De primitivos bosques la espesura
Le llenaban tan solo: crudas fieras
En los antros rugían, y los Andes,
Esos colosos, de los tiempos hijos,
En su nevada cumbre,
Reflejaban del sol la clara lumbre,
Inmóviles y eternos
En su base de plata y oro fijos.
La luz del pensamiento,
Llama divina que en el hombre solo
Tiene su noble asiento,
¿Cómo aquí penetró? No nos es dado
Saberlo, pero Chile era habitado
Por las hordas salvajes, que entregadas
A su infernal instinto,
Empapaban sus manos
En la sangre del hombre
Y a sus dioses mentidos la ofrecían
En sacrificios cruentos e inhumanos.

[22]Fue una Sociedad creada en 1856 gracias a un grupo de liberales que buscaban extender el sistema educacional, a los estratos sociales más pobres e introducir nuevas metodologías de enseñanza. La Sociedad de Instrucción Primaria se volvió una importante institución que hasta hoy sostiene a un gran número de escuelas del país. [N. de la C.]

Nació el Inca Yupanqui[23] allá en la tierra
Donde imperaba el Sol, bienes inmensos
Derramando en su rápida carrera;
Penetró por en medio del desierto,
Y su hueste guerrera
Sujetó a humanas leyes
Y religión más pura
Estas regiones, que a mejor cultura,
Del genio de Colón a la influencia,
Destinaba la sabia Providencia.

¡Colón! Genio del bien, yo me prosterno
Ante tu excelso nombre.
¿Eras ángel de luz, o eras un hombre
Cuando sintiendo el fuego
De inspiración divina,
Trazabas una senda peregrina
Desde el antiguo mundo
A la región ignota
Que plácida a tu mente se revela?
El océano profundo
Salvar querías con las raudas alas
De tu elevado genio; la ignorancia,
El fanatismo ciego
Luchan contigo en vano,
Pues la potente mano
Te sostiene de la ínclita Isabela,
Que con su voz te anima y te consuela.
Sí, que del pecho heroico
De una mujer virtuosa a par que bella
Súbito surge vívida centella,
Y en el regio palacio de Castilla
Un foco de luz brilla
Que dirige la marcha al nuevo Atlante
Por los remotos y anchurosos mares.
¿Qué importan de la suerte los azares
Al inmortal Colón[24]? Al fin vio *tierra*;
Y esta palabra sola

[23] Inca Yunpanqui fue el décimo rey del Tahuantinsuyo durante el siglo XV. "Yupanqui, el futuro Pachacutti, personaje identificado con el inicio de la expansión cusqueña y la reorganización que él simboliza". Battcock, Clementina. *El episodio de la guerra entre incas y chancas: una propuesta sobre su construcción e interpretación.* En TZINTZUN, Revista de Estudios Históricos, Núm. 57. Enero-Junio 2013.

[24] Cristobal Colón (1451-1506) fue un navegante genovés conocido por haber emprendido un viaje hacia las Indias al servicio de los Reyes Católicos, el cual partió el año 1492, viaje a partir del cual se gesta el período histórico conocido como Descubrimiento de América, al desembarcar las tres naves comandadas por el genovés en la isla conocida hoy como San Salvador. Para la autora, Colón representa al hombre que llegó a tierras americanas en nombre de la Iglesia para promover la palabra cristiana. Su figura es ensalzada como heroica al acometer esta hazaña, sin que por ello tenga responsabilidad alguna en la violenta conquista que sufrirían los pueblos autóctonos a partir de la llegada de los españoles de carácter más bárbaro. [N. de la C.]

Que tanta gloria y tanto honor encierra;
Para Colón, el pecho americano,
De religioso afecto conmovido,
Siente al oírla plácido latido.

Al fin puso la planta
El Sabio Genovés lleno de gozo
En la mojada orilla
De aquella nueva y suspirada tierra
Y el pendón de Castilla
En el suelo fijó: la sacrosanta
Enseña de la cruz alto levanta,
Y humilde se arrodilla,
De Dios el sacro nombre pronunciando,
Y lo repite en la nevada sierra,
Como un dulce gemido, el eco blando.

Mas ¿por qué de repente un negro velo
Anubla mi ardorosa fantasía?
En vano pediría
A mi sensible musa un solo tono
Para cantar la célebre victoria
Del genio de Colón y su hidalguía,
Porque en vano lo intento
Y un vértigo de horror tan solo siento.

Sí, que la guerra impía
En cuadro asolador me representa
Muerte y desolación. Ancho torrente
De sangre americana
Veo correr; la libertad inerme,
La sencilla barbarie
En lucha desigual sus fuerzas mide,
Con la alta prepotencia
Del orgullo y la ciencia
Aguijoneados de infernal codicia.
Negra superstición, honda malicia,
Ignorancia tal vez con nombre santo
De religión, extinguen en el alma
La natural justicia,
La piedad generosa,
Y para colmo veo de mis penas
Al héroe de dos mundos
Cubierto de ignominia y de cadenas.

¿Mas qué rayo de luz consoladora

Se introduce furtivo
En medio de este cúmulo de horrores?
Es de una alma sensible, una alma bella,
El amor siempre activo
Que no abriga codicias ni temores:
Tiene aún la humanidad sus defensores,
Y el inmortal Las-Casas[25]
Con su piadoso celo
Y su clamor constante
Demanda para el indio desgraciado
Piedad al mismo trono,
Cuyo vasto dominio enriquecía
El oro ensangrentado
Que en su seno la América vertía.
¿Honor a ti, piadoso sacerdote,
Noble Las-Casas? tu recuerdo caro
Infunde en mi alma plácido consuelo,
Tú revelas del cielo
La alta virtud, el perennal contento,
Y tu nombre querido,
De todo americano bendecido,
Vuelve a mi voz el desmayado aliento.

Ya el rayo de la guerra discurría
El continente todo. Dos imperios
A su carro triunfal había uncido
La conquista feliz. Llegó el instante
En que Chile también sobre su suelo
Viera la nueva luz. No hay beneficio
De grande consecuencia que no importe
Un dolor, un terrible sacrificio.
Chile sufrió la prueba: pero ¡cuánta
En esa cruda guerra
No fue la dicha que esta hermosa tierra
Reportó al fin… ¡Valdivia!
Voy a evocar tu veneranda sobra;
Ya mi labio te nombra
Fundador de mi patria. Esa colina,
Que esbelta se alza en medio de Santiago

[25] Bartolomé de las Casas (1474-1566) fue un encomendero y fraile español. Nació en Sevilla, y fue Obispo de Chiapas. Fue más conocido por ser el defensor de los aborígenes americanos, siendo uno de los primeros religiosos en reconocer sus derechos humanos y, por extensión, uno de los pioneros en establecer derechos para todos aquellos que sufren el yugo de la opresión, sin discriminar raza ni origen. En su texto *Brevísima relación sobre la destrucción de las Indias* denuncia las atrocidades cometidas por los conquistadores españoles contra los nativos de la tierra americana, argumentando que dichas actitudes van en contra de los principios cristianos de amor al prójimo y compasión con los más desposeídos. La autora demuestra en el poema admiración por su figura piadosa y su carácter profundamente religioso y humanitario. [N. de la C.] En: García, G; Emilio: *Bartolomé de Las Casas y los Derechos Humanos*. Universidad Complutense. Madrid. Publicado en: M. Maceiras y L. Méndez (Coordinadores). Los Derechos Humanos en su origen. La República Dominicana y Antón de montesinos. Salamanca: Editorial San Esteban. 81-114

De ti nos habla aun. Allí es ruina
Lo que tu alcázar fue, y allí tu mente
Audaz, inteligente
De tu trabajo inmenso el plan trazará
Por la dicha y la paz del nuevo suelo
Que fecundaba tu ardoroso celo.
De tu piedad y afecto religioso
Aún hay reliquias en el sacro templo
Que la patria ha erigido:
Y ese bello retrato,[26]
Regalo de una augusta soberana,
Es un recuerdo grato
Con que Chile y España de consuno,
Confundiendo sus palmas y sus glorias,
Eternizar quisieron
Tu lastimosa muerte y tus victorias.

¿Mas qué mérito grande se levanta
A competir Valdivia con el tuyo,
Cual la esplendente llama
Que se ilumina y dora
En medio de una pira brilladora,
Y cual columna majestuosa y bella
Elevándose al cielo,
Quiere empañarla refulgente estrella?
Ah! Ya veo del ínclito Lautaro[27],
La sombra ensangrentada;
Y al gran Caupolicano[28],
Honor y prez del suelo americano.
La libertad, la gloria,
Deidades de sus grandes corazones,
Increíbles acciones

[26] En la Capilla erigida en Santiago para perpetuar la memoria de Pedro Valdivia, fundador de la ciudad, existe un magnifico retrato del conquistador obsequiado por doña Isabel II de España, quien quiso contribuir con este regalo a hermosear ese sencillo monumento. [N. de la A.]

[27] El toqui Lautaro, líder de la primera gran rebelión mapuche durante el siglo XVI en la Batalla de Tucapel. En *Historia General del Reino de Chile*de Flandes Indiano, se relatan las hazañas del toqui: "Hizo un hecho famoso, y digno de memoria el valiente Capitan Lautaro, que regia los Indios Araucanos, y el que diximos, que avia sido criado de Valdiuia. Y fue, que preualeciendo en su pecho la libertad de la patria, mas que la fidelidad a su amo, se puso de la parte de los indios vencidos, y los detubo, quando iban desordenadamente huyendo (…)." Diego de Rosales, *Historia General del Reino de Chile*, Flandes Indiano. Valparaíso 1877.Pág. 434.

[28]Fue un toqui mapuche en la Guerra de Arauco contra los españoles ocurrida en el siglo XVI. Fue sucesor del toqui Lautaro. En el año 1553, ocupó junto a Lautaro el fuerte de Tucapel, logrando vencer a los conquistadores en la Batalla de Tucapel en la cualmurió Pedro de Valdivia: "(…) viendo Valdivia que no quedaban más que cinco o seis de los suyos, volvió las espaldas escabulléndose, lo cual pudo hacer por la polvareda que se había levantado, y llegando a un lugar cosa de un tiro de arcabuz de donde había partido, se halló con el padre Pozo, que era su capellán, y con él y Agustín, el indio intérprete comenzó a huir, aunque luego fue alcanzado de los enemigos (…) en las cuales fueron los dos en volandillas, llevados delante de Caupolicán y Lautaro." Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional. Tomo VI. Crónica del reino de Chile / escrita por el capitán don Pedro Mariño de Lovera. Santiago : Imprenta del Ferrocarril, 1865. Pág. 73-74.

A sus heroicos pechos inspiraron;
Sus venerandos nombres
Los fastos de la historia eternizaron,
Y alta fama alcanzaron
Del sabio Abate en la dorada pluma[29]
Con acierto admirable
También tú los cantaste, Ercilla[30] amable,
Homero dulce de la patria mía,
Y al sonido de tu harpa melodiosa
El mundo los conoce, y los admira
Y celosa los mira
Como genios del mal la tiranía.

Cansó al valor hispano la constancia
Del tenaz araucano,
Que hundido en el error y la ignorancia
Yace aún, y es del pueblo soberano
Reliquia primitiva. Paz le diera
Prudente el español, y en paz dichosa
Su conquista gozaba.
Lento seguía el tiempo su carrera
Y muda y silenciosa se formaba
Una nueva nación, cual se elabora
En lo hondo de la tierra,
La vena de oro puro que atesora,
Bajo su eterna mole la alta sierra.
Pero resonó un día
Un eco que decía
¡Libertad! Libertad! Mágico nombre
Que de un sueño profundo
Despertó al nuevo y antiguo mundo!
Y Chile despertó, sintió pesada
La cadena que en torno le ceñía;
No late libre el oprimido seno,
Mas la palabra mágica pronuncia
Y una luz viva y pura,
Cual celaje que rompe nube oscura
Le muestra la miraje encantadora
Que su mente seduce y enamora:
Alzase al punto y dice:
"Yo también soy nación; seré feliz!"

---

[29] El ex-jesuita don Juan Ignacio Molina, que escribió en italiano la historia de Chile. A este sabio naturalista ha levantado el pueblo de Santiago una estatua de bronce, primer monumento de su clase, fundido en el país, y acaso en Sud-América. [N. de la A]

[30] Alonso de Ercilla y Zúñiga, (1533-1594) fue un célebre poeta español. Su infancia transcurrió en la corte de Carlos V, donde fue paje del príncipe Felipe, y gracias al que obtuvo una educación renacentista. Publicó entre 1574 y 1589 el poema épico La Araucana dedicado a Felipe II, y en el cual canta sobre el enfrentamiento entre españoles y mapuches en la Guerra de Arauco. [N. de la C.]

Sol de Septiembre puro, radioso,
Que alumbraste el gran día,
Revélanos el gozo que sentía
El pecho del chileno
De alto civismo lleno
Al ver cual vacilaba el gran coloso
Que más de tres centurias le oprimía.
Toro, Rosas, Marín, Plata, Argomedo:
Rosales y Carrera
Vera, Eyzaguirre, Infante,
Rosas, Egaña, Henríquez y mil otros,
Vuestra faz centellante
Me parece que aún veo; vuestras sombras
Me rodean, me sitian; los acentos
Oigo de vuestra voz, juntos os miro
Sonreír de placer y de ternura;
Los estrechos abrazos
Veo de la amistad más santa y pura,
Que al patriotismo unida
Formaba eternos y sagrados lazos.
-"¡Oh Patria! ¡Oh libertad! o caros nombres
Que antes no conocimos!
Exclamaban, si ayer esclavos fuimos,
Hoy somos ciudadanos, somos hombres!"-

Así el pueblo de Chile se anegaba
En piélago de nuevas emociones,
Ajeno de temor y de flaqueza,
Mientras la monarquía levantaba
Sus funestos pendones
En el suelo peruano,
Y del poder hispano
Se perciben en larga lontananza
La destrucción, la guerra y la matanza!

Vendrán! Vendrán! Y del valor chileno
Encontrarán el foco primitivo
En la esforzada juventud patriota.
Vengan enhorabuena,
Que en Membrillar, San Cárlo y Yerba-Buena
Tres gallardos hermanos
Y el ilustre Mackenna[31]

[31] Benjamín Vicuña Mackenna (1831-1886) fue un diplomático, abogado, periodista, historiador, político chileno. Junto a Santiago Arcos y Francisco Bilbao integraron la Sociedad de la Igualdad, una agrupación liberal que buscaba alzarse en contra del gobierno conservador de la época, en específico, durante la presidencia de Manuel Bulnes. Su derrota en la Revolución de 1851 lo obligó a exiliarse. De regreso a Chile siguió con su actividad política promoviendo la libertad cívica. Fue preso durante el gobierno de Manuel Montt.

Morder harán el polvo a los tiranos.

Triunfaron, sí, los libres,
Y un grito resonaba por doquiera
De férvido entusiasmo.
Aspirábase el aura placentera
Y Patria! Dulce Patria! se decía
Y en la dicha y la gloria se creía.

¿Quién podrá de tu rápida carrera
El curso detener, ilustre Chile?
Quién de tanta ventura
El término verá? Mas ¡cómo es cierto
Que al derrocarse el fiero despotismo
Se ocultó la discordia
Y descender no quiso al negro abismo!
Esta arpía feroz
Con las pasiones del chileno intriga,
Y a la hueste enemiga
En Rancagua, ¡ay dolor! abrió la puerta
Y huyó la libertad pálida y yerta;
Y no vio de sus bravos el arrojo
Ni el hórrido martirio
Del malhadado Cuevas que en el campo
De honor quedó como cortado lirio.

Alma virtud, resignación sublime,
Desciende de los cielos
E inspira tus consuelos
Al triste pueblo que en los hierros gime.
¿Dónde está tu esplendor, o dulce Patria?
Dónde tus hijos se fueron?...
Ah! veloces huyeron
Con planta asaz ligera
Al mirar del león la garra fiera.

Y vosotras, mujeres infelices,
Vírgenes candorosas,
¿Por qué solas lloráis? cándidos niños
Que al regazo pendéis de vuestras madres
¿En dónde están vuestros amados padres?

Nuevamente en el exilio se dedicó a la labor de historiador. De regreso, levantó entre los años 1875-1876 la candidatura presidencial bautizada como Campaña de los Pueblos, la cual se basaba en la participación directa de toda la ciudadanía chilena en el proceso político del país. A pesar de su éxito, se vio forzado a renunciar a su postulación producto de la presión política del gobierno de turno. Se dedicó por completo a sus labores de parlamentario y de historiador. La autora simpatizaba con las ideas liberales de la época, respaldando siempre a las figuras históricas que en su momento contribuyeron de manera férrea a las causas independentistas y también democráticas. [N. de la C.] En: Grez, Sergio: *Semblanza histórica de Benjamín Vicuña Mackenna.* Revista Archivum, año III, nº 4.

Una sierra empinada
De nieves y de hielos coronada
De ellos os apartó: cuántos ilusos
Se confiaron al pérfido destino,
Con violencia arrancados de sus lares,
En una peña en medio de los mares
Existen confinados,
De dolientes recuerdos rodeados.
¿Y aún vivís y alentáis, hijas de Chile?
La vida soportáis con entereza,
Y el dolor, la pobreza,
Las frentes sin mancilla
No envilece ni humilla?
Ah! que sois virtuosas
Tenéis en Dios la fe, puras las almas,
Y aquel amor ardiente
Que torna el sacrificio
En placer delicioso.
Del padre, del amigo, del esposo
La memoria querida
Animan y sostienen vuestra vida:
No hay penoso trabajo
Que rehuséis por humillante y bajo,
Si con él dais holgura
Al que ocultó tal vez y en amargura
Pasa tristes los días
Y os es prenda de amor y de ternura.

Y vos, santa amistad pura y sencilla,
Que entretejiendo los dorados lazos
Entre férreas cadenas
Engañabais las penas,
¡Quién pudiera pintar vuestros encantos!
Y aquellas misteriosas
Íntimas confidencias,
Aquellas esperanzas lisonjeras
O halagüeñas quimeras,
Con que el largo sufrir entreteníais
En la cautividad a las chilenas!
De vanidad ajenas
Sin pretensión, sin lujo, sin envidia
Fueron en el rigor del infortunio
Como entre espinas perfumadas rosas,
Patriotas varoniles
Y modelo de madres y de esposas.

¿Y de hablar yo de ti, madre adorada[32]
Cuya imagen en lo hondo de mi pecho
Con eterno buril está grabada?
¿Pintaré tus virtudes,
Tu clara inteligencia,
Tu espíritu viril, aquél estoico
Valor con que la prueba soportaste
Que acrisoló tu patriotismo heroico?
No: porque ya tu nombre han proferido
Tus nobles compatriotas y en sus fastos
Con honrosa memoria
A la posteridad le han transmitido.

Dos veces dio su vuelta
Ante el foco de luz vivificante
Nuestro planeta en su arreglado giro,
Y aún duraba la fiera reconquista.
El ardiente suspiro
Del pueblo que gemía
Llegó por fin a penetrar al cielo
Y tras de la empinada cordillera
El grito resonaba de los libres;
Y el susurro cundía,
Feroz el despotismo se alarmaba,
Levantando cadalsos por do quiera:
Tocando a su agonía
Como una herida sierpe se enroscaba
Y ciega y furibunda se enredaba
En la red ominosa
Que diestra y cautelosa
La mano de Rodríguez le tendía.

Brilló por fin la aurora
Del Doce de Febrero,
De dichas y blasones precursora;
Y bajando de la alta cordillera
La enseña bicolor, fija en la altura
Está de Chacabuco.
O`Higgins[33], ese rayo de la guerra,

[32] La *Sociedad de Instrucción Primaria* bautizó una de sus escuelas con el nombre de *Luisa Recabarren* en memoria de los servicios que esta digna señora prestó a la causa de la independencia nacional. La señora Recabarren, madre del autor, hub0 de soportar duras pruebas durante el triste periodo, que en nuestra historia se llama *la reconquista.* Su esposo el doctor don José Gaspar Marín tuvo que expatriarse, y ella se vió cargada con el peso de una numerosa familia; objeto de persecuciones de parte de las autoridades españolas, tuvo la suficiente entereza para confiar en su causa y no desmayar, ni ante el rigor de los enemigos ni ante las pruebas de la pobreza que la visitó como a muchas otras familias patriotas. La batalla de Chacabuco halló a la señora Recabarren prisionera en uno de los monasterios de Santiago. [N. del E.]

Al triunfo los conduce: lo asegura
De San Martín[34], la venturosa estrella
San Martín, alto honor del argentino,
Como Ulises artero,
Sañudo como Aquiles y guerrero.
Ambos a la opresión de los tiranos
Oponer saben muro diamantino,
Y darán libertad de sus hermanos
Y sellarán de América el destino!
Y le sellaron para siempre: en vano
La constancia española
Ensaya un nuevo golpe de fortuna.
Sus huestes aguerridas una a una
Reúne, y en la arena
De Talcahuano su cañón resuena…
Mas ¿qué nueva armonía
Qué varonil acento
Suena vibrante y puro entre los libres?...
Es el aniversario de Febrero
La plácida alegría,
Es de un pueblo feliz el ardimiento
Que en ese claro día
Hace a la patria y ante el Ser Supremo
En santo juramento
De ser libre, señor e independiente!...
Aquí mi débil musa reverente
Humildosa se abate a tanta gloria;
Agólpanse recuerdos a mi mente
De asombro, de terror, de gozo y llanto.
Y en visión ilusoria
Se convierte el asunto de mi canto.

Veo venir a la española gente
Desolación causando por donde quiera,
Y de Maipú la célebre victoria
Cual punto luminoso en la alta esfera:
Veo un campo sangriento
Y allí miro grabado,
Bueras, tu ilustre nombre aunque enlutado.
Allí el tuyo está, Freire[35], con el sello

[33] Bernardo O`Higgins (1778-1842) fue un político y militar chileno. Uno de los principales líderes del movimiento independentista de Chile. Miembro del Primer Congreso Nacional instaurado en 1811. En Mendoza, y junto a José de San Martín, organiza el Ejército Libertador, cruzando la Cordillera de Los Andes con el fin de liberar a Chile del yugo español. [N. de la C.]

[34] José de San Martín (1778-1850) fue un héroe argentino de la Independencia americana. Estuvo radicado en España donde combatió durante 1808 con el ejército napoleónico que invadiera el país. Vuelve a América y entre 1814 y 1817 organiza el Ejército de Los Andes, el cual junto con O`Higgins consigue independizar a Chile en la Victoria de Maipú del año 1818. [N. de la C.]

[35] Ramón Freire (1787-1851) fue un militar y político chileno de la época de la Independencia. En 1811 se integró al ejército patriótico de Concepción. Se suma a las tropas opositoras a O`Higgins, las que en 1823 logran la abdicación del mandatario. Fue Director Supremo

De tu alma generosa
Y tu heroica bravura;
Presagiando su suerte
El inmortal Rodríguez[36],
Manda a los Voluntarios de la Muerte;
Junto al cañón fatídico que humea
Oigo la voz de Blanco[37] en la pelea;
Y allí también estás, noble guerrero,
Las-Heras[38] esforzado,
Cuya vida preciosa
Guarda la patria, cual reliquia amada
De otra época gloriosa

¿Qué veo aún?... El pabellón chileno
Que ondea del Pacífico en el seno
Majestuoso y ufano,
La libertad llevando al peruano;
Cochrane, a quien Neptuno su tridente
Cediera, lo conduce a la victoria
Y Blanco, en mar y tierra conocido,
Amable paladín, jefe atrevido.
Acércanse los libres, se confunden:
Lidian con los valientes y los vencen,
Y al esplendor del sol ya despejado
De sus oscuras nubes
Una florida senda han allanado
A Bolívar, el Marte americano,

---

entre 1823 y 1826, y durante su gobierno instauró políticas tales como liberar al Chiloé, abolir la esclavitud, y un intento de dotar al país de un orden constitucional, cuestión que no fructificó. De todas formas, Freire continúo apoyando a las fuerzas liberales, pese a su derrota por parte del gobierno conservador de José Joaquín Prieto. Mercedes Marín, pese a los conflictos evidentes entre algunos de los personajes históricos, como por ejemplo, con el gobernador O`Higgins, los sitúa en su canto como figuras igualmente dignas, honrando la memoria de aquellos que son responsables de que Chile sea una patria independiente. [N. de la C.]

[36]Manuel Rodríguez (1785-1818) fue un guerrillero de la independencia de Chile. Se desempeñó como abogado y Director Supremo de la Nación. Una vez ocurrido el Desastre de Rancagua "emigró a Mendoza y colaboró al Ejército Libertador de los Andes, recogiendo y proporcionando informaciones a San Martín y O'Higgins que favorecieron la causa de la Independencia". La autora menciona a los Voluntarios de la Muerte conocidos históricamente como los Húsares de la Muerte, los cuales fueron un grupo paramilitar comandado por Rodríguez. Su simpatía con José Miguel Carrera le acarreó problemas en el plano político estando en conflicto con Bernardo O`Higgins. Sin embargo, le era necesaria su participación en la causa patriótica respaldad por el propio O`Higgins y José de San Martín. La autora destaca el coraje de Rodríguez y su carácter particular distinto al de otros héroes patriotas, más cercanos a las cúpulas de poder de la época. Rodríguez se caracterizaba por simpatizar con los sectores populares de la nación. Como el propio Vicuña Mackenna refiere: "Manuel Rodríguez era la encarnación del pueblo chileno: era el guerrillero de los campos; era el tribuno de las plazas públicas; era el roto de los rotos; era el huaso de los huasos; era el símbolo de Chile criollo y democrático."
En: http://www.auroradechile.cl/newtenberg/681/article-10128.html

37

[38]Juan Gregorio de Las Heras (1780- 1866) nació en Buenos Aires. Viajó en calidad de comerciante a través de Chile y el Perú, que años después visitara como libertador en la Expedición Libertaria del Perú. Tuvo una intensa participación en la Batalla de Chacabuco y además en la guerra civil acaecida en Argentina durante la primera mitad del siglo XIX: "Próxima a realizarse la expedición del Perú que meditaba San Martín, la guerra civil que devoraba a la República Argentina, indujo al gobierno llamar a sí el Ejército de los Andes, para consolidar su autoridad vacilante y dominar el desorden. Las Heras se hallaba interinamente al mando del ejército". Mitre, Bartolomé: El general Las Heras Red Ediciones S. L., 2012, Argentina.

Y al héroe de Junin[39] que en Ayacucho
En un glorioso día
Con prepotente mano
Las puertas le cerraron al tirano.

Respiró al fin gozosa
La sombra de Colón, que antes gemía
Cuando el poder hispano
A la inocente América oprimía:
Torna a los cuatro vientos
La esclarecida faz, y por do quiera
Leda mira la prole de los Incas
Que entona el himno de la paz y el triunfo,
Desde el Estrecho al Istmo
Y desde el mar Atlántico, donde nace
El sol entre esplendores,
Hasta el opuesto mar donde se oculta,
Reflejando su lumbre
En la plateada cumbre
De los soberbios Andes, cuyos hielos
Ancha línea dibujan en los cielos.

Sobre nube del Niágara esplendente,
En la bóveda etérea suspendida,
Por el norte se alzaron
De Washington y Franklin las figuras
Que con faz conmovida
El grandioso espectáculo miraron;
Y espíritus si cuento
Giran, del Héroe Genovés en torno,
De los que se inmolaron
Por la libertad santa
Con generoso aliento
Y dieron al tirano el escarmiento.

Salud, o padres de la patria mía!
Salud, o sombras de esplendores llenas!
Salud, los que rompisteis las cadenas
Donde el nuevo mundo envejecer debía!
Recibid el tributo
De admiración y de loor eterno
Que el pecho agradecido
Os consagra rendido.

[39] Se refiere a Pedro Blanco Soto, nacido en Cochabamba, Bolivia, el 19 de octubre de 1795. Fue denominado "héroe de Junin" producto de su participación en la Batalla de Junin junto a los Húsares del Perú. El Coronel Pedro Blanco "tomó la ciudad de Sucre, el 3 de agosto de ese año, comandando un escuadrón del Perú, y capturó, en su retiro de Ñujchu, al Mariscal de Ayacucho". *Contribución Histórica a los Bicentenarios de Bolivia.* FUNDAPPAC, La Paz-Bolivia, Diciembre 2010.

De América las glorias
Y las prosperidades
Transmitirán vuestros excelsos nombres
De edades en edades.

¿Mas por qué al contemplaros me parece,
Sombras las más queridas,
Que os miro entre las nubes,
No cual sacros querubes,
Ni como las de Eliseo venturosas,
En bosques de jazmines y de rosas,
Sino como de Osian los héroes rudos
Vengativos, adustos y sañudos;
Y la doliente herida
Mostrando ensangrentada,
Y el puñal fratricida
Siempre fijando con la vista airada?

Ah! No es posible, no: que es un engaño
Ilusión fementida
De mi mente turbada y confundida.
Las innobles pasiones
No puede conservar de la natura
La humana criatura
En la región de paz, de luz y vida;
Que el Dios que hizo los mundos
Las almas regenera,
Y extingue los dolores
Y los odios profundos
En la eterna mansión de los amores.
Allí unidos vivís, sabios, felices!
Mas tornad un momento

Vuestros ojos al grande monumento
Blasón de vuestra fama;
Contemplad esta Patria que antes fuera
Centro de vuestro amor, y el aura pura
Tornad a respirar que os dio la vida:
Mirad esa bandera
Que en la colina histórica flamea,
Reconocida ya del mundo entero
Y que en todos los mares se pasea;
Ved ese inmenso llano
Que fecundó sangre de los héroes
Antes mustio desierto,
Y ora lleno de plácidos vergeles,

Crecidos a la sombra de laureles;
Ved palacios soberbios
Que el arte y la riqueza improvisaron
Donde brillan del gusto los primores,
Allí donde se formaron
Las sombrías y góticas moradas
De los conquistadores.
Mirad esos talleres
Del pensamiento humano,
Donde con unos pocos caracteres
Se elabora la idea y se eterniza,
Y que del mundo la ventura hicieran
Si perdurable liza
La verdad y el error no sostuvieran.
Ved esas vías férreas que acortando
El espacio y el tiempo
Van la vida del hombre duplicando,
Como cruzan y llevan la abundancia
La industria y el trabajo;
Ved como el pensamiento
Al toque de un alambre electrizado,
Con mágico portento
Salva distancias mil y aún adelanta
Velocidad al rayo:
Mirad esos liceos
Donde una juventud llena de vida
En las artes se instruye y en las ciencias
Y a la austera, veraz filosofía
Reviste con las galas seductoras
De amable poesía:
Ved la caridad santa
Que salva la inocencia
Calmando con su bálsamo divino
Del alma los pesares
Y del cuerpo la mísera dolencia.

¿Aún más buscáis? Mirad a vuestros hijos[40]
Que sintiendo en sus almas
De la filantropía el sacro fuego
Buscan a sus hermanos,
Y con activas, generosas manos
Rompen la oscura venda

[40] En esta y las dos estancias siguientes el Autor elogia los patrióticos propósitos que en su principio abrigaba la Sociedad de Instrucción Primaria. [N. de la C.]
Esta Sociedad ha dado más tarde a una de sus escuelas el nomre de Mercedes María. [N. del. E.]

Del error que sus frentes amancilla,
Y la fértil semilla
Siembran de la virtud y el patriotismo.
Ajenos de egoísmo
Infunden en los ánimos sencillos
La halagüeña esperanza
De la paz, de la dicha y bienandanza.

No más será la luz el patrimonio
Del hombre de fortuna;
El pueblo, ya iniciado
En sus altos derechos
Y sagrados deberes,
Será feliz, sensato e ilustrado:
Conocerá los tiernos sentimientos
De la naturaleza;
Sentirá la nobleza
Que dan la humanidad y la cultura
Y de la religión la lumbre pura.
Agradecido, fiel y respetuoso
Con sus benefactores,
Los cuidados prolijos
No olvidará con que a sus tiernos hijos
Sacan de la abyección y la miseria,
A un porvenir dichoso.
Y vosotros, egregios ciudadanos,
Dignos imitadores
De vuestros generosos ascendientes,
Ceñidas vuestras frentes
Con inmortal corona,
Veréis cual vuestra dicha se eslabona
Con la virtud y el provenir dorado
Que habéis con tan solícito desvelo
A la nación chilena preparado.
Los padres de la Patria enternecidos
Os miran y sus nobles corazones
Para vosotros con fervor imploran
Las más dulces y puras bendiciones.

-Un esplendor divino
Iluminó las sombras de los héroes,
Y su vivo reflejo
Como en un terso transparente espejo
Se difundió en los rostros de sus hijos,
Nuevo ardor en sus pechos inspirando…

Sutil y blanca nube

Envuelve la visión encantadora
Y en acentos de célica armonía
Su amorosa plegaria
Con ellos en los aires se perdía;
Mientras enardecida en sacro fuego
Mi voz, aún no cansada,
Eleva ardiente ruego
Por tu dicha futura, o patria amada.

Fuente del bien supremo,
Vierte tu lumbre pura
Y colma la ventura
Del pueblo que nació a la libertad.

Las sólidas virtudes
La unión y la concordia
A la negra discordia
Van por siempre de Chile a derrocar.

Ese monstruo execrable
De la fiera anarquía
Que no torne algún día
La sangre del chileno a derramar!

Furibunda, sedienta,
Ávida acaso os mira,
Sofocadla y con ira
Su pestífero soplo conjurad.[41]

De ella nace el impuro
Gérmen del despotismo,
Húndase en el abismo
De ambos el poderío y la maldad.

Sea la patria bella
Como esposa ataviada,
Que se acerca confiada
En pos de nueva dicha al sacro altar;
No cordera inocente,
Temerosa e incierta,
Que, de flores cubierta,
Es víctima ofrecida al dios del mal.

Levantad en los aires

[41] Amenazaba a Chile en la época en que se escribieron estos versos una terrible revolución, que estalló meses más tarde. [N. de la A]

Esa bandera hermosa,
Y a su sombra gloriosa
El árbol de los libres cultivad.

En su azulado campo
Luzca la blanca estrella,
Muy más pura y más bella
Y os sea milagroso talismán.

Vivid fuertes y unidos,
Vuestros altos derechos
Con generosos pechos
Ante la faz del mundo sustentad.

Y tú, *Virgen del mundo,*
América inocente,
Alza tu noble frente
Coronada de luz y majestad.

Estrecha tus destinos
En dorada cadena,
De altas virtudes llena
Al orbe nuevo tipo ofrecerás.

Por el poder del genio
Regenerada, un día
La dicha que te envía
El Padre de las luces gozarás.

Y Chile en tu aureola
Brillará esplendoroso,
Saludando gozoso
Con himnos a la cara libertad!

A JOSÉ ROMERO EN EL DÍA DE SUS EXEQUIAS[42]

¿Y tornará a sonar la lira mía,
Toda cubierta de luctuosos vuelos,
Y subirá mi voz hasta los cielos,
Cuando siento en mi pecho la agonía?
¡Ah! No es posible, no, que herida el alma
Perdió la dulce, la serena calma:
La visión seductora,
Y la esperanza bella
De un porvenir de gloria
Como nube fugaz desaparece,
Mientras el mar de la aflicción acrece,
Y en funeral acento,
Apagada la voz antes sonora,
Murmura el corazón triste lamento.

¿Y aún debo yo cantar? El sacrificio
Lo exige la virtud, no el humo vago
De vanidad, ni adulación rastrera:
En la hora postrimera.

Del que modelo fue de patriotismo,
De humanidad y honor, el egoísmo
Ceda a la admiración y a la justicia.
Sobre la fría losa.
De Romero una flor, pura, olorosa,
Como último tributo
Quiero arrojar, y temple mi amargura
El pensar que en su muerte
Le ha cobijado la feliz suerte,
Que al justo guarda Dios allá en la altura.

Sí, sublime virtud, cantarte quiero,

[42] El editor Enrique del Solar destaca la labor humanitaria de José Romero y su participación en la batalla por la independencia: "Nacido en humilde esfera, fue protegido en su infancia por el señor don Agustin Vial Santelices, cuys familia le profesó hasta su muerte la estimación a que se hacia acreedor por sus relevantes virtudes.
Jose Romero sirvió con valor en las campañas de la independencia, y habiendo comenzado su carrera de tambor, tenia a1 morir un grado entre los oficiales de nuestro ejército, y ostentaba sobre su pecho más de una medalla ganada en los campos del honor por acciones distinguidas.
Pero antes que todo, fue Romero el hombre de la caridad. No podía ver una miseria sin aliviarla, cada desvalido hallaba en él un hermano". [N. del E.]

Y no en el héroe que empapó su acero
En la sangre del hombre,
Ni en aquel cuyo nombre
Eternizan los crímenes dorados
Con un falso esplendor, o cuya ciencia,
Ajena del deber y la conciencia,
Que le alzara el destino,
Presuroso al abismo se despeña;
Sino en el hombre honrado
De grande corazón, cuya existencia,
De muchas tempestades a la orilla,
Discurrió sin temor y sin mancilla.

Sí, que ya veo de un sepulturero en torno,
Al pueblo que se agolpa silencioso,
El semblante lloroso,
Y de emoción y de respeto lleno;
Todo anuncia la pena, todo dice
Que perdió su alegría y su consuelo
Y para recobrarle,
Implora la piedad del alto cielo.

Pero ¿a quién llora el pueblo? Y por qué fija
Su vista en esa tumba,
Y al lúgubre sonar de una campana,
Anheloso se afana
En mostrar su dolor? Sí, que se ha muerto
Su amigo verdadero, el que le amaba
Con afecto sincero,
Sin dejo de ambición ni de egoísmo;
Y es ya cadáver yerto,
El que abrigó en su seno una alma bella,
Do la viva centella
De humanidad y compasión lucía,
Como en el firmamento
Luce la estrella que precede al día.

Bajo el benigno influjo
De una era que anunciaba
La libertad de Chile, nació al mundo
El hombre a quien lloramos:
En su modesta cuna
No vertió la fortuna
Sus dones engañosos, ni el halago
De una alta posición le cupo en suerte;
Mas le dotó natura
De clara despejada inteligencia

Y corazón honrado,
Franco, alegre, animoso,
Sin fárrago de orgullo ni de ciencia,
Al bien de sus hermanos consagrado.
Instintos generosos preludiando
Desde su edad temprana,
Fue su destino siempre ser amado.

Joven imberbe en su primer morada
Escuchó de las armas el ruido,
Y en el rostro querido
Del protector que cobijó su infancia
Vio brillar el coraje, la arrogancia
De un heroico civismo.
La primera emoción que conmovía
El alma juvenil en aquel tiempo
De ilusiones y gloria,
Era un indefinible sentimiento
De plácida alegría,
Oyendo el estampido
Del cañón que atronaba
El aire, y que los triunfos anunciaba
De la Patria naciente,
Que, en su primer aurora,
Deidad omnipotente,
Era del corazón dulce señora.

Romero le escuchaba; sacro fuego
En su moreno rostro se encendía,
Y a las armas corriendo,
Generosos ejemplos imitando,
Fue de entusiasmo lleno
Infante de la Patria;
Sirvióla con amor y con constancia
O'Higgins, Vial, Carrera,
Mil veces le mandaron
Al combate, a la muerte, a la victoria,
Y padeció con gloria
De Rancagua en la escena lastimera.
El grande San Martín entre sus bravos
Le contó en Chacabuco;
Y en el Cinco de Abril su sangre pura
Ofreciendo esforzado ante las aras
De la libertad santa,
Retocó su esplendor y su hermosura.

Pero, lejos de mí la cara imagen

Del siglo de oro de la patria amada;
De la dicha soñada
Se oscurece el camino,
Y perdonad si canto sin concierto,
Que este día llorar es mi destino.

Crisol de la virtud es la desgracia,
Mas ¡ay del que a los buenos ejercita
Con criminal audacia,
Saciando impune su insolente gusto,
Que venganza el delito al cielo grita,
Y si el hombre perdona, Dios es justo!...

El sensible Romero
Atormentado fue y al fin postrero
De su avanzada vida
Una profunda herida
Su pecho laceró. Baldón injusto,
Ultraje inmerecido,
Cayó en el nombre de la casa ilustre,
Donde vio la luz primera:
Oyólo referir sin verter llanto,
Muda dejó caer sobre la almohada
Su cabeza abrumada,
Por el dolor, indignación y espanto…
¿Qué pensó ¡oh Dios! en el supremo instante?
No lo sé, no, mi pluma no es bastante
A pintar su aflicción leal y profunda.

Minó hiel corrosiva
Su noble corazón… sordos rumores
Circundaron su lecho de dolores
Sus ansias redoblando;
Y en un aciago día,
Rompiéndose su frágil estructura,
Su alma abandonó el mundo
Y su cuerpo ocupó la sepultura.

Lloremos de la Parca el golpe fiero
Que arrebató a Romero,
Cuando el feliz invierno comenzaba,
De su honrosa vejez. Padre afectuoso,
Respetado vivía
En su familia amada y era el norte
Del pueblo que sus canas presidía.
Fiel custodio del solio de la ley
Sus secretos guardaba

Mientras con sus ejemplos enseñaba
El orden y el respeto, al pueblo, rey.
Pero él murió! la vívida centella
Que titilaba en su pupila ardiente
Por siempre se apagó, y el indigente
No verá correr de ella dulce llanto
De compasión y amor. Está desierta
De la cárcel la puerta,
Y en vano el desgraciado, el inocente,
Exhalan su clamor; al compasivo
Corazón de Romero ya no alcanza:
Romero que prestaba atento oído,
Aun del culpable al mísero gemido,
Y lleno de ternura y de indulgencia
A la recta justicia
Un fallo le arrancaba de clemencia.

Decidlo, tristes reos, que a la vida,
Del cadalso tornó, los hijos tiernos,
Las hermanas, las madres, las esposas,
Que imploraron llorosas
Su dulce compasión y que la hallaron
Sensible a su dolor, noble y humano,
Imagen expresiva
De la bondad del padre soberano.
¡Oh cuántas bendiciones
Se oyeron en su lecho de agonía!
Voces de santo perenal consuelo,
Acentos de dulcísima armonía
Que su alma acompañaron hasta al cielo.

Al tocar los umbrales
De la eternal morada,
Los Padres de la Patria venerandos
Afables al mirarle sonriyeron,
Con amor inefable,
Y entre sus sillas de oro le pusieron.

Ese ataúd que encierra
Sus restos y su nombre y su memoria,
Son prendas siempre caras
Que con amor conservará la historia…
Pero ¡qué escucho, oh Dios!—su voz sonora
Resuena en mis oídos,
Que por nosotros el favor implora
Del Supremo Hacedor.---Mirad cual torna
La iluminada faz desde la altura,

Y a mirar nos convida
La mansión eternal de luz y vida;

--“Aquí, dice, no impera
Del hombre la injusticia,
Su cetro la malicia
Quebranta en este puerto de salud;

“Y el que un tiempo arrastraba
Ominosa cadena,
Aquí con faz serena
Respira de penosa esclavitud.

“Mirad esas moradas,
Que a su gloria esplendente
Crió el Omnipotente,
Inmensa en belleza y magnitud.

“Y las verdes praderas,
Las cristalinas fuentes,
Las límpidas corrientes,
Donde refleja sempiterna luz.
“Colinas de esmeralda
Esmaltadas de flores,
Y blancos esplendores
De una nieve de eterna pulcritud.

“¿No escucháis los cantares
En que absorta la mente
Se embriaga dulcemente
Alabando de Dios la excelsitud?

“Esta dicha en el mundo
No tiene voz ni nombre,
Ni apena alcanza el hombre
Desde la tierra un rayo de su luz.

“¿No veis de la inocencia
La divinal sonrisa,
Cual perfumada brisa
Que exhala el puro olor de la virtud?

“Mirad los rostros bellos
Que nuestros ojos vieron,
De los que justos fueron
Y hoy gozan de la eterna beatitud.

"La razón, que orgullosa
Llamó ciego al destino,
Ve en el fallo divino
La justicia en su eterna plenitud;

"Y confundida adora,
Inclinando la frente,
Al Ser Omnipotente
Que premia al que marchó tras de la cruz.

"¡Ah, si del alma viérais
El gozo puro, intenso,
Que cual raudal inmenso,
Se llena de delicias y de luz!...

"Dejad, dulces hermanos,
Dejad la impura tierra,
Donde tan cruda guerra
Se hace hoy al sacro honor y rectitud.

"Y donde cuanto existe
De noble y generoso
Con ridículo odioso
Arrastra el negro vicio al ataúd.

"Buscad al Dios inmenso,
Seguid sus santas huellas,
Y vívidas centellas
Surgirán de la vía de salud.

"Amad la patria bella,
Amad al mundo entero,
Explotad el veneno
De amor que hay en el árbol de la cruz.

"Venid al fin conmigo
Al descanso del justo
Mientras al mundo injusto,
Cubre el crimen con su horrido capuz."---

MI PATRIA[43]
(en febrero de 1859)

SONETO

Con ojos lagrimosos busca en vano
La Patria una esperanza que la aliente:
Piérdese inútil su clamor doliente
Y su gloria es despojo de un tirano…

El campo, la ciudad, el monte, el llano,
Cubre de sangre férvido torrente,
Y el vértigo fatal que el alma siente
Lo comprime el terror con férrea mano…

¿Y es esta aquella Patria que algún día
El brazo de mil héroes rescatara
De la antigua, ominosa tiranía?

Ella es! mas ¡oh dolor! quién lo pensara!
Yace postrada en mísera agonía
¡Profanada deidad sin culto ni ara!...

---

[43] La publicación de este soneto, hecha dos años después de compuesto, dio motivo a una polémica en la que se le achaca al autor el propósito de querer reavivar odios apenas sofocados. Nada estaba más lejos de su mente que semejante intención; no se la habría atribuido quien conociera a fondo su carácter. El autor quiso vindicarse y lo hizo en el siguiente:

SONETO.

Hay instantes de horror en que la mente
Exhala su penar cual ronco trueno
Que ruje de las nubes en el sen0
I las desata en liquid0 torrente:

Por la patria verter llanto doliente
Propio es de un corazón de su amor Ileno,
Si ella apura la copa del veneno
0 amancilla el baldón su regia frente.

Anatema al rencor y al egoísmo
Unión, olvido, paz, solaz i gloria,
Solo anhela el sincero patriotismo;

Mas no mueren los hechos de la historia,
Y de reprobación el alto grito
Contiene en sus desbordes al delito.

[N. del E.]

A MANUEL RODRÍGUEZ EN LA INAUGURACIÓN DE SU MONUMENTO

La gloria y el pesar hoy se dividen
El corazón y el alma del patriota
Y vibra el aire una doliente nota,
Eco eternal de inextinguible amor.
Rodríguez inmortal, los nobles hijos
De aquellos que salvaste con tu arrojo
Hoy visitan tu mísero despojo
Y lágrimas te ofrecen de dolor.

Un día lanzó Chile hondo gemido
Que resonó en tu pecho generoso
Y de Maipo en el campo polvoroso
El casco resonó de tu corcel.
Muerte fue tu divisa. La victoria,
Mirándote amorosa y condolida,
Trocar no pudo el signo de tu vida
Y te ciñó fatídico laurel.

Desapareciste… ¡Oh Dios! Pasión traidora
Te dio muerte alevosa y simulada…
En silencio por ti la Patria amada
No cesó largos años de gemir.
¡Oh memoria de duelo y de amargura!
¡Mengua que no redime inútil lloro!
¡Oh de cuánta virtud rico tesoro
Arrebatado en flor al porvenir!

Caiga el sombrío velo del olvido
Sobre este cuadro de dolor profundo,
Y tiemble el héroe, aunque le admire el mundo,
Si un crimen ha manchado su blasón…
Mas tú, Rodríguez, vive glorioso,
Que en este suelo donde mártir fuiste
A tu alto nombre, a tu recuerdo triste
Un santuario ha erigido el corazón.

AL EMINENTE PATRIOTA DON MARIANO EGAÑA

SONETO

Alzó Chile su faz descolorida,
Agitando sus míseras cadenas,
Y en las almas brotó de fuego llenas
La noble audacia a la virtud unida.

Egaña, tu alta mente así encendida
En patriótica llama, en las arenas
De Juan Fernández sueña las escenas
Donde vertió tu palabra luz y vida.

Calle la indiferencia que pretende
Oscurecer las glorias del pasado
Y nombres olvidar que no comprende;

La Patria con amor los ha grabado,
Y aún resuena dulcísima en su oído
La voz de su orador esclarecido.

AL GENERAL ARGENTINO DON JUAN LAVALLE EL DÍA DE LA EXHUMACIÓN DE SUS CENIZAS

Una tumba se abre hoy ante mis ojos
Que Chile cobijada silenciosa
Y de los yertos, míseros despojos
Veo alzarse una sombra esplendorosa.

De libertad las auras trasandinas
Con animado soplo levantaron
Esa losa, y hazañas peregrinas
De Lavalle a la América mostraron.

Álzate del sepulcro, denodado
Héroe, que al ver tu Patria redimida,
El polvo que te cubre te es pesado
Y de gloria recobras nueva vida.

Levántate, en tu Patria idolatrada:
Brilla de libertad el claro día,
Rota está la cadena ensangrentada
Con que la envileció la tiranía.

Pero ¿dónde está el déspota inhumano?
Dónde su vano orgullo y poderío?
Dónde está aquel, a quien con fuerte mano
Hasta la muerte desafió tu brío?

¿Dónde el que alzando enseña ignominiosa
Cubrió a Bonaria[44] de dolor profundo
Y proverbial su tiranía odiosa
Hizo su nombre por el ancho mundo?

Dónde el Rosas se oculta que algún día,
Con insulto sacrílego e insano,
Para sí los honores pretendía
Con que honrad debe a Dios el ser humano…?

Desapareció; no fue… cual humo leve
La disipó el aliento del Dios vivo,

[44] Hace referencia a Nuestra Señora del Buen Aire, una advocación mariana considerada en su tiempo patrona de los navegantes. Su nombre dio origen a la actual ciudad de Buenos Aires. De acuerdo al origen de la advocación de Santa María de los Buenos Aires: "La Ciudad de Cagliari en la isla de Cerdeña, Italia, por iniciativa de su Club de Leones, ha hecho donación a la Ciudad de Buenos Aires por intermedio del Club de Leones de Belgrano, de una imagen de Nuestra Señora de Bonaria o de los Buenos Aires para que sea colocada en nuestro puerto". *Santa María de los Buenos Aires, Origen y trayectoria*. Consejo Nacional de Educación. Buenos Aires, 1968, pág. 5.

Que a los tiranos en sus solios mueve,
De los valientes al esfuerzo activo.

Prófugo vaga, y en lejana tierra
El ludibrio y la infamia en pos le siguen;
Al mirarle, el terror los ojos cierra
Y sangrientos fantasmas le persiguen…

Pero tú vives, vivirás eterno
Y en los anales de la Patria mía
Tu claro nombre, tu recuerdo tierno
Resonarán cual pura melodía.

Joven imberbe, en Chacabuco, osado
Con el gran San Martín ya la adiestrabas
En conquistar la palma del soldado,
Y en vencer los tiranos te gozabas:

En los campos de Maipo y Talcahuano,
En la tremenda lid ¡oh prueba dura!
Sorprendido admiraba el veterano
Tu juvenil arrojo y tu bravura.

Por la discordia fiera nueva senda
Discurriste de gloria y de dolores
Hasta inmolar tu vida, dulce prenda
Que dio a la Patria claros esplendores.

Y muerto ¡oh Dios! tu polvo perseguido[45]
Reposo halló, modesta sepultura
En Chile, donde ignoto y escondido
Aguardó un nuevo día de ventura.

Religiosa afección, respeto santo,
Guardó este polvo con lealtad constante,
Y tu esposa vertiendo acerbo llanto
Lo estrechó tierna contra el seno amante.

Dolor intenso, gratas bendiciones
Te consagra de Chile el patriotismo,
Que guardará entre dulces emociones

[45] Rosas persiguió, en efecto, el cadáver de Lavalle que sus compañeros de armas llevaron en su fuga, logrando sacarlo hasta Bolivia de donde sus huesos fueron trasportados a Chile por uno de sus fieles veteranos que les dio sepultura en Valparaíso. Mansilla se apellidaba este hombre, modelo de lealtad, quien permaneció hasta su muerte en el suelo donde yacían los restos de su ilustre general. [N. de la A]

Recuerdos de tu trágico heroísmo.

Al trasladarse la urna funeraria
De tu natal país al caro suelo,
A la futura suerte de Bonaria
Astro serás de plácido consuelo.

En tus reliquias va prenda segura
De seductora paz y bienandanza;
¡Ay! De felicidad serena y pura
Déjanos ¡cara sombra! una esperanza!

Parte: te aguardan libertad y gloria
Del Plata allá en las límpidas arenas,
Mientras se desvanece la ilusoria
Visión hermosa que columbro apenas…

Descansa en paz! De fama duradera
Monumento le ofrece el argentino,
en él refleja desde el alta esfera
El *sol de Mayo*[46] su esplendor divino

[46] Emblema nacional de Argentina y de Uruguay.

A LA UNIÓN AMERICANA

SONETO

¡Unión! sagrada, Unión
Que con firme lealtad y confianza,
Tejen la libertad y la esperanza,
Para fijar de América el destino.

Cual sierpe que se enrosca al fuerte piso,
La ambición europea hoy se abalanza
A cerrar con su orgullo y su pujanza
De tanta gloria el fúlgido camino…

Mas dice la verdad con voz sonora
¡Al mundo de Colón: --"alza la frente,
Veo tu astro brillar en feliz hora;

"Unido serás libre, prepotente:
Obedece hoy al númen que te inflama
Y al sacrificio y al deber te llama."

AL 18 DE SETIEMBRE DE 1865

SONETO

Alza la Patria al cielo una mirada,
No lagrimosa y de dolores llena,
Sino radiante, impávida, serena,
En sus primeras glorias inspirada.

A sus héroes contempla y arrobada
Se goza en su virtud: de miedo ajena,
Huella con firme planta la cadena
Por tan sublime esfuerzo destrozada!

Mas, gira en torno los divinos ojos…
¿Y qué ve? Nueva prole de valientes,
Que mil vidas le ofrecen por despojos.

Su faz despide rayos esplendentes,
Y, de bélico ardor henchido el seno,
"¡Dulce es morir por ti!" clama el Chileno.

A S. E. EL SEÑOR DON JOSE JOAQUÍN PÉREZ, PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE CHILE

ODA

¿Pudo lucir el suspirado día
De gozo, de solaz y de esperanza,
Y el iris bendecir de la bonanza
El corazón henchido de alegría?
Sí, que llegó el instante
De plácido consuelo,
En que benigno el cielo
Nueva luz no concede, nueva estrella.
Que un esplendor purísimo destella.

Huyó la tempestad; los aquilones
Templaron ya de su hórrida fiereza
El ímpetu tenaz; naturaleza
Saluda con dulcísimas canciones
Nuestro *sol de Setiembre*
Graciosa mensajera
De dicha duradera,
Blando beso de paz hoy nos imprime,
Y enjuga el llanto al que aprimido gime.

Respira el corazón alborozado
Mil felices augurios presintiendo,
Y a gratas emociones reuniendo
Recuerdos de la gloria del pasado:
Porque huyó el tiempo infausto
En que discordia fiera
Encendió impía hoguera,
Y al vértigo fatal de un odio insano
Se derramó la sangre del hermano.

¿No escucháis en el aire perfumado
La voz de una nación libre que aclama
Al Pérez por su jefe y que le llama
Patriota generoso?¡Nombre amado,
Que su dicha asegura
Y el reinado levanta
De la justicia santa,
Don la ley impere denodada
Y salve ¡ay! a la patria idolatrada!

Oid, oid el eco que resuena

En los oscuros antros donde gimen
Las virtudes revueltas con el crimen
Agitando su mísera cadena;
Allí con nuevo aliento
Ven despuntar la aurora
Que señala la hora
De redención, tornando al aura pura
De libertad, de paz y de ventura.

Tras el undoso mar y en las regiones
Del antártico polo, entre los hielos,
Miradas mil se tornan a los cielos
Y a la patria feliz mil corazones,
Porque apareció el día
De suspirada calma,
En que respire el alma
Del proscrito, tornándose al reposo
De sus hogares, en su suelo hermoso.

Rompiendo la cortina de los cielos
Y entre nubes, de nácar y de rosas,
Se levantan las sombras luminosas
De los nobles patriotas, tus abuelos.
Con expresión solemne
Afables te bendicen
Y de consumo dicen:
–"Salva esta dulce Patria que aún amamos,
Guarda la libertad que conquistamos."—

Y tú, Patria dichosa, alza la frente,
Bañada en lumbre plácida y serena,
Ya que, de gozo y de entusiasmo llena,
Cumples tu voluntad omnipotente;
Y al digno ciudadano,
Que cura tus dolores,
Abre senda de flores:
Del pasado finó la cruda historia,
Pérez será el custodio de tu gloria.

POEMAS RELIGIOSOS/PIADOSOS/CARITATIVOS

LA EXISTENCIA DE DIOS

SONETO

"El Universo es Dios" dice el impío
Que otro tiempo dijera: "Dios no existe":
De humana corrupción gemido triste!
De la frágil razón hondo extravió!

La luz, la tierra, el sol, el monte, el río,
El prado que de flores se reviste,
El aire, el ancho mar, tú los hiciste
¡O Señor! Con tu inmenso poderío.

Pero toda esta gran naturaleza
A sí misma se ignora, y al potente
Autor de sus arcanos y belleza:

Solo al hombre, ser libre, inteligente,
Dios reveló su nombre y su grandeza
¡Y el necio huye de Dios ciego y demente!

A UNA ROSA

SONETO

Dime, Rosa gentil, ¿quién ha tejido
El rico terciopelo de tus hojas?
Y el suave aroma que en el aire arrojas
¿Quién en tu puro cáliz ha vertido?

Ese rojo botón que se abre erguido,
Cuando de tus hechizos te despojas
Y cerca del amante seno alojas,
Como madre feliz a hijo querido;

Dime ¿a quién debe el ser? –"A la natura"
Responde el hombre frío, y de su ciencia
Orgulloso, ni aun mira tu hermosura:

Mas, tú dices: –"de Dios la providencia
Fue quien me dio beldad, gracia y frescura;
Adorad del Señor la omnipotencia."—

AL PIE DE LA CRUZ. PLEGARIA
AL ILTMO. SR. D. JOSE HIPÓLITO SALAS[47], OBISPO DE CONCEPCIÓN

Dulce Jesús, al pie del árbol santo
De donde pendiera la salud del mundo,
El alma llena de dolor profundo,
Raudal quiero verter de amargo llanto.

Quiero llorar: el corazón doliente
En el piélago instable de la vida,
Sufre punzante, lastimosa herida,
Y a tus pies se deshace en llanto ardiente.

Quiero cerrar mis lagrimosos ojos
A la injusticia, a la impiedad, al crimen,
Conjurar los terrores, que me oprimen
Y darte el alma toda por despojos.

Quiero llorar los míseros errores,
En que sumidos viven los humanos,
La ciega obsecación de los tiranos,
Y de tus pueblos fieles los dolores. (36)

Lloraré la ilusión del vulgo necio,
Las burlas que a la luz del claro día,
Te hace la turba maliciosa, impía,
Volviéndote la espalda con desprecio.

Siento rugir la tempestad airada,
Oigo de la blasfemia el grito horrendo,
Veo girar en torno con estruendo
Multitud hacia el mal precipitada.

Prestigiosa ilusión su mente ofusca,
Vértigo del infierno la arrebata,

[47]José Hipólito Salas (1812-1883) fue un eclesiástico nacido en un pequeño pueblo cercano a Rancagua. Desde temprana edad logró afianzar su vocación religiosa pues en su propio hogar su padre logró abrir un oratorio en el cual se celebraba la Misa y en el que frecuentemente se realizaban misiones religiosas. Desarrolla su educación en el Convento de San Agustín donde aprende cátedras de retórica, filosofía, ciencia, etc. Enla Universidad de San Felipe obtiene su grado de bachiller en Teología. En el Instituto Nacional posteriormente se desempeña como profesor de religión. Su carrera se ve envuelta en un contexto de convulsión social y política durante el gobierno del presidente Errazuriz, puesto que se gestaba el enfrentamiento entre sectores liberales y conservadores. El por ese entonces Obispo de Concepción Hipólito Salas vuelve a Concepción con el fin de organizar al Partido Conservador, y defender de esa forma Iglesia a través del aparato político, ya que en el país se estaba gestando la organización de los sectores radicales que postulaban el desarrollo de una sociedad laica. Para ese motivo colaboró con un periódico llamado La Revista Católica con el cual patentan la necesidad de defender la tradición eclesiástica y la integridad del catolicismo frente a la confrontación de los grupos radicales.
Referencia en: Dougnac Rodríguez, Antonio: *Eljuramento civil de los obispos en el pensamiento de José Hipólito Salas.*Memoria para optar al Grado Académico de Licenciado en Ciencias Jurídicas y Sociales. Universidad de Chile, Facultad de Derecho. Departamento de Ciencias del Derecho, Santiago de Chile, 2012.

Y cual torrente impuro se desata,
Hallando perdición donde dicha busca.

Mas ¡ay! yo estoy unida estrechamente
A tu Cruz santa, Salvador divino,
Que eres luz de verdad, vida y camino,
Donde reposa la agitada mente;

Donde halla el corazón sublime aliento,
Vida, de amor y de esperanza llena,
Fe, que enaltece el alma, paz serena,
Centro a la aspiración y al sentimiento.

¿Qué importa que el abismo se desate,
Escupiendo improperios a tu aureola,
Si pura y esplendente se enarbola
En el mundo la enseña del Rescate?

Si brilla en las alturas, dibujada
Su bella forma en el azul del cielo,
Y es signo de victoria y de consuelo
A la hueste, que lidia en ti confiada?

Así se levantó sobre el Calvario
El día del perdón y en tus dolores
Pira fue de suavísimos olores
Y la gloria y honor de tu santuario.

Si: pendiente te miró de ella, el día
En que, extendidos los potentes brazos,
Uniste cielo y tierra en dulces lazos,
Y el hombre rompió el yugo en que gemía.

Veo el rostro de célica belleza
Oscurecido, los divinos ojos
Templar del Padre excelso los enojos
Y cambiar de su fallo la entereza:

Y traspasada está la sien divina,
En burla y en escarnio de tu nombre,
¡Rey de la eternidad y Rey del hombre
Con la corono de punzante espina…

Pero se entreabren, ahí! los secos labios
¿Qué van a proferir? ¿justicia imploran?
–"Padre, dice, perdónalos, ignoran
Lo que hacen, y al que hieren sus agravios!"—

Y muere, ¡oh Dios! el Salvador del mundo
Y se cumplen las grandes profecías,
Contados del hebreo están los días.,
Húndese el fuerte armado en el profundo.

La Víctima los ángeles del cielo
Contemplan con atónita mirada,
Y del Profeta Rey la harpa enlutada
Vibra sonidos lúgubres de duelo.

Se estremece la tierra, se transforma
Naturaleza toda, sin ejemplo
Oculta el sol su faz y el sacro templo
Rasga el místico velo que lo adorna.

Y aquel trono de angustias, el madero,
En que el dulce Jesús exhala el alma,
Es de su triunfo la brillante palma
Y de dicha y amor rico venero.

De la tierra la faz se purifica,
Todo lo atrae a sí el Crucificado,
Que, sobre la cruz santa levantado,
La humanidad restaura y santifica.

Sobre los cuatro vientos esparcida
Va la palabra santa, la luz nueva,
Y del martirio a la sangrienta prueba,
La idolatría yace confundida.

Brota la Iglesia cual Edén fecundo
Virtudes nuevas que ignoraba el hombre,
Vence el Cristo potencias, y su nombre,
Diez y ocho siglos há, reina en el mundo!

Y el hombre es libre, que la ley divina
De toda esclavitud le ha redimido;
La sangre de Jesús le ha enaltecido,
Su cuna y su sepulcro se ilumina…

Mas! qué veo? ¡oh dolor! la raza impía
Nueva crucifixión emprendose osada[48]
Y de Jesús la aureola mancillada
Señala con satánica ironía!

[48] [48] La obra impía de Ernesto Renán. [N. de la A.]

El abismo con bárbaro alarido
Gritó—"Jesús no es Dios!"--¡blasfemia horrible!
La ciega humanidad ¡cosa increíble!
Tan sacrílega voz ha repetido!

¡Y le miran, le mofan, le escarnecen,
Meneando su cabeza desdeñosa,
Y, alzando frente osada y alevosa,
En renegar del Cristo se envanecen!

Oigo esa voz maldición, de hielo,
Que anonada la dicha y la esperanza,
Que extingue la virtud, y en lontananza
Señala un porvenir sin Dios ni cielo!
El error nuevas formas aparenta
Y, seduciendo incautos corazones,
Al Cristo le disputa sus blasones
Y su trono de luz volcar intenta.

¿Y tú escuchas ¡Dios mío! La palabra,
Que de impostor te acusa y con dulzura
Esperas que la ingrata criatura
El corazón a tus bondades abra?

¿O aguardas para dar el fallo eterno
Llene la iniquidad fatal medida
Y la soberbia por tu rayo herida
Te confiese ¡qué horror! en el infierno?...

No: perdona, Señor, sus liviandades,
Son ciegos que han errado su camino,
Llámalos al redil, Pastor Divino,
Antes que baje el sol de sus piedades!

Antes que de tinieblas rodeados
Sin guía, ni fanal que les alumbre,
Desde su insano orgullo en la alta cumbre
Rueden al precipicio derrocados!

Rompe la oscura venda que a su vista
Pone el genio del mal con diestro amaño,
Vean de su ilusión el desengaño
Y al poder de tu amor nada resista!

Y lloren, oh Señor, sus extravíos,
Hallen en su dolor almo consuelo,

Y, a vista de su alianza con el cielo,
El llanto enjugarán los ojos míos…

…Mas, crece el huracán, los hondos mares
Se agitan en revueltos torbellinos;
Nuevas creencias, ritos peregrinos,
Te disputan tu culto y tus altares.

Y en pos de la verdad veo el engaño,
En pos de la virtud el torpe vicio,
Que, tal de la impiedad es el desquicio
Y del corrupto siglo el rumbo extraño.

A ti, Dios, Creador del cielo y tierra,
Amable Redentor del mundo entero,
Con vil ingratitud y engaño artero
Se hace injusta, tenaz, impía guerra.

Piedad, ¡oh Dios de amor! en la agonía
Amantes hijos tu favor reclaman!
Oye a los que te adoran y te aman,
Salva la grey, Señor, que en ti confía!

Oye al mártir, Pastor de tu manida,
Que, los brazos al cielo levantados,
Te ruega por los hijos extraviados
Y por tu santa esposa perseguida!

Contempla, oh Dios, mil corazones fieles,
Que sufren por tu causa aciaga pena,
Derraman triste llanto en larga vena
Y apuran por tu amor amargas hieles!

Escucha de tus siervos el gemido,
Calma de la impiedad la furia horrenda,
Acepta de los justos pura ofrenda
Salva a tu pueblo amado y escogido,

Que unido en torno de su enseña santa,
Fijos sus tristes ojos en la altura,
De ti espera el auxilio en su amargura,
Combatiendo el error con firme planta!

Mientras en fe divina enardecida,
El alma llena de mortal quebranto,
Con mi amor te consagro y con mi llanto
Este suspiro de mi inútil vida!

LA ANUNCIACIÓN

De rodillas la Virgen María
Y cubierta de cándido velo,
En su estancia elevaba hasta el cielo
Fervoroso y sentido clamor.

Ella piensa en el mundo infeliz,
Que, aherrojado en gravosa cadena,
De la culpa primera la pena
Paga ciego en tinieblas de horror.

Exhalando suspiros ardientes
A Jehová sus plegarias dirige
Y, en la pena que el alma le aflige,
Esta voz de su labio salió:

--"Rasga, o cielo, la nube cargada,
Y descienda el rocío fecundo,
Brote el lirio en el valle profundo,
Derramando balsámico olor.

"Venga el Justo, y orbe oprimido
Rompa ya su pasión ominosa,
Y levante su frente radiosa
La virtud, so la ley del amor.

"Ese sello de antigua impureza,
Que del hombre amancilla la frente,
Borra, oh Dios, con tu diestra potente,
Al influjo de un dulce perdón."—

De improviso la estancia se llena
De una luz esplendente y divina,
Y celeste visión peregrina
A la santa doncella turbó.

Vio de un ángel la faz inspirada
Majestuosa brillar y serena,
En su mano la blanca azucena,
Puro emblema de gracias y candor.

--"¡Dios te salve, divina María!
Dice el ángel, tú tienes la gracia
Del Señor, y, a su santa eficacia,

Serás madre del Dios Redentor.

"Y hollarás con tu planta inocente
Del dragón infernal la malicia;
En ti el cielo tendrá su delicia
Y la tierra su gloria y su honor."—

Pudorosa la humilde doncella
Que de virgen consiente blasones,
De Dios mismo rehúsa los dones,
Fiel al voto que un día ofreció;

Mas Gabriel le replica:--"No temas,
Del Señor la potencia esforzada
Te cubrió con su sombra sagrada,
Serás Virgen, y Madre de Dios."—

Un raudal de inefable consuelo
Rebosó de María en el alma,
Aura suave que mece la palma
Y sus ramos flexibles rindió.

--"Sierva soy del Señor y consiento,
Cúmplase su mandato divino…"—
Dijo.—El orbe cambió su destino
Y el Dios Hombre en su seno habitó

Resonaron los orbes celestes
Con armónicas, nuevas canciones
Y descienden del cielo legiones
De los ángeles puros de Dios.

Se estremecen las altas montañas
Se conmueven los valles profundos,
La esperanza visita a los mundos,
Al mirar el prodigio de amor.

De los justos las almas perciben
Dulce calma, alegría divina,
A los limbos un astro ilumina
Y el infierno retiembla de horror.

Del esclavo infeliz, del cautivo
Se aligera pesada cadena,
Y de súbito al triste enajena
Suave llama de plácido ardor.

Saludemos al mundo feliz
Y clamemos con nueva alegría:
--¡Dios te salve, divina María
Madre santa del Dios Salvador!

Toda el alma te damos gozosos
A ti, fuente de dulce consuelo:
Bendecidnos de lo alto del cielo,
¡Virgen, Madre del Verbo de Dios!

AL ILTMO. SEÑOR DON RAFAEL V. VALDIVIESO, ARZOBISPO DE SANTIAGO[49], A SU VUELTA DE ROMA EN 1861

ODA

Tornas, Pastor celoso,
Al blando seno de tu grey amada
Y al prado deleitoso,
Donde ella contristada
Lloró un día tu ausencia malhadada.

Huyó el nublado umbrío
Que el collado enlutó y el templo santo:
Paróse el ancho río
Del angustioso llanto
Y en gozo se tornó el fiero quebranto.

Brilla en el alto cielo
Nueva luz de esplendente, suave llama,
Que en divinal consuelo
El corazón inflama,
Y por el pueblo todo se derrama.

Con placer delicioso
Dilátase hoy el pecho enternecido;
El cuidado enojoso
Huye, cual aterido
Invierno, por el rubio sol vencido.

Ostentan gayas flores
A tu paso una alegre primavera,
Balsámicos olores
Suben a la alta esfera,
Derramados en aura placentera.

De caridad hermosa
Nuevo rayo de luz brilla en tu frente,
Que la faz amorosa
Te imprimió dulcemente
Del Vicario del Dios Omnipotente.

[49] Don Rafael Valdivieso fue designado como Arzobispo de la Iglesia Metropolitana de Santiago el año 1847 "siendo consagrado el dos de julio de 1848. Valdivieso se abocó fundamentalmente a sus labores pastorales, a dignificar el magisterio tanto en el clero secular como en el clero regular". En la nota se menciona también que el Arzobispo se opuso de manera férrea al protestantismo que estaba tomando fuerza en el país durante la época del siglo XIX. [N. de la C.]

Y la fe incontrastable
Con que el mártir obtiene noble palma,
Egida impenetrable
Que fortifica el alma,
A tu semblante da celeste calma.

Gozoso te saluda
Ebrio de amor, tu pueblo entusiasmado…
¡No haya una lengua muda,
Para el Pastor amado,
Ni un corazón indiferente, helado!

Veo un ángel divino
Mostrándonos en larga lontananza
Un iris peregrino,
Símbolo de esperanza
Y de alma paz que la virtud alcanza.

Y el que es tres veces Santo,
Desde su eterno asiento allá en la altura
Al justo enjuga el llanto,
Y con blanda ternura
Su corazón alienta y asegura.

Pasa la negra nube
Del error a la faz del Dios potente,
Humíllase el querube
Y del hombre la mente
Sus decretos adora reverente.

Vencer por la justicia
Y el amor, es verás sólida, gloria,
Y al romper la malicia
Su miraje ilusoria,
Brilla ilesa del justo la memoria.

Goza, Pastor amado,
Tantas nobles y puras emociones;
De virtud coronado,
Reina en los corazones,
Y cólmanos de dulces bendiciones.

AL MISMO

SONETO

Brilla como la luz de la mañana
Tu virtud: de la vida en los azares,
Como la roca en medio de los mares,
Resiste del turbión la furia vana.

De piedad tipo fue tu edad temprana;
Y, orgullo de tu patria y de tus lares,
Víctima te ofreciste en los altares
Que bendijo la mano soberana.

La noble fortaleza, el santo celo
Que armoniza el deber con la dulzura,
Dotes son que no en balde le dio el cielo.

Tu caridad, tu ciencia y tu fe pura,
De tu amorosa grey luz y consuelo,
Gloria dan a la Iglesia en su amargura.

A LA SEPULTURA DEL ILTMO. SEÑOR DON MANUEL VICUÑA

PRIMER ARZOBISPO DE LA IGLESIA CHILENA

SONETO

Yace bajo esta losa muda y fría
El despojo mortal del Pastor santo,
Que en vano riega el abundoso llanto
De su grey solitaria, noche y día.

La tierna Magdalena así gemía,
No encontrando el cadáver sacrosanto
De Jesús, y tal era su quebranto
Que la divina voz desconocía…

Cumplióse aquí la ley de la natura:
Un vacío, un dolor, una memoria,
Solo deja al morir la criatura:

Mas, si rauda se eleva hacia la Gloria
El alma eterna, refulgente y pura,
¿Dónde está de la Muerte la victoria?

AL ILMTMO. SEÑOR DON IGNACIO CIENFUEGOS[50]

SONETO

De aquella religión pura y divina
Que al esclavo le abrió puerta sagrada
Fuiste ornato, Cienfuegos, ilustrada
Tu mente con su lumbre peregrina.

En tu senda de honor la cruda espina
Brotó del infortunio, y más osada
Tu alma grande se alzara alborozada
Al blanco que la suerte la encamina.

Tu alto civismo y clara inteligencia,
Tu libre voz, tu pastoral desvelo
Tesoros eran de virtud y ciencia.

Dios y la libertad fueron tu anhelo,
Y al terminar tu plácida existencia
El Ángel de la Patria te abrió el cielo.

[50] José Ignacio Cienfuegos (1762-1847) fue un sacerdote domínico chileno. Durante el gobierno de O'Higgins estuvo a cargo de la diócesis de Santiago, En agosto de 1821, O'Higgins le encargó la misión de ser Ministro Plenipotenciario de la República de Chile frente al Vaticano. Gracias a su labor, el Papa, reconociendo la existencia del nuevo Estado de Chile, después del período de la Independencia, nombró a Juan Muzi como un vicario apostólico ante el gobierno chileno en el año 1824. [N. de la C.]

A LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN[51]

¿Qué voz de celestiales armonías
Sale del templo augusto,
Y qué torrente inmenso de alegrías,
Se desprende del cielo,
Inundando en dulcísimo consuelo,
La Iglesia universal? El Padre Santo
Torna en júbilo el mísero quebranto
Y une la Iglesia toda,
En este grande y memorable día,
En que con pio celo,
Juntos la tierra y el cielo,
Proclaman las grandezas de María.

Ya veo alzarse la benigna estrella
De la mañana, nuevos esplendores
Vertiendo en su purísimo destello;
La sonrosada aurora,
Rasga el velo de nubes con que encubre
Su atmósfera dorada,
Con celajes de nácar esmaltada;
El magnífico sol su lumbre ardiente,

Derrama en la natura;
Y a toda criatura,
Insensible o viviente
Despierta del reposo de la noche,
Para que todo en tan hermoso día
Celebre las grandezas de María.

María, la humildísima doncella
De Nazaret, la hermosa, la escogida,
Sin mancha de pecado concebida,
Para ser templo vivo
De la alta Trinidad, Hija del Padre
Y Esposa regalada
Del Consolador Santo;
Tú del mundo enjugaste el triste llanto
Y Eva muy más hermosa, muy más pura
Al nuevo Adán concibes

[51] La declaración dogmatica de la Inmaculada Concepción de María Santísima fue celebrada en Santiago con una pompa que no ha tenido igual más tarde. Las autoridades eclesiásticas y civiles se unieron en estos solemnes cultos, con ocasión de los cuales escribió el autor este *Canto.* [N. del E.]

Y el inefable bien nos apercibes,
Que la vida eternal nos asegura.

Eres arca divina
Que en el naufragio universal guardaste
La virtud y la gracia peregrina,
Tabernáculo excelso, do reside
La majestad de un Dios; erguida palma
Que habitas el desierto silencioso,
Y fruto delicioso
Produces, que da luz y vida al alma.
Eres huerto sellado,
Jardín lleno de flores,
Que embriaga con suavísimos olores,
Por la mano del hombre no tocado
Y solo del Eterno cultivado,

Donde una fuente pura,
Resalta hasta la altura,
De la eterna región: impenetrable
Muro de fortaleza, que no asalta
La culpa ni el error, hija del cielo
Aun más que de la tierra:
Tú al dragón infernal haces la guerra
Y oprimes su fierísima garganta
Con tu inocente planta,
Sin que dejara en ella
Ninguna impura huella,
Ninguna mancha odiosa,
Su ponzoña alevosa;
Y al abismo profundo
Le arrojas con tu mano poderosa,
Regenerando por Jesús al mundo.

¡Oh! millares de veces bendecida
La que nos dio la vida
En el dulce Jesús, aquella excelsa
Virgen de las naciones suspirada
En la doliente expectación que el curso
Duró de tantos siglos,
Cuando la humanidad gimiera atada
Al carro del error y conocida
No era la ley de amor, ni la armonía
Con que con estrecho lazo el orbe todo
La luz de la verdad unir debía.

La Iglesia militante,
Hoy se une a la triunfante,
Y te proclama santa, inmaculada,
En tu concepción pura, venerada
Por los santos Doctores,
De todos conocida,
Como firme verdad, misterio amable,
Dogma de la razón y el sentimiento,
Culto privilegiado
De los siglos cristianos, que hoy consagra
La fe con su luz pura,
Y tu alta protección nos asegura.
Mas se abre el sacro templo, y la grandeza
Se admira de la pompa con que honrarte
Quiere la Iglesia toda en este día.
Ya el sacrificio augusto
Se ofrece del Cordero inmaculado,
Y entre las nubes del oloroso incienso
Se eleva un ruego fervoroso, ardiente,
Hasta el excelso trono
De la alta Majestad omnipotente…
Veo rasgarse el velo
Que cubre los misterios del empíreo
Y a la Virgen purísima llevada
Entre doradas transparentes nubes
Rodeada de hermosísimos querubes,
De fúlgidas estrellas coronada,
De luna y sol vestida,
Y de cielos y tierra bendecida.
Los Patriarcas la admiran silenciosos;
Los Profetas, que en místicas visiones,
Presintieron sus glorias
Reverentes acatan sus victorias.
Los Apóstoles santos,
De sus amargas penas y quebrantos
Testigos en su vida transitoria,
Hoy aquella memoria
Renuevan admirados,
Y en piélago insondable de dulzuras
La contemplan pasmados.
Las vírgenes la ofrecen sus coronas,
Los mártires sus palmas inmortales,
Y toda criatura
Angélica y humana
La proclama su reina soberana.
Y aún percibe el oído,
Por millares de voces repetido,

En los inmensos ámbitos del cielo,
El nombre de María,
Con inefable acento de alegría:
Ya los sacros querubes,
Pulsan sus arpas de oro,
Y un cántico sonoro,
De paz y de victoria
Resuena en el alcázar de la gloria:

–"Salve reina escogida.
Toda de gracia y dulzura llena,
Blanca estrella del mar pura y serena,
María sin pecado concebida.

Salve, hija del Eterno,
Maravilla de la alta Inteligencia,
Sublime emanación de su clemencia,
Que el poder humillaste del averno.

Salve, Madre más pura
Que el lirio de los valles argentado,
Tú llevas en tu seno inmaculado,
A Jesús, sol divino de hermosura.

Salve, Esposa querida
Del Sacrosanto Espíritu ara y templo,
Madre virgen, prodigio sin ejemplo,
Fresca rosa entre espinas elegida.

Salve, Mujer divina,
Bendecida entre todas las naciones,
Por ti suspiran las generaciones,
Belleza celestial y peregrina.

Salve, dulce consuelo
Del triste, del enfermo y oprimido,
Tú eres del pecador arrepentido,
La senda que conduce para el cielo.

Salve, por siempre hermosa,
Suave, clemente, sin igual María;
Tu perennal consuelo al mundo envía,
¡Oh Madre de la gracia portentosa!"—

Pero a la voz del celestial concierto
Se une un dulcegemido,
Un suspiro profundo

Que se exhala del mundo
Cual vaporosa nube del desierto;
Es la oración del justo,
Llama brillante, perfumada y pura
Que sube hasta la altura
En alas de mil ángeles llevada
A los pies de María Inmaculada:
–"Si, Madre de piedades,
Torna tu rostro celestial y mira
a iglesia del Señor: oye cual rugen
Las fieras tempestades
Que amenazan hundir en los abismos
De sus ondas impuras
Las más altas virtudes, afligiendo
Con dura prueba la constancia invicta
Del Pontífice Santo,
Que dirige la nave misteriosa,
En una mar airada y procelosa.
Conjura la tormenta
¡Oh benéfica estrella de los mares!
Sálvanos del horrendo precipicio,
Y no permitas que el error y el vicio,
Sacrílegos profanen tus altares.

"Prospere la virtud, a la influencia
De tu devoción santa
Como fecunda planta;
Y reanima la pálida centella
De ese fuego sagrado
Que el divino Jesús trajo del cielo
Y hoy convierte en cenizas
El egoísmo con su soplo helado.
De la esposa inocente,
De la madre afligida
La plegaria escucha enternecida,
Si tu favor implora
Por el alma y la vida del que adora…

"Mira, dulce María
Como la guerra impía,[52]
Armada de sus furias, inclemente
Arrasa toda gente,
Y en tan inmensos males,
Corre la sangre, la inocencia gime,
Y lágrimas se vierten a raudales.

[52] La guerra de Oriente estaba entonces eh su mayor fuerza. [N. de la A.]

Sé tú el iris de paz. O Virgen bella;
Con tu aliento divino
Calma el ciego furor de las pasiones,
E inspira en los humanos corazones
El fraternal amor, la religiosa
Veneración, por todo lo que es santo:
Conviértenos en gozo el triste llanto,
Y alcánzanos piadosa
Del Dios Omnipotente
Para todos los pueblos y naciones
El reino de la paz y la justicia
Y un tesoro de gratas bendiciones."—

Cesó la voz de la plegaria amante
Y un celaje brillante
Se desprende, que rápido ilumina
Nuestro planeta oscuro,
Mostrándonos la imagen peregrina
De la dulce María,
Que, en tan solemne día,
Por el orbe cristiano se pasea,
Madre amorosa y tierna
Signo de paz y alianza sempiterna.
Y el cántico sonoro
El himno de alegría
Que resuena por ambos hemisferios,
En concertado coro
Repito el eco de la patria mía.

CANTO A LA CARIDAD
CON MOTIVO DE LA INAUGURACIÓN DE LA CASA DE MARÍA
DEDICADO A SU FUNDADOR EL SR D. BLAS CAÑAS[53]

Y vendrá el extranjero y el huérfano que no
Tiene parte ni herencia entre vosotros, y come-
Rá hasta saciarse, para que el Señor Dios te
Bendiga en todas las obras de tu mano.
(Deut, cap.14, v.19)

Divina caridad, foco esplendente
De inspiraciones nobles y grandiosas
Hiere mi fantasía, habla a mi mente,
Penétrenme tus llamas ardorosas.

Muéstrame tus prodigios, tus encantos,
Los milagros que operas en el alma
Cuando das a los héroes y los santos,
De gloria y de virtud la doble palma.

Di, como del infame el triste lloro
Mitigas con tu plácida sonrisa;
Como de gozo viertes un tesoro,
En el albergue que tu planta pisa;

Di como junto al lecho del doliente,
Pones un ángel que le dé consuelo,
Y que cierre sus ojos dulcemente,
Las moradas abriéndole del cielo;

Como en el alma extraviada a quien acosa
Dell odio y del rencor la zaña impura
Tú difundes, cual aura deliciosa,
De plácida indulgencia la ternura.

Como del infeliz encarcelado,
A quien tal vez aflige injusta pena,
Suavizas los rigores del mal hado
Y esforzada quebrantas su cadena:

[53] La *Casa de María,* el mas simpático de nuestros establecimientos de beneficencia, es un asilo de niñas desamparadas, donde las acogidas reciben por algunos años educación y sustento. Fue fundada por el señor Presbítero don Blas Cañas, cuyo nombre quedará ligado para siempre a tan bella institución. Inauguróse solemnemente en diciembre de 1858; y la señora Marin leyó en este acto el *Canto* a la caridad*,* en presencia del Iltmo. señor Arzobispo y lo más escogido de nuestra sociedad. [N. del E.]

Di como el abnegado misionero
Que abandona su patria y sus hogares
Afronta, cual impávido guerrero,
Los riesgos de la tierra y de los mares;

Y, armado de la Cruz y del breviario,
Le ve el salvaje en su cabaña oscura
Y penetra en el bosque solitario
Y resuena su voz en la llanura.

Como en fin a la huérfana que vive
De la miseria en el horror profundo,
Sin guía, sin hogar, y le apercibe
Solo desdén, indiferente el mundo,

Tú le enjugas al punto el triste llanto,
Y abriéndole los brazos cariñosa,
Le das alivio en su fatal quebranto,
Y aun escondes tu rostro ruborosa.

Dime, dime quién eres,
Espíritu de luz, esencia pura
De bondad y de amor, ¿De dónde has venido?
¿Cuál tu origen ha sido?
¿Del fango impuro, en que sumido al hombre
Tiene el frío egoísmo
Pudiste tú nacer?¿Entre los sueños
De su insana ambición y su codicia,
Pudo acaso el mortal hacerse dueño
De esa vena purísima que encierra
Tan inmensos tesoros,
Para la ingrata, la desnuda tierra?
No…Jamás…; pero escucho,
Como a mi voz responde,
Con acento inefable,
La complaciente Caridad amable:

–"Yo nací en el Calvario,
Del pecho de Jesús, mártir divino
Por el hombre inmolado:
El con su sangre me trazó el camino
Que yo seguir debía,
Regado de amargura:
Empero lleno de una lumbre pura
Que al cielo vía recta conducía:
Cumpliendo la misión que el amor santo
De Jesús me legara,

He vivido en el mundo peregrina;
Mis delicias han sido,
La humildad, la pobreza,
La abnegación profunda
Y llena de valor y de firmeza
Aligerar los males,
Que aquejan a los míseros mortales.

"¡En cuántos nobles pechos
Que mil mundos valían he habitado!
Cuántos sublimes generosos hechos,
Y grandes sacrificios he inspirado!
Saliendo de las rocas del Calvario,
Descendí a las oscuras catacumbas,
Aquellas vivas, animadas tumbas,
Que menos de los mártires osario,
Eran, que augusto templo
Del Santo de los santos;
Morada de la paz dulce y fraterna
Y de virtudes sin igual ejemplo.

"Torné a la luz del día,
Respiré el aura libre,
Y acompañé a la Iglesia en su alegría
Cuando rompiendo el duro cautiverio,
A sus plantas rindiera
Su águilas triunfantes el imperio;
Y con ella lloré, cuando empañado
Su lustre vio la Esposa del Cordero,
Al soplo emponzoñado,
Del espíritu artero
De error y de herejía
Que lazos por donde quiera lo tendía.

"Visité en el desierto
Al monje, que el sustento repartía
De la doctrina santa
Al gentil inexperto,
Y en el trabajo y la oración vivía,
Brotando el yermo, cual jardín fecundo,
Milagrosas virtudes en el mundo;

Mientras que los Pastores
Guardaban del Señor la grey amada
Y en nocturna velada,
Consignaban en libros inmortales,
La alta sabiduría,

Que reflejaba en su elevada mente
El estudio profundo
Con la plegaria ardiente;
Y era yo quien guiaba
Sus pasos, y sus plumas inspiraba.

"Cubrió el error y el vicio
Con doble venda al hombre envilecido
Por el poder, el lujo y el deleite;
En su revuelto caos la barbarie
Al fondo del abismo le arrastrara,
Cual cadáver inerte y aterido;
Mas, de nuevo vencido
Por el amor, del hondo precipicio
Aun logrará feliz rehabilitarse;
Y luces y cultura
Le dio la cruz, y gratas armonías,
Que resonaban en el templo santo
Las noches y los días.

"Admirado vio el orbe levantarse,
Al influjo divino
Del culto del Calvario y del Pesebre
Y el afecto devoto a María,
La modesta mansión del peregrino,
La cuna del infante
Y el hospicio del pobre mendigante;
La doncella cristiana asilo honroso

Tuvo, y su libertad halló el cautivo;
Las manos de los héroes levantaron
Hospital al leproso:
El triste arrepentido penitente
Pudo en la soledad verter su llanto:
Y el huérfano inocente,
La viuda desvalida,
En la piedad del caballero hallaron
Protección valerosa y decidida.

"Habité los palacios,
Y sometí a mis leyes
Los grandes y las reinas y los reyes;
Y conquisté al pastor en la montaña,
Descendí a la cabaña,
Y en un rincón oscuro,
Supe hallar de virtud el oro puro;
Y al campo del guerrero

Y al humilde taller del artesano
El perfume llegó de las virtudes,
De la gracia al influjo soberano.

"¡Ay!¡Quién contar pudiera
De los hijos de Dios los bellos nombres,
Descendencia infinita,
Brillante cual las fúlgidas estrellas![54]
Las Elenas, las Bertas, las Clotildes,
Las sabias Margaritas,
Las piadosas Matildes,
Las nobles Isabeles;
"Los Luises, los Enriques, los Franciscos
Los Mattas, los Nolascos y los Neris;
Los Calazaus, los Juan de Dios insignes,
Los Camilos de Lélis,
El compasivo y sabio Borromeo;
Sales cuya benévola dulzura
En el alma derrama lumbre pura;
De los Alpes los santos solitarios,
Ángeles del viajero,
En el nevado y áspero sendero;
Clavero, que a los siervos infelices
Consagra su existencia;
Y Vicente de Paul, emblema vivo
De tierno amor y de constancia invicta…
¡Quién enumerará sus beneficios,
Sus fatigas, sus goces y sus penas!
¿Del hondo mar quién cuenta las arenas?
Su memoria querida,
Que con respeto guardan las naciones,
Impresa está en los rectos corazones,
Y grabada en el libro de la vida.

"¿No escuchas de Javier la voz sonora,
Que del Japón en las remotas playas,
De Dios enseña el nombre, a los que viven
En ciega idolatría;
Y, ávido de las cruces y tormentos,
Ardiendo en amorosos sentimientos,
Las virtudes practica de Tobía?..."

--Sí: ya la escucho, Caridad divina,
Y veo que a sus últimas plegarias,

[54] Nuestros lectores nos dispensarán la aglomeración de tantos nombres. Cada uno de ellos representa un personaje celebre o alguna institución benéfica, y muchos reúnen ambos caracteres. [N. del E.]

El Dios omnipotente,
Abre hoy mismo los puertos de la China[55]

Y así se abrió en un tiempo
En opuestas regiones
A los hijos de Dios un nuevo mundo;
El globo fue rotundo,
Y tu soplo vivífico y suave,
O Caridad gloriosa,
Impele de Colón la frágil nave;
Siendo ella el instrumento,
Que lleva del Señor el pensamiento.

Ya la cruz sacrosanta se pasea
Entre la ignota gente:
Y las falsas deidades,
Que imperaron del tiempo en las edades,
Aun más que por la espada del guerrero,
Caen rotas y deshechas,
A la inspirada voz del misionero.
Qué corazón cristiano olvidar puede
Aquel Aubry,[56]patriarca del desierto,
Que en el país de grandes cataratas,
Y de lagos profundos,
Los confines tocando de dos mundos,
En heroica virtud resplandecía?
Sus manos mutiladas
Por hórrido martirio,
En las aras sagradas
A Dios el sacrificio le ofrecían
En el primer albor de la mañana;
Su choza era al albergue
Del viajero estraviado,

El idólatra ciego era ilustrado
Por su palabra santa,
Y al fin lleno de méritos y de años,
Termina su carrera
Con heroica constancia recibiendo
De mano del salvaje muerte fiera:
Y en el triunfo admirable
De su invicta paciencia

[55] San Francisco Javier, el célebre Apóstol de las Indias que evangelizó el Japón, deseó ardientemente pasar a la China, no solo para llevar allí la fe, sino también para obtener la corona del martirio. Después de su muerte lograron los jesuitas entrar en la China y el tratado últimamente celebrado entre esta potencia y la Inglaterra nos ha sugerido la alusión que hemos hecho en el canto. El tratado se rompió después; pero el poeta tiene fe en Dios y espera. [N. de la A.]

[56] Este personaje hist6rico es el mismo que Chateaubriand ha introducido en su *Ata1a*. [N. de la A.]

Aun el duro antropófago recela
De un extraño poder la oculta ciencia.
Soporta, Aubry, tu prueba, que algún día
Tus nobles compatriotas,
Para gloria de Dios y de la Francia,
En la nueva Argelia
Tu ejemplo seguirán, y en la Oceanía.

En medio del furor de un odio ciego,
Y a despecho de falsas prevenciones,
Cual sueño de hechiceras ilusiones,
Se conserva en el mundo la memoria
Consoladora y pura
De aquella edad de cándida inocencia
Y poética dulzura
Que al Paraguay le dieron las misiones.

Las Casas inmortal, tu tierno pecho,
De compasión deshecho,
Al indígena abriga, y tu alto nombre
Honra al hispano suelo,
Y es desagravio de la cruel conquista.
Y tú lo eres también, noble Solano[57],
Apóstol admirable,
Que con razón apellidó la fama.

Sol del suelo peruano.
El fervoroso celo
De los Predicadores,
Los hijos de Nolasco y de Francisco,
Todos conquistan palmas en la tierra,
Que riegan que fecundan sus sudores.
La sangre del martirio
Las comarcas regó del Araucano;
Y el virtuoso Valdivia[58],
Flor del plantel lúcido de Loyola,
Busca en lejano suelo
Al miserable indígena consuelo.

[57]Francisco Solano (1549-1610) nació en Córdoba, España. Después de evangelizar las tierras de Andalucía, viajó a América para dirigirse al Perú en 1589, país en el que realizó una intensa labor misionera recorriendo las zonas andinas de Potosí y Tucumán, pasando por Paraguay y de allí a Trujillo, para regresar finalmente a Lima, ciudad en la cual falleció siendo reconocido como un santo.[N. de la C.]

[58] El jesuita Valdivia fue muy distinguido en la época de la conquista por sus virtudes y talento, y se interesó vivamente en la Corte de España por la extinción de las encomiendas, a causa del mal trato que recibían los indios. [N. de la A.]

Salud, salud, o Caridad divina
Mensajera de paz y bienandanza,
Hermosa peregrina,
Redentora del mundo que yacía
En sombra oscura y en tiniebla fría:
Tú por la Cruz imperas en el mundo,
Y no hay remoto clima,
No hay ignorada gente,
Que tu espíritu libre no redima,
Que tu soplo purísimo no aliente.

La libertad, innata compañera
De la fraternidad y la justicia,
Alzó también triunfante su bandera,
Y a su sombra feliz se cobijaron
La paz y la cultura,
Que son del porvenir la fuente pura:
Chile gozó sus bienes, sus encantos,
Y tuvo hombres sensibles

De miras generosas
Y matronas piadosas[59]
Que preludiando instituciones bellas,
Esparcieron benéficas centellas
De nueva luz y vida,
Para curar la llaga envejecida
Del mísero mortal. A su influencia
Las angélicas hijas de Vicente
Pisaron nuestro suelo;
Tuvo luz la ignorancia,
Hospicio el pordiosero,
Ocuparon decente la vagancia,
Retiro el criminal cuya existencia
Compasiva respeta la justicia
Y la madre indigente,
La joven desgraciada… mas ¿qué digo!...
Sufría aún la humanidad doliente,
Y un cuadro lastimero se presenta,
De época aún no remota ante mis ojos
Cual recuerdo confuso de mi mente:
Si el caso es peregrino, si es extraño,
No es ilusorio al menos;
Escuchad, escuchad, que no me engaño.

[59] [59] No podemos menos de recordar el nombre de la señora doña Paula Jara; y nombraríamos otras que existen* si no temiéramos sonrojar su modestia. N. de A. *Sin duda esta alusión se refiere a la señora doña Antonia Salas de Errázuriz. [N. del E.]

En el recinto oscuro
De una humilde morada
Una infeliz mujer veo postrada
En su lecho de muerte,
Lamentando con lágrimas amargas,
Su desgraciada suerte:
Sobre una hija querida,

Tan bella como pobre y desvalida,
Tiene los ya apagados ojos fijos;
Y a la dulce María
Esta plegaria en su aflicción envía:

--"Madre, le dice, del amor hermoso
Y la santa esperanza,
Mira piadosa de una madre triste
El último dolor. La prenda cara,
Que compasivo Dios para el alivio
Me dio de mi viudez, hoy en el mundo,
Sin guía, sin amparo,
Queda; tal vez la arrastre la miseria
De corrupción al cenagal inmundo,
Y sea la indigencia,
Escollo en que naufrague su inocencia.
Permite, Virgen pura,
Que en este instante mismo,
Dejando ambas la vida transitoria,
Vamos a bendecirte allá en la Gloria;
Y que mujer alguna en su agonía,
Pruebe de hoy adelante la amargura,
Que mi alma desolada en este día!..."—

Dijo, y cerró los ojos. La hija amante
La abraza con delirio; y de los labios
Yertos de la que adora, el frío hielo,
Aspira de la muerte,
Fijando así su venturosa suerte.
Un ángel del Empíreo
Sus almas introdujo en el alcázar
De la Reina del cielo;
Que de compasión llena,
Los votos va a cumplir de aquella madre
Que en la hora extremada,
De tanto horror y duelo
Humilde y confiada
Imploró su favor y su consuelo.

Inefable sonrisa,
Suave como la luz de la mañana
Y del Edén la perfumada brisa,
Se difundió por el hermoso rostro
De la madre de Dios pura y bendita;
Es un joven levita,
Que ante su altar sagrado,
Orando, sus favores imploraba,
Puso la Virgen los divinos ojos;
Y una idea le inspira,
Tenaz, irresistible,
Que le ocupa, le halaga, le embelesa,
O tal vez le contrista.
Como grave inquietud, fiera dolencia.
Salvar a la inocencia
Del imperio del vicio,
Es el blanco de todos sus anhelos:
Para tan ardua empresa
En vano faltan los humanos medios:
La caridad es ingeniosa y fuerte;
Y las obras de Dios entrañan todas
Un a principio fecundo,
De actividad y vida
Que las hace admirables en el mundo.
Temores arrostrando,
Imposibles venciendo,
Se abre por fin la Casa de María:
Y como al despuntar la bella aurora
Las tinieblas deshace
Y los paisajes dora
Con su rosada lumbre,
Así de las riquezas que atesora,
La hermosa Caridad se hizo el asilo
De la inocente juventud que hoy día,
Nos colma de esperanza y alegría.
¿Qué importa que una mísera cabaña
Abrigue la virtud, si Dios la mira,
Y le da sus preciosas bendiciones?
El que manda a los vientos,
Y encierra en sus prisiones
Al terrible elemento,
Sabrá también mover los corazones.
Piadoso noble artista,[60] yo quisiera

[60] El señor don Alejandro Cicarelli, quien cedió, para edificar la *Casa de Maria*, una espaciosa quinta de su propiedad que representaba para é1 sus ahorros de artista. Este virtuoso pintor napolitano di6 a 1os pobres casi todo cuanto poseía y hoy goza en un modesto retiro la satisfacción que le produce el noble empleo de sus riquezas en beneficio de las huérfanas que lo miran como su padre. Tan

Hablar de ti, mas temo que se alarme
Tu corazón humilde, enamorado
De la santa virtud y desprendido
De cuanto el mundo anhela;
Habla, tú, y complaciente me revela
Cuál es ese secreto
Que ignora el más sagaz, el más discreto
De los hijos del siglo;
Di ¿Cómo en el despojo de tus bienes,
Pudo encontrar tu alma
En un mundo sensual y positivo,
Poderoso atractivo,
Dulce solaz, imperturbable calma?
Si… lo comprendo, mas silencio guardo
Y mientras más admira,
Más goza el pecho dulces emociones,
Y enternecido de placer suspira:
Perdona, Cicarelli[61], si te ofendo,
Voy a sellar el labio,
Antes de hacer a tu modestia agravio:
De tan santas acciones,
La cándida frescura,
No debe marchitar la lengua humana
Ellas son cual la flor de la mañana,
Tiernas y delicadas,
Adornan el santuario,
Y están al Dios eterno consagradas.
Empero, tú renuevas la memoria
De aquella edad dichosa
De la iglesia naciente, en que el cristiano,
Se desnudaba de la plata y oro,
Por lograr de los cielos el tesoro,
Y aliviar las miserias de un hermano:
Yo te bendigo y bendecirte debe
Todo sensible corazón chileno:
Y mientras que tu nombre se eterniza,
Llevándolo la fama en raudo vuelo,
Con fraternal y plácida sonrisa

---

noble rasgo de desprendimiento fue dignamente secundado por la esposa del señor Cicarelli doña Rosa Vilche. En la. *Casa de María* hay una inscripción que recuerda la caridad de este matrimonio cristiano. [N. del E].

[61] Alejandro Cicarelli (1810-1879) fue un pintor chileno de ascendencia italiana. Cicarelli se formó artísticamente en Nápoles, en el Instituto de Arte de esa ciudad. En el año 1843 fue nombrado Profesor Honorario del Real Instituto de Bellas Artes de Nápoles. En su llegada a Chile fundó en el año 1849 la Academia de Pintura de Chile. El discurso inaugural de la Academia tuvo una profunda repercusión en la vida artística de la época, puesto que exaltó un sentimiento patriótico además de una exaltación de las Bellas Artes en conjunto con una visión clasicista del arte que fue acogida por la intelectualidad de la época durante el gobierno de Manuel Bulnes.
Información en: Zamorano Pérez, Pedro. E.:*El discurso de Alejandro Cicarelli en la fundación de la Academia de Pintura de Chile (1849),* En Revista Quiroga nº 4, julio-diciembre 2013.

Te mira Balmaceda desde el cielo.[62]

Gozad, gozad, ilustres fundadores
De esta obra saludable,
Que la beneficencia os ha inspirado:
Tú, joven sacerdote, en cuyas venas,
La sangre generosa
Corre de aquel Prelado, honor de Chile,
Que de los justos la mansión habita[63]

rzado le imita:
Y pues su ardiente, su afectuoso celo,
En tu pecho recibe,
Y Dios los sacrificios galardona,
A seguir sus ejemplos te apercibe,
Y a obtener en el cielo su corona.

Y a vosotras, señoras ejemplares,[64]
Que olvidando del mundo los halagos,
La beldad la fortuna,
Y la brillante cuna,
Extendéis vuestra mano al desvalido,
Le sonreís, le amáis, en él mirando
La imagen de Jesús; los incentivos
Seguid de la piedad. El puro goce
De una compasión santa
Vuestras almas bellísimas encanta:
Gustadle aquí en los muros silenciosos
De esta nueva morada,
Por el fragante aroma
De tan grandes virtudes perfumada.
Mirad cual tornan sus llorosos ojos
Las hijas de María,
Hacia los protectores que abrigaron,
Su mísera orfandad, y las hicieron,
Castas y laboriosas,
Obedientes, humildes y piadosas.
Ved cómo agradecidas,
Y hasta el fondo del alma conmovidas,
Al autor de los dones,
Demandan con ardor para vosotras,

[62] Se sabe que el virtuoso y ejemplar presbítero Balmaceda cedió en vida su pingue patrimonio en beneficio de los pobres. [N. de la A]

[63] El señor Arzobispo Vicuña, tío abuelo del señor Cañas, fundador de la *Casa de María.* [N. del E.]

[64] Cuando se escribieron estos versos, la *Casa de María* estaba bajo la protección de una sociedad de señoras piadosas. Hoy corre bajo la dirección de una órden de religiosas canónicamente establecida por el actual Pontífice. [N. del E.]

Colmadas bendiciones.

Desde su excelso trono
La Virgen casta y pura
El próspero suceso os asegura,
De este plantel lozano
Que riega vuestra mano,
Y dará en lo futuro por tributos,
Mil sazonados y preciosos frutos.

En este bello día
Bendecidnos, dulcísima María;
Bendecid a la patria idolatrada;
Y al ilustre Prelado: que esta casa
Honra con su presencia,
En cuya frente pura resplandece
La piedad y la ciencia,
Bendecidlo también por sus virtudes
Su pastoral desvelo
Y su noble, magnánima paciencia…[65]

Y tú, Caridad santa, amor sublime
De Dios y de los hombres, lazo estrecho
Que une la tierra al cielo,
Centella del espíritu divino,
Que te abres en la tierra áureo camino,
Y a pesar del infierno,
Cumplirás los designios del Eterno;
Tú en el último día,
Al justo llenarás de regocijo;
Y el tormento prolijo,
Harás del corazón desapiadado,
Que por tus leyes suaves no se guía:
Tu vivirás eterna,
Pues que Dios es amor y amor inmenso:
Rota caerá la misteriosa venda
De la fe, a los divinos esplendores
De un lumbre eternal: la encantadora
Dulcísima esperanza,
Cual trasparente nube
Que rompe la aérea forma del querube,
Se deshará en la atmósfera brillante
De la mansión del Dios omnipotente;
Pero tú vivirás eternamente;
Y cual inmenso río

[65] El Iltmo, y Rmo. Arzobispo de Santiago don Rafael Valentín Valdivieso. [N. del E.]

De perennal consuelo,
A los justos de todas las edades
Y lenguas y naciones,
Inundarás los puros corazones
De inefables dulzuras,
Por una eternidad de eternidades.

HIMNO DE LA CASA DE MARÍA[66]

Salve, Caridad santa:
Tu espíritu fecundo,
Alma y vida del mundo,
Inflame el corazón:
Postrados a las plantas
De la Virgen María
Pidámosle este día,
Su dulce bendición.

En la cruz reclinado,
Jesús, y en agonía,
A la dulce María
Un encargo dejó:
--"Del discípulo amado
Serás la madre, dijo;
El hombre será tu hijo
Que mi sangre lavó"—

Torna, Madre piadosa,
Tu blanda faz divina
A esta grey peregrina,
Que tuya se llamó,

Mira cuán fervorosa,
Leal y agradecida
Te consagra su vida,
Sus votos y su amor.

Protege, Virgen pura,
Con tu piedad inmensa,
La virtud indefensa,
Que en ti su asilo halló;
Derrama tu dulzura,
Sobre el alma inocente,
Y haz que el tesoro aumente,
De humildad y candor.

Las puras oraciones,
De tus hijas amantes,
Consuelos incesantes,
Atraigan del Señor:

[66] Cantóse este himno en la inauguración de la *Casa de María,* por las alumnas del establecimiento. [N. del E.]

Tiernos sus corazones,
Socorran al doliente;
Y alivio al indigente,
Le den en su dolor.

Haz tú que por donde quiera
Que las lleve el destino,
No olviden el camino
Que Jesús enseñó;
Y que su vida entera,
De virtudes ejemplo,
Sea en el sacro templo,
Suave incienso de olor.

A ese Divino Infante,
Que tienes en los brazos,
Únenos con los lazos
De indisoluble amor;

Con deseo anhelante,
Sigámosle hasta el cielo,
Para gozar sin velo,
De su inmenso esplendor.

Haz de este grato asilo,
Dios de misericordia,
Morada de concordia,
Centro de paz y unión;
Donde el corazón tranquilo
Regido por la gracia,
Conozca la eficacia
De tu celeste don.

Guarda, Pastor divino,
Las ovejas amadas
Que a tus pies congregadas
Imploran tu favor:
Unir a ti el destino
Es venturosa suerte;
Y aún es dulce la muerte
Muriendo por tu amor.

Salve, Caridad santa:
Tu espíritu fecundo
Derrámese en el mundo,
Reine en el corazón.
La Virgen sacrosanta

Nos conceda este día
De tan grande alegría
Su dulce bendición.

LA CARIDAD
A LA SRA. DOÑA ANTONIA SALAS, PRESIDENTA DE LA SOCIEDAD DE BENEFICIENCIA,[67]

Sublime Caridad, virtud divina
Descendida del cielo,
Para alivio y consuelo
De una raza en el mundo peregrina.
Tu vívida centella,
La faz refleja majestuosa y bella
Del Dios Omnipotente,
Que es amor por esencia,
Y fuente inagotable de clemencia.
El nos enseñó a amar; El nos ordena
Socorrer al enfermo, al desvalido:;
Al triste consolar; del afligido
Escuchar el lamento
Y aliviar su tormento;
Al desnudo vestir; del triste reo
Visitar la prisión y en su quebranto
Derramar dulce llanto;
A la viuda y al huérfano inocente
Socorrer prontamente

Con larga mano y corazón piadoso:
Ilustrar la ignorancia
Que del ser racional es un desdoro:
Hacerla conocer al Dios que inspira
Al corazón sensible y bondadoso
De piedad el instinto generoso:
Y descorrer el velo,
Que nos encubre aquí, del alto cielo
La visión misteriosa,
Derramando en el alma dolorida
La idea encantadora de otra vida.

¡Ay, cuán inmensos bienes
Haces, hermosa Caridad, al mundo!
Tú eres estrecho lazo
Que une el cielo a la tierra:
Por ti cesa la guerra
De la venganza odiosa,
Y al enemigo abrazas cariñosa.

[67] Se escribió esta composición con motivo de un bazar de Beneficencia, organizado por la señora doña Antonia Salas, en el que se vendían a beneficio de los pobres preciosos trabajos de mano hechos con este objeto por las señoritas de Santiago. [N. de A.]

Si aborreces el vicio,
Al delincuente miras compasiva,
Y haces que nazca y viva
A la santa virtud, del precipicio
Salvándolo contenta,
Cual náufrago feliz que arrebatas
Con atrevida mano a la tormenta.

Vosotras lo sabéis, nobles señoras,
Que sensibles al llanto lastimero,
De miseria y dolor habéis volado
Al lecho del enfermo, al escondido
Asilo, donde se oculta
El infortunio a la vergüenza unido;
Vosotras, que escucháis el triste llanto
Del infante a quien mísero abandona
La que le diera el ser, y con ternura
Le llenáis de caricias,
Siendo objeto querido y halagado
Tan solo porque fue desventurado;
Vosotras lo sabéis, torno a deciros,
Cuantos bienes encierra
La noble Caridad, cuantas delicias
Halláis en el trabajo y amargura
De estas duras tareas,
Que el Señor ha mirado complacido,
Y en su bondad inmensa
Con su diestra eternal ha bendecido.

Intrépidas, magnánimas, discretas
A la par que ingeniosas
A las jóvenes tiernas un tributo
Exigís de labores,
Que excitando su gusto por lo bello
Imprime a su carácter nuevo sello
De actividad. Un grande sentimiento
Sirve a sus corazones de alimento.
La índole fácil, viva,
Se torna reflexiva;
Y mientras con premura
La joven inocente
Se adiestra en el bordado o la pintura,
Piensa en que aquel trabajo de su mano
Alivia las miserias de un hermano.

¡Ay cuán interesantes
Se presentan llevando sus ofrendas

Las amables doncellas!
Con solícito anhelo,
Seguid, hermosa juventud, las huellas,
Que os van marcando ya tantas matronas
Llenas de ardiente celo;
Sed como ellas activas,
Pacientes, valerosas compasivas.

Y vosotras, piadosas extranjeras,[68]
De abnegación y de heroísmo ejemplo,
Que abandonando vuestros patrios lares,
Atravesáis los mares
Y abordando en incógnitas riberas
No halláis tal vez hospitalario abrigo;
Decidme ¿dónde vais? Dónde está el amigo,
El deudo que os proteja
Contra el grosero ultraje y os aliente
En los crudos rigores
De un elemento pérfido, inclemente?
Decidme ¿qué esperáis? Buscáis acaso
Fama, placeres, gloria,
Joyeles, plata u oro?
No, que les desprecias y solamente
Buscáis aquél tesoro,
Que no roe el orín ni la polilla,
Ni le acecha el ladrón; y que no brilla
A los ojos del mundo;
Pero que el Padre Celestial os guarda
En galardón precioso
De tanto sacrificio doloroso.

Almas privilegiadas, escogidas,
Seguid fortalecidas
Por la fe, que a los mártires alienta,
El camino de abrojos,
En que marcháis, empero conducidas
Por la gracia inefable,
Del que bajó del cielo
Para ser el modelo
De amor, de Caridad, más admirable.
Sed benditas mil veces: permitidme
Codiciar vuestra suerte,
Llorar mi indignidad; sí, que yo envidio
Vuestro santo vivir, la dulce muerte

[68] Las Hermanas de Caridad, entonces recién establecidas en Chile. [N. de la A.]

Que sin duda esperáis, cual mira ansioso
El cansado viajero
El plácido sendero
Que le lleva al lugar de su reposo.
¡Oh! cuán feliz Chile
Que recibe en su seno y que protege
De la Caridad santa
La institución benéfica y divina!
Ella será una fuente
De dicha permanente,
Firme lazo de unión y de ventura,
Que la gloria y la paz nos segura.

O Caridad sublime,
El corazón inflama
Con tu divino ardor.

Es foco de tus luces
De Dios la pura esencia;
Y eres de su clemencia
Aliento creador.

Sin tu poder benigno
Un abismo profundo
De males fuera el mundo,
De penas y de horror.

Por ti existe el encanto
Que hace grata la vida;
Por ti el alma está unida
Con su divino Autor.

Por ti se ama y se vive,
Se goza la esperanza
De eterna bienandanza
Que mitiga el dolor.

Cual nube transparente
Nos descubres el cielo;
Sea allí nuestro anhelo!
Sea allí nuestro amor!

Reina en los corazones;
Y que el frío egoísmo
Sepulte en el abismo
Su cetro destructor!

HIMNO

Dulce Beneficencia,
Hada hermosa del cielo,
Inspira tu consuelo,
Concede tu favor;
Descienda de la altura
Tu llama bienhechora,
Que férvida te implora
La voz del corazón.

Tú al desdichado enjugas
Por tus manos el llanto,
Alivias su quebranto,
Consuelas su aflicción;
A la inocencia acoges
Con maternal ternura,
Y al mirar tu hermosura
Sonríese el dolor.

El alma en quien se agotan
Las fuentes de la vida
Se siente conmovida
Oyendo tu clamor;
Y, cual planta, que al riego
Del arroyo florece,
Por ti rejuvenece,
El yerto corazón.

La infeliz, que, extraviada
Por senderos extraños,
Sucumbió a los amaños
Del vicio corruptor,
Hoy torna a las virtudes
Con valeroso aliento,
Y tú le das fomento
Y asilo bienhechor.

Tal vez impuro sello
Ha grabado en su frente,
La joven inocente,
Marchito su candor;
Pero tú la levantas
Con mano generosa,
Dando a su faz llorosa
Beso de paz y amor.

De tus internos goces
La plácida memoria
Es indeleble historia,
No pálida ilusión;

Resuenen en el alma
Tus recuerdos preciosos,
Cual ecos melodiosos
De un himno encantador.

Tú al mundo regeneras,
Santa Beneficencia,
Y eres más que la ciencia
Aliento creador;
Para la dicha humana
Es frágil fundamento
La fuerza y el talento,
Sin tu alta inspiración.

El pueblo que te implora,
Funda en ti la esperanza
De paz y bienandanza,
De venturosa unión;
Derrámese tu encanto
Sobre la Patria amada,
Y en su faz venerada
Refleja tu esplendor.

Grata Beneficencia,
Hada hermosa del cielo,
Danos tu almo consuelo,
Danos tu dulce amor;
Y de virtud logremos
Inmarcesible palma,
Llena de luz el alma,
De gozo el corazón.

AL INDULTO

DE CUATRO REOS DE CONSPIRACION[69]

SONETO

Sonó la hora fatal: la horrible Muerte
Sus víctimas reclama despiadada,
Cuéntalas con su mano descarnada,
Y apresta la guadaña al golpe fuerte.

Gime la compasión muda e inerte
Por la sorpresa y el dolor turbada,
En los reos contempla desolada
Inexorable el fallo de la suerte.

Resuena en tanto femenil gemido,
Que los buenos oyeron con delicia,
El generoso pecho conmovido.

Rompe su doble venda la justicia,
Y, al pronunciarse el fallo de clemencia,
Respiran la virtud y la inocencia.

[69] Escribióse este soneto con ocasión de haber el autor obtenido el indulto de cuatro reos que iban **a** ser fusilados a consecuencia de un motín militar que estalló en el Cuartel de Artillería de Santiago. (…) Cree el editor, que este soneto, fue dedicado al señor don José Joaquín Pérez, que entre los Consejeros de Estado tomó el mayor empeño porque se realizase este acto de clemencia. [N. del E.]

EL MEJOR RECUERDO[70]

Al recorrer la serie
De mis años más bellos
Nada encontré que fuera
Tan dulce y halagüeño,
Ni en mi juventud tierna,
Ni en mis pueriles juegos,
Cual de la virtud santa
Que germinó en el pecho
El indeleble y puro,
Consolador recuerdo.

De juventud las gracias
Pasáronse muy presto,
Las lisonjas y halagos
Pajas fuero al viento,
Cuidados reemplazaron
Los sensibles afectos
Y en tristes realidades
Después convirtieron
Las gratas ilusiones
Que se forjó el deseo.

Mas, si la piedad tierna
Palpitar hizo el pecho,
Si con dulces palabras
Al triste di consuelo,
O al débil e ignorante
Luz de sano consejo
Y oportuno socorro
Al pobre y al enfermo;
¡Estos, sí, fueron goces
Que no se llevó el tiempo!

Amargos sacrificios
Con ánimo sereno
Hice más tarde en aras
De algún deber austero…
Mas nunca me robaron,
La dicha y el sosiego
Cual la ilusión efímera
De un goce pasajero

[70] Estos versos, los más antiguos del autor que se insertan en la colección, pertenecen a la época de su primera juventud y son por tanto uno de sus primeros ensayos. [N. del E.]

Que en pos de si dejaba
Tenaz remordimiento.

¡Virtud! que siga siempre
Pisando tus senderos,
Como en los dulces días
De mi candor primero.
Si ti, no brota flores
Este mundano yermo…
Oh! yo os bendigo amante
En lo íntimo del pecho
¡Del bien y la inocencia
Purísimos recuerdos!

A UN CIEGO

DECIMA

De la luz del claro día
Privarte le plugo al cielo,
Más de dio para consuelo
El ingenio y la alegría.
Jamás la melancolía
Turbó tu tranquilidad;
Tu dulce conformidad
Con el decreto divino
Hizo feliz tu destino
En la misma adversidad.

MARCHA

Que cantan los religiosos mercenarios de Chile.

CORO

Alabanzas tributa en los cielos
A María la angélica voz;
Con el ángel humildes cantemos:
¿Gloria, gloria a la Madre de Dios!

Gloria a ti, Virgen pura y sin mancha,
Maravilla del Dios Uno y Trino,
Arca santa del Verbo Divino,
Madre augusta del dulce Jesús!
Salvadora con Dios de los hombres
Y de gracia purísima llena,
Al romperse la antigua cadena
Madre nuestra te hiciste en la cruz.

A torrentes la sangre cristiana
El infiel Agareno vertía
Y la Iglesia doliente gemía,
Viendo el triunfo del bárbaro audaz:
Pero Dios le depara en su auxilio
Numerosas, potentes legiones,
Y sus siervos tuvieron visiones
Misteriosas de dicha y de paz.

Si, que oyendo el amargo lamento
Que, a violenta opresión entregado,
El cristiano exhalaba angustiado,
Compasiva escuchaste su voz.
A librarlo bajaste del cielo,
Fiel Nolasco se rinde a tus votos,
El cautivo sus grillos ve rotos,
Por ti vuelve a su patria y su Dios.

De Pascual un tesoro en rescate
Ofrecieron los fieles cristianos,
Y él, salvando a sus dulces hermanos,
En cadenas gozoso quedó.
Prisionero el ilustre Nonato
Predicaba con celo encendido,
Y en su labio sellado y herido
Mas vibrante la voz resonó.

Nuevo mundo a la vida renace
Que en oscura tiniebla yacía;
Del plantel que en su suelo crecía
Mercenarios cultivan la mies.

Pero ¡oh Dios! el infiel araucano,
De su error en el fiero delirio,
Les prepara glorias o martirio,
Cuya palma se rinde a tus pies.

A ti, Madre amorosa, invocamos,
Dulce fuente de gracia y consuelo,
Desterrados en árido suelo,
De la vida en la mísera lid.
Tus mercedes, divina María,
En tus hijos piadosa derrama;
Hoy llorosa la Iglesia te aclama
Triunfadora, potente Judit.

Clara nube del cielo más bello,
Blanca estrella de luz suave y pura,
Fresca flor de fragante dulzura,
Complacencia del Rey Inmortal,
Fecundad nuestras almas, Señora,
Alumbradnos el triste camino,
Y veamos el rostro divino,
De Jesús en la gloria eternal!

A SAN LUIS GONZAGA[71]

SONETO

En la cumbre nació de la grandeza
Y su esplendor dejó con alegría
Luis, cuyo nombre al mundo ser debía
Símbolo de humanidad y de pureza.

De perfección la senda con presteza
Recorrió y el amor le consumía
Tanto; que en sus fervores parecía
Tener de un serafín naturaleza.

Así el Dios que brotar haces las flores
De la desnuda tierra y las reviste
De tan variadas formas y colores,

Convierte en suave Edén el valle triste
Al alma en quien derrama sus favores;
¡Y así, gran Luis, dichoso y santo fuiste!

[71] San Luis Gonzaga nace en Castiglione, el 9 de marzo de 1568. En el año 1585, renuncia a todos los privilegios de la corte establecida por su familia, específicamente en el palacio de Mantua, en presencia de todos sus parientes firma el documento de abdicación. Se dedica por completo al Noviciado en la Compañía de Jesús. En 1587, sostuvo en público y en presencia de tres cardenales, con verdadero éxito, el examen de toda la Filosofía. Una vez terminado el Noviciado, y de vuelta a Roma, Luis hizo los votos perpetuos de pobreza, castidad y obediencia. Completamente abocado a su labor religiosa, se dedica a socorrer a los enfermos por la peste en Roma durante el siglo XVI. Muere tiempo después, en 1591, siendo considerado un Mártir de la caridad.
Referencia en: Castelblanco, J. C.: *San Luis Gonzaga*, Imprimatur Sergio ValechAldunate, Vicario General de Santiago de Chile Santiago, 06 de julio de 1994.

LA MUERTE DEL JUSTO

SONETO

Truena el sordo rumor de las pasiones
En el túmulo de la humana vida
Y la dicha y la calma apetecida
Se pierde entre mentidas ilusiones.

Duda el hombre de Dios y de sus dones;
Mas del justo la muerte bendecida
Mira, y, de nueva luz su mente herida,
Paraliza sus dudas y aflicciones.

Si hay mortal que dejando las dulzuras
Del mundo engañador halló consuelo,
Si templó al infeliz sus amarguras.

Y de excelsa virtud fue fiel modelo;
Dios le infundió su amor y luces puras
¡Qué el justo nace y muere para el cielo!

DULCE ES MORIR

Dulce es morir, cuando en la edad primera,
Con la aureola feliz de la inocencia,
Parece del Señor en la presencia
El alma juvenil
Como cándida flor de la pradera,
Que, para ornar el templo soberano,
Separó diestra, cuidadosa mano
De su tallo gentil.

Dulce es morir, cuando el espectro odioso
Del vicio despojado de su velo
Al alma llena de pavor y duelo
Del mundo en el umbral;
Y ella, tornando el paso al delicioso
Centro de grata paz y de ventura,
A trocar el destierro se apresura
Por la gloria eternal.

Dulce es morir, cuando la aguda pena
Extingue de alegría el sentimiento
Y es la existencia el fatigoso aliento
De un interno sufrir;

Dicha es valor a Dios, el alma llena
De humilde sumisión, y ante sus aras
Sacrificar las afecciones caras,
Su diestra bendecir.

Dulce es morir, cuando una mano amiga
Sostiene nuestra lánguida cabeza
Y una voz inspirada en la belleza
Del divinal amor
Con peregrino acento nos prodiga
Palabras de dulcísima esperanza,
Mostrándonos en suave lontananza
Edén encantador.

Dulce es morir, cuando una fe sublime
Al hombre le revela su destino,
Y de flores y palmas el camino
Le siembra de la cruz.
Y al débil ser, que en este mundo gime
Agobiado de penas y dolores,
Transforma de la muerte los horrores,

En apacible luz.

Dulce es morir, cuando al fijar los ojos
De Jesús en la imagen dolorosa,
Resuena en los oídos la amorosa
Voz de grato perdón;
Y de un amor ardiente los despojos
Da el alma, en dulce llanto sumergida,
Bálsamo saludable, que la herida
Cura del corazón.

Dulce es morir, cuando en la edad temprana
El alma, como cándida paloma,
Vuela desde los montes de la aroma,
En pos de serafín;
Diáfana exhalación, que en la mañana,
Matizada con tinta de oro y rosa,
Se disuelve brillante y pavorosa
Del cielo en el confín.

Dulce es, en fin, morir, cuando nos llama
Dios a gozar de su descanso eterno,
Ya elija en su vergel pimpollo tierno
Ya descollante flor.
Sube así la virtud, cual áurea llama
Que despuró el crisol de la amargura,
Y vuela la inocencia casta y pura
En su primer albor.

ESCEPTISISMO Y FE[72]

I.

*Era el veinte *de setiembre*,
Brillantísimo paseo
En *Las Delicias* reúne
Concurso elegante y bello.

*En *dieciocho y diecinueve*
Otros actos se cumplieron,
Para celebrar las glorias
De que blasona el chileno.

*Solemne misa de gracias,
Recepciones y paseo
Al campo de Marte, el jefe
Del Estado con su séquito.

*Mas es *veinte* y este día
Es el encanto del pueblo,
Y en la *Pampilla* hay concurso,
Comilonas y recreos;

*Y carreras de caballos,
Juglares, volantineros,
Arpa, guitarra sonora,
Canto, baile y *tamboreo*.

*Que así sabio lo dispuso
El que, conociendo el genio
Del país, entre otros bienes
Nos dejó esos pasatiempos.

*Reminiscencia tal vez
De otra nación, de otros tiempos,
Imitación muy lejanas
De las justas y torneos.

*Ambiente primaveral
Exhala allí el pasto tierno,
Y las frutas regaladas,

[72] [72] La leyenda constituye una ampliación del fragmento "El escéptico moribundo" referido por Enrique del Solar en su edición de las obras de Mercedes Marín del Solar. Las partes destacadas en asterisco corresponden en estricto rigor a las partes que escribió la propia autora. [N. de la C.]

Y los ramilletes bellos.

*¡Cuántas queridas memorias,
Cuantos gloriosos recuerdos
Vagan por la fantasía
De los patriotas chilenos!

*Ora tienden sus miradas
A los Andes gigantescos,
O las dirigen al campo
Teatro de famosos hechos;

*Y si de los corazones
Juveniles el secreto
Pudiéramos penetrar
En un feliz momento;

*Cuántas dulces esperanzas,
Viéramos! cuántos proyectos
Que forja la fantasía
En sus atrevidos vuelos!

*Mas, antes que el sol destelle
Su resplandor postrimero
Están las alegres turbas
En la ciudad de regreso.

*Entonces a nuestros ojos
Se ofrece un cuadro más bello
Y la *Alameda* se ostenta
Con seductor embeleso.

*Los lados colaterales
De aquel paseo están llenos
De magníficos carruajes
Y de caballos sin cuento.

*En los coches se divisan,
Bajo trasparentes velos,
De mil jóvenes hermosas,
Los rostros más hechiceros;

*Otras rigen sus corceles
Orgullosos de tal peso,
Luciendo el esbelto talle,
Y los graciosos sombreros.

*A su lado alegres van
Bien montados caballeros,
Cuyo empeño es evitarlas
Con su brío el menor riesgo.

*Mil otros a pié caminan
Por el centro del paseo,
A cuyos árboles priva
De su follaje el invierno.

*Oh! cuántas frases de amor
Guarda en sus pliegues el viento!
Cuál laten los corazones
En férvido devaneo!

*Mil ilusiones doradas
Revuelan con blando juego,
Ledas, como el infante
Los deliciosos ensueños.

*Placer, juventud y vida
Se agitan en tal momento
Unidos a los transportes
Del patriotismo sincero.

*Y aquellas horas de dicha
Huyen con ligero vuelo,
Leves hojas que arrebatan
Los huracanes del tiempo.

II.

*Borrascosa era la tarde,
Grandes nubarrones negros
Del sol en el horizonte
Ocultaban los reflejos.

*La lluvia empieza a caer,
Sopla helado y recio el viento,
Algunos celajes cruzan,
Y al lejos retumba el trueno.

*Van y vienen los carruajes
Con apresurado estrépito,
Desplegánse los paraguas,
Y marchan todos ligeros.

*Tal vez con grata sonrisa
Ve la mudanza del tiempo
El rico cuya esperanza
Lisonjea el aguacero.

*Mientras los jóvenes temen
Hallar el teatro desierto
Sin las beldades que abrasan
Con una mirada el pecho;

*Y las doncellas auguran
Una noche de silencio
Y de triste soledad
Bajo el techo paterno.

*No lejos la voz se escucha
Del infeliz pordiosero,
Que pide el pan de sus hijos,
Con angustiado lamento.

*Dadle la mano, felices,
Y no desoigáis sus ruegos,
El traerá sobre vosotros
Las bendiciones del cielo!

III.

*Pero dos nobles figuras
De mujer, a paso lento
Atravesando la calle,
Van con ademan modesto.

*Ningún manto las cobija,
Ni cubre su rostro un velo,
Blanca toca en su cabeza,
Y humilde traje es su arreo.

*El agua no las ofende,
No temen rayo ni trueno,
Y conversan entre sí
Con rostro suave y benévolo.

*La más anciana a la joven
Que preocupa un pensamiento
Dice: “¿al fin, buena Lucía,

Persiste siempre tu empeño?

*”¿No te acobarda el temor
De algún extraño suceso,
Qué, oponiéndose a tus miras,
Frustre tu piadoso intento?

*”No, hermana Teresa, no;
Fio en la bondad del cielo,
Que liberal y piadoso
Acogerá mis deseos.

*”Me interesa la salud
De ese joven caballero,
Y a velar por él me obligan
Mil favores que le debo.

*”Mas tal vez hay en la casa
Gentes que no conocemos…
Nuestro traje nos abona,
Y nos aman los enfermos.

*”Yo conozco al mayordomo,
Le merecí algún aprecio,
Alfredo me ha protegido
Como sabéis.- es muy cierto;

*”Bien lo conozco, hija mía,
Tus propósitos, son buenos;
Tienes el ánimo firme,
Y que desmayes no temo.

*”Más se me ocurre una duda….
Lucía ¿cómo podremos,
Sin ser llamadas, llegar
Hasta el lecho del enfermo?

*”Dejad, hermana Teresa,
Que yo con valor me siento
Para todo--Dios bendiga
Tu caritativo celo!”

*Así hablaban dos hermanas
De caridad, a lo lejos
Mirando una hermosa casa
A donde llegan muy presto.

*"La puerta no está cerrada,
Hija, llegamos a tiempo--
El temor de la demora
Me era ya un remordimiento.--

*"Tal vez, hermana, tal vez
Medio aunque débil seremos
Para con este infeliz
De las bondades del cielo.--

*"El corazón me lo dice:
Creo en mi presentimiento
Orad, orad, dulce hermana
Y sostened mis esfuerzos."*

IV.

De aquella mansión fastosa
Trasponiendo el ancha puerta
Las dos *hermanas*, al patio
Con firme paso penetran.

¿Qué ambiente allí se respira
Que sus corazones hiela?
Quién del moribundo dueño
El triste caso lamenta?

Nadie!...tal vez uno que otro
Que sus dádivas recuerda,
Un amigo que pregunta
Por él y luego se aleja.

Y levanta sordo ruido
Criados que allí conversan,
Vecinos, mujeres gárrulas
Curiosos que salen y entran.

V.

Uno solo al triste Alfredo
Llora con amarga pena.
Noble anciano encanecido
En la virtud pía y recta.

Jamás creyó que algún día
Los ojos cerrar debiera
Al que vio jugar de niño
Con paternal complacencia.

Amigo fue de su madre,
Y en tal momento recuerda
Le dijo: "¡Guía a mi Alfredo
De la virtud por la senda!"

Pero ¡cómo detener
Esa juventud violenta,
Que, cual torrente, al abismo
Presurosa se despeña¡

Lo vio del pérfido halago
De adulación lisonjera
Seducido y , como un ciego,
Marchando por las tinieblas.

Y niño aún olvidarse
De la virtud y pureza,
Flores que la infancia aroman
En su mañana primera.

Y no había fe en su alma,
Que nada ama, nada espera
Y la virtud le arrancaba
Una sonrisa blasfema!

Cercano al eterno sueño,
Como entre sombras espesas,
Tal vez al quitado mozo
Habla la verdad severa.

Tal vez con mil dudas lucha
O en obcecación funesta
A la voz que suena en su alma
Los torpes oídos cierra.

Así pensaba el anciano
E inclinado su cabeza
En la faz del moribundo
Amargas lágrimas riega.

Y mira el negro pasado
De esa infeliz existencia
Como las fúnebres ruinas
De una ciudad ya desierta.

"Sólo estoy con él, exclama
Y se niega a oírme! Vuela
El tiempo; cuán pocas horas
Le quedan sobre la tierra!

"Pronto en su frente espaciosa
Donde habitó la inteligencia
Se apagará de la vida
La rutilante centella.

"Polvo será, Dios eterno!
Y ni esperanza me resta
De hacerle tornar sus ojos
Hacia tu bondad inmensa.

"Ya, Señor, que mis consejos
Y mis palabras desprecia,
Tu bondad le envíe un ángel
Que su espíritu esclarezca."

Lanzó un ¡ay! el moribundo
Y extendió sus manos yertas,
Cual si horrorosos fantasmas
De entorno apartar quisiera.

Mas, se oye extraño ruido,
Y palabras descompuestas
Indignan al triste anciano,
Que cabe el enfermo vela.

Con apresurados pasos
La fúnebre estancia deja
Diciendo con risa amarga
"¡Ni aun su agonía respetan!"

"Qué es esto!" exclama. Un criado
Le responde: "Es que se empeña
En entrar esas señoras
Con importuna insistencia."

Su paso avanzó Lucia
Y con gentil entereza

Ante el noble caballero
Levantó su faz modesta.

"Soy yo, don Pedro….-- Lucía!
Tú mi esperanza postrera…
E ignoraba tu destino!
¿Te envía la Providencia?

"Ven conmigo y ojalá
Mas pronto llegado hubieras!--
Nunca para Dios es tarde,
Pues su piedad es inmensa!"

Al importuno criado
Hace don Pedro una seña
Y en pos de él libres caminan
Lucía y su compañera.

En la estancia funeral,
De don Pedro precedida
Entra Lucía afligida
Por una angustia mortal.

Allí, en silencio profundo,
No osando hablar, el anciano
Le señaló con la mano
El lecho del moribundo.

Y, buscando a su amargura
Un instante de reposo,
Aquel lugar pavoroso
A abandonar se apresura.

VI.

Ora Teresa en la vecina estancia
Y, ensanchado su pecho, al fin respira
Don Pedro, al ver que hay almas que de Alfredo
Con su plegaria endulzan la agonía.
"Hermana, dice, el cielo os recompense
Vuestro santo fervor!__
Dios os asista

Y minore, señor, vuestro quebranto.—
Ay! de las agrias heces de mi vida
Me faltaba apurar la última gota,
Cuando alma y cuerpo la vejez fatigan—
¿Sois su padre, señor?—
A Dios le plugo
Arrebatar a la ternura mía
Dos hijos ¡ay! Que fueron la esperanza
De los alegres años de mi dicha!
Era joven aún... mas, por el mundo
Marchaba con el alma aridecida,
Fijos los ojos en la abierta fosa
Donde las prendas de mi amor dormían.
Una santa mujer que en otro tiempo
Fue de mi esposa inseparable amiga
Hizo brillar la luz de la esperanza
A mis ojos que el llanto oscurecía.
En su cariño puro hallé el consuelo,
Mas ¡ay! muy pronto abandonó la vida,
A mi fiel amistad encomendando
Su joven hijo que doliente espira—
Bien lo comprendo, es justa vuestra pena—
¿Y por qué esta existencia consumida
En triste soledad y desengaños
No me es dado dejar?—
La voz divina
Aún no os llama, señor.—
Tengo el consuelo
De haber dejado un ángel de rodillas,
Orando con fervor junto a su lecho;
Tal vez Dios oiga su plegaria pía!—
Confiad, señor, esa sublime joven,
Que arde de caridad en llama activa,
Ejemplo es de esta anciana, que ha veinte años
En su misión modesta se ejercita.—
Seis años ha que su mirada angélica,
Nuncio de paz, no apareció a mi vista…--
Consagrada al deber, velando afable
Cabe el lecho del pobre noche y día,
En medio del dolor ella habitaba,
Como flor pudorosa entre las ruinas.
Allí, siguiendo a la virtud austera,
Para el mundo vivió desconocida;
Su madre la proclama el desdichado.
Cual por el valle vena cristalina
Que los erguidos robles y las flores
Fecunda de sus fértiles orillas,

Ella sola ignorando sus virtudes,
Con la salud la dicha repartía
A mil que de la muerte ya en los brazos
Supo tornar al aura de la vida.
--Yo conocí a Lucía cuando Alfredo
Gozaba de su madre las caricias
Y el viento asolador de la desgracia
Aún no tocaba esta infeliz familia.
Ah! me parece que la veo, hermosa
Cual lirio de los campos y sencilla
En modestas labores ocupada
Pasar alegre su inocente vida.
A aquellas horas de apacible calma
Y de existencia plácida y tranquila
El duelo sucedió: cruda tormenta
A este hogar trajo desventura y ruina.
Murió de Alfredo la virtuosa madre,
La angélica mujer que en mi alma herida
El bálsamo vertió de los consuelos,
Cuando al dolor mi pecho se rendía;
¿Por qué esas creaturas celestiales
Son fugaces meteoros, que iluminan
Nuestra noche de horror un solo instante,
Para ocultarse luego a nuestra vista?...
Huérfano queda el infeliz mancebo;
Su corazón brioso, su alma altiva
En los placeres expansión buscaba
Y al precipicio indómito corría.

Con él pródiga azas fue la fortuna;
Dichas, poder, riqueza sin medida
Le concedió, y en su dintel el mundo
La acogía con plácida sonrisa.
¿Qué más pudo desear? Aduladores
Un bello porvenir le predecían
Y loco se lanzaba tras los goces,
Que envenenan la fuente de vida—
El dolor nos aterra, y es el móvil
Que hacia el bien nuestras almas encamina.---
Esta morada, de virtud severa
Tranquilo templo, vióse convertida,
En teatro licencioso de desorden
Y vergonzosa criminal orgía.
Noche tras noche sorprendió la aurora
La torpe bacanal; la irreflexiva
Turba de alegres mozos aun libaba
Dulce licor en copas cristalinas,

Y sus labios lanzaban a los cielos
Torpes sarcasmos y blasfemia impía!—
Juventud desdichada!—
Pura siempre
En medio del fango conservó Lucía
La delicada flor de su inocencia,
E implorando al Señor con voz sumisa,
Sujetar parecía con sus ruegos
La indignación del cielo y su justicia.—
Pero… ¿Cómo no huyó?—
Su madre anciana,
Al gran peso de la edad rendida,
Postrada por continuos sufrimientos,
Abandonar el lecho no podía.—
Y vos ¿Qué hacíais?—
Del incauto joven
Mil y mil veces presenté a la vista
Su criminal vivir. El me escuchaba,
Con respeto fingido; hasta que un día,
Cansado ya de mí, de esta morada
Las puertas me cerró con ignominia.—
¡Infeliz la madre que abandona
Del mundo en la corriente embravecida
Un hijo en el hervor de las pasiones!—
Temprano al mundo dijo adiós mi amiga!
Oíd, aún queda de esta amarga historia
Una página oscura, hermana mía,
Atroz remordimiento que, de Alfredo,
Cual dardo agudo, la dolencia irrita…--
Hablad, señor.—
Era una hermosa noche;
De blanda primavera el aura tibia,
Soplando dulcemente con murmullo,
De ese jardín las flores remecía.
Los suaves reflejos de la luna,
Que en lo alto derramaba luz tranquila,
Con el fulgor que expiden los blandones
De la rica mansión palidecían.
En torno allí de una opulenta mesa,
Donde la profusión y el fausto brillan,
Alfredo y sus amigos celebraban
Del año nuevo la feliz venida.
Ornan la sala espléndidas guirnaldas,
Que agitadas al soplo de la brisa
Sobre las sienes de la joven turba
Sus perfumadas hojas esparcían.
Como hadas del placer embriagadoras,

Mujeres de belleza peregrina
Al deleite llamaban, y el mancebo
Ardoroso apuraba sus caricias.
Y allá a lo lejos numerosa orquesta
Preludiaba sonoras armonías
De un himno que al placer y los amores
Entonaba un cantor con voz dulcísima.
Las mujeres, el canto, los perfumes
Un vértigo funesto producían
En eso juveniles corazones
Que soñaban un goce sin medida.
Y corrían las horas y el delirio
Crecía más y más…. las cristalinas
Copas de dulce néctar se apuraban
Entre entusiastas y sonoros ¡vivas!
La embriaguez comenzaba. Alfredo loco
Mil ensueños de amor finge y delira
Y a las plácidas horas deleitosas
De amable juventud alegre brinda.
Súbito su semblante se demuda,
Melancólico sello en él se pinta
De sus manos rodó la copa de oro,
Y enmudeció la alegre compañía.
Alzase de su puesto la hermosura,
Que con su amor el alma le cautiva,
Y al tenderle los brazos, con tristeza
El despechado Alfredo se retira.
"¿Qué es el placer? exclama. Esos vapores
"Qué en la tarde la vista nos fascinan
"Y al sepultarse el astro luminoso
"Envuelve densa oscuridad sombría.

"Lisonjero perfume que se escapa
"De las flores del árbol de la vida
"Que caen deshojadas al perderlo,
"Y arrastra el viento que zumbando gira….
"Oh! caminar, soñándose dichoso,
"Mintiendo el labio engañadora risa,
"Y tocar con las sienes coronadas
"De espléndida guirnalda aún no marchita
"En medio del delirio de los goces
"Abierta huesa donde el pie vacila!...
"Y entonces ¡ay! la pérfida hermosura,
"Que amor eterno al corazón mentía,
"Nos verá fenecer indiferente
"Como una flor que deshojó la brisa!

“Que hay en pos de la tumba? Olvido!...nada!
“De qué me sirve vuestro amor? Un día
“Creí en él, como incauto, navegante
“Suele escuchar la pérfida armonía
“De sirena engañosa, que al abismo
“Su embarcación traidora precipita!
“Oh! si hallara el amor que me soñaba
“ En la santa pureza de mi vida
“No sintiera el vacío que me agobia…
“¡De qué servirme pueden tus caricias
“Con el oro compradas? Vuelve, vuelve
“A tu puesto otra vez, pobre Celmira,
“Tú nunca saciarás la sed ardiente
“Que mi anheloso corazón fatiga.”
La infeliz cortesana avergonzada
A su asiento gimiendo se retira;
Otro joven estrecha allí su mano
“No llores, dice, está borracho, niña.”
--“Conozco una mujer, prosigue Alfredo,
“Alma sensible donde el bien se anida
“Ángel en la beldad y en la pureza….
“Su dulcísimo encanto me cautiva!
“Oh! ¿Porqué huye de mí? qué influjo extraño
“A respetarla a mi pesar me obliga?
“Qué tiene esa mujer! Ella, solo ella
“En mi amarga existencia oscurecida
“Destellaría un rayo fulgoroso
“De esperanza, de amor, de paz y dicha!
“¡Ah! si su labio me dijera ¡te amo!
“Jamás esa alma fiel me engañaría!
“ ¿Dónde Lucía está? ¿Dónde? decidme
“Traédmela a mis brazos.”
A gran prisa
El salón deja adulador criado
Y suspensa quedó la compañía,
Aguardando aparezca en su presencia
Un tipo de belleza tan cumplida.
Torna el rufián. De Alfredo a los oídos
Algo dice y al punto se retira:
Queda inmóvil el joven y a su rostro
Súbito asoma el tinte de la ira….
Frenético y con paso apresurado
Al lejano aposento de Lucía
Se dirige--
Acabad!—
Férvida alzaba
Tierna plegaria la inocente niña,

Cabe el lecho, donde sueño sosegado
Su venerable madre en paz dormía.
Entra Alfredo. La virgen se levanta
Con actitud severa y faz erguida
Y con noble confianza al audaz joven,
“Que me queréis, señor!” dice tranquila.
“Yo te adoro Lucía (exclamaba Alfredo)
“Y abandonando el aura corrompida,
“De falsa adulación que me rodea
“Vengo en pos de tu amor. Tierna y sencilla
“Te vi al suave fulgor que destellaba
“La dulce primavera de mis días...
“Extraviado después busqué otros brazos….
“Opaca sombra oscureció mi vista,
“Probé el veneno del deleite impuro,
“Y, marchando entre rígidas espinas
“Por un yermo desierto, olvidé ciego
“La tierna flor que en el hogar crecía.---
“Qué dar puede la huérfana infeliz
“Al señor opulento?--- Tus caricias,
“Angélica mujer! sobre mis hombros
“Gravita azas la carga de la vida.
“El alma que en el tedio se consume
“Agitada se ve de una infinita
“Necesidad de amar…. Oh! ¿no comprendes?
“Que tú has nacido para hacer mi dicha?
“Ven conmigo al festín! Deja el retiro
“Donde vives solitaria y escondida;
“Allí de aquellas falsas hermosuras
“Provocarás los celos y la envidia
“Y de un amor ardiente en los transportes
“Podré llamarte con orgullo mía!
--“Retiraos, señor, pobre he nacido,
“A las riquezas mi humildad no aspira,
“Y vuestro amor imprimirá en mi frente
“Un sello de baldón, de ignominia!
“Jamás vuestra seré!...” Rabioso Alfredo
Ase de un brazo a la infeliz Lucía,
Arrastrarla intentando hacia la sala
Donde embriagados sus amigos gritan.
¡Inútiles esfuerzos! Pugna en vano:
Por las virtudes indefensas lidia

La mano del Señor! A tal ruido
Despiértase la anciana estremecida
“Qué es esto? Oh Dios! (exclama) ¿quién pretende
“Arrancarte a mis brazos, hija mía?”
“Callad, vieja, callad!” prorrumpe Alfredo
“No! (replica la anciana) acción indigna
“De vos, señor, él pretender osado
“Robar su único bien a mi Lucía!
“Su inerme juventud y mi desgracia
“Debieron a esa mano compasiva
“El pan de infortunio ¡Dios os premie!
“Siempre he rogado al cielo que os bendiga...
“Mas; hollar la virtud y la inocencia
“De quien confiada junto a vos vivía….
“No, señor, no lo haréis ¡Puedan mis ruegos
“Disipar el delirio que os agita!...
“¿Nó recordáis a vuestra santa madre,
“Que en otro tiempo socorrió benigna
“A la pobre doncella?....Si en vuestra alma
“La llama del honor no está extinguida,
“Si aun guardáis el recuerdo venerando
“De su amable virtud y sus caricias,
“Temed que al ver vuestro nefando intento
“Abandone la tumba y os maldiga!”
No acababa la anciana, cuando Alfredo
Por la puerta veloz se precipita,
Y abandona a Lucía que en el polvo
Cae de hinojos y su frente humilla
“Me salve, madre! adiós!” Algo más dijo
Que nadie pudo oír.--- “Ve, hija querida.”
Respondióle la anciana y presurosa
De esta morada se ausentó la niña.
Nadie supo más de ella; su destino
Solo la madre conoció; de su hija
Imposible le fue seguir las huellas
Y enferma terminó sus breves días!
Aquella noche disolvió la fiesta
La presencia de Alfredo…. La luz viva
De la aurora halló en lágrimas bañados
Sus ojos y sus pálidas mejillas.
Tal vez de entonces no encontró placeres
Y su existencia se tornó sombría,
Por más que la honda pena disfrazaba
Con sonrisa falaz. Era su herida

Muy profunda; tenaz remordimiento,
Del desengaño, la amargura impía
Con un velo de sombras enlutaron
La dolorosa noche de su vida….
Fue su único solaz verter sus dones
Sobre la anciana madre de Lucía,
Que en su última plegaria a Dios rogaba
Tornara su alma a la virtud perdida.
Tal vez la oiga el Señor….---
Lo espero hermana.---
Sí, ya lo veis, la generosa niña
La deuda maternal a pagar viene….
Al desorden siguió la deuda impía
En el triste mancebo que orgulloso
De los cielos desviar quiso la vista,
Y al Dios que oyera sus humildes votos
No demandó la fé que no tenía.---
Mirad si es gran la bondad del cielo
Un solo bien Alfredo hizo en la vida,
El socorrió a la madre, la hija ahora
Es el ángel de su última agonía"

VII.

¡Y va a acabar esa vida
Que, entre festines y amores
Indolente y distraída,
No temió los sinsabores,
Amargos de la partida!

Pensaba que hoy, como ayer,
Alegre discurriría,
Y que la rueda al volver
De la fortuna traería
Un placer y otro placer!

Mas ya de sus verdes años
Se deshojó la flor pura
Y, cual fantasmas extraños,

Lo turban en su amargura
Angustias y desengaños.

Llega al fin de la jornada
Y no osa mirar avante
Y su ánima conturbada
Apura desalentada
La hiel del último instante.

Quién de la augusta verdad
Desdeñaba el esplendor
Dirige con ansiedad
Torvas miradas de horror
A la oscura eternidad.

¡Necesidad triste y dura!
Despedida dolorosa
Del fausto, de la hermosura,
De la juventud briosa
Y sus sueños de ventura!

¡Ay! Querría detener
Aquel instante fatal
Y a la existencia volver,
O en un mundo placer
Apurar goce inmortal.

Esa alma nacido había
Para creer, para amar;
No era su centro la orgía,
Debió a una dicha aspirar
Que infeliz desconocía!

Alma ardiente y generosa,
Del bien siguiendo el camino,
Dejado hubiera radiosa
Una estela luminosa,
Que marcara su destino.

Loco se dejó arrastrar

Del huracán de la vida,
No quiso nunca luchar,
Y, como una hoja caída,
Se ve al fin arrebatar.

Oh! morir azas temprano,
Cuando arde la juventud,
Y no llevar en la mano,
Para viaje tan lejano,
La palma de la virtud!

¡Ver que al último accidente
Baja el sol de la existencia,
Y no tener en la mente,
Como fanal refulgente,
La lumbre de la creencia!

¡Fiero terrible momento
En que roban nuestra calma
Mar de zozobras sin cuento,
Confusión y desaliento
Que en vano desecha el alma!

No hay nadie que en esa frente
Beso de blanda ternura
Llegue a imprimir dulcemente
¡Emblema de la fé pura
De un amor casto y ardiente!

De su vida borrascosa
En la fluctuante inquietud,
Despreció esa alma orgullosa
Las caricias de la esposa,
El amor en la virtud.

Hermoso cáliz dorado,
Pero que la muerte encierra
Es el falso amor comprado,
Como joya de un mercado,
En el festín de la tierra.

Aquel puro amor consuelo
De la lid de la existencia,
Es en el mísero suelo
Rayos de la luz del cielo
Que de Dios trae su esencia.

Mas, Alfredo que viva
De la duda esclavo ciego
¿Amar acaso podría,
Cuando alzar a Dios su ruego
Su corazón no sabía?

No así muere el que abrasado
Al rayo de eterna luz,
En la virtud afianzado,
Es un mártir inmolado
Al pie de la santa cruz.

¿Por qué locos en la vida
Nos queremos desviar
De la fuente bendecida,
A donde el alma afligida
Llega la paz a encontrar?

….Visión de placer y amor
Al moribundo turbaba,
Que acaso genio traidor
A sus ojos presentaba,
Para aumentar su dolor.

Y la alegre sinfonía
De algún lejano festín
Escuchar le parecía,
Y los brindis de la orgia,
Que celebraba su fin.

Allí la aleve hermosura
Le extiende su blanca mano,

Que él a besar se apresura,
Llevado por el insano
Vértigo de su locura.

Mas la copa coronada
De mirto azahar y rosa,
La ambrosía regalada,
La bebida deliciosa
En veneno está trocada!

Y ansia gozar todavía….
¡Loco engaño de la suerte!
Con satánica ironía
Sobre su frente imprimía
Helado beso la muerte!...

Para vencer el furor
De la última tempestad
En este mar de dolor
Son el timón salvador
La justicia y la verdad!

¡Dios mío! extiende las manos
Al infeliz moribundo,
Descúbrele los arcanos
Que entre las nieblas del mundo
No penetran los humanos!

Un huérfano era, Señor,
Tú, padre del desdichado,
Modera el justo rigor
Y vuelva el hijo extraviado
Al regazo de tu amor!

VIII.

Don Pedro en esto pensaba,
Acalorada su mente,
Mientras Teresa ferviente
Por el moribundo oraba.

Pero en aquella mansión,
Aunque su dueño moría,
Ni un solo signo se vía
De luto y desolación.

Algún pariente quizás,
Mira al enfermo, le deja,
Otro dice: “no se queja;
Sin duda mejor está.”

Murmura alguno; “querría
Un sacerdote llamar.----
“No que viniera a agravar
La angustia de su agonía.----

“Si él no lo pide ¿qué hacer?---
Ya lo creo es lo mejor
Que lo consuele el amor
De aquella hermosa mujer;”

Y con lúbrica ironía
Sacrílego señalaba
A la joven que allí oraba
A la angélica Lucía!

A alguno se oye reír
Del importuno aguacero,
Y tomando su sombrero
Va para el teatro a salir.

“Gocemos, dice, la suerte
Mientras luce la esperanza,
Que tras la mundana danza
Está la faz de la muerte.”

Y aquellos locos amigos
De los días de ventura
Son de su acerba amargura
Los imposibles testigos

En un lejano aposento,
Con el alma disipada,
Entretiene la velada
El heredero avariento.

En torno a una mesa allí
A la alegría se entrega
Y con sus amigos juega
Con férvido frenesí.

Y se habla del funeral
Y de la cuantiosa herencia….
¡Egoísta indiferencia
De la muerte en el umbral!

Y ¿quién busca el esplendor
Del sol en el Occidente?
Ya quién al triste paciente
Pedirá amparo y favor?

¡Nada, infeliz, puede hacer
El mancebo dadivoso,
Que los llamó generoso
A dividir su placer!

Esa ingrata juventud
Ebria de goces y amores
No quiere verter sus flores
Sobre un helado ataúd.

Muchos de aquella mansión
Se retira con presteza,
Temiendo que la tristeza
Invada su corazón.

Aún quedan algunas horas
Antes que despunte el día
Y los convoca la orgía

Con sus músicas sonoras!

Corred, corred y gozad,
Amigos engañadores,
De vuestra sed los ardores
En fuente impura apagad!

De la bacanal humana
Apurad allí el veneno,
Tal vez un día sereno
Nos os alumbrará mañana.

De vuestro delirio vano
Quizás despertéis al fin
Con la copa del festín
En la temblorosa mano!

IX.

No a ti el olvido ha alcanzado
¡Pura virgen del Señor,
Que oras con santo fervor
Junto al lecho abandonado!

Ruega, sensible Lucía,
Y, como nube de incienso,
Al trono del Ser inmenso
Suba tu plegaria pía.

Tu misión es celestial
Y alcanzará tu virtud,
Del enfermo la salud,
O el perdón del criminal.

Dios, la sublime verdad
Que a los ciegos ilumina,
Hace oír por la divina
Voz de santa caridad.

Que unir le plugo al Señor
En un misma carrera,
Porque más potente fuera,

A la verdad, el amor.

Y tú de las almas eres,
Que Dios para sí eligió,
Y bondadoso apartó
Del fango de los placeres.

Almas que en el sacrificio
Viven del cielo alentadas,
En su virtud respetadas
Aun por el error y el vicio.

Ángeles de la piedad,
Que habitan el triste suelo,
Para enseñanza y consuelo
De la pobre humanidad.

En ellas arde el fecundo
Fuego que a Cristo encendía,
Cuando el misterio cumplía
De la redención del mundo.

¡Ellos son rico venero
De un raudal que no se agota,
Puro manantial que brota
De la sangre del Cordero!

Suene tu voz con dulzura,
Como armonía del cielo,
Y a Alfredo traiga el consuelo,
Y la luz a su alma oscura.

Y ojalá que la verdad
No llegue a su oído en vano,
Y al sacro Edén por la mano
Lo lleve la caridad!

X

Mas de la casa a la puerta
Gime una joven hermosa,
De frío y espanto yerta,
Y a hablar apenas acierta
Al portero temblorosa.

Es más bella esa mujer
En su profundo dolor,
Que lo era tal vez ayer,
Coronada por amor
Con la aureola del placer.

Deshecho su corazón
En un mar de acerbo llanto,
Parece en tal ocasión
Demandar al cielo santo
De algún crimen el perdón.

"Y no hay esperanza ya…?"
Dice al portero.--- "Señora,
Responde éste, morirá
Antes que raye la aurora,
Tal vez expirando está.---

"Oh! llévame a su aposento
Y pueda hablarle siquiera
Tan solo por un momento---
Es imposible, lo siento,
Pues complaceros siquiera---

"Sabes que fue el solo amor
De mi menguada existencia
Tu desdichado señor!
Quiero pedirle mi honor
Ya que él burló mi inocencia!

"Yo sus tesoros no quiero
Ni vengo de ellos en pos
Dicha en el mundo no espero,

Déjame pasar, por Dios,
Y no tema el heredero.----

"Pasad, infeliz señora"
El portero enternecido
Va a decir…. Mas en mala hora
Ve al heredero, se azora
Ya la piedad niega oído.

"*Fuera esa mujer"* clamó
Y cual de un rayo tocada,
La triste joven calló
Y la casa abandonó
Con el alma destrozada.

XI.

Aquella noche de horror
A su término avanzaba
Lentamente.
Ya el matutino fulgor
De los montones coronaba
La alta frente.

Pronto el ave candorosa
Lanzará grata armonía
Regalada,
Dulce canción melodiosa
Con que saluda del día
La llegada.

El tiempo su ardua carrera,
Insensible a nuestra suerte,
Apresura.
Del que sufre, del que espera,
De la vida o de la muerte
No se cura.

Así en el instante mismo
Va uno al templo del placer
Otro llora;

Baja el magante al abismo,
Y al que oyó insolente ayer
Triste implora.

Allí la risa acá el llanto
La desgracia y la ventura
En una hora!
¡Triste el que fía su encanto
A la dicha, a la hermosura
Seductora!

¿Qué es ¡ay! la vida engañosa?
Cáliz en cuyo licor
Se han mezclado
Lágrimas, hiel venenosa
Del placer con el dulzor
Regalado.

¿Y creeremos en la vana
Prosperidad del impío
Pasajera
Cual nube de la mañana,
Como precipita el río
Su carrera?

Su torpe y mezquina ciencia
La senda de la verdad
No alcanzó.
Su turbada inteligencia
El sol de la iniquidad
Alumbró.

Cansado ya en el sendero
De malicia y perdición
Se sentía;
¡Y el camino verdadero
Dulce paz al corazón
Ofrecía!

Los placeres, la riqueza

La dicha que lo alucina
Ya pasaron….
¡Ay! con mayor ligereza
Que el que corriendo camina
Se alejaron;

O como nave velera,
Que cruza el inmenso mar
Arrogante,
Y el surco que al paso abriera
El agua viene a borrar
Al instante;

O como ave voladora
Que el espacio recorrido
No señala,
Por donde pasó se ignora,
Solo se escucha el ruido
Que hace el ala.

La esperanza del impío
Es frágil pluma llevada
Por el viento,
O espuma del mar bravío
Que es por sus ondas borrada
Al momento.

En la siesta acongojado
Al umbral, un pasajero,
De la casa,
Se detiene fatigado,
Pide limosna, y ligero
Luego pasa.

¿Quién de él guardará memoria
Cuando haya desaparecido?
¡Tal es vana
De los malvados la gloria
Sepultada en el olvido

Ya mañana!

XII.

Y ya el sol amanecía
Sobre la cumbre nevada,
Vertiendo su luz dorada
Los rayos del nuevo día.

Con más brillantes colores
La fresca lluvia de ayer
Hace hermosas parecer
Del prado las frescas flores.

Engalana la ciudad
El pendón de nuestra gloria,
Como preciosa memoria
De los triunfos de otra edad.

Aún resta un día de gozo,
La alegría interrumpida
Renace con nueva vida
Y bullicio y alborozo.

No imprudente como ayer
La tormenta clamorosa
Turbará la fiesta hermosa,
Amenguando su placer.

Semeja con su esplendor
La natura engalanada
A la virgen desposada,
Que aguarda a su dulce amor.

Pero ¡ay! de tanta hermosura
Ya no gozará el encanto,
El que aguarda con espanto
La muerte que se apresura;

Y antes que se haya escondido
El sol en el occidente

Descenderá tristemente
A la mansión del olvido.

Ay! el que ayer presidía
Los banquetes ostentosos,
Y en brindis estrepitosos
Falsa ventura mentía,

Aquel joven envidiado
Por su fausto y su riqueza,
Marchita ya su belleza,
Será un cadáver helado!

"Vamos a su estancia," dice
El buen don Pedro a la hermana.---
"Sí, que el fin de la mañana
No ha de ver ese infeliz---
Vamos, sí, no seré yo
Quien esquive ser testigo
Del triste fin de mi amigo---
Fuiste el solo que lo amó---
¿Quién de trance tan cruel
Templará la hiel impía?---
Unámonos a Lucía,
Con ella oremos por él."

XIII.

*Silencio pavoroso
Reina en la estancia solitaria y triste
A la par de magnífica y lujosa
Del opulento dueño….
Una lámpara en alto suspendida
Refleja su luz débil
En el oro brillante
De los costosos muebles y en los cuadros,
Donde brilla el elegante
Gusto y primor del arte más preciado.
Un péndulo colgado

En el muro señala lentas horas,
Y al través de finísima cortina,
Sobre almohadas de blanca muselina,
La lánguida cabeza
Del enfermo se inclina,
Privada de esplendor y de belleza.
De hinojos cabe el lecho
Se ve también una mujer, que orando
Férvida hiere su inocente pecho

* Aquel rico dichoso, cuya suerte
Fuera objeto de envidia
Para la ambición necia,
Hoy con su pena y su dolencia lidia
Y los tesoros y el placer desprecia.

* Ayer no más el aura lisonjera
De la gloria feliz lo halagaba
Cual dorada quimera;
Los dones del poder y la fortuna
Pródigos en su cuna se vertieron
Los años trascurrieron
De juventud ardiente y borrascosa
Que jamás corrigió la desventura;
Y, soltando rienda a sus pasiones,
Victima prematura
Es ya de sus mentidas ilusiones.

*Agotado al rigor del sufrimiento
Flaquea su valor. El pensamiento
Recorre mil ideas incoherentes;
Lugares y personas diferentes
Pasan en confusión ante sus ojos,
Y solicita en vano
Remedio a su penar. ¡Nada en lo humano
Encuentra de consuelo!...
…. Sus ojos en el cielo
No osa fijar quien nunca imaginara
Hubiese en él un Dios que le mirara;
Y, si es que nada teme, nada espera….
Gime y se desespera

Teme morir, la amarga despedida
Le aflige del placer y de la vida!

--"Qué soledad! exclama, aún no me muero
Y ya así me abandonan…. Mi heredero
Calculando estará de mis tesoros
El crecido valor. Tal vez las horas
Cuenta de mi existir, y aún a la muerte
De perezosa acusa ¡infeliz suerte!

*"Mas ¿qué es la muerte al fin? …. Breve pasaje
Del dolor a la nada, triste viaje
Mas necesario al fin, imprescindible…
Burla cruel y amarga del destino,
Que con risa infernal cierra el camino
A la dicha, la gloria y la esperanza….
¡Y tengo de morir!.... La inteligencia
Como débil fanal siento apagarse,
Las fuerzas me abandonan….
Oh! si tal vez creyese en otra vida
Menos infeliz fuera: mas perdida
Es ya toda esperanza….
Mi alma otra fe no alcanza
Que la nada o la duda
Y el porvenir cerrado oscurecido
Húndeme en el silencio del olvido!"-

*Así exclamaba el triste y retorcía
Sus miembros fatigados,
Extraviada su mente se perdía
En funesto delirio;
Una idea le asalta, otra le deja,
Tornar a exhalar desesperada queja
Y cambia, mas no cesa su martirio!

*"Veo el sepulcro abierto; llegó mi hora,
La muerte presa suya me reclama….
La nada o el infierno…. ¿quién me llama?....
No lo sé discernir!
*"---Oh! qué caos de horrores me rodea!
No hallo a mi padecer tregua ni calma;

Si al triste cuerpo sobrevive el alma,
¡Terrible porvenir!

* “Eternidad…. ¡vacío inconcebible!
Eternidad! palabra sin sentido!
¿Porqué vienes a herir mi torpe oído
Con hórrido fragor?
*”Y ….¿por qué helado tiemblo al pronunciarte?
Quién te inventó para tormento fiero
De este ser deleznable, pasajero
Condenado al dolor?

*”Peregrino extraviado que se pierde
En espantoso y árido desierto,
Oh náufrago infeliz que del puerto
Llevó la tempestad;
*”Así camino yo en delirio insano,
Perdidas mis brillantes ilusiones,
Por ignorado mar a las regiones
De la honda eternidad.

*”¿Dónde está aquella vida deleitosa?
Dónde la plácida luz que me alumbraba?
Dónde la dulce amistad, que me adulaba?
Dónde la gloria falaz?
*”Dónde se fue la esperanza seductora
De la belleza, juventud y vida?
Y aquel gozar sin tasa ni medida?
Dónde el ánimo audaz?....

*”Todo desapareció, cual humo leve,
O nube que disipa el raudo viento;
Y fueron solo engaño el pensamiento,
La dicha y el placer;
*”Y yo muero, me extingo para siempre,
Como una débil vacilante lumbre,
Pronto será mi cuerpo podredumbre
Y la nada mi ser!

*”¿La nada he dicho? No!.... que la rechaza
Esta ansia de gozar que el alma siente!

Quiero vivir; grabada está en mi frente
Celeste irradiación!
*"Ah! no puede extinguirse la centella
Que me anima ¡a tan necias opiniones
Responde con vibrantes conmociones
La voz del corazón!

*"Más, si no me aniquilo ¿cuál sendero
Se abre a mi porvenir? La duda impía,
La duda que juzgué sabiduría
Hoy se burla de mí!
*" Y en pos de la embriaguez en que he vivido,
Mecido en la ilusión falaz y artera,
Me muestra la verdad su faz austera
Que antes no conocí….

*"Pero, no!... todo es farsa, todo sueño….
Venid a mi redor, caros amigos,
De mi felicidad fieles testigos,
Mis manos estrechad!
*"Apuremos los goces de la vida,
Llevadme al ancha, perfumada copa,
Y en ocio muelle y alegría loca
Por el placer brindad!

*Veo la clara fuente, los jardines
De la grata mansión de mis placeres,
El banquete servido, las mujeres
De rostro encantador….
*"Venid a levantar el hondo peso
Que grava el corazón, venid, hermosas,
Coronadas de mirtos y de rosas
Brindemos al amor!

*"Oigo mil voluptuosas armonías,
Me halaga de las auras blando beso,
Del delicioso vals el embeleso
Quiero alegre danzar.
*"Venid a sostenerme, amigos caros;
Bellas, poned las manos en mi frente,
Templadme este volcán de lava ardiente,

Voy el lecho a dejar.

*”Pero vuestras guirnaldas se marchitan
El fuego las abrasa, las consume,
Y el hábito que exhalan no es perfume,
Es humo, fetidez….

*”Veo caras deformes, espantosas
Y, en vez de las profusas cabelleras,
Blancas y descarnadas claveras,
Espanto, lobreguez!

*”Oh! ¡qué burlas, qué risas, qué algazara
Y destemplados gritos…! ¿qué os he hecho?
Por qué danzáis en torno de mi lecho?
Qué me queréis? Decid.
*”Apartaos, imágenes funestas,
No me tendáis los brazos, retiraos,
Habitad del infierno el hondo caos
Id, visiones, huid!

*”….Se van… Se van… y pavorosa noche
De frío y de tinieblas me rodea;
Me deja al fin esa infernal ralea,
Así respiraré.
*”Pero siento cavar mi sepultura,
Oigo el lúgubre canto de la muerte,
¡Del infierno o la nada ¡infeliz suerte!
La víctima seré!

XIV

Calló luego tristemente,
Y sin el atroz martirio
Del abrasador delirio
Hundió en el pecho su frente.

Con paternal corazón
Don Pedro lo contemplaba,
Lejos Teresa imploraba
De los cielos perdón.

Mas cerca del desdichado
Arrodillada Lucía,
Mil suspiros despedía
De su pecho destrozado.

*Su rostro pálido y bello
Muestra la suave expresión
De amorosa compasión
Y de dolor hondo sello.

*Su mirada inteligente
Y afanosa está clavada
En la faz desfigurada
Del desdichado paciente.

Sus sollozos comprimidos
Estallan, y más hermosos
Son sus ojos lacrimosos
Por el llanto humedecidos.

Un *¡ay!* lanzó de amargura
Ese ángel de caridad
Que en tan suprema ansiedad
En vano ahogar procura.

¿Amó acaso al moribundo
Y su pasión apagada
Renace ora reavivada
En el umbral de otro mundo?
¿Viene del mártir la palma
A buscar esa mujer?
No intentemos descorrer
El velo que cubre su alma!....

A tan sentido lamento
Despierta de su sopor
Alfredo…. quizás de amor
Creyó escuchar un acento….

Hay voces que nos agitan

Con profundas vibraciones,
Los más yertos corazones
Al escucharlas palpitan!

¿Quién era la que lloraba
Por él? quién de su agonía
Piadosa se condolía?
Quién su pena acompañaba?

Aquel *¡ay!* desgarrador
Trajo un recuerdo a su mente….
¿Tal vez su infancia inocente?
Un sueño tal vez de amor?

Abre los ojos, la mira
La conoce, y en su pecho
Cesa el sombrío despecho
Y así la dice, y suspira:

*"¿Eres Lucía o me engaño?
O eres sombra fugitiva
De esas que la fiebre activa
Me representa en mi daño?---

*"No, señor, no es ilusión,
Al saber lo que aquí pasa
He volado a vuestra casa,
Lacerado el corazón.---

*"Has venido en buen momento
La fiebre me devoraba
Y a mi pesar se extraviaba
Mi confuso pensamiento.

*"Dame agua, siento un ardor….
Con estas drogas extrañas
Se me abrasan las entrañas---
Aquí la tenéis, señor.---

*Ávido el agua bebió
Y, fijando una mirada

Sobre la faz agraciada
De la joven, así habló:---

*Aún eres bella, Lucía---
Bajo de esa blanca toca
Que la superstición loca
Puso en tu cabeza un día.

*Lucía bajo los ojos,
Llena de rubor la frente,
Y con digno continente
Le contestó sin enojos:---

*"Bajo esa toca señor
Encontré la faz del alma….
Y gozo serena clama
Sin recelo ni temor.

*"Llego con ella a la puerta
Del magnate poderoso,
Y para el menesteroso
Encuentro su mano abierta.

*Con ella al triste doliente,
Que yace en mísero lecho,
Me acerco; y con blando pecho
Beso al huérfano inocente.

*"Con ella puedo alcanzar
Hasta el campo del guerrero,
Que en el trance postrimero
No sabe a Dios implorar.

*"Y sin ella no tendría
El dulce y grato consuelo
De satisfacer mi anhelo
De veros en este día.---

"¡En qué hora vienes, en qué hora,
Cuando en su postrer instante
Esta antorcha vacilante

Lanza luz aterradora!

“Veo tu rostro halagüeño,
Cuando más mi angustia crece,
Y la vida desaparece
Como delirio de un sueño.

“¿No es una amarga ironía
De nuestra contraria suerte
En el lecho de la muerte
Juntarnos en este día?

“No, tú por mí no viniste….
¿Cómo lo puedo creer
Si me dejabas ayer
En la soledad más triste?....

*”Qué! ¿Me vienes a engañar?-
Señor, soy agradecida,
Vos a mi madre querida
Diste sustento y hogar.

*”¿Y podría olvidar yo
Que, cual cariñoso hermano
Vuestra compasiva mano
Sobre mi infancia veló?—

*”Por tu sola voluntad
María huiste de mí---
El deber lo ordenó así
Y lo pasado olvidad.---

“Mar inmenso de amargura
Sin ti me fue la existencia,
Ni pude hallar complacencia
Sin tu amor---Una locura

“Fue ese amor…. Un desvarío---
Tú al bien me habrías llevado---
Oh! no queráis del pasado
Romper el velo sombrío.---

“Tú mi ilusión disipaste---
Volved en vos---Ay! Lucía
Fuiste demasiado impía
Cuando así me abandonaste.---

*”Ved que el tiempo es muy precioso
La eternidad un abismo,
Pensad, señor, en vos mismo,
Dios es misericordioso.---

*”Ya sé que voy a morir….
¡Qué puedo! Qué debo hacer!---
Es vuestro solo deber
Buscar a Dios y vivir.---

*”Vivir?---Sí ,señor, la vida
De la verdad y del alma---
No tengo tiempo ni calma
Y hasta hoy me es desconocida.---

*--“Llamad a Dios Salvador
El oirá vuestro gemido
¡Es el hombre arrepentido
Tierno objeto de su amor!---

*”Lucía! Si yo creyera
Que Dios de mí se ocupara,
Al instante le implorara
Y la salud le pidiera:

*”Mas, es para mí evidente,
Que si hay un Dios soberano,
La suerte del ser humano
Jamás ocupa su mente.---

“Eso es medir su poder
Por nuestro orgullo mezquino
No comprende al Ser divino
Todo el humano saber.

*”La sublime Omnipotencia
Puede gobernar mil mundos
Con los recursos profundos
De su sabia Providencia.

*”Y esa inmensa creación,
Donde su bondad resplandece,
Decid, señor, ¿no os merece
Un instante de atención?---

*”Es tarde Lucía---Tarde?---
No se muda de creencia,
Ni se forma otra conciencia,
Al morir. No soy cobarde!---

*”Mucho lo sois por desgracia
Pues no osáis rasgar el velo,
Que os impide ver el cielo
Y conocer su eficacia.

*”El que un aliento infundió
En vos de su ser divino
Alto y dichoso destino
En su seno os preparó.---

*”Cómo!¿Poética luz
Alcanza tu inteligencia?---
Señor, esta bella ciencia
Se aprende al pie de la Cruz!...---

*” ¡La Cruz!.... insigne locura
Para el culto paganismo…---
Mas él se hundió por sí mismo
Y ella largos siglos dura!

*”El que en ella salvó al hombre,
Nuestra esperanza y consuelo,
Puede llevaros al cielo,
Invocad su dulce nombre!

*”Un ministro del Señor
Puede venir al instante…---
Contigo sola hay bastante,
Tú serás mi confesor.---

*”Si pudierais conocer
La senda que discurrís,
El abismo en que os hundís,
El bien que vais a perder!---

*”Oh! no me aterres, Lucía,
Le veré por complacerte,
Mas, estoy débil de suerte
Que no será en este día.---

*”No está el día de mañana,
Ni aún el presente seguro.
Por Dios, señor, os conjuro…---
Gracias, mil gracias hermana…”

*Y con desabrido ceño
Su cabeza ya pesada
Desplomó sobre la almohada
Con mal simulado sueño.

*Ya su faz se descolora,
Una lágrima a correr
Empieza ¡como al nacer,
Al morir el hombre llora!

*Frío y copioso sudor
Sobre su espaciosa frente
Corre, y perturban su mente
Las angustias del terror.

*”Dios!...Eternidad….Pecado!
Muerte… (dice) y perdición….
¡Terrible alucinación!
Lucía me ha trastornado…!”

*Incorporado algún tanto

Y mirando al derredor
En convulsivo estertor
Un *¡ay!* exhala de espanto.

*"Oh! qué fatigas!....Me muero….
Haré lo que ella me dice?
Oh! cuánto soy infeliz!....
Oh remordimiento fiero!"

Viva imagen del dolor,
Lucía hincada ante el lecho,
Hiere su inocente pecho
Con estático fervor.

" ¡Perdón, exclama, ¡Dios mío!
¡Piedad Salvador del mundo!---
¡Piedad!" dijo el moribundo
Con labio convulso y frío!

Y tras un rápido instante
De justicia o de piedad
Lo oprimió la eternidad
Con su sello de diamante….

XV.

*¿Y hubo una fiesta en el cielo
Por un alma arrepentida?
Cubrió su faz afligida
El ángel con denso velo?

*Grande es de Dios la bondad
Y es imán de su clemencia
El ruego de la inocencia,
La voz de la caridad!

*Mas al que ateo vivió
Tal vez su error no le escuda,
Y el que hizo un Dios de la duda,
Duda en pos de si dejó!

POEMAS DE ASUNTO FAMILIAR Y MATERNAL

TERNURA MATERNAL

SONETO

Orgullo maternal, blanda ternura
Brillan, Teresa amable, en tu mirada,
Cuando en la faz de tu hija idolatrada
Contemplas el candor y la hermosura.

Y si en la frente de alabastro pura,
O en la tersa mejilla sonrosada,
Imprimes dulce beso enajenada
El cáliz de la dicha el labio apura…

Un ángel eres, que a su lado vela;
De la vida las penas y dolores
Su feliz inocencia no recela!

Así dormida en un Edén de flores
En ti haya de la dicha el sentimiento
Y no anhela otro bien, otro contento.

A MI HIJA LUISA

EN SUS DÍAS

SONETO

Hoy es tu aniversario, hija querida,
Y de ti ¡oh dura suerte! separada!
Soy planta por los cierzos destrozada,
De su flor más hermosa dividida.

Jamás día tan plácido en mi vida
Pasé lejos de ti, prenda adorada;
Así miro la lumbre deslustrada
Y toda la natura entristecida…

Pero tú vives, me amas, me deseas,
De tu padre recibes los abrazos,
Y en tu esposo y tus hijos te recreas.

Mi corazón a ti con fuertes lazos
Se une; y aunque no beso tu faz pura,
Crece a par de la ausencia mi ternura.

A MI HIJA ELENA
EN SU PARTIDA A NORTE-AMERICA

SONETO

¡Adiós, hija del alma! adiós, Elena!
Yo, por darte colmada la ventura,
Bebí dorado cáliz de amargura,
Uniendo a intenso goce, dura pena.

Parte, hija mía; de entusiasmo llena,
Admira de otro suelo la hermosura;
Goza feliz la conyugal ternura,
Y aduérmate la paz dulce y serena.

Del hondo mar la tempestad airada
Huya lejos de ti, que asilo tiene
En mi angustiado pecho, y libre entrada.

Y mientras la esperanza me sostiene,
Piensa del caro esposo entre los brazos
Que tu madre formó tan dulces lazos.

¡ADIÓS!

¡Al fin te llevas a lejana tierra
La prenda idolatrada de mi amor!
En la distancia que de mí te aparta
No olvides mi aflicción.

Veo cruzar por el océano inmenso
La nave que mi dicha me llevó,
Y dos voces unísonas me dicen:
¡Adiós, o madre, adiós!

Cuando del hondo mar las turbias ondas
Se alcen embravecidas con fragor
Piensa que al cielo sube mi plegaria
Cual suave exhalación.

Y que aquel Ser, que el maternal cariño
A mi sensible pecho prodigó,
Otorgará a mis lágrimas y ruegos
Su grata bendición.

Piensa que tu franqueza, tu alegría
Y tu amistad y tu filial amor
Dulces necesidades son que apremian
Mi tierno corazón.

Al que, si no devuelves algún día
La prenda que a tus votos acordó,
Dogal se tornará el florido lazo
Que mi mano tejió.

Piensa:…pero tú ríes, las señales
Se borran en tu rostro, del dolor;
Tienes tu cara madre, vas a ella,
Mereces mi perdón.

Tú la verás, la abrazarás gozoso
En deliciosos éxtasis de amor,
También la abrazará mi dulce Elena,
Y aquí la abrazo yo.

¡Ay! Al pensar en tan feliz instante
El ardoroso llanto humedeció
Este papel, y en larga vena corre…
¡Perdón!, Belén, perdón!

…Cuando al frente del Niágara sublime,
Lo mires lleno de sagrado horror,
Ora por mí con mi preciosa Elena,
Al cielo irá tu voz:

Que a vista de esa inmensa maravilla,
Monumento de la alta creación,
Siente el alma del Dios Omnipotente
La gloria y esplendor…

Pídele, porque al mundo todo envuelva
En el torrente de su puro amor
Y que nuestros afectos eternice
En más alta región.

Pide que de tu dicha el sentimiento,
Dulce, como de Dios grato perdón,
Conserve embalsamado entre virtudes,
Cual incorrupta flor.

Pídele que yo pueda en algún día,
Llena de religiosa inspiración,
Unir a la armonía del torrente
La de mi humilde voz…

Pídele que halagüeñas esperanzas
De la ausencia mitiguen el rigor…
¡La esperanza que tornan mis desvelos
En pálida ilusión!

Perdona de mi verso el rudo acento,
Inarmónica voz del corazón;
Del genio mismo las divinas alas
Entorpece el dolor:

Ni tiene el alma de amargura llena
Aliento libre, melodiosa voz,
Ni brota el arenal seco y ardiente
Fresca, olorosa flor…

A MI HIJA CAROLINA

SONETO

Del tronco mutilado de mi vida
Un vástago florido se desprende
Y opaco velo al porvenir se extiende
Que no puede romper mi alma afligida…

Engañada pensé, o hija querida,
Que como tierna vid que a otro árbol pende,
O pura llama que otro fuego enciende,
Conmigo vivirías siempre unida…

Mas eres, Carolina, venturosa
Y absorta en el objeto más amable
Entre virtud y amor tu alma reposa.

Goza del solo bien que hay envidiable,
Y ese cuadro risueño de ventura
Temple de mi dolor el amargura.

A MI HIJA MATILDE[73]

SONETO

Último resplandor del claro día
De mi felicidad, hija adorada,
Por la bondad del cielo destinada
Para ser mu consuelo y mi alegría,

De tu edad en la bella lozanía.
De gracias y virtudes adornada,
Eres flor hechicera, cultivada
Por el desvelo y la ternura mía.

Tú el solitario hogar con tu presencia
Adornas; mi solícito desvelo
Es la dicha formar de tu existencia.

Y mientras mi plegaria sube al cielo
Y en amorosa paz vives conmigo,
En lo íntimo del alma te bendigo.

[73] Versos dictados antes de morir la autora. [N. del E.]

AL RETRATO DE MI MARIDO

SONETO

Arte sublime, divinal pintura,
¡Cuán feliz invención del amor fuiste
Si al corazón proporcionar pudiste
Una ilusión tan hechicera y pura!

Tus prestigios engañan con dulzura
Las penas de la ausencia; y si resiste
El tierno pecho al desconsuelo triste
Es porque tú le templas su amargura.

Por ti puede un marfil inanimado
Excitarme las dulces emociones
Que sentí a vista de mi objeto amado.

Mas ¿por qué a mi cariño las facciones
Animar del retrato no le es dado
Y oír de su boca tiernas expresiones?

FALSO PRESENTIMIENTO

--"¿A dónde vais tan de prisa,
Señora, y tan de mañana?
Aún no suena la campana,
Que toca la primera misa.

--Déjame, niña, que vaya
Del Señor al templo santo:
Allá alivio mi quebranto
Y mi corazón se explaya.

--No comprendo, madre amada,
Tanto llorar y gemir:
¿Porqué gustáis de vivir
Así al dolor entregada?

Tal vez con menos retiro
Y más varias distracciones
Vuestras negras reflexiones
Tomarán distinto giro.

--No sabes, pobre inocente,
Los tristes secretos míos:
--Tal vez sean desvaríos
De la acalorada mente-

--Ojalá! Pero yo veo
Que de tu padre la ausencia
Se prolonga, y mi impaciencia
Es igual a mi deseo.

La inexperta juventud
Solo de esperanzas vive,
De ellas aliento recibe
En las pruebas la virtud:

Mas, cuando es la edad madura
La desgracia nos acosa,
Solo termina en la losa
De la vida la amargura.

También, madre, sufro y siento
Nuestro funesto revés;
Mas, fiad en Dios, que tal ves

La pena traiga el contento.

¿No vísteis la nubecilla
Convertida en tempestad
Cubrir con su oscuridad
El astro que puro brilla:

Y que luego horas serenas
Tornan de apacible calma?
Pues así sucede al alma
Con sus terrores y penas;

Así el hálito divino,
Que aviva las mustias flores,
Adormece los dolores
Y abre a la dicha el camino.

--¿Dónde hallas, hija querida,
Voces de tanto consuelo?
--Quizás me las manda el cielo,
Cuando oro por vos rendida.

--Pero ¿quién llama a la puerta
Cuando aún no despunta el día?
No abras ¡por Dios! hija mía
Que estoy temerosa y yerta…

Y en mi niñez me decían
Que golpes tales como estos
Eran anuncios funestos
Que nunca se desmentían.

--Mas el golpe se renueva;
Oigo una voz conocida…
--Es una voz condolida!
¿Será esto alguna otra prueba?

--¡*La puerta abridme, por Dios!"*
--Abro, no obedezco, madre."--
Y entra el adorado padre
Que las abraza a las dos.

A UN NIÑO

Eres, niño inocente,
Flor delicada y pura,
Por tu dulce hermosura,
Por tu amable candor,
¡Ay! no nazca en tu seno
El insensato orgullo,
Cual nace en un capullo
Gusano roedor!

Cuando viniste al mundo
Tú de nada sabías,
Llorabas y gemías,
Pobre hijo del dolor;
Mas tu paciente madre,
Por templar tu amargura,
Un néctar de dulzura
Al labio te aplicó.

Sonrisa encantadora
Brilló en tu labio tierno,
Y el corazón materno
De gozo palpitó;
Que es la primera sonrisa
Luz do el alma ríela,
Y un instinto revela
De agradecido amor.

Tus padres cariñosos
Te colman de caricias,
Besando con delicias
Tu rostro encantador,
Y en ti ven, de la infancia
Bajo el gracioso velo,
Al que será del cielo
Feliz habitador.

¿No escuchas cual te dicen:
-"Se dulce y amoroso,
Siempre te harán dichoso
Tu obediencia y candor?"
Óyelos, hijo mío,
Cólmalos de alegrías,
Y en sus cansados días
Sé tú su amparador.

No germine en tu seno
El insensato orgullo,
Como en tierno capullo
Gusano roedor;
Ni ciencia torpe y vana
Borre la imagen bella,
Que, cual fulgente estrella,
En ti se reflejó.

Ese cabello rizo
En auréola dorada,
Esa faz animada
De noble inspiración,
Esos ojos hermosos,
Donde su místico sello
En divinal destello
Grabará el Hacedor,

Te dan, niño querido,
De un ángel la apariencia.
¡Guarde Dios tu inocencia!
¡Guárdete ¡ahí! en su amor!
¡Elte libre, hijo mío,
Con su benigno agrado
Del soplo emponzoñado
Del vicio corruptor!

Jesús, el que halagaba
Con divinal cariño
Al inocente niño,
Te dé su bendición!
Por ella seas dulce,
Generoso y humano,
Y en cada hombre un hermano
Te dé tu corazón.

¡Ay! No nazca en tu seno
El insensato orgullo,
Como en verde capullo
Gusano roedor,
Y te robe la dicha,
La belleza del alma,
Y deshoje la palma
Que te guarda el Señor!

A UN NIÑO
QUE MURIÓ EN EL INSTANTE DE NACER

Del seno maternal sacarte quiso
La sabia Providencia,
Sin que el amargo cáliz de la vida
Probase tu inocencia;
Y del oscuro seno de la nada,
Sin conocer los bienes ni los males,
Despiertas a delicias eternales.

A UN NIÑO
REGALÁNDOLE UN BUEN LIBRO

Cuando de la razón las luces puras
Llenen tu inteligencia,
Penetra en la alta ciencia
De aquel Señor que reina en las alturas,

Guarda la bella flor de tu inocencia,
Mira el orgullo necio
Con un justo desprecio;
Sé veraz, obediente y religioso,
Y el cielo te hará sabio y venturoso.

POEMAS DE AMISTAD Y ELEGÍAS ÍNTIMAS

A UNA AMIGA
SONETO

No siempre es el amor el niño ciego
De pérfidas, malignas intenciones,
Que clava en los humanos corazones
Arpón ardiente con burlesco juego;

Si turba de las almas el sosiego,
También crean hechiceras ilusiones;
Y, sensible a sus propias impresiones,
Piadoso del amante escucha el ruego.

Tú lo sabes, Mercedes; tu hermosura
Encendió la pasión fiel y constante,
Que ha formado tu gloria y tu ventura;

Eres feliz esposa, madre amante,
Y en tu inspirada faz y noble frente
La virtud imprimió sello esplendente.

A UNA AMIGA
EN LA AUSENCIA DE SU ESPOSO

Al oír, Mercedes bella,
Esa voz encantadora,
Al ver tu faz seductora
Que brilla cual blanca estrella,
Seguir quisieran tu huella,
Esclavos de tu hermosura,
Muchos; mas, tú, con cordura,
Les dices, que es desvarío
Inútil amor tardío,
Y que seguirte es locura.

Si, que un amable viajero
En las orillas del Sena
Por ti llora, por ti pena,
Y es ya tu fiel compañero:
De su afecto verdadero
Te hace pintura expresiva
En cariñosa misiva,
Que tú riegas con tu llanto,
Midiendo el espacio en tanto
Que de su vista te priva.

Guarda, joven inocente,
En tu noble corazón
De una primera pasión
Le llama pura y ardiente.
¡Feliz la mujer que siente
En el albor de su vida
La dicha de ser querida
Del objeto a quien adora,
Y que es la dulce señora
De una voluntad rendida!

Mas si quieres, niña hermosa.
Que la risa y los amores,
Como guirnaldas de flores
Ornen tu vida dichosa,
De la suerte veleidosa
Fija la varia inquietud,
Siempre amando la virtud,
Ya que propicia natura,
Ha colmado de ventura
Tu graciosa juventud.

A LA MISMA

SONETO

Guarda de tu beldad el aliciente,
Para el mortal feliz a quien adoras;
Guárdale las virtudes que atesoras
Y en su ausencia suspira tiernamente.

Por la vuelta feliz ruego ferviente
Eleva al Ser Supremo a todas horas,
Mientras con ilusiones seductoras
Una llama alimentas inocente.

Mas esa voz sonora, que en el cielo
Pudiera solo hallar dulzura tanta,
Suelta vibrante y pura sin recelo.

A la fiel amistad, Mercedes, canta,
Ya que Dios, para darnos el consuelo,
Puso raudal sonoro a tu garganta.

TUS OJOS
(A la señora doña R. Reyes de Bello)[74]

SONETO

Bella es la flor, que en primavera hermosa
Deleita con su aroma y su frescura,
Bella es el agua de la fuente pura
Que forma de cristal línea graciosa;

Bella es la blanca luna esplendorosa,
Suave emblema de amor y de ternura,
Bella de la esperanza la dulzura
Al corazón que pena y no reposa:

Pero nada es más bello, amiga mía,
Que mirar, cuando en opaco velo
Lo envuelve celestial melancolía.

Alza esos lindos ojos sin recelo,
Y la dicha, la paz y la alegría,
Cual poderoso imán, traerás del cielo.

[74] Nuera de Andrés Bello. [N. de la C.]

A E,
EL DÍA DE SU COMPROMISO MATRIMONIAL

Eres más bella, porque has amado
Y tus mejillas ha sonroseado
Casto pudor;
Así la rosa fresca y lozana
Al sol naciente de la mañana
Brilla en su albor.

Grata esperanza, hada halagüeña,
En tu camino con faz risueña
Te apareció;
Alzas los ojos, leda suspiras,
Y, cual aroma, la dicha aspiras,
Que ella te dio.

Del fino amante lágrima tierna
Te ha revelado la llama interna
Del corazón;
Y el alma sientes enternecida,
Al suave encanto dócil rendida
De la pasión.

Paga su afecto, su fiel ternura;
Tu beldad sea y tu fe pura
Premio a su ardor;
De la inocencia la blanca estrella
Brille en tu frente y muy más bella
Te hará su amor.

A CELINA

Al fin, Celina adorada,
Resuelta está y decretada
La partida;
Y yo me quedo entretanto,
Derramando triste llanto
Y afligida.

¿Quién con la dulce armonía
Dará a mi alma la alegría
Deliciosa?
Quién en mis hijas amadas
Fijará tiernas miradas,
Cariñosa?

Ya no veré el rostro bello,
Vibrando puro destello
De hermosura,
Ni suavizará mi pena
De la voz de gracia llena
La dulzura.

¿Qué buscas en otro suelo
Con tanto fervor y anhelo?
Vida, amores?...
Aquí mi amistad te ofrece
Afecto que no perece
Y amadores.

¿De ese mar que a todo instante
Mueve vaivén incesante
El ruido
Atormenta, niña amada,
La finura delicada
De tu oído?

Tórnate pues, niña mía,
Donde el corazón te guía:
Fuertes lazos
Forma con los que allí te aman,
Hermanos que ya reclaman
Tus abrazos.

Como ave que al blando nido
Convida el dulce gemido

Del esposo.
Vuela al padre que te adora
Y te espera de hora en hora
Cariñoso.

Y pues de mí te despides
A tus amigas no olvides:
Que algún día
Te abrazaremos gozosa,
Brillando tu faz graciosa
De alegría

EN EL ALBUM
DE UNA HERMOSA BOLIVIANA

Jamás hubiera pensado
Que había negras estrellas,
Hasta que sus luces bellas
En tus ojos he mirado:
En ellos he contemplado
La divinal hermosura,
La modestia, la dulzura,
Y el rayo de inteligencia,
Que de tu ser es la esencia
Noble, celestial y pura.

Éste era mi pensamiento
La última vez que te vi,
Cuando de tu labio oí
Un dulce y tímido acento:
Con amargo sentimiento
Escuché tu último adiós,
Y, al eco de aquella voz,
Recordó el alma afligida,
De otra prenda la partida,
Y en una pena hallé dos.

¿Porqué, divina Dolores,
Dejas hoy de Chile el suelo,
Con su cristalino cielo
Y sus brisas y sus flores?
Caricias aquí y amores
Tierna amistad te propina,
Seductora peregrina,
Mientras tú, cual bella rosa,
Esquivas la faz hermosa,
Dejando punzante espina.

Mas eres del noble esposo
Prenda, y es vano pensar
Que Chile haya de fijar
Un objeto tan precioso.
Lleve él su tesoro hermoso,
Guárdelo en su corazón,
Con delicia, con pasión;
Yo guardaré tu memoria,
Como una soñada gloria,
Como una grata ilusión.

EN UN ALBUM

Flores secas del alma
Son los recuerdos,
Que guardan el aroma
De los afectos;
Y es la memoria
De las pasadas dichas
Urna preciosa

Por eso en este libro
Dejarte quiero
De cariño acendrado
Un pensamiento.
Tú, dulce amiga,
Dame solo una lágrima,
O una sonrisa.

A DOS AMABLES NIÑAS

Rasga su broche encendido
La primer rosa de octubre
Y entre esmeraldas descubre
Su peregrino color;
Y del pimpollo lúcido
Blanco perfume se exhala,
Si el céfiro, con el ala,
Mece, jugando, la flor.

Así encantadora brilla
La virginal hermosura,
Así nace la ternura
En un joven corazón;
Así inocente y sencilla,
Pensando en tiernos amores,
Ensueños encantadores
La aduermen con su ilusión.

Mas, abre la rosa bella:
Sorprendido el sol la mira,
Y aunque amoroso suspira
La oprime con su esplendor;
Y la vespertina estrella,
Al salir, la ve marchita,
Burlón el céfiro agita
Sus hojas ya sin color,

En tanto otra flor modesta
Que resguardaba el follaje
Ostenta su rico traje
Y su balsámico olor,
Y es gloria de la floresta
Y del viandante consuelo,
Que en ella aspira del cielo
Un deleite encantador.

Contemplad, niñas hermosas,
Vuestro retrato en las rosas,
Y vivid apercibidas,
Porque de amor las heridas
Causan intenso dolor.

Cerrad a tiempo el oído
De la lisonja al ruido,

Y distinguid las quimeras
De las faces verdaderas
Con que se muestra el amor.

Llenando vuestra alma pura,
El os dará la ventura,
Si en la virtud la buscáis
Y si aquel a quien amáis
Paga fino vuestro ardor.

A E. ELÉSPURA[75]
EN SU REGRESO A LIMA

SONETO

Cual se mira en la bóveda azulada
Un astro nuevo, de esplendores lleno;
Cual de naciente rosa el puro seno
Exhala fresca brisa perfumada:

Tal pareció la hermosa engalanada
De hechizo encantador; en su sereno,
Halagüeño mirar dulce veneno
Bebe el alma, y aún goza atormentada.

Mas ella parte; la ilusión querida
Que creó su presencia desparece,
Bello y fugaz ensueño de la vida.

Y mientras el raudal de llanto crece
Que se vierte en la amarga despedida,
Tributo a la beldad mi musa ofrece.

[75] [75] Hija del militar y político peruano Juan Bautista Eléspuru. [N. de la C.]

A LAURA[76]

Cuando al azul de los cielos
Un ligero vapor sube
Y en sutil, dorada nube
Se cubre con claros velos,

Y a la luz del bello día
Brillantes y vaporosas
Esas nubes caprichosas
Cautivan la fantasía.

Absorta sigo y callada
Sus juegos y ondulaciones
Y en vagas contemplaciones
Se queda el alma abismada.

Pero, si por distracción
Miro tu rostro divino,
Laura bella, me imagino
Que aquella blanca ilusión

Es un emblema expresivo
De ese tu ser hechicero,
Que me revela el artero
Secreto de tu atractivo.

Esa nube transparente
Es, o Laura, tu inocencia
Y es gallarda tu presencia
Como el cielo es esplendente.

En él hay lindas estrellas,
Hay nubes de oro y de grana,
Hay brisas de la mañana,
Tempestades y centellas,

Hay aurora purpurina,
Que da vida a la esperanza,
Hay en los aires mudanza,
Hay estrella vespertina.

Y como es cierto que al cielo
Sus votos dirige el hombre,

[76] Se refiere a Laura Huneeus. [N. de la C.]

No te admire ni te asombre,
Que implore de ti consuelo.

Óyele, Laura querida,
Pues que Dios te hizo beldad,
Pero la felicidad
No aventures de tu vida.

De ese tierno sentimiento,
Bella flor de juventud
Que unido con la virtud,
Es de la dicha elemento,

Arderá el fuego divino
Y a sus suaves esplendores,
Verás la senda de flores
Que te prepara el destino.

Pero mientras llega el día
Que ha de fijar tu ventura,
Vive, linda criatura,
Con inocente alegría.

Libre reposa y exenta
Como la rosa temprana,
Que al soplo de la mañana
Sus ricas galas ostenta.

Goza de tu madre amada
La delicada terneza,
Crece en gracias y en belleza
Del tierno padre adorada.

Así plácida ventura
Gozarás, niña querida,
Ya la tienes merecida
Y mi númen te la augura.

A CARMEN CAAMAÑO

Para tu álbum, bella niña,
Me pides un pensamiento,
Cual si mi débil talento
Fuera constante y feliz.

Mejor pudiera ofrecerte
Una muestra de afección,
Pues tiene mi corazón
Su cierto flaco por ti;

Y no es tan fácil empeño,
Ni deja de darme susto,
Contestar el fino gusto
De la hija de Guayaquil.

¿Porqué no nací en la zona
Inspiradora y ardiente,
Donde fulgura la mente
Bajo un cielo de zafir?

¿Por qué allá en la verde orilla
De tu río, entre las rosas
Y las piñas olorosas
La luz primera no vi?

Así de Ángela tuviera
El pincel abrillantado,
Así un retrato acabado,
Carmen, hiciera de ti;

Y en este libro grabara
Una memoria preciosa,
Que allá en tu Patria dichosa
Te hablara siempre de mí.

Pero déjenos ahora
Tan ilusoria quimera,
Que ya mi musa parlera
Algo te quiere decir.

No te he de llamar hermosa,
Ni hechicera, ni agraciada,
Que esta retáila cansada
Te hallarás harta de oír.

Pues quien tiene pocos años
Y eso de que hablar no quiero
Siempre está oyendo el--"me muero,
Hermosa, solo por ti.

"Y al ver tus ojos de estrella
Y esa celestial sonrisa
Como perfumada brisa,
Te creo celeste hurí.

"Y ¡ay! quién fuera el venturoso,
Que a ese noble corazón
Inspirara compasión!
Pero soy tan infeliz!..."—

Eso se dice a las bellas,
Ya tú lo habrás escuchado;
¡A cuántos habrás dejado
Largas noches sin dormir!

Pero yo que soy mujer
¡Oh mi Carmela querida!
Y que el viaje de la vida
Mediado está para mí,

Te diré que ese lenguaje
Tan dulce y tan lisonjero
Suele ser falso y artero
Y su veneno sutil.

Es de una joven el alma
Pimpollo cerrado y bello,
Blanda cera, donde su sello
La virtud debe imprimir.

Y si el tierno corazón
Se abre al fin al sentimiento,
Sea puro el pensamiento,
Será la suerte feliz.

Mas ¿a qué vienen consejos?
¡Oh qué torpe necesidad!
¿Tiene ella necesidad
De que yo la enseñe así?

Siendo, como bien lo alcanzo,
Su inteligencia y cordura
A la par de su hermosura
¿A qué tanto discurrir?

Perdona, dulce Carmela,
De mi cariño el exceso,
Recíbeme un blando beso
En tus labios de rubí.

Mas, cuando a la Patria vuelvas
Y a tu madre cariñosa
Abraces, sé venturosa
Pero acuérdate de mí;

Y dile que yo bendigo
A sus hijas hechiceras
Y saludo las riberas
Del undoso Guayaquil

A R.

Te vi, y voy a dejarte…
Tu claro ingenio,
Tus gracias, tu dulzura
Olvidar debo.
¡Es pena amarga
Acertar con la dicha
Y no gozarla!

Mas el recuerdo grato
De tu cariño
Guardo para consuelo
Del pecho mío.
Niña preciosa,
¿Me borrarás muy presto
De tu memoria?

A UNA JOVEN RELIGIOSA
ENVIÁNDOLE UN REGALO

Esa toca que te envío,
Y que ha de cubrir tu frente
Va con el afecto mío,
También ese negro velo,
Que, ocultando tus hechizos,
Los conserve para el cielo.

A UN AMIGO
SONETO

De mi cordial afecto una memoria
Me apresuro a dejarte, amigo amado;
Que el tiempo de cantar es limitado
Y penosa la vida transitoria.

Yo creo en tu amistad: no es ilusoria
La fe que al corazón has inspirado;
Y en los dulces ensueños del pasado
Escrita guardaré tu amable historia.

Vive siempre feliz, joven querido;
Que afable la fortuna te sonría
Y seas en sus dones preferido.

El fruto de precoz sabiduría,
A la virtud y al sentimiento unido,
Forme de tu existencia el claro día.

A DON MANUEL URREJOLA
EN SU PARTIDA PARA ESPAÑA

SONETO

No la antigua amistad mi musa inspira,
Urrejola; que solo en la premura,
Te conocí de la partida dura,
Y espontánea por ti sonó mi lira.

Tal vez un caminante al paso admira
De solitaria fuente la hermosura,
Y al ver de su cristal la linfa pura
La bendice y dejándola suspira.

Así te contemplé en aquel momento,
En que un amigo caro ante mis ojos
Te ofreció entre emociones de contento.

Mas tú partes, llevando por despojos
De todos el amor, y su honda pena
Mi alma te envía de ternura llena.

DON LORENZO SASSIE[77]

SONETO

De la muerte el inmenso poderío
Sassí combare con divina ciencia,
Y la luz apagar de su existencia
Ella intenta con ciego desvarío.

Convierte el corcel dócil en bravío
Bruto que le derriba; en su demencia
Hiérele furibunda, y la apariencia
Le deja apenas de un cadáver frío…

Álzase en tanto universal lamento,
La gratitud piadosa por él llora,
Gime amor con profundo sentimiento;

Mas no bien la amistad al cielo implora
Torna el color al rostro macilento
Y huye veloz la furia destructora.

[77] Lorenzo Sazié (1807-1865) fue un médico francés. Se doctoró en la Universidad de París. Su llegada a Chile ocurrió en 1834, cuando fue contratado como profesor en la Escuela de Medicina. Allí se dedicó a enseñar los principios de la cirugía clínica y de la obstetricia. Años después fue nombrado decano de la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile. [N.de la C.]

A LA HERMANA
EN LA SENSIBLE MUERTE DE SU ESPOSO

SONETO

¿Dónde está la dulce prenda a que te unía
De intenso amor indisoluble nudo,
Y cómo un solo instante agostar pudo.
Tu dicha, tu esperanza y tu alegría?...

Así amorosa vid se meció un día
Sobre un árbol frondoso, que el agudo
Acero derribó con golpe crudo,
Perdiendo ella el verdor y lozanía.

La virtud sin mancilla, la ternura
Eran las dotes que en tu esposo amado
Formar debieran siempre tu ventura;

Y te fue azas temprano arrebatado,
Que la voz del dolor y la natura
No templó de la Parca el ceño airado!...

EN LA MUERTE
DE MI YERNODON WENCESLAO VIAL

Bienaventurados los que lloran porque
Ellos serán consolados.
San Mateo

¡Pobre hijo mío! apenas declinaba
Tu amable juventud, y ya la muerte
Con su guadaña impía te segaba,
Como la arista inerte!

Y de la dulce esposa las caricias
Dejaste, y a la prole idolatrada
Que hacía tu esperanza y tus delicias,
Sola y desconsolada…

Despareciste… Cuál cortado lirio
Sobre campo de espinas y de abrojos,
De compasión objeto y de martirio,
Te vieron ¡ay! mis ojos!

Y vi luchar con generoso aliento,
Al oscilar la llama de tu vida,
Tu tierno corazón, con el tormento
De la última partida.

Pero tus crueles penas, tus dolores,
La humildad y la fe santificaron,
Y, cual guirnalda de olorosas flores,
Tu frente coronaron.

Goza tu dicha; mas del alto cielo,
Merced a tu plegaria fervorosa,
Descienda blanda paz, grato consuelo
A tu doliente esposa.

La tierra dejaré que leve piso;
Tú, y mi ángel bello que en el cielo mora[78]
Me mostraréis del grato paraíso,
Visión encantadora.

Y tras de breves, tormentosos días,
Vendrán del corazón las prendas caras

[78] Mi hija María Mercedes, muerta a la edad de seis años. [N. de la A.]

A gozar inefables alegrías
De Dios ante las aras,

Donde celeste amor, cual mar inmenso,
A las almas abisma, allá en la fuente
Del gozo puro, perennal, intenso,
Que no alcanza la mente…

AL SEÑOR DON
VENTURA BLANCO ENCALADA
SONETO

Bella como la aurora esplendorosa
Y en el primer albor de la inocencia,
La que embeleso fue de tu existencia
Te arrebató la suerte rigurosa…

¿Dónde están ahora aquella faz graciosa,
Ojos divinos y gentil presencia?
Solo una imagen muda, una apariencia
El pincel te dejó de tu hija hermosa…

Dio al mundo desdeñosa una mirada
Luisa, y dejando los mortuorios velos
Ocupó de los justos la morada.

Mensajera de paz y de consuelos,
Ella abre a la familia idolatrada
El magnífico alcázar de los cielos.

AL SR. D. ANDRES BELLO EN LA MUERTE DE SU HIJO DON JUAN

SONETO

No tocaré, Señor, la cruda herida,
Que ha llenado tus días de amargura:
Raudales de consuelo y de dulzura
Verter quisiera en tu alma dolorida.

Alternan en la breve, humana vida
El gozo y el pesar… ¡oh suerte dura!
¡No da el alto saber calma segura
A un alma en sus afectos combatida!

Mas veo ya tu generoso pecho,
Cual oro que el crisol ha depurado,
Y a las tormentas avezado y hecho

Lanzarse a Dios con ánimo esforzado,
¡Al Dios, que bendiciendo tu quebranto,
Amoroso te enjuga el tierno llanto!

A LA MUERTEDEL ILUSTRE SABIO DON ANDRES BELLO

¿Por qué, cubierto de mortuorio velo,
Chile aparece en lágrimas bañado,
Cuál si a nueva cadena destinado
Se viera por la cólera del cielo?

¿Por qué, sellado el labio, se enternece
El corazón, y en desigual latido
Al escuchar en torno hondo gemido,
Comprimiendo el sollozo, se estremece?

¿Por qué del templo santo la anchurosa
Puerta se abre, al tañer de una campana,
Y la sublime religión se hermana
Con el dolor sobre una abierta fosa?

¿Y sin rumbo ni guía el pensamiento,
Vagando en el vacío y desconsuelo,
Una sentida queja envía al cielo
En funeral y dolorido acento?

Sí, que en un día de dolor profundo
Cegó la muerte inexorable y fiera,
Una reliquia que la gloria fuera,
De Chile, de la América, del mundo!

Murió Bello; veló la Omnipotencia
La lumbre de aquel astro esplendoroso;
Cubre la Patria su semblante hermoso,
Viudas están las musas y la ciencia!

Despareció el político eminente,
Del ínclito Bolívar el hermano,
Honor del continente americano,
Sabio Mentor de Chile independiente;

Aquel que con sus obras inmortales
Fijó de la justicia el sacro imperio,
Relegando a olvidado cementerio
De añejas leyes dejos inmortales.

Murió el que la inspirada fantasía
Rigió del vate en su atrevido vuelo
Y vio lucir como estrellado cielo
Alumnos de la amable poseía:

Porque él también sintió el fuego divino
Y en los acordes sones de su lira
Sensible y tierno el corazón suspira
Y se goza en su ingenio peregrino.

Y ora admira la vena rica y pura,
Ora el lenguaje culto y elevado,
El sentimiento noble y delicado,
La viril expresión y la dulzura.

¡Oh juventud chilena! cuán dichosa
Fuiste en la posesión de tal tesoro,
Más preciado que rica vena de oro,
O que piedra oriental esplendorosa!

El la clara belleza os revelaba
Del idioma de León y de Cervantes,
Y con labores serias e incesantes
La senda de la gloria os allanaba.

Y cuando mesurado y elocuente
En plática suave discurría,
De sus modestos labios recogía,
Pura, brillante luz dócil la mente.

Todo lo que su ingenio ha producido
Lleva de perfección grabado el sello,
Y el foco del saber[79] vivo destello
Reflejó de su nombre esclarecido.

Era alma grande y bella que adunaba
La ciencia, la virtud, la fantasía,
A quien la gloria afable sonreía,
Y con sus áureas alas cobijaba;

Espíritu analítico, certero
Que la síntesis de la ciencia humana
Abarcó, y a otra lumbre soberana
De una dicha más alta vio el sendero.

Lumbrera fue de Chile peregrina,
Genio de orden, de paz y de cultura;
De lo recto y lo justo la hermosura

[79] La Universidad [N. de la A.]

Idealizó su inspiración divina.

Mas ¿puedo yo medir su inteligencia?
No: júzguele el saber, júzguele el genio,
Mientras gira mi vista en el proscenio
De su grandiosa, vívida existencia:

Así contempla el cielo aquel que ignora
De los astros el giro y movimiento,
Pero con elevado sentimiento
Se embelesa en su luz encantadora.

Admirar es el goce de las almas
Elevadas, sencillas, afectuosas;
Y bien pueden ornar modestas rosas
La tumba que sombrean verdes palmas.

Noble virtud! tu delicioso encanto
Que desconoce un mundo seducido,
De la vida de Bello el norte ha sido
Y su fiel corazón tu asilo santo.

Sobre el limpio cristal de su conciencia
Las corrientes del siglo resbalaron
Y del común escollo le desviaron
Su alta filosofía y su experiencia.

La humanidad amó; sin el artero,
Exótico sistema, ni las frases
Que suelen del error dorar las faces,
Lo bueno le enseñó, lo verdadero.

Ilustrado, patriota, americano,
Amó la santa libertad, no aquella,
Que imprime de terror sangrienta huella,
Degrada y envilece al ser humano;

Sino la que en bellísima armonía
Une el sacro deber al buen derecho,
Que anima todo generoso pecho,
Y señora del mundo, ser debía.

Del infortunio ajeno compasivo
Siempre le vi, benévolo, indulgente,
Jamás el odio preocupó su mente,
Ni le ofendió su aliento corrosivo.

Y si la adversidad con férrea mano
Conmovió de su pecho la entereza,
El opuso del sabio la firmeza
Y la paciencia heroica del cristiano.

¡Dulce amistad! ¡Cuán gratas impresiones
Con el precioso aroma perfumadas
De la santa virtud están grabadas
Por Bello en infinitos corazones!

Yo sentí su poder; a su influencia
Se alzó mi voz y resonó mi canto,[80]
Eco de un de un gran dolor, voz de quebranto
Que escuchó con benévola indulgencia.

¡Ay! cuántas horas de apacible calma
Y de grato solaz pasé a tu lado,
Amable sabio, amigo venerado,
Y cuán puro deleite gozó el alma!

Indelebles y plácidas memorias
Me son aquellas horas de contento,
Que acibaró el dolor en un momento
¡Horas fugaces! dichas ilusorias!

Y aquel hogar modesto y silencioso,
De una feliz unión precioso ejemplo,
Do culto recibió, como en su templo
El amoroso padre, el tierno esposo;

Do su sabio consejo interrogaba
En sus perplejidades el talento
Y le halagaba el noble sentimiento,
De admiración profunda que inspiraba.

Su persuasiva voz, aquel reposo
Que en su serena faz resplandecía,
Parece que en las almas ejercía
Un influjo feliz y poderoso.

Que es la vejez en su dulzura grave
De un sol de tarde el postrimer destello,
Perfume de un Edén cerrado y bello,
Nota final melódica y suave…

[80] Mi *Canto fúnebre a la memoria de don Diego Portales* se publicó a instancias del señor Bello. [N. de la A.]

Chile así en poseerlo se gozaba,
Así se deslizaba dulcemente
De su vida la límpida corriente,
Rica vena que el tiempo no agotaba.

Pero la hora sonó, oí una nueva,
Mi alma se cubre de sombrío luto,
Vuelo a pagarle mi último tributo
Y ante sus restos mi dolor me lleva.

Y ¿qué veo? extendido sobre el lecho
Y en los pálidos brazos de la muerte,
Un cuerpo frío, inanimado, inerte…
El hombre, el sabio, el vate ¿qué se ha hecho?[81]

De rodillas caí ¡crudo momento!
Orar quise con ánimo ferviente,
Espesa nube oscureció mi frente,
Y forma no tomó mi pensamiento.

A vista de los míseros despojos
Sueño me pareció la vida humana
El brillo de la gloria sombra vana
Y nuevo llanto se agolpó a mis ojos.

Mas de una voz interna la energía
Percibo, que me dice:--¿por qué lloras?
Breves son del vivir las tristes horas,
Y de la eternidad inmenso el día.

El alma humana encarcelada gime
En el círculo estrecho de la vida
De sombras y de espectros circuída
Mientras no alcanza a la región sublime.

¡Oh! no le llores, no; su inteligencia
Al dejar este valle de dolores
Se abisma en los inmensos esplendores
De la fuente eternal de toda ciencia.

El buscó la verdad, allá en la altura
Penetra sus recónditos arcanos,

[81] La declaración dogmática de la Inmaculada Concepción de María Santísima fue celebrada en Santiago con una pompa que no ha tenido igual más tarde. Las autoridades eclesiásticas y civiles se unieron en estos solemnes cultos, con ocasión de los cuales escribió la autor este Canto. [N. del E.]

Compadece el error de los humanos
Y se abisma de Dios en la hermosura;

Que la virtud su galardón alcanza,
En pos del gran misterio de la muerte;
No es el hombre juguete de la suerte,
Ni burla Dios del justo la esperanza."---

De mi éxtasis fugaz rompióse el velo
Y los ojos abrí: miré al anciano,
Respetuosa besé su yerta mano
Y mi postrer adiós subió hasta el cielo.

Pero al dejar la fúnebre morada
¿Cuál eco de dolor hiere mi oído?
Es la efusión de un pueblo agradecido
Que paga de su amor, deuda sagrada.

Es la Patria que lleva entre sus brazos
Al hijo de adopción, que tanto amara
De la América toda prenda cara,
Y con ella ligado en fuertes lazos.

El eco fiel de este dolor profundo
Salvará el ancho mar y la alta sierra,
Llegará a los confines de la tierra,
Que el sabio es de los siglos y del mundo!

En Chile será eterna tu memoria,
Bello, y tu más precioso monumento
Será de su dolor el sentimiento,
Tú el númen tutelar de su alta gloria.

¡No! que a extranjero yugo no sucumba
De Chile el suelo virginal y hermoso,
Onde libre su pendón glorioso
Sobre su ilustre, veneranda tumba![82]

[82] Alusion a la inicua guerra que por entonces trajo a Chile la monarquía Española. [N. de la A.]

TRIBUTO DE DOLOR
A LA MEMORIA DEL DOCTOR DON LORENZO SASSIE

¡Qué! ¿no te cansas, ¡ay! ¡oh muerte fiera!
De aniquilar con tu guadaña impía.
El mérito eminente,
El saber y la ciencia y las virtudes,
Y, en tu saña inclemente,
Nos arrebatas hoy la cara prenda,
Que el corazón amaba
Y Chile con orgullo
En su amoroso seno cobijaba?

Reciente, fresca está la abierta fosa
Que encierra las cenizas venerandas
Del hijo de Caracas,[83] y llorosa
La familia chilena y enlutada,
Hoy de nuevo quebranto
Poseída, derrama acerbo llanto.

Murió Sassié, de duelo
Están los tiernos pechos que le aman,
Los míseros dolientes que le llaman
Con votos incesantes,
Los amigos constantes,
Y la Patria entre palmas de victoria,
Con que sus nobles hijos les han ornado,
Pronuncia con dolor su nombre amado
Y le une al sentimiento de su gloria.

La amistad, ese don que a los mortales
Se dio para consuelo de la vida
En su míseros males,
Hoy sufre aguda, dolorosa herida;
Y el agradecimiento,
Precioso sentimiento
Que supo conquistar el genio activo
Del mortal generoso y compasivo,
Que salud y consuelo
Cual nueva Providencia repartía,
Hoy en mísero duelo
Amarga queja envía al alto cielo!

[83] El señor Don Andrés Bello, muerto poco tiempo antes que el Doctor Sassie. [N. de la A.]

Murió el que los secretos de Esculapio[84]
Con talento divino
Poseyó, y el instinto peregrino
De su elevada profesión tenía.
¿Quién no pronuncia, sollozando, el nombre
De Sassí? ¿quién no encuentra en su memoria
Del sabio amigo algún recuerdo caro,
O algún ejemplo raro
De abnegación profunda,
De tierna compasión, o pudoroso
Noble desinterés? Ah! que lo digan
En torno de su losa
La matrona virtuosa,
El pobre que le llora,
El amigo, el discípulo querido,
Chile, en fin, que le pierde en fatal hora.

¿Y descenderé yo del hondo pecho
A pintar la amargura,
La sorpresa, el dolor, la incertidumbre,
Mi ciega resistencia,
Para aceptar el fallo de la suerte,
Contra toda evidencia,
Y aun a la faz horrible de la muerte?
Es inútil tarea, empeño vano,
Que del funesto trance en el momento,
Todos los corazones
Con fuerza simultánea, irresistible
Se unieron en un mismo sentimiento!

¡Oh! cuán grata memoria
Guardo de su amistad y cuántas veces
Encontré en ella plácido consuelo!
Objeto fui de su tenaz desvelo,
En dolencia cruel, y ¡cuál encanto
Y solaz encontré en tu trato ameno,
De universal saber y de luz lleno!

Yo te he visto algún día,
De juventud en el vigor lozano,
Y del vivir en la sazón florida,
Cuando el Sena dejaste,
Sassí, y a nuestras playas abordaste.
Chile tu Patria fue, patria querida,
Que tu saber ornó con su presencia,

[84] Es el dios romano de la curación. Símbolo de la medicina. [N. de la C.]

Donde vertiste el tesoro de tu ciencia,
Y el don le hiciste de tu hermosa vida.
Con fuerza duplicada.
Del patriótico amor el fuego santo,
Sintió tu corazón viril y puro;
Francés, tu noble pecho conservaba
Con orgullo, indeleble la memoria
De aquel suelo querido,
De tu primera edad precioso nido:
Pero a Chile ligado
Con vínculos estrechos de ternura,
Sus reveces sentías
En sus aciagos días;
Eran tuyas sus dichas y su gloria,
Y, a la voz de victoria[85]
Que desde el lecho percibió tu oído,
Tu ya oprimido pecho
Palpitó de placer enternecido.

Pero, todo acabó! fiera dolencia,
De su abnegada vida acerbo fruto,
Le hirió con rudo golpe,
Dando a la muerte un óptimo tributo.
Inútil fue la ciencia
Y del tierno cariño los desvelos;
Sueño vano, engañoso,
La halagüeña esperanza;
Ni la plegaria ardiente,
Ni el gemido inocente,
Del cruel destino compasión alcanza:…

Y en un rápido instante,
Cual meteoro brillante,
Desapareciste, sí, y con faz llorosa,
Abierta miro la mortuoria fosa.

¡Cuán sentidos adioses
En ecos de elocuencia y de ternura
Sobre sus restos caros
Ofreció la amistad sincera y pura!
Y cuán copioso lloro
Derramó el pueblo, en tan aciago día
Al contemplar su bienhechor y amigo
Su vida, su tesoro,

[85] El Doctor Sassie alcanzó **a** saber el triunfo de la patriótica revolución de Arequipa que echó por tierra en el Perú el gobierno del general Pezet, tan contrario **a** los intereses de América. [N. de la A.]

En el silencio de la tumba fría.

Adiós ¡amigo! adiós! mis tristes ojos,
No te verán jamás en este valle
De miseria y dolor; mas el inmenso
Seno de Dios revelase a tu mente,
Océano de lumbre y de dulzura,
Donde descansa y vive
En gozo puro intenso,
El alma venturosa en cuyo oído
Resonó la verdad con voz potente,
Sabio feliz, el celestial sendero,
Percibiste del bien, y bendecido
Por la religión santa,
Cual ofrenda preciosa,
Y palma victoriosa,
La Caridad al cielo te levanta!

A M. DE LA CHAIMAYE[86]

A morir lejos bajo extraño cielo,
Le condenó la suerte despiadada;
Y en vano torna hacia su patria amada
Miradas que obscurecen mortal hielo.

No vendrá el deudo con amargo duelo,
A esparcir flores en su tumba helada,
Ni la infeliz viuda desolada,
Podrá implorar en ella su consuelo.

Mas no perecerá su fiel memoria
En tanto que el influjo poderoso
De virtud y amistad celen su gloria.

Pues dando a su ceniza culto honroso
Tributo ofrecen de aflicción notoria
Ni que fue sabio, amable y virtuoso.

86

A DON J. M . ARLEGUIEN LA MUERTE DE SU ESPOSA

SONETO

¡Y perdiste ¡ay dolor! aquella hermosa,
Que tu delicia y tu ventura hacia!
Y son despojos de la huesa fría
Los bellos ojos y la faz de rosa!

Como la oscura nube fragorosa,
El rayo abrasador al suelo envía,
Así el Eterno en malhadado día
Tu pecho hirió con mano rigorosa.

El astro de tu dicha se ha eclipsado
Y el porvenir risueño en un instante
En yermo de dolor se ha transformado,

Viendo en tal desventura el pecho amante
Que para alivio de tan triste estado,
El humano consuelo no es bastante…

A LA MEMORIADE LA SEÑORA DOÑA M.C. DE O.

SONETO

De juvenil edad en lo más bello
Te arrebató la Parca cruda y fiera,
Y el astro que guiaba tu carrera
Oscureció su fulgido destello.

Marcó el destino con infausto sello
La vida que dichosa ser debiera,
Y fuiste cual la flor de la pradera
Que al cierzo dobla el delicado cuello.

Un efecto hirió tu alma, intenso y vivo,
El maternal regazo abandonaste,
Fascinada por mágico atractivo…

Mas al pié del sepulcro te paraste
Y, abrazando a la madre idolatrada,
Alzaste el vuelo a la eternal morada.

A LA SRA. DOÑAMARÍA HENRÍQUEZ DE TOLEDO

En la muerte de su hija Lucila, ahogada con su esposoEn el río Claro, en 1860.

¡Madre infeliz! esposa sin ventura!
¿Qué nuevo golpe de dolor ha herido,
Tu corazón, cual hórrido estampido
De un rayo, que despide nube oscura?

¿Por qué lloras sin fin? ¿por qué tu pecho
Henchido de aflicción doble palpita,
Y sentido clamor el alma agita,
Como en el mar el huracán deshecho?

Ah! La hija de tu amor, la compañera
En la viudez, la soledad y el llanto,
Tu lumbre, tu tesoro y dulce encanto
Acabó en flor su rápida carrera!

Una tregua tan solo, una esperanza
De grata paz, un íntimo consuelo,
A tu largo penar concedió el cielo,
¡Iris falaz de efímera bonanza!

Lazo de amor, que la virtud formara,
Guirnalda de azahar, de mirto y rosa,
Adornaron la frente de la hermosa,
Al maternal afecto prenda cara.

Y al altar entre llanto y alegría
La llevas pudorosa y muy más bella,
Que la benigna y amorosa estrella,
Cuyo esplendor anuncia el nuevo día.

Y venturosa fue; pero la ausencia
La arrebató a tus brazos cariñosos,
Sin que de amor los éxtasis dichosos
Mirases que encantaron su existencia.

Mas tú piensas en ella noche y día,
La ves, la estrechas contra el seno amante
Y cuadros de su dicha a cada instante
Te ofrece la risueña fantasía;

Que la felicidad de una hija amada
Es al sensible corazón materno
Primavera feliz tras crudo invierno,

Por brisas deliciosas perfumada.

A ti los caros votos se dirigen
De ambos esposos con igual ternura,
A ti vuelan sus pasos con presura
Por tu pena tan solo ellos se afligen;

Mientras que, con misivas cariñosas
Que engañan del deseo la impaciencia,
Te revelan en tierna confidencia
De su vida las horas deleitosas.

Pero soplan las brisas placenteras
De la bella estación de los amores,
Derramando en los campos gayas flores
Y en el alma esperanzas lisonjeras.

Y a ti tornan, más pérfido elemento
Arrebata en su rápida carrera
La pareja querida ¡o suerte fiera!
Confundiendo sus almas y su aliento…

Diestro salvar pudiérase el esposo,
Pero no lo consiente su ternura,
Y asido de su amada a la cintura,
Su vida le consagra generoso.

En vano la amistad y la inocencia
Lanzan con ellos su clamor doliente,
El río como líquida serpiente
Los arrastra al abismo sin clemencia.

Y se lleva entre su onda bullidora
Tu delicia, tu amor, tu dicha y vida
Y Lucila al morir: "¡Madre querida!
Adiós!" clama con voz desgarradora…

Adiós, que, cual horrísono gemido
Los ecos de los valles repitieron,
Y en sus alas los vientos lo trajeron,
Fieros a herir el maternal oído…

Llora, amiga infeliz, justo tributo
En ese acerbo llanto a tanta pena…
Jamás tornaré a ver tu faz serena;
Eterno llevarás el negro luto!

Que del dolor materno la amargura
Extingue todo extraño sentimiento
Y borra hasta la idea del contento,
Agotando del alma la frescura;

Y los días se pasan y los años,
Sin que lo que se amó se dé al olvido,
Y los consuelos son vano ruido,
Los placeres hastío y desengaños.

Mas ¿qué es esto? ¡oh sorpresa! Allá en la altura
¿Ves esa nube blanca y transparente
Que dibuja en su disco refulgente
La forma de una bella criatura?

¿Y otra no ves que la sostiene amable
Y otra aún que la toma entre sus brazos,
Formando en torno de ella dulces lazos,
Con afecto purísimo, inefable?

Es su padre amoroso: él la recibe
Con ósculo dulcísimo y suave;
¡Es siempre el infortunio la áurea llave
Que la dicha a los buenos apercibe!

Y del destino adverso los rigores
Y aun de la vida misma el sacrificio,
Se tornan del mortal en beneficio
En la esfera de eternos esplendores.

Pero se aclara el grupo peregrino,
Y distinto aparece en el espacio,
De violado color y de topacio
Signo brillante, talismán divino;

Forma tiene de cruz, el sacro nombre
De Dios escrito lleva en letras de oro;
--"Y este, dice tu esposo, es el tesoro
Que cura los dolores en el hombre.

"Él es signo de amor y de victoria,
Bendice las angustias y la muerte,
La injusticia repara de la suerte
Y de las penas borra la memoria.

"Para lograr un día tu consuelo
Resígnate y espera, dulce esposa,

La vida es una prueba dolorosa,
La verdadera dicha está en el cielo!”--

A LA MEMORIADE LA JOVEN Y VIRTUOSA SEÑORA
DOÑA ADELA SOLAR DE ALDUNATE
SONETO

La yerta mano de la parca fiera,
Armada de dolencia y de tristura,
Signo fatal grabó en su frente pura,
Que el límite acortó de su carrera…

El dulce lazo, que en su edad primera
Tejieron el amor y la ventura,
Filial afecto, maternal ternura,
Encantaron su hermosa primavera.

De tanta dicha el plácido contento
Emponzoñó algún día la desgracia,
Y santa se formó en el sufrimiento.

Hoy, de una fe sublime a la eficacia,
Roto ya de la vida el frágil velo,
De su lecho de muerte voló al cielo.

EPITAFIO

Era joven virtuosa,
Hija sensible, interesante esposa.
La maternal ternura
Ansió por colmo de su dicha pura,
Mas ¡oh contraria suerte!
Miró cumplidos sus ardientes votos
Y hundiéndose en el abismo de la muerte.

POEMAS DE ASUNTOS ILUSTRADOS

EN EL ALBUM DE MI AMIGAISIDORA ZEGERS DE HUNEEUS[87]

¿Podré olvidar, bella amiga,
Aquél venturoso tiempo
En que ambas nos conocimos,
Cuando, en el albor primero
De inocencia y juventud,
Fuimos de amistad modelo?

Yo te amaba sin medida!
Tú realizaste el ensueño
Que formé en mi adolescencia,
Cuando una amiga a los cielos
Demandaba con instancia
El ardor de mis deseos…

Tu viveza encantadora,
Tus prodigiosos talentos,
Tu finura y tu franqueza,
Tus gracias y tu despejo

Ejercían sobre mí
Con su prestigio hechicero,
No sé qué poder suave,
No sé qué influjo benéfico,
Por el que fui toda tuya;
Y mi corazón sincero
En el tuyo siempre hallaba
Armonías y consuelo.

En vano, cara Isidora,
Por la carrera del tiempo
Y los varios incidentes
De la vida aparecemos
Algún tanto divididas:
No se borran los afectos
Que, imprimió en el alma cándida.
De amistad el sacro fuego
En ella queda por siempre
Un religioso recuerdo,
Que como sonido blando

[87] Intérprete y compositora de música de salón nacida en Madrid en 1803 al interior de una familia de origen flamenco y educada de acuerdo a la cultura franco-hispana. Isidora Zegers llegó a Chile debido a la contratación de su padre por el gobierno chileno, estableciéndose en el país el año 1823. Se desenvolvió en el ambiente de la socialité chilena contando con la compañía de ilustres personajes provenientes del mundo intelectual y de la política. Una de aquellas era Mercedes Marín del Solar, quien guarda recuerdos de alguna de las obras de la intérprete. [N. de la C.]

Repetido por el eco,
Le siento yo en este instante
En el fondo de mi pecho.

¿El eco dije? ¡error! el eco es débil
Imitación servil, tenue, dudosa,
Y lo que por ti siento
No es dudoso ni débil, dulce amiga,
Sino esencia de vida y sentimiento!
Ni es bien que yo pidiera,
Para dar colorido a mi ternura,
Imágenes prestadas a Natura,
Cuando la idea sola
De tu voz peregrina
Vale una inspiración, y el alma siente
En su rica armonía
Noble y encantadora poesía.

Si, amiga idolatrada; inseparables,
Confundidas están en mi memoria
Tu amistad y la música suave:
Por ti, mujer divina,
De ese arte celestial en los secretos
Iniciada me vi: por ti he probado
Ese entusiasmo vivo,
Aquel goce exquisito y delicado,
A la par que inocente,
Que en sublime arrebato
Embarga los sentidos y la mente.

Cuando puro y vibrante
Brota el raudal sonoro
De tu garganta de oro,
Halagando mi oído
Suspenso dulcemente y abstraído,
Ora escuchando admira
El *grupeto* gracioso,
El *trino* cadencioso,
O la *escala de perlas*
Rauda como el ambiente,
Límpida como arroyo transparente.

Mas, si, luego templando
El vuelo audaz, el arrogante giro,
Se convierte tu voz en un suspiro
Melodioso y doliente
Y el triste *semitono* apasionado

Tu aliento ha modulado,
Lo hondo del alma siente
Penetrante emoción:… Si religiosa
Una plegaria entonas, se diría
Que un ángel te prestaba
Tierno fervor y mística armonía,
O que, con su arpa de oro,
Desde el excelso coro,
Tu canto acompañaba,
Mientras tu faz serena,
De noble majestad y gracia llena,
Se mira en el momento
Radiante de hermosura y sentimiento!

¡Cuántas veces del triste pecho mío
La pena que cruel lo atormentaba
Alejó tu voz pura y deliciosa,
Y dándole viveza y movimiento
Al vago pensamiento,
Llena de inspiración la fantasía
De hondo sopor alegre despertaba
Y tu dulce cantar acompañaba!

Al resonar tu canto
Tornábase mi llanto
En plácida sonrisa,
Como la mustia flor que refrigera
Húmeda y blanda brisa:
Porque siempre sensible a la belleza
De arte y naturaleza
Con que el cielo te ornó, supe sentirte
Y gozar a tu lado
Del placer de admirar que llena el alma,
En donde el sentimiento de lo bello,
De la luz eternal vivo destello,
Hace nacer la deliciosa calma.

¿Quién cual tú, amable amiga,
Hizo brillar las obras inmortales
Del sublime Rosini, de ese númen
Que ha sabido inspirar a tantos otros
Y llenar el proscenio
Del inmenso tesoro de su genio?
Ah! Si él pudiera oírte
Desde el profundo seno,
Donde yace reposando en sus laureles,
Sorprendido y gozoso despertara,

Y por ti nuevos tonos ensayara.

No eres menos felice
Cantando al rico y vario Donizetti;
Y cuando del dulcísimo Bellini
Entonas conmovida
Esas notas en lágrimas bañadas,
Por él tan solo halladas,
Veo en tu celestial melancolía
(Mi vanidad perdona)
La musa del dolor ¡la musa mía!

Si la viudez y la orfandad alzaron
Un grito de aflicción, tu alma sensible
Por ellas imploró socorro activo,
Y con el incentivo
De tu voz hechicera,
Que más flexible la piedad hiciera,
Despertaste en los buenos corazones
Nobles y penetrantes emociones.

Ah! ¿por qué no le es dado
A la santa vedad tomar prestado
Tu celestial lenguaje
Y a los mortales ciegos
Enseñar el camino
De la dicha y su altísimo destino,
Y la alma paz y la virtud al mundo
Persuadir deleitando?
Entonces se vería,
A impulsos de la dulce melodía,
Realizarse los sueños de ventura
Que el filántropo forma en sus desvelos,
Y cambiar de los hombres la natura
Y arrebatar la dicha de los cielos!

Pero, dejando la región aérea
De la imaginación y sus sublimes
Transportes llenos de moral belleza,
Torno a las realidades de la vida
Y contemplarte quiero
En el cuadro hechicero
Del doméstico hogar, mansión preciada
De la paz y del orden, donde se alternan
En justas proporciones
El trabajo, los goces y el reposo,
Donde tú eres el alma,

Donde afanosa conquistas
De la virtud la inmarcesible palma.

Veo allí al digno esposo
Que colmas de atenciones y ternura,
Avaro con razón de tus encantos,
Mas, alegre y dichoso;
Los hijos inocentes,
De beldad y salud resplandecientes,
Cual guirnalda graciosa,
Te rodean y te hacen más hermosa;
Tus padres te contemplan y te admiran
Y enternecidos gozan y suspiran;
Mientras que la esperanza,
Mensajera divina
De paz y bienandanza,
Con promesas y halagos seductores
Tu largo porvenir cubre de flores.

Vive, amada amiga mía,
Entre la paz y alegría
Largos años;
Solo te dé el mundo goces,
Y no pruebes sus atroces
Desengaños.

Busca el bien inestimable,
De la virtud inefable,
Blanca calma
Que a despecho de los males
Vierte goces celestiales
En el alma.

Y cuando a tu fiel amiga
La tristeza la persiga,
Con tu canto
Disípale los enojos
Y haz que corra de sus ojos
Dulce llanto;

O por ella lo derrama,
Si la muerte la reclama
A otra vida,
Siempre que estos versos mires
Y a su memoria, suspires
Conmovida.

A LA POETISA CUBANA,DOÑA J.G. DE AVELLANEDA[88]

SONETO

Musa sublime, en cuya frente pura
El lauro de Corina reverdece,
Y en cuyo noble corazón parece
Que revive de Safo la ternura,

Al oír de tus versos la dulzura,
Aura suave que las flores mece,
El alma enajenada se embebece
Y recibe en su ser nueva frescura.

¿Por qué lejos de ti quiso el destino
Colocarme al nacer, cual si mi suerte
Fuera solo admirar tu estro divino?

¡Ah! Pero hay una vida tras la muerte,
Del genio y la virtud brillante esfera,
¡Y allá con Dios mi corazón te espera!

[88] Gertrudis Dolores Gómez de Avellaneda (1814-1873) fue una escritora originaria de Cuba. Nacida en una familia acomodada en Puerto Príncipe, gracias al viaje a España que su familia lleva a cabo logra hacerse conocida en el mundo intelectual con el estreno de sus primeras obras teatrales. Su vida de triunfo en el plano artístico también tuvo su contraparte en el ámbito sentimental, aunado a un intenso romance con el sevillano don Ignacio Cepeda y la muerte de su padre y hermanos. En: Prado, María: *El teatro de Gertrudiz Gómez de Avellaneda,* Memoria presentada para optar al grado de Doctor, bajo la dirección del Doctor Luis Sáinz de Medrano Arce. Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Filología, 2001.

IMPRESIONES DE LA OPERA A LAS SEÑORA CLORINDA PANTANELLI[89]

¿Podré yo describir, Clorinda amable,
El encanto inefable
La halagüeña impresión que sintió el alma
Cuando te vi, te oí, la vez primera?
Tu hermosa faz bañada
De marcial expresión, gentil presencia,
De noble audacia sin igual modelo,
En Romeo admiré; dignidad grave
Y persuasión suave,
Que anima el tierno amor con sus encantos.
Si, Clorinda, te escucho embelesada…
Mas pronto el rostro bello
Despide de furor vivo destello
Y en la tremenda espada,
En tu acento vibrante,
Y vista centellante,
El ángel del Edén me pareciste,
Y hasta lo hondo del seno estremeciste.

Después contemplas a la tierna amante,
Cuya faz delicada,
Antes triste y llorona,
Ora se muestra alegra y cariñosa,
Abriendo dulce entrada
En su alma atormentada
A una dicha ilusoria y fementida:
Tu voz enternecida,
¡Cuál expresa de amor dulces afectos!
En tus brazos se inclina,
Cual lánguida violeta,
La afligida Julieta;
Y por darla consuelos,
Olvidas a su lado,
Los rigores del hado,
Y, tus amargas penas y recelos.
Mas no olvidaré yo, Clorinda amable,
La celeste armonía,
Que tu argentado acento producía,

[89] Clorinda C. de Pantanelli (1804-1877) "fue una cantante italiana que llegó al país como parte de la compañía lírica Pantanelli; su director, Rafael Pantanelli, era esposo de la cantante. Arribaron a Chile en 1844 y junto con realizar presentaciones de ópera en el viejo Teatro de la Universidad, comenzó su actividad pedagógica, primero con clases particulares y desde el año 1861 hasta 1873 como profesora del Conservatorio Nacional de Música". Stein, Hanns: *El arte de cantar: su dimensión cultural y pedagógica*. En Revista Musical Chilena, Facultad de Artes-Departamento de Música, Universidad de Chile.
Junto con Teresa Rossi fueron célebres en su tiempo. Pantanelli fue profesora de canto del Conservatorio de Música. [N. de la C.]

Unido al de tu hermosa compañera,
En el *mio caro abraciami*
Ni las dulces profundas vibraciones
Que en éxtasis divino
Hacían palpitar los corazones.

¿Te seguiré yo en Norma atormentada
Por tus terribles celos? Una Diosa
De mágico prestigio rodeada,
Y llena de un poder casi divino,
Vivo emblema del genio femenino,
Apareces primero; todo cede
A tu solemne voz, y los arcanos
Conoces del destino
Y dictas sus decretos soberanos.

Mas ay! eres mujer y allá en tu seno
Oculto está el veneno
De una tierna pasión. Las confianzas
Recibes de la joven Adalguisa,
Y al oir sus palabras se despierta
En ti aquella funesta *rimembranza* [90]
Que jamás escuché sin que sintiera
Una emoción profunda.
--De Adalguisa el amante
Es Polion inconstante;
Norma lo sabe, y, con horrenda zaña,
Busca en los tiernos hijos la venganza:
En su ciego despecho
Apercibe el puñal, se acerca al lecho,
Mas a herirlos no alcanza
La mano maternal, y dulces besos
Se imprimen en los rostros infantiles
Que riega ardiente y abundoso llanto…
Acércase entre tanto
El término fatal;…yo no me siento
Capaz de describir lo inimitable,
Veo en la faz mudable sucederse
El odio a la ternura, cual las olas
Del proceloso mar, ¡oh qué contraste!
Qué confusión de afectos,
De celos…de furor!... Cruda victoria
Logra al fin la virtud; y arrodillada

[90] En el *dúo* del primer acto, Adalguisa descubriendo a Korma el estado de su corazon, le refiere tan detenidamente ciertas demostraciones de afecto dadas por su amante, que Norma puede dejar de reconocer por las mismas que ella recibió en otro tiempo de Polión, y esta amarga idea la hace prorrumpir en la exclamación *¡O rimembranza!* a la que la señora Pantanelli daba una entonación tan penetrante como patética. [N. de la A.]

Cual víctima sublime, resignada,
Te declaras culpable.
Buscas la dicha en la terrible muerte,
Y al apurar la copa de amargura
Es feliz tu suerte,
Pues de Polion recobras la ternura.

¿Y qué diré del alma *innamorata*,
De ese gemido tierno y melodioso,
Que eternizó de Donizetti el númen,
Y si al vivo retrata
De un amor infeliz el desconsuelo
Parece unir la tierra con el cielo?
¿Quién, cual tú, lo cantó, dulce Clorinda?
¡Ay, cuán hondos suspiros
Arrancó el alma mía
La doliente agonía
De ese Edgardo muriendo en mi presencia
¡Y cuántos más me arrancará su ausencia![91]

Pero ¿cómo has podido,
Mujer inimitable,
Tan buena madre como buena esposa,
Representar la criminal consorte
De Belisario ilustre?—Así violentas
Las amables facciones
Con la torva expresión del odio fiero
Y la traición odiosa?
Sin conocer el crimen,
Sin bajar al abismo,
Di ¿quién te reveló el crudo tormento
Del sombrío, infernal remordimiento?
El genio, ese poder indefinible,
Cuyo foco es el cielo, de donde vienen
Nobles inspiraciones sobrehumanas,
Ese claro destello
Que nos lleva hacia Dios, pues nos revela
Las fuentes del sublime y de lo bello.
Él anima tu acento melodioso,
Y ora la virtud cantes,
Ora el vicio simules,
Ora fiera amenaces,
O lisonjera adules,
Te enajene el dolor, o bien te anime
La plácida alegría,

[91] Alude a la próxima partida de la señora Pantanelli. [N de la A.]

Siempre inspiras profunda simpatía..

¿Qué importa que en honda calma
Esté aletargada el alma,
Si al oír tu voz sonora,
Al ver tu faz seductora,
Se despierta el corazón?

Tú revelas los arcanos,
De los afectos humanos;
Y la joven inocente
Por ti los riesgos presiente
De un desacordado amor.

Si de una trágica historia
Borró la triste memoria
El tiempo con su poder,
Tú la hiciste aparecer,
Con su aspecto y su color.

Tal vez el hábito apaga
La pasión que más halaga;
Mas, por ti, la fiel esposa
Torna a mirar cariñosa,
Al que dio su fe y amor:

Y cual mágico sonido,
Que algún eco ha repetido
De dulcísima armonía,
Siente llena de alegría,
Que aún hay en su pecho ardor.

Tú infundes los sentimientos,
A merced de tus acentos;
Y el alma contigo pena,
Se extravía y se enajena
Entre el gozo y el dolor.

Llena, Clorinda, tu misión divina,
Anime al mundo tu expresión sublime;
Y si la humanidad o el amor gime;
Alza tu voz sonora y peregrina.

Ella quebrantará las almas duras,
Que cierra el interés y el egoísmo,
Y, por ti confundido, el crimen mismo,
Buscará de virtud las fuentes puras.

No mancille tu labio invención fea
De corrompido gusto, canta al genio,
Canta la virtud siempre, y el proscenio
Brillante luz al orbe culto sea.

En Chile será eterna la memoria:
De Clorinda y Teresa;[92] entrambos nombres,
Conservará la fama entre los hombres,
Y el arte encantador que hizo su gloria.

[92] Doña Teresa Rossi, compañera de la señora Pantanelli. [N. de la A.]

A LA DISTINGUIDA CANTATRIZDOÑA TERESA ROSSI[93]

SONETO

¿Y te vas, cara Rossi! ¿así te alejas
Del pueblo, que respira por tu encanto?
De tu gracia, tu hechizo y dulce canto
La mágica ilusión solo nos dejas?

Ya no resonarán las tristes quejas
De la sensible Aminta, el tierno llanto
No veré de Adalguisa, ni el espanto
De Julieta infeliz…---Si te asemejas

Al ángel por tu acento de dulzura,
Su condición imita; no abandones
La amistad, que hoy apela a tu ternura.

Musa que divinizas las pasiones,
Quédate, que en tu voz celeste y pura
Solo hallo vida, encanto y emociones.

93

A UNA MADRE POESTISA ANONIMA DE VALPARAÍSO[94]

SONETO

Tu voz oí, poetisa encantadora;
Y aunque el hermoso rostro has escondido,
Al corazón regalas y al oído
Con la armonía de tu voz sonora.

A la luz apacible de la aurora,
Y bajo enredaderas suspendió,
Vi oloroso pimpollo, enrojecido,
Que a las auras perfuma y enamora.

Así de la modestia al blanco velo
Se acoge la mujer, y es nuevo encanto
Su pudoroso, tímido recelo:

Mas no sufre la gloria olvido tanto;
Y, pues la rosa ostenta ricas galas,
Despliegue el Genio ya sus áureas alas.

---

[94] A consecuencia del indulto de los reos de que se hace mención en la nota Número 15**,** la elegante poetisa de Valparaíso doña Rosario Orrego de Uribe Dirigió al autor de estas poesías el siguiente soneto:

Tu nombre oí: mi corazón ardiente
Os6 aspirar al lauro del poeta:
¡No al blanco lirio iguala la violeta!
Loca ambición de espíritu impaciente.

Ora, mas libre de ilusión la mente,
No por brillar ante tu sol se inquieta,
Ni por llegar a la elevada mota
Donde alcanzó tu inspiración potente.

Hoy no admiro ya en ti la gran señora,
La poetisa de gloriosa fama;
Admiro al ángel que piedad implora,

A quien su madre el desdichado llama, .
Y que al cerrarse la entreabierta huesa,
Arrebata al patíbulo su presa.

La señora Orrego de Uribe firmaba en aquella época sus versos con el seudónimo de *Una madre,* que todavía suele usar alguna que otra vez. Entonces ignoraba el publico su verdadero nombre y a esta circunstancia alude el autor en el presente soneto con que correspondió a la interesante poetisa porteña. [N. del E.]

A ÁNGELA CAAMAÑO[95], JOVEN POETISA GUAYAQUILEÑA

SONETO

¡Linda poetisa, en cuya mente clara
La natura infundió llama divina,
Ornándote de gracia peregrina,
Cuál si a tu gloria el genio no bastará!

De tus estrofas la belleza rara
Encantada admiré, dulce Angelina,
Y el lauro que a tu frente se destina
Ya el porvenir risueño lo prepara.

Fecunda inspiración, viva ternura,
Hay en las notas de esa voz sonora
Que exhalan de tu ser la esencia pura.

No escondas esa luz consoladora,
Déjanos ver de tu alma la hermosura,
¡Ángel, o maga siempre seductora!

95

A FERRETTI,
DESPUÉS DE HABER CANTADO UN TROZO DEL “TORCUATO TASSO.”

SONETO

Suena el acento grave, armonioso
De Ferretti; en la escena se ha mostrado
Torcuato, el inmortal, el desgraciado,
Enfermo, pensativo, congojoso.

Cual fantasma que hiende el misterioso
Espacio de los siglos, le he mirado,
Vivo emblema del genio malhadado,
De un tierno amor recuerdo doloroso.

Mas escucho en silencio el dulce canto,
Y al héroe y al cantor doy por despojos
Hondos suspiros y sentido llanto.

Y aun la sombra del Tasso los enojos
Olvida de la suerte; y sin quebranto
Miró a Ferretti con benignos ojos.

AL CÉLEBRE PIANISTADON LUIS M. GOTSCHALK[96]

SONETO

Al oír esa lluvia de armonía,
Llena de fuerza, vida y sentimiento,
Que resalta del dócil instrumento,
Al brillo de tu hermosa fantasía,

Prestigio encantador, dulce magia
Me absorbe, arrebatando el pensamiento
A otra región de plácido contento,
Sueño aéreo de asombro y poesía.

Te dio el rudo torrente su grandeza,
El gemido del aurora la ternura,
Y el lago cristalino su pureza.

Tal fue el rico presente de natura,
Mas del genio la vívida centella
Dios mismo te infundió radiante y bella.

[96] Louis Moreau Gottschalk (1829-1869) fue un músico y pianista estadounidense. En el año 1865 visita Chile, y desde entonces dirige una orquesta de más de 200 músicos, siendo así reconocido por documentar por primera vez al país con la música de Nueva Orleáns. Fue tan influyente en el panorama musical, intelectual y artístico de la época que su despedida fue apoteósica: "su despedida de Chile fué la apoteosis de sus triunfos. Dos meses dedicó el virtuoso a la preparación de este adiós supremo y melodramático. Recurriendo a los profesionales y a los aficionados, a las bandas cívicas y al ejército, logró formar una orquesta de trescientos cincuenta músicos concertados para la ejecución de la Solemne Marcha Triunfal a Chile. El Teatro Municipal." *Las proezas sinfónicas del pianista Gottschalk.* Revista Musical Chilena, Noviembre 1946.

AL PERIODISTAM.HIPOLITO BELMONTT

SONETO.[97]

¿Es posible? la débil armonía
De mis versos produce tierno llanto?
Sin duda este es milagro de algún santo,
O ilusión de mi flaca fantasía.

Pero el hijo del Sena[98] no diría
Tamaña falsedad en dulce canto,
Violando así el decoro sacrosanto,
De su númen con pérfida ironía.

Así será; muy bien; pero yo advierto,
Que me quiere meter en honda empresa;
Y aunque tal vez a solas me divierto.

En pobres consonancias, me atraviesa
El ver que en ellas logro poco acierto,
Y este nombre de Safo[99] mucho pesa.

[97] Este soneto es contestación a unos versos franceses dirigidos al autor por Mr. Belmont que entonces redactaba *El Minero.* En esos versos, felicitando a la poetisa que había cantado la muerte de Portales, le prodigaba entre otros epítetos el de Safo a que alude el rasgo final del soneto. [N. del E.]

[98] En referencia al río Sena de Francia. [N. de la C.]

[99] Safo fue una poetisa griega nacida en la isla de Lesbos durante el siglo VII A.C. "Safo fue una mujer que se consagró por completo a la poesía, reuniendo a su alrededor gran número de alumnas y compañeras. Muy pronto se reconocería por toda Grecia su reputación de poetisa delicadísima, que cantaba la amistad vehemente y la unión de las almas con los arrebatos de la pasión sensual más encendida e íntima". Solé Blanche, J. (2005). Antropología de la educación y pedagogía de la juventud. Procesos de enculturación. S. d.: s.e. Parte 3: 3. Safo e Isócrates. Dos modelos para la formación de los jóvenes en la Grecia Clásica. Pág. 137. En la nota del autor se dice que el Sr Belmont aludido en el soneto felicitó a la autora Marín del Solar por su canto a la muerte de Portales, prodigándole el epíteto de Safo a la poetisa.

AL SR. DON IGNACIO GÓMEZ[100]
Después de haber leído su oda "A la vida del campo"

Para pintar las gracias de natura
Y reflejar su encanto peregrino,
Virgilio te cedió el pincel divino,
Flora te dio colores y frescura.

Por ti veo brotar la linfa pura
De bulliciosa fuente, el alto pino,
El valle ameno, el cielo cristalino
Y del repuesto bosque la espesura;

Y la choza feliz, nido de amores,
Donde habita la paz dulce y suave
Y esparce la virtud fragantes flores".

Tú tienes de la dicha el áurea llave,
Que de lo bello el noble sentimiento
Venero es de solaz y de contento.

[100] Ignacio Gómez (1813-1879) fue un poeta y diplomático salvadoreño. Perteneció a una familia intelectual de su tierra natal. De ideas liberales se manifiestó en contra del militarismo de los gobiernos de Barrios y Carrera en su país. Producto de esto, tuvo que exiliarse a países como México, Lima y Chile. Su actividad política como ministro plenipotenciario y su labor periodística permiten suponer que frecuentó los círculos intelectuales de la época en nuestro país, entre los cuales se contaba Mercedes Marín del Solar, razón por la cual ella, como lectora e intelectual, pudo eventualmente haberle conocido. [N. de la C.]

POEMAS MISCELÁNEOS

AL MAR

SONETO

Inmenso mar, tus olas espumosas,
Vaivén alterno, perennal ruido,
Que ora imita dulcísimo gemido,
Ora de la pasión iras celosas,

Me asombran, y de Dios las portentosas
Fuerzas con que tu orgullo ha confundido
Límite señalando reducido
Al cauce de tu aguas poderosas.

Cuando el azul reflejas de los cielos,
Convertido en espejo cristalino,
Hallo en ti de la paz almos consuelos:

La majestad de Dios ver imagino,
Y que absorto mi espíritu en sus vuelos
Se pierde en mar de gozo peregrino.

A VALPARAÍSO

SONETO

Ciudad amable, caprichosa y bella,
Centro de actividad y de alegría,
Orgullo de la cara patria mía,
Que de progreso marcas noble huella;

Con tus montañas tocas la alba estrella,
Tu planta halaga el mar con ufanía;
Laboriosa te encuentra el claro día,
Y en la alta noche tu beldad descuella.

Yo, a la luz de la luna, te he mirado
Y en el plácido albor de la mañana,
Y sus votos mi amor te ha consagrado:

Del Pacífico sé la soberana,
Tus playas bese el triste desterrado,
Y no manche tu suelo sangre hermana.

EL ARROYUELO

Agua que veloz vuelcas
Tus líquidos cristales,
Llévate entre tus ondas
Mis amargos pesares.
Huye, y al mar undoso
Corre a precipitarte;
Huye y jamás me traigas
La idea de mis males.
Agua, que, en tu inconstancia,
De la vida la imagen
Cada instante me ofreces,
Puedas tú consolarme.
Y así como yo he visto
Tu cristal enturbiarse
Y en todo convertidas
Tus perlas más brillantes:
Así como en mi pecho
Nacen las tempestades
Y mis dichas más puras
Se tornan presto en males;
Pueda yo en algún día
Ver tu faz serenarse
Y que en mi triste pecho
La dulce paz renace.
Cuando tu clara linfa
Con tu frescura halague
Las revolantes auras
Y las flores del valle;
Cuando el destino fiero
De mi camino aparte
Las punzantes espinas,
Los tétricos pesares;
Entonces sin cuidados
Vendré yo a contemplarte
Y a gozar tus delicias
En la apacible tarde.
Y, aspirando el aroma
De tu florida margen,
Tu límpida corriente,
Tu cristal ondulante
Que por el prado forma
Graciosas espirales,
Admiraré gozosa
Con sonrisa suave,

Y te llamaré hermoso,
Más que los anchos mares,
Consuelo de los tristes,
Delicia de este valle.

A LA HERMOSURA

SONETO

¿Qué eres, dulce hermosura, ante los ojos
Del mortal que seduces con tu encanto?
Objeto destinado a verter llanto,
Juguete de sus pérfidos anteojos.

Raro será el que rinda por despojos
A la pura beldad un amor santo;
El hombre engaña, ríe, y entre tanto
Siembra bajo su planta mil abrojos.

Tal es tu vida. La mujer hermosa
Cual delicada flor, busque el abrigo
De la excelsa virtud, y cautelosa

El prudente temor lleve consigo
Y guarde del amor la pura rosa
Al esposo feliz, al digno amigo.

PENSAMIENTO

Sicutflos[101]
(Job)

Se desvanecieron
Mis días felices,
Como los matices
De una tierna flor,

Que brilla un instante
Con vivos colores,
Blanco a los ardores
Activos del sol;

Y sus bellas hojas,
Juguete del viento,
Son un pensamiento
De dicha y amor,

Creación hermosa
De la fantasía,
Que en pura alegría
Bañó el corazón,

Y destruyó al punto
El hado tirano
Con impía mano,
Con ciego furor.

[101] Del latín: *Como si fuera flor.* [N. de la C.]

LOS JUGADORES

---"Mi señora doña Marta,
Deme usted un escudito[102],
Para apuntar a esa carta.
--Calla, muchacho maldito,
Antes que un rayo me parta!

--Pues qué! ¿pierde usted ahora?
¿De cuándo acá le ha fallado
Esa suerte aduladora…?
--Diez cóndores[103] he pagado!
--Se chancea usted, señora;

Si pierde en este momento,
Ganará muy luego a todos.
Tiene un procedimiento
Para jugar…unos modos…
En fin, eso es otro cuento…

--¿Qué dices, necio atrevido?
No me vengas a embromar.
¡Otra parada he perdido!
Sin duda para trampear
Con esos te has convenido!

--¡Hay mujer más insolente!
¿Acaso soy algún pillo?
Esta vieja está demente!
--Pero…¡y mi bolsa, y mi anillo!...
Todo lo roba esta gente!

--Callad; con vuestra reyerta
La casa me habéis perdido;
(Dice otra vieja) estoy muerta…
Los golpes no habéis oído?
La justicia está a la puerta!

--Y cómo me escapo yo,
Doña Juliana?—Venid,
Dadme la cofia, el paltó,
La pellerina y salid:
Mi compasión os salvó."

[102]"Como República independiente, la acuñación de monedas de oro comenzó el año 1818. Las denominaciones fueron de: 1, 2, 4 y 8 Escudos".
[103]"En 1925, fue establecido el "peso" como unidad monetaria de Chile, con un contenido de 0,183057 gramos de oro fino. El peso estaba dividido en cien centavos. A su vez, diez pesos constituían un "cóndor".

LA NOVIA Y LA CARTA

LEYENDA

Era una noche serena:
Por la tierra difundía
Esplendente luna llena
La dulce melancolía,
Que el corazón enajena.

Cuando su alba luz derrama
La luna en el firmamento,
Busca el silencio quien ama
Y, ora triste, ora contento,
Allí alimenta su llama.

Que es más hermosa la flor,
Más balsámico el ambiente,
Más misteriosa de amor
La ternura y más ardiente,
A su divino fulgor.

Grato es para el alma pura
En la noche meditar,
Y desde la criatura
Su pensamiento elevar
A la divina hermosura;

Y ver cual los mundos giran
En espacio inmensurable,
Que por su grandeza admiran
Y por su orden invariable
Altas ideas inspiran.

En honda contemplación
Abismado el pensamiento,
Con sublime inspiración
Busca de Dios el asiento
En la inmensa creación.

Y mientras que reverente
El alma adora y se humilla,
Dentro de sí misma siente
Bella imagen, donde brilla
La faz del Omnipotente:

Y una promesa divina
De eterna felicidad
Que a otro mundo la encamina,
Ve escrita en la claridad
De la esfera diamantina.

Más al pecho borrascoso,
Que alberga insanas pasiones
Todo esplendor es odioso,
Y en apartadas mansiones
Busca en vano su reposo.

Que la luna, las estrellas
,Son terribles enemigos
Del triste; sus luces bellas,
Siniestros, mudos testigos
De sus amargas querellas.

Y en toda naturaleza
Y en el conjunto de seres
Orden no ve ni belleza,
Sino malignos poderes,
Que gozan en su tristeza.

Tal pensaba un infeliz
En la noche silenciosa.
Suerte atroz le contradice,
Y en ansiedad congojosa
De su existencia maldice.

Ama con idolatría
Un objeto encantador;
Creyó ser feliz un día,
Mas, cual pasajera flor,
Se marchitó su alegría:

Que sentir el atractivo
De la virtud y hermosura,
Correr tras de su incentivo,
Es apurar de amargura,
Hondo cáliz corrosivo:

Y una esperanza burlada
Es, para el alma que adora,
Mordedura envenenada
De una serpiente traidora,
En su seno fomentada.

En negra capa embozado,
Vaga, cual sombra ligera,
Por los celos agitado:
Confúndese y desespera,
En su dolor concentrado.

Las calles ha recorrido
Sin destino ni concierto,
Cual caminante perdido
En arenoso desierto,
Por las fieras perseguido.

En cuadro desolador
Se pintan en su memoria
De un desventurado amor
La dicha breve, ilusoria
Y un porvenir de dolor.

Al fin la casa funesta
Percibe de la que adora,
Y un aparato de fiesta,
Y una música sonora,
Que sus sentidos molesta.

Las ruedas de algún carruaje
Su breve paso detienen;
Damas de vistoso traje,
Criados que van y vienen,
Embarazan el pasaje.

Y grande iluminación,
Bellos jarrones de flores,
Decoran el gran salón,
Mientras damas y señores
Van llenando su extensión.

Ve también a su rival,
Que en torno la vista gira,
Con aire alegre, triunfal;
No sueña, no, no delira,…
Esa es la fiesta nupcial.

Frío hielo se derrama
Por sus venas; al instante,
Activo el amor inflama
El pecho del tierno amante

Con abrasadora llama.

Trémulo, desconcertado,
A la puerta se dirige,
Donde estaba un fiel criado,
A quien con ruegos exige,
Tome un paquete cerrado.

--"Si algún afecto te inspiro,
Le dice, lleva al instante
Esto a Delina: no aspiro
A otra cosa en adelante,
Que a merecerla un suspiro.

"¿Nada dices? Soy Ernesto…
--Bien os conozco señor…
--Di ¿Qué significa esto?
--Retiraos de aquí presto,
No agravéis vuestro dolor…

--"Delina al fin se ha casado?...
-Si, señor; en este día.
--Y en tan miserable estado
Vive, alienta todavía?
Cumple mi encargo: es sagrado."

Y huye, cual si una visión
Horrenda le persiguiera,
De aquella infausta mansión
Que tan cara antes le fuera,
Dejando allí el corazón.

Las nueve en la catedral
Toca pausada campana,
Con sonido sepulcral,
Cual si para la mañana
Anunciase un funeral

Mucho la novia ha tardado
En salir; algo impaciente
El concurso se ha mostrado;
Ni un amigo, ni un pariente,
Aún la ha visto ni abrazado.

Mas dicen que a la oración
Con testigos y madrina,
Para evitar confusión

A la modesta Delina,
Se hizo la dichosa unión.

También hablan de vestidos
Magníficos, de equipajes
De Francia recién venidos,
De aderezos y de encajes,
De familias y apellidos;

Y por fin, del noble esposo,
Que es muy apuesto y galán
Propietario y poderoso,
Que vive como un sultán
En un palacio suntuoso.

Muchas de las convidadas,
Oyendo tal relación,
Se quedan como embobadas;
Las de más penetración
Escuchan disimuladas.

Una joven a otra mira
Con intención maliciosa;
Esta la entiende y suspira,
Muerde sus labios de rosa,
Encendido el rostro en ira.

Entrámbas amigas son
De la sensible Delina,
Vieron nacer su pasión,
Y ven la punzante espina,
Que clava su corazón.

Delina en tanto ataviada
Con elegancia aparece
En el salón; a la entrada
Su novio el brazola ofrece,
Con actitud confiada.

Blanco es su rico vestido,
Pero no más que su tez,
Que las rosas ha perdido,
Y aunque atractiva, no es,
La hermosa, que antes ha sido.

Diadema brillante prende
El negrísimo cabello,

Y un fino velo desciende
Hasta los hombros y el cuello
Y por la espalda se extiende.

Quiere hablar, mas se le anuda
En la garganta la voz,
Se estremece, teme duda,…
Y en conflicto tan atroz
Queda como estatua muda.

Parece que comprimía
Un objeto entre sus manos
Con obstinada porfía
Y sean sus esfuerzos vanos,
Porque la fuerza perdía.

Cual si por algún encanto
Un cadáver anduviese,
Causando terror y espanto,
Y en el mundo apareciese,
Sin voz, sin acción, sin llanto,

Así el salón atraviesa:
Todo el concurso la mira
Con indecible sorpresa,
Y la compasión que inspira
Está en los rostros impresa.

De su madre entre los brazos
Exhala un hondo gemido;
Parece que en mil pedazos
Su corazón se ha partido,
Al formar los nuevos lazos.

Sobre el seno reclinada
De la que le dio la vida,
Es azucena nevada,
De su tallo dividida,
Marchita ya y deslustrada.

Mas ¡quién puede concebir
De aquella madre el tormento
Cuando oye a su hija decir
Con desesperado acento:
--“Madre, yo voy a morir!”

Su rostro levanta al cielo,

Y –“basta ya de ficción,
Exclama, rompióse el velo,
No cabe en mi corazón
Tan amargo desconsuelo!

“Yo juzgué que resignada
Estaba esta criatura
A su suerte malhadada,
O que su mucha cordura
La hiciese más reservada.

“Pero ¿quién puede saber
Cuántos arcanos encierra
El alma de la mujer,
En la interna y cruda guerra
Del amor con el deber?

“¿Porqué lejos de esta casa
Yo con ella no he partido?
¿Es por ventura, sin tasa
La autoridad de un marido,
Que así su deber traspasa?

“Culpada soy! He faltado
Al deber! Dios me castiga;
Fui a mi pesar su enemiga:
Ay! ¡cuán caro me ha costado!”—

Mas su boca prosiguiera,
Si la vista del esposo,
Que viene como una fiera,
Furibundo, tembloroso,
Fin a esta escena no diera;

--“Callad, señora, estáis loca,
Dice, pues mientras profiere
Desacuerdos vuestra boca,
No reparáis, cual requiere,
Que vuestra hija se sofoca,

“Y que su gran confusión
La causa la mucha gente,
Que contiene este salón:
Cuando aspire libre ambiente
Latirá su corazón.

“Vamos, ligero, esto es nada.”—

Y aunque sin vida ni aliento,
Con mano desapiadada
A la joven desgraciada
Conducen a su aposento.

Y aún se perciben un rato
De la madre los lamentos,
Del padre el fiero arrebato,
Gentes que en tales momentos
Corren con triste aparato.

Solo al ver tales escenas
El novio los ojos abre,
Pues de Delina las penas,
Le ocultó el bárbaro padre.
Para estrechar sus cadenas.

Colérico, avergonzado,
Sin saber lo que le pasa,
Contra su suegro indignado,
Se retira apresurado
Al interior de la casa.

Muchos de los concurrentes,
No queriendo ser testigos
De lo que pasa, prudentes
Se van; curiosos, amigos,
Solo quedan, y parientes.

Ciérranse las anchas puertas
Del interior con ruido…
Las damas se quedan yertas
Y el concurso poseído
De mil ideas inciertas.

Alzados de sus asientos
No hay dama ni caballero,
Que entre quejas y lamentos,
Del suceso lastimero
No forme extraños comentos.

Y acaloradas razones
Se oyen entre los parientes,
Amargas reconvenciones,
Pareceres disidentes,
Y vivas contestaciones.

Muchas personas de edad,
Declamado con calor,
Defienden la autoridad:
Los jóvenes el amor,
La indulgencia y la piedad.

Una cercana parienta
Del novio, y también madrina,
Viuda rica de setenta,
Asegura que Delina
Se ha casado muy contenta.

Y que cuando la han visto,
Apretándola el corsé,
El pecho la han comprimido;
-"Esto, dice, yo lo sé
Por su padre y su marido."-

Hay quien acusa a Delina
De haber tomado veneno,
Otro quiere que una fina
Daga le traspase el seno;
Nadie con el caso atina.

Pero un joven, que agobiado
Estaba por la tristeza,
La cabeza ha levantado;
Y exclama con entereza,
-"Ese juicio es muy errado.

"De una joven celestial
No calumniéis la inocencia;
Yo sé cual es el puñal
Que termina su existencia:
Ved ese escrito fatal…

"El expresa la pasión
En su exaltado delirio,
La cruel desesperación,
La incertidumbre, el martirio
Mas terrible al corazón.

"Cuando a Delina han llevado
Desmayada a su aposento
De su mano ha resbalado
Este papel: al momento
Cuidadoso lo he guardado.

“No es de vulgar amador
Fría, estudiada misiva,
Es él ¡ay! Desgarrador
De un alma que muere viva,
Es el himno del dolor!

“Del infeliz que la ha escrito
Raya el amor en locura,
La fortuna le ha proscrito
Y lleva el sello maldito
Del genio y la desventura”.

El deseo se apodera
En todos de ver la carta.
Nadie respira siquiera…
Y antes que el concurso parta
Se leyó de esta manera:

“Al fin, dulce Delina,
Tu hermosura divina,
Tu alma celeste y pura,
Causa serán de eterna desventura
A tu amante infeliz y a precio de oro
Se pagará tu gracia peregrina!

Di, joven adorada,
¿Siente tu corazón algún afecto
Por el que aspira con audacia tanta
A tu preciosa mano? No te espanta
El porvenir oscuro que te espera
Velado entre tinieblas?¿Los halagos
No ha sentido tu pecho
Cándido ¡ay! inocente,
De una pasión naciente?
De amar y ser amada desconoces
Aquel hechizo oculto, delicioso?
No: que en tu rostro hermoso
Yo vi el vivo carmín, sentí el suspiro,
Que en vano sofocabas,
Exhalarse del pecho y en tus ojos,
Para el amor formados,
Yo miré retratados
Destellos de esa tierna simpatía,
Que el alma me enajena
Y a doloroso llanto me condena!

Tú me amabas, mi bien, y yo formaba
Cuadros encantadores de ventura.
Ángel eras de paz y de dulzura,
Que en mi triste desierto
Debieras ser consoladora guía.
Tu mirada suave,
Tu cándida sonrisa,
Eran del corazón dulce embeleso;
Y el corazón marchito por las penas
Aspiraba gozoso
Un placer engañoso,
Que le forjaba míseras cadenas.

"¿Para qué te conocí,
Ser descendido del cielo,
Si en amargo desconsuelo
Me ibas tan pronto a dejar?

"¿Porqué no cerré los ojos
A tu mágico atractivo,
Y no apagué el fuego activo
Que el pecho vino a incendiar?

"Yo gozaba en mis ensueños
Tus dulcísimas caricias,
Y en ilusorias delicias
Hallé mi felicidad.
"Mil veces te he imaginado
Fiel amante, tierna esposa,
Madre dulce, cariñosa,
Y dechado de bondad.

"Pero mientras la esperanza
Afable me sonreía,
Mi corazón se nutría
Con un veneno letal:
"Porque enajenado y ciego
Con perspectiva tan bella
Olvidé que eras la estrella
De mi destino fatal!

"Si, que tú me abandonas y en los lazos
De Himeneo ligada voy a verte
Al feliz mortal a quien tu mano
Extiendes ¡oh Delina! Por quien haces
Un juramento irrevocable, eterno.

Las fueras del Averno
Siento en el corazón; ténte; adorada,
Y esa palabra que tu suerte fija
En tus labios expire, aún no formada.
Mide el profundo abismo
Que abres bajo tu planta, torna al cielo
Tus ojos, y verás como fulmina
Su rayo vengador, pues que profanas
Sus leyes sacrosantas, ultrajando,
Con falso disimulo
De la verdad y del amor las aras.
Contémplame un instante:
Mi abatido semblante,
Mis ojos apagados,
Mis suspiros ahogados,
¿No pueden conmoverte? ¿acaso el oro
Deslumbró ya tu corazón incauto,
O extrañas sugestiones
Te pintan como vanas ilusiones,
La dicha de tu vida
Y el bien inestimable
Del amor santo y de la paz amable?
Te alucinan, mi bien! No tiene el mundo
En sus preciados goces, ni la tierra,
Cuando en su seno encierra
Un oculto tesoro, ni los reyes
Con sus coronas y sus cetros de oro:
Un deleite que sea comparado
A la dicha de amar y ser amado!

"Opreso tu pecho
Con calma fingida,
¡Cuán triste la vida
Será para ti!
"Si ves que te mira
Con rostro afectuoso
El crédulo esposo,
No pienses en mí.

"Y escucha serena
Si alguno te dice:
--"¡Tu amante infeliz
"Murióse por ti!"
"No cierre tus ojos
El dulce beleño,
¡Tal vez en el sueño
Me nombres a mí!...

"Eternas las horas
Serán, si a tu lado
No ves que tu amado
Suspira por ti.
Y en vano vertiendo
De llanto raudales,
El fin de tus males
Aguardas sin mí.

"Alienta, bien mío,
No así me abandones,
Y mil bendiciones
Vendrán sobre ti.
"Ven, ay! A mis brazos
La dicha perdida,
El alma y la vida,
Tornándome a mí.

Y esa palabra que tu suerte fija
En tus labios expire, aún no formada.
Mide el profundo abismo
Que abres bajo tu planta, torna al cielo
Tus ojos, y verás como fulmina
Su rayo vengador, pues profanas
Sus leyes sacrosantas, ultrajando,
Con falso disimulo
De la verdad y del amor las aras,
Contémplame un instante:
Mi abatido semblante,
Mis ojos apagados,
Mis suspiros ahogados,
¿No pueden conmoverte? ¿acaso el oro
Deslumbró ya tu corazón incauto,
O extrañas sugestiones
Te pintan como vanas ilusiones,
La dicha de tu vida
Y el bien inestimable
Del amor santo y de la paz amable?
Te alucinan, mi bien! No tiene el mundo
En sus preciados goces, ni la tierra,
Cuando en su seno encierra
Un oculto tesoro, ni los reyes
Con sus coronas y sus cetros de oro;
Un deleite que sea comparado
A la dicha de amar y ser amado!

"Opreso tu pecho
Con calma fingida,
¡Cuán triste la vida
Será para ti!

"Si ves que te mira
Con rostro afectuoso
El crédulo esposo,
No pienses en mí.

¡Y escucha serena
Si alguno te dice:
--"¡Tu amante infelice
"Murióse por ti"
"No cierre tus ojos
El dulce beleño,
¡Tal vez en el sueño
Me nombres a mí"…

"Eternas las horas
Serán, si a tu lado
No ves que tu amado
Suspira por ti.
Y en vano vertiendo
De llanto raudales,
El fin de tus males
Aguardas sin mí.

"Alienta, bien mío,
No así me abandones,
Y mil bendiciones
Vendrán sobre ti.
"Ven, ay! A mis brazos
La dicha perdida,
El alma y la vida,
Tornándose a mí.

"Mas tu cedes, ¡Ay Dios! Y un si terrible,
De mi amor y mis ansias en agravio,
Se escapa de tu labio,
Descolorido y trémulo, cual rosa,
Que en tarde borrascosa
Agita el huracán; la faz turbada
Tornas en derredor, como buscando
Inútil protección, las rubilantes
Pupilas apagadas se extravían
Y miradas de espanto solo envían;

Como la luz siniestra del relámpago,
Que amedrenta y aterra,
Presagiando mil males ala tierra.

"Si! Mil males a ti, dulce Delina,
Mujer a quien en vano
Ornar quiso natura
Con generosa mano
De sus dones y encantos celestiales…
Del corazón te dio para que amaras,
Entendimiento claro
Y ese conjunto raro
De beldad, de inocencia y de ternura…
Mas ¿qué eres para mí desde el momento
En que te mire a mi rival unida?
Ilusión fementida
De un bien que ya pasó, crudo tormento
Del corazón cuitado,
Que, en su amarga congoja,
En su viudedad triste, se asemeja
Al mortal, que, ofuscado
Por sus ciegos errores, abandona

De eterno porvenir bella esperanza,
Y de la nada hacia el abismo horrendo,
Por senda de dolores,
Juzga que va ligero descendiendo.

"¿Dónde está la que era el alma de mi vida?
Aún respira, en verdad, mas no le es dado,
Amarme y es un crimen que se acuerde
De su amante infeliz; si por ventura
Mi imagen se presenta a su memoria,
Como ilusión diabólica ella debe
Apartarla de sí; tal vez un día
Volveré a su presencia atormentado
De indómita pasión; y, cual espectro
Que el sepulcro abortó, sobrecogida
Sus ojos cerrará por no mirarme.
Si intentare acercarme,
Buscará amedrentada,
Por el instinto del deber guiada,
La protección del que llama su esposo;
Y ese mortal odioso,
Solo feliz porque engañado vive,
La recibirá alegre entre sus brazos,
Formando en torno de ella dulces lazos,

Cadenas de diamante,
Que apercibió el destino
A un ser angelical, a un ser divino.

"Perdió el hombre la inocencia
Y aún quedó a su amarga vida
De tanta dicha perdida
Un consuelo en la aflicción.

"Sale del mágico Edén
Siervo el que era soberano,
Mas conduce por la mano
Un objeto encantador.

"El Dios misericordioso,
Al aplicarle el castigo,
Le dejó llevar consigo
La hermosa que le perdió.
"Y en vano bajo su planta
Brotan espinas y abrojos,
Porque templa sus enojos
La sonrisa del amor.

"¿Y yo, mas desventurado
Que el padre de los mortales,
Solo arrastraré mis males
En esta oscura mansión?
"No: que la muerte piadosa
Pondrá término a mi duelo.
¡La muerte es dulce consuelo
Cuando es inmenso el dolor!...

"Muramos, dulce amiga! Más propicia
Ha de sernos la muerte,
Que en este mundo la contraria suerte.
Párese para siempre el giro bello
De los lánguidos ojos, que algún día,
Brillando de alegría,
Humedecidos vi: los labios rojos
Pierdan súbito el bello colorido,
Y no vibren jamás dulce sonido
Pues débiles e impíos profanaron
La verdad santa, un falso juramento
Formando con ultraje
Del más leal y profundo sentimiento;
Y el corazón que un tiempo fuera mío
Cese ya de latir… Cuando en tu rostro

De mármol yerto y frío
Sus alas bata el ángel de la muerte,
Tu desdichado amante vendrá a verte…
Sobre tu mano inmóvil,
Sobre tu frente pura,
Ósculos de dolor y de ternura
Imprimiré y en el horror insano
Del funesto delirio
La muerte pondrá fin a mi martirio.
Que si el hado tirano
Rompió con férrea mano
El vínculo de amor que nos unía,
Pueda la helada, la solemne tumba
Unir tu alma ¡Delina! con la mía!.”

Sollozos interrumpieron
Mil veces esta lectura
Que una catástrofe augura,
Y lágrimas se vertieron
De imponderable amargura.

Mas nadie sabe la suerte
De la joven desgraciada
Que adentro está confinada,
Porque un silencio de muerte
Reina en aquella morada.

Solo de la triste noche
El pavor interrumpía
Voz de nocturno vigía,
O el rodado de algún coche
Que de la casa partía.

Las horas pasan en tanto,
Y las gentes que allí estaban,
Mirándose con espanto,
En la salida buscaban
Un alivio a su quebranto.

Al salir ven a distancia
Los magníficos jardines,
Donde rosas y jazmines
Envían suave fragancia
Del salón a los confines.

Tiende la luna esplendente
Allí su mágico velo,

Blanco sudario que el cielo
Prepara al alma inocente,
Que ha de abandonar el suelo.

Entre las hojas el viento
Forma ligero ruido,
Eco de un flébil gemido,
O de profundo lamento
Que exhala un pecho afligido…

El marmóreo surtidor,
Con sus gotas de diamante
Y su arrullo bullidor,
Es del llanto del dolor
Imagen fiel y constante.

Y el pajarillo que un día
Fue de Delina el encanto
Esta noche no dormía
Y ensayaba triste canto
De tierna melancolía.

Mudo el tiempo
Se desliza,
Del reloj cual leve arena,
Y lo marca la honda pena
Con el sello del dolor.
Ya la muerte
Llega prisa
Y arrebata ¡suerte dura!
La inocencia, la hermosura,
Implacable en su rigor.

¿Qué es, o vida,
Tu mañana?
Flor de gracias y esplendores,
Cuyas galas y colores
Rompe fiera tempestad;
Y en la tarde
Nebulosa,
Por el cierzo destrozada,
Yace mustia, deshojada,
Sin perfumes ni beldad.

¿Qué es la dicha?
Qué sus goces?
La esperanza seductora?

¡Ilusión engañadora!
Sombra vana de placer!

Iris bello
Refulgente
En la bóveda del cielo,
Que de nube negro velo
Torna efímero su ser!

Son las tres de la mañana:
En el desierto salón
Arde aún la iluminación.
Tres veces una campana
Toca con pasado son.

Sobre la soberbia alfombra
Que aquel día se ha estrenado,
Ligera, como una sombra,
Una persona ha pasado
Que nadie mira ni nombra…

La misma es que a la oración
Llamaron con gran premura,
Para dar la bendición
Al matrimonio; es el cura
Que lleva la Extremaunción.

Llega al lecho, vacilante,
Y no puede comprender
Cómo se encuentra expirante
La novia bella, elegante,
Que miró al anochecer.

Pero recuerda su llanto,
Su indecisión y su pena
Al formar el nudo santo,
La desazón y el quebranto
Que en él produjo la escena.

Voces de dulce consuelo
El ministro ha proferido:
Delina cobra el sentido
Y alzando la vista al cielo
Dulcemente ha sonreído:

Cual si la eterna morada
Ante sus ojos se abriera,

Y su vida desdichada
Quedase allí transformada
En ilusoria quimera:

Cual, si del fiero destino
Quebrantados los rigores,
En el regazo divino
Se le abriese ancho camino
De delicias y de amores.

Tan grata demostración
De movimiento y de vida
Despertó en el corazón
De la esperanza perdida
La lisonjera ilusión.

¡La esperanza seductora
Cuyo fulgor esplendente
Nuestras ilusiones dora
Y engaña el deseo ardiente
Con miraje encantadora.

Mas ¡ay! Aquella sonrisa,
Lampo de fugaz consuelo,
Se torna leve, indecisa,
Como vaporoso velo
Que rompe ligera brisa.

Iba la madre y venía
En aquel crítico instante
Como ángel de la agonía,
Y las manos se torcía,
Destrozado el pecho amante.

Que en aquella horrible lucha
De esperanzas y temores
En su desconfianza mucha
Y una voz interna escucha
Que augura nuevos dolores.

El médico de la casa
Al terco padre alucina:
--“Merced a la medicina,
Dice, ya la crisis pasa:
Está salvada Delina.”—

Mas otro doctor, que siente
De muy diversa manera,
Oscureciendo la frente
Al Esculapio imprudente
Lanza mirada severa.

--"¿Y a vos qué os dice la ciencia?"
Clama el padre muy erguido.
--"Señor, que es de omnipotencia
El golpe que ha conmovido
Esta preciosa existencia;

"Y no es posible la cura,
Pues de tan fiero martirio
Nada templa la amargura.
Pensad lo que en su delirio
Ha dicho esta criatura.

"El nombre que ha pronunciado
Con tan lamentable acento,
Ese papel que ha buscado,
Cuando por leve momento
El sentido ha recobrado?...

--"El nombre que ha proferido
Es romántica ficción
De novelas que ha leído,
Y no es menor ilusión
Ese papel que ha pedido.

--"Bien puede que su secreto
Ignoréis, pues el pudor
Unido con el respeto
Disimulan el amor
Con manejo muy discreto.

--"¡Bravo empeño de ocuparos
En lo que nada os importa!
--Si os ofenden mis reparos,
O pretendéis engañaros
O vuestra vista es muy corta.

--"Marcháos de aquí al instante,
No sufro vuestra presencia,
Un necio sois, un pedante…"
Y… un gemido penetrante
Disolvió la conferencia;

Y la figura embosada
De un joven apareció,
Que indefinible mirada
Fijó en Delina, y rompió
En risa desesperada;

Formando un cuadro de horror
En que adunados se vía
Con la angustiosa agonía
El delirio del amor
Y la luz del nuevo día…

Hundió en el sepulcro frío
A Delina su dolor:
Que no pudo el albedrío
Resistir el poderío
De la elocuencia de amor.

Su desventurado amante,
En lastimosa demencia,
La amó siempre delirante,
Y en los sepulcros errante
Finó su amarga existencia.

En tan sombría morada
Era a veces su consuelo,
Con delirante mirada
Buscar su prenda adorada
Buscar los astros del cielo;

Otras con acerbo llanto
Su alma anhelosa imploraba
Un término a su quebranto,
Lleno de fe en el Dios santo,
Que su Delina adoraba.

Mas, como el árbol frondoso
que hirió la segur impía,
Ernesto se consumía,
Ajado su rostro hermoso
Por incesante agonía.

El astro de los amores
Con débil menguante luz
Lo vio acabar sus dolores,
De la tumba entre las flores,

Al pié de una humilde cruz.

Y la amistad oficiosa
Su cadáver colocó
Bajo aquella misma losa
Que cubrió la faz hermosa
De la que tanto amó.

Las gentes que rodeaban
El cementerio decían
Que por la noche vagaban
Dos sombras, y que gemían
Sobre el sepulcro y se hablaba;

Pero que al venir la aurora,
Cual sube vapor ligero
Que el sol con sus rayos dora,
Del ave madrugadora
Se iban al canto primero.

Breves y amargos los días
Fueron de la tierna madre;
En lentas melancolías
Sus violencias y falsías
Espió el bárbaro padre.

Y viudo el novio viajó
Por apartadas regiones;
A su patria no volvió,
Mas el tiempo disipó
Sus funestas impresiones.

AL SUEÑO

Ven, dulce sueño,
Calma un instante
De un pecho amante
La ansia cruel;
Con tus prestigios
Engañadores
Ven, mis dolores
A adormecer.

Los ojos huye
Del venturoso,
Que Edén hermoso
De dichas ve;
Despierto goce
Benigna calma,
Embriaga su alma
Grato placer.

EL DESENGAÑO

Yo amé; yo fui dichosa,
Cuando amaba y sentía,
Mas hoy el alma mía
Solo vive al dolor.
El infortunio airado
Cual huracán violento
Apagó el sentimiento
Dulcísimo de amor.

Hubo ¡ay Dios! Un instante
De delicia y consuelo
En que descendió el cielo
Todo a mi corazón.
Las dichas de la vida
Son flor que pronto muere
Y eterno el dardo hiere
De una infeliz pasión.

Para tormento mío
De la pasada gloria
Impreso en la memoria
El recuerdo quedó;
Y una dulce mirada,
Un delicioso acento
Dentro del alma siento
Que el tiempo no borró…

No mitigo mis penas,
Vertiendo acerbo llanto,
Alivio del quebranto,
Consuelo en la aflicción.
Las lágrimas se tornan
De los ojos al seno,
Y su lento veneno
Corroe el corazón.

PROSA

PLAN DE ESTUDIOS PARA UNA NIÑA

Es preciso que una niña, desde que principie a tener conocimiento, consagre a Dios sus afectos, como las primicias de su alma. Para esto, las madres tratarán de dar a sus hijas idea de Dios, y de su bondad suprema, y enseñarles a bendecirle y amarle, dándoles edificantes ejemplos que se graben profundamente en sus almas, y evitando todas las acciones y palabras que en lo más mínimo pudieran manchar su inocencia. El gusto de los adornos lujosos, de los espectáculos profanos, les será sumamente peligros, como también la grande intimidad con niños de distinto sexo.

Debe hacérseles con tiempo aprender a leer y rezar, evitando cuanto sea posible el fastidio en el estudios, y procurando hacérselo agradable cuanto se pueda. En seguida, aprenderán a escribir; y entretanto se les debe instruir en lo concerniente a la religión, del modo que lo permita su edad. A los siete y ocho años, puede una niña estudiar el catecismo de Fleury[104]; y no será inútil inspirarle el deseo de hacer este estudio, refiriéndole alguna de las más lindas historias del Antiguo Testamento. Todos los días la madre leerá con ella una lección de Fleury, cuidando de hacer que la entienda bien, y corrigiéndole las faltas de sentido y de puntuación. La niña estudiará esta lección a fin de hallarse en estado de contestar bien las preguntas de dicho catecismo que se le harán al día siguiente, cuando se le tome la lección, dándosele otra después de bien sabido aquélla, y guardando siempre el mismo método. La instrucción de la madre o maestros ampliará algún tanto estas lecciones, y las amenizará con reflexiones morales deducidas del asunto, con tal que no sean muy largas, ni muy repetidas.

La parte dogmática del catecismo es excelente; y es preciso estudiarla con todo esmero, cuidando de hacer de la parte moral las sencillas aplicaciones que necesita la tierna edad de un niño, sin excitar su curiosidad en cosa alguna de las que podrían alterar su inocencia.

Puédesele cada día dar algunas sentencias del Evangelio o de los salmos para que las aprenda de memoria, y hacerle aprender algunos himnos religiosos.

Después de estudiado el Fleury, es natural que la niña desee conocer más por extenso la historia sagrada; entonces se le debe dar algún buen compendio del Antiguo y Nuevo Testamento, que se le hará leer con cuidado, persuadiéndola con tiempo de que esta es la instrucción más importante y necesaria. Todos los días se le harán preguntas sobre lo que ha leído, y sería bueno se la acostumbrase a referir lo que hubiese leído, evitando las repeticiones, los vicios del lenguaje y la falta de método en la narración, si bien es preciso para esto mucha paciencia y tolerancia, sobre todo a los principios.

[104] Abad Claude Fleury, 1640-1723, historiador e eclesiástico francés. Desarrolló una importante obra en relación a los catecismos de la Iglesia. Entre algunas de ellas se cuenta el *Catecismo histórico o compendio de la historia sagrada y doctrina cristiana* del año 1679. [N. de la C.]

Para amenizar estos estudios, sería conveniente presentarle algunos libros divertidos de los muchos que hay escritos para la infancia, llenos de excelentes máximas y ejemplos, tales como el *Almacén de los niños*, el *Nuevo Robinson*, y otros; pero cuídese de no ser muy pródigo de estos libros, porque distraen demasiado de los estudios serios, y aún inspiran por ellos cierto disgusto.

El estudio de la geografía debe hacerse al mismo tiempo; y antes de hacer aprender a la niña como papagayo todo un catecismo de memoria, será conveniente que se le enseñe la figura de la tierra y su doble movimiento por demostraciones sencillas, y que hablen a sus ojos. En seguida, hacerle distinguir bien lo que es continente, isla, península, etc., en todas las divisiones de tierra y agua, sin que equivoque ninguna. Luego se le harán ver los cinco grandes continentes, los grandes mares, dándole a conocer los puntos cardinales del horizonte tanto en la carta, como en un campo raso; y después se tomará una parte del mundo, y se le hará ver su situación; se le nombrarán sus partes, y luego se le hará que la divida y clasifique en partes meridionales, septentrionales, orientales, occidentales y del centro, al tiempo de nombrarlas, y que las muestre con una varita en la carta, sin vacilar. En seguida aprenderá a conocer cuáles son las penínsulas, los cabos, las islas, los montes, los ríos, los lagos, etc., etc., de aquella parte del mundo; y tomado con prolijidad este conocimiento general de cada una de las partes del mundo, se procederá a enseñarle el detalle, para lo que será útil el catecismo. Las lecciones antedichas será necesario formarlas, y hacer que la discípula las copie, pues no las hay impresas. Entrando al detalle, es tiempo de explicar la división del globo en zonas, hacerle conocer los círculos por sus nombres, explicarle el oficio y valor de los grados, que no son otra cosas que un medio inventado para facilitar el buscar los lugares, y no líneas que haya realmente en la tierra, como se suelen figurar los niños.

La posición de la tierra con respecto al sol es una de las cosas más esenciales para hacer conocer el origen de la diversidad de las estaciones; y esto conduce naturalmente a la explicación del sistema planetario. Este precioso estudio debe hacerse de modo que produzca en el ánimo de la discípula una viva impresión de la magnificencia y hermosura de las obras del Creador, impresión cuyos resultados morales son incalculables, como que es el más seguro fundamento del sentimiento religioso.

La inspección y conocimiento general del globo y algunas indicaciones que se les deberán hacer sobre lo más notable de cada país, y las reminiscencias históricas de los pueblos más célebres de la tierra hechas oportunamente, inspiran a los niños el deseo de estudiar la historia; y es preciso satisfacerlo a su tiempo. El conocimiento de algunos hechos particulares de la historia de Grecia y Roma fomentarán esta curiosidad; y a la edad de diez años se puede poner en las manos de la niña algún buen libro de historia. Mas como en la elección de este libro pudiera haber algún riesgo, es preciso buscar alguna obra escrita para las jóvenes. El compendio de LaméFleury es bueno; pero, si la niña tiene

buenas disposiciones, es indispensable lea la excelente obra de Rollin[105], en la cual encontrará, con la más hermosa narración, sana crítica, excelentes principios, ilustración, religión, una moral pura y llena de atractivo. Leído el Rollin, se le dará algún buen compendio de historia romana, un conocimiento de historia moderna y alguna obra bien elegida de historia eclesiástica. En la elección de todos estos libros, se debe proceder con mucha reflexión y consejo, porque hay muchas obras de historia peligrosas y llenas de una crítica seca y de máximas irreligiosas. La lectura del Evangelio debe ser de toda la vida; y el domingo con particularidad se debe consagrar a ella algún rato. No intento formar un plan de lectura; pero recomiendo ciertos libros que considero como indispensables para completar las ideas morales y religiosas de una joven. El catecismo de Pouget[106] es indispensable; y en fin la continuación de sus lecturas la dirigirán sus padres o maestros, y el mismo criterio que le darán los principios que ya ha tomado.

La lectura de las fábulas divierte a los niños. Las de Samaniego son excelentes; y desde chicos se les harán aprender de memorias algunas, como también más adelante las de Iriarte, y algunas de las de Real de Azúa.

Una niña no tiene para qué estudiar el latín; pero debe saber principios de gramática general y conocer su lengua. Lecciones claras y fáciles, ayudadas de explicaciones verbales, le enseñarán a distinguir bien las partes de la oración y las reglas principales de la sintaxis; y no se tolerarán jamás en sus lecturas faltas en la prosodia y articulación de las palabras. Por lo que hace a la ortografía, es necesario hacerla aprender con cuidado, y practicar lo mismo; para lo cual será bueno hacer a la niña contestar unas cartas que se le deberán escribir siquiera una vez por semana. Este ejercicio es sumamente importante, porque bien dirigido forma el estilo, enseñando a presentar las ideas con precisión; enseña a pensar, y en fin, por él se pueden calcular los frutos de la educación de una niña, su talento, sus ideas morales, etc. Es preciso que aprenda a doblar y cerrar bien una carta, a escribir con limpieza, y en fin, a cortar sus plumas para no tener que recurrir a otros, siempre que tiene que escribir.

El estudio de la gramática y de la lengua patria la habrá preparado para el estudio del francés, o cualquier otro idioma. Es muy bueno saber dos, o por lo menos el francés, cuya rica literatura es un estímulo a la curiosidad y al gusto. La traducción radica en el conocimiento de la lengua propia y facilita la expresión de las ideas; pero téngase mucho cuidado de evitar los galicismos, para que no se adquieran vicios ridículos en el lenguaje, ora sea escrito o hablado.

---

[105]Charles Rollin, 1661-1741, fue catedrático e historiador de la Universidad de París. Escribió en 1726 la obra *De la manièred'enseigner et d'étudier les Belles-Lettres,* la cual tuvo una influencia notable sobre la instrucción primaria "de la lectura, de la escritura, del catecismo y las oraciones y prácticas de vida cristiana y hasta de la importancia de las lenguas clásicas y modernas". *Historia de la Educación en España y América*, Volumen 2. Ediciones Morata, Fundación Santa María, 1993: Madrid, pág. 766.

[106] Francisco Amado Pouget, 1666-1723, fue nombrado cura en la parroquia de San Roque de París en 1692. Su obra más importante fue *El catecismo grande y los dos pequeños* la cual publicó en francés el año 1702. Información en: Pouget, Francoise Aimé: *El catecismo grande y los dos pequeños.* Tomo I. Traducidos por Don Francisco Antonio de Escartín. Madrid: Imprenta de Don Ramón Verges. 1836. Parte Preliminar, XXVIII.

Las labores de mano deben practicarse siempre, pero con moderación. Las niñas gustan a veces de ejercitar sus dedos mejor que su discurso; y por tanto es preciso que no se dejen por el festón o el bordado, otras cosas que cuestan más trabajo. En todo tiempo, las damas se han dedicado a la costura, y ésta entra en parte del destino a que las llama la naturaleza. Por tanto, saber cortar su ropa, coserla, y aun bordar con primor, son cosas que no deben descuidarse, y sirven de una honesta distracción.

El manejo de las cosas domésticas, el orden, el aseo, la economía, son cosas que requieren una grande atención, y que una madre debe enseñar a su hija, dándole alguna parte en el manejo de la casa según su edad. Recibir y contar la ropa, cuidar de ciertos artículos de consumo, como el té, la azúcar, etc., preparar alguna vez los postres de la mesa, todo esto puede hacer, aun cuando tenga que estudiar; y en fin, son cosas esenciales a las que debe aficionarse con tiempo.

El aprendizaje de la música o del dibujo debe entrar como un bello adorno en la educación. Es preciso observar la disposición de la niña en la elección de la habilidad que deba adquirir, y mirar que la excesiva afición a estas cosas no la distraiga de otras más importantes, ni perjudique su moral, inspirándole las pretensiones de la vanidad. No obstante, un talento músico bien adquirido y llevado a la perfección suele ser un recurso en una situación triste; y por tanto no se debe omitir perfeccionarlo cuando hay medios y disposiciones aventajadas.

BIOGRAFÍAS HISTÓRICAS

BIOGRAFÍA DE DON GASPAR MARÍN

Uno de los deberes más sagrados que reconocemos es el que nos impone la gratitud respecto de aquellos individuos que habiendo consagrado su existencia al bien de la patria, y sacrificado en sus aras el reposo y la felicidad, tienen un derecho incontestable a la buena memoria de las generaciones futuras. Si la independencia, la gloria, la prosperidad que gozamos, son el fruto de sus generosos sacrificios, justo es recordar sus virtudes, y tributar a sus cenizas el homenaje de una veneración respetuosa y de un vivo y sincero reconocimiento. Pero como por una fatalidad extraña sucede a veces que algunos nombres ilustres queden sepultados en el olvido, creemos de nuestro deber recordar al doctor don José Gaspar Marín, como uno de los ciudadanos que figuraron con mayor esplendor en la época feliz de nuestra emancipación política, y dar una ojeada rápida sobre su laboriosa e interesante vida, que además de estar ligada a los principales acontecimientos de nuestra revolución, ofrece rasgos dignos de consignarse a la posteridad, ya se le considere como patriota, ya como magistrado, ya como padre de familia, practicando las virtudes privadas, y encontrando en ellas y en la elevación de sus sentimiento un asilo contra los reveses que le acompañaron constantemente hasta el término de sus días.

Nació don José Gaspar Marín el año de 1772 en la ciudad de la Serena de una de las más nobles familias que existían allí desde el tiempo de la conquista. Su padre, rico encomendero, y vecino honrado de la provincia, se llamó don José Fermín Marín y Aguirre; y fue su madre doña Francisca Esquivel y Pizarro, señora de distinguido mérito y poco común hermosura. Reconocidas por sus padres sus felices disposiciones para el estudio, le remitieron al colegio de San Carlos, donde se educaba entonces toda la noble juventud chilena. Su aplicación incesante, su despejado entendimiento, una memoria feliz, y lo que es más que todo esto, aquel noble deseo de distinguirse que es el móvil de las grandes almas, fueron parte a que recorriese en pocos años la serie de conocimientos que se consideraban necesarios para dedicarse a la carrera del foro, a pesar del obstáculo que la debilidad de su salud podía oponer a sus progresos. Amado de sus superiores, respetado de sus contemporáneos, el joven Marín fue a todas luces un estudiante distinguido, y su carrera literaria le ofreció en lo sucesivo frutos abundantes de este primer trabajo, y días de gloria que le indemnizaron ampliamente de todos sus sacrificios. Un acto general de filosofía fue el primero de sus triunfos. Diósele después el grado de licenciado y doctor en teología, y de bachiller en sagrados cánones y leyes. Pero el teatro en que debía campear la viveza de su ingenio y la copia de conocimientos que había adquirido, era las oposiciones a las cátedras. Hacíanse estas funciones de universidad con el mayor aparato, y el pueblo culto de Santiago, extraño por entonces a las ideas políticas, tomaba en ellas un interés extraordinario, con el que inflamándose el ánimo de los contendores, se hacían tales esfuerzos para obtener la corona, que en muchas ocasiones vaciló la mano de los jueces, no acertando a decidir sobre cual cabeza debían colocarla. El doctor Marín se presentó en la liza, y siempre supo captarse la admiración y los aplausos del auditorio. Diósele en

propiedad y por aclamación la cátedra de *Decreto*; y conformándose a los usos de la escuela, se doctoró en las facultades de sagrados cánones y leyes. En este mismo tiempo fue presidente de la academia de abogados; y era tal su amor a la ciencia, que, no sólo no se le vio jamás dispensarse de las asistencia y demás obligaciones de sus respectivos cargos, sino que deseoso de propender al adelantamiento de la juventud, enseñó gratuitamente *Instituta* a varios individuos que hoy contribuyen con sus servicios a la prosperidad y a la gloria de la patria. En el año ocho obtuvo la asesoría del consulado, desempeñándola siempre a satisfacción del público, y de las muchas personas que han compuesto aquél tribunal por un dilatado número de años. Afable y atento en sus maneras, ilustrado más de lo que permitían serlo en aquel tiempo la falta de libros y todas las trabas que ponía a la instrucción el sistema colonial, respetado por un carácter de probidad, firmeza y desinterés, generalmente reconocido, el doctor Marín estaba destinado a representar un papel brillante en nuestra revolución, desenvolviendo en ella el germen de aquellas virtudes patrióticas que debían eternizar su nombre.

El movimiento de 1810, tan grande en sí mismo, como fecundo en resultados de toda especie, le abrió en efecto una nueva senda de gloriosos trabajos y de amargos padecimientos.-Un impulso simultáneo había conmovido toda la América meridional. Los sueños de independencia y libertad que recreaban la imaginación de los pocos americanos pensadores que había en aquella época funesta de humillación y servidumbre debían realizarse; y estaban contados los días de la dominación europea sobre nuestro continente.—Depuesto en el mes de julio de 1810 el mandatario español, a causa de un atentado cometido en las personas de tres ilustres ciudadanos, o tal vez por el impulso que inclinaba todos los ánimos hacia la independencia, le subrogó en el mando del reino el conde de la conquista señor don Mateo Toro[107], quien nombró para asesor de la presidencia al doctor don José Gaspar Marín. Esta elección alarmó en extremo a los satélites del despotismo, que aún no habían perdido su influjo, y trabajaron eficazmente en su separación. Conocían ellos los verdaderos sentimientos del asesor, y temían por consiguiente inclinarse al ánimo del conde a sustraerse enteramente del dominio de la metrópoli, conmovida entonces por la invasión de Bonaparte. El señor Marín creyó de su deber dejar un cargo que le parecía no poder conservar sin ofender su delicadeza; pero llamado de nuevo y casi al instante por el presidente, que le estimaba sobre manera, le continuó sirviendo con tanto mayor gusto, cuanto se proponía trabajar en consorcio de una

[107]Mateo de Toro y Zambrano (1727-1811) fue el Presidente de la Primera Junta Nacional de Gobierno, siendo designado con este cargo el año 1810. Mateo de Toro y Zambrano se dedicaba al comercio durante su juventud. Con la riqueza que adquirió tuvo la posibilidad de recibir honores, como el título de Conde la Conquista concedido por Carlos III en 1770. Fue Gobernador de Chile en 1810, año en que asumió como presidente de la Primera Junta de Gobierno, en la cual el doctor Don José Gaspar Marín fue elegido secretario de la Junta: "Nadie en Chile ignora que el 18 de Septiembre de 1810 se eligió en un Cabildo Abierto la primera Junta de Gobierno Nacional. Compusiéronla el Conde de la Conquista, don Mateo de Toro Zambrano, que fué su Presidente; el Iltmo. señor Obispo electo de Santiago, Dr. don José Antonio Martínez de Aldunate, Vice-presidente; don Fernan de Márquez de la Plata, don Juan Martínez de Rozas, don Ignacio de la Carrera, don Francisco Javier de Reina y don Juan Enrique Rosales. Secretarios de la Junta fueron los doctores don José Gaspar Marín y don José Gregorio Argomedo". *Revista Chilena de Historia y Geografía,* Publicación trimestral, Órgano de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, Tomo VI, 2º.Trim. de 1913 Núm. 10, Imprenta Universitaria, pág. 20.

porción escogida de virtuosos chilenos, en allanar el sendero para que se efectuase la formación de un gobierno nacional, obra difícil por cierto, si se atiende a la complicación de los intereses, y al prestigio que ejercían aún las viejas instituciones sobre la ignorancia y las preocupaciones de un pueblo que distaba mucho de conocer sus derechos. En resolución, el célebre 18 de septiembre se rompió el frágil velo que ocultaba tan nobles aspiraciones, y el pueblo procedió a elegir una junta gubernativa, compuesta de siete individuos, presidida por el mismo señor conde, confiriendo al doctor Marín el empleo de secretario del nuevo gobierno, con voto informativo en todo género de asuntos, a virtud de un oficio que será siempre un testimonio irrefragable del distinguido aprecio con que le honraban sus conciudadanos.

No se ocultaba a la penetración de Marín la importancia del paso que acababa de dar Chile, ni las consecuencias que podrían sobrevenir. Hallábase ligado con los vínculos del matrimonio, y lisonjeado con la esperanza de una brillante fortuna; pero ninguna consideración fue bastante poderosa para embarazar su decisión a la causa santa cuyos principios estaban profundamente grabados en su corazón y, por decirlo así, identificados con su alma. Aleccionado por los grandes ejemplos de la historia, era el señor Marín grande admirador de las virtudes republicanas, y entraba en su carácter el odio a la tiranía y un respeto sagrado a la dignidad de los hombres libres. Consagróse, pues, con el más vehemente anhelo al servicio de su patria. Reposo, fortuna y esperanzas, todo lo sacrificó gustoso desde aquel instante a un incierto porvenir, guiado por el generoso impulso del más puro y exaltado patriotismo. Tomó posesión de su nuevo destino, cuyo ejercicio era para él tanto más delicado, cuando hallándose el conde en una edad avanzadísima, descargaba en su secretario todo el peso de las más importantes deliberaciones. Es indecible lo que trabajó en uniformar la opinión, reprimir la audacia de los contrarios, arreglar la parte administrativa y zanjar en fin los fundamentos de nuestra regeneración política. Para tener de esto una idea exacta, era necesario haber odio hablar en las efusiones de la confianza a este hombre idólatra de la verdad, como nosotros le hemos oído, y a otros de sus colaboradores en aquella obra inmortal. ¿Pero quién habrá que ignore la conjuración del 1° de abril de 1811, la conducta firme y decorosa de la ilustrísima junta, y su triunfo sobre los ocultos y encarnizados enemigos del orden y de la libertad?

Con todo, no fueron estos los únicos obstáculos contra los cuales tuvo que luchar el celo de aquellos virtuosos patriotas. Mezcláronse con los gérmenes generosos del patriotismo, las pasiones maléficas, tanto más peligrosas, cuanto menos consolidada estaba la obra que se había emprendido. Pero en medio de la confusión de los partidos y de las aspiraciones de la ambición, el señor Marín llevó siempre una marcha franca y sostenida hacia el laudable fin que se había propuesto, sin abanderizarse en ninguna facción, ni encarnizarse contra ningún individuo. Por el contrario, sinceramente amado de todos sus conciudadanos, cada uno procuraba atraerle a sus ideas particulares en materia de política juzgando que así sostendría mejor sus diversas pretensiones. Prueba de esta verdad, es

haber sido elegido presidente de la segunda junta gubernativa, bajo la cual se convocó aquel primer congreso, que fue como el crepúsculo de nuestras instituciones. Pero disuelto este cuerpo por un movimiento anárquico, y reconocida por Marín la imposibilidad en que se hallaba de servir con utilidad a su patria, viendo que su voz se perdía entre el rumor de los disturbios y agitaciones populares, aunque aclamado de nuevo por el pueblo para continuar en el mando, se retiró de la escena pública deplorando los males que no le era dado remediar.---Encendióse entre tanto la guerra civil: expedicionó el virrey de Lima, y la acción de Rancagua fue el triste resultado de estos primeros extravíos de los inexpertos chilenos.

Posesionado de la capital un enemigo que infundía terror, mucha parte de los ciudadanos emigró al otro lado de los Andes. De este número fue el doctor Marín, que perseguido en su fuga por los españoles, y no pudiendo salvar otra cosa que su persona, se halló en un país extraño sin recursos, y expuesto a todos los rigores del infortunio. Pasó a Buenos-Aires y allí fue donde impelido de su celo infatigable por la causa de la independencia, trabajó cuanto le fue posible en unir los ánimos de sus compatriotas, extraviados por el espíritu de partido que un escarmiento de tanto peso no había podido extirpar, a fin de que se operase la restauración de Chile, único objeto de los votos de tantas infelices víctimas. Verificóse ésta el año de 1817 bajo los auspicios del valiente general San Martín, y la victoria de Chacabuco[108], que coronó a tantos bravos, rompió las cadenas con que yacía aherrojado el desgraciado Chile. Restituyéronse a sus hogares los prófugos de 1814, y el señor Marín se vio en el seno de su amada familia, reunido a una esposa, cuyo patriotismo fue también acrisolado durante los dos años de cautiverio con las más terribles pruebas.

Había perdido toda su fortuna, y aunque no le hubiera sido difícil reparar sus quebrantos ya por medio del ejercicio de su profesión, ya negociando con sus servicios y méritos contraídos un empleo lucrativo, desinteresado por carácter y amante de su independencia, se contentó con su destino de asesor del consulado, ocupándose en algunas empresas de comercio y otros asuntos de su casa, que estaban en grande atraso por su ausencia.

La educación de su naciente familia vino a ser por entonces el principal objeto de sus cuidados, formando a la vez sus delicias en el tiempo presente y sus esperanzas para lo futuro. Durante su mansión en Buenos-aires, y a pesar de la escasez de sus recursos, se había procurado una reducida, pero selecta biblioteca, que contribuyó no poco a extender sus ideas y completar su instrucción. Las vidas de los hombres ilustres de Plutarco, la lectura de Filangieri y otros publicistas de nota; las ardientes declamaciones de Raynal sobre la *humanidad*, la *igualdad* y la *libertad*, templaban como en una fragua su espíritu

[108]Victoria en relación a la Batalla ocurrida en la Hacienda de Chacabuco, al norte de Santiago, el 12 de febrero de 1817, en la que dieron lucha el Ejército de los Andes de las Provincias Unidas del Río de la Plata y el Ejército Realista español. [N. de la C.]

republicano; pero lo que sobre todo le conmovía y hechizaba eran las obras de Juan Jacobo Rousseau, interesándole vivamente sus desgracias, su sensibilidad y su genio. Pretendía encontrar en la vida del filósofo ciertas coincidencias notables con su persona, y las había indudablemente en la índole y en la fuerza de los sentimientos. Tal vez se afectó un poco su carácter con la hiel que destila a veces aquella pluma elocuente; pero todos sus sofismas le hallaron invulnerable en lo concerniente a la religión, cosa harto rara en aquella época de libre pensar, y en la que la incredulidad era como un elemento necesario a los que podían blasonar de la cualidad de ilustrados. Desde la altura de sus convicciones, miró con desdén las producciones frívolas de los escritores adocenados del siglo XVIII; y aunque de un espíritu el más a propósito para percibir las sales de un chiste, siempre le produjeron indignación las sátiras impúdicas y las burlas sacrílegas de Voltaire. Con semejante modo de pensar, fue para sus hijos un guía seguro, que zanjó con acierto los fundamentos de su primera enseñanza. Dirigía sus lecturas y aún las hacía frecuentemente con ellos; enseñábales los elementos de la lengua francesa, que entendía con perfección; hacíales sentir las bellezas de la literatura; les inspiraba el deseo de saber sin fomentarles la vanidad; y si bien no era persona capaz de ligarse a seguir un método prolijo y que exigiera una asiduidad constante, tenía el don de insinuar en pocas palabras lecciones útiles, que no se borraban jamás de la memoria de sus hijos, y que dejaban en sus tiernas almas una indeleble impresión. Firme y severo para corregir sus faltas, procuraba no obstante infundirles una confianza sin límites, siendo sumamente expansivo y tierno en sus afectos de padre; y aunque sujeto por su enfermedad a frecuentes accesos de melancolía y sensibles alteraciones en su humor, tenía momentos de una jovialidad encantadora, en que las gracias de su conversación hacían su trato íntimo lleno de amenidad y de atractivo.

Así transcurrieron los mejores y más apacibles días de su vida; pero ninguna de estas atenciones pudo distraerle de los intereses de su país, que aunque no del todo tranquilo, ofrecía por entonces una magnífica perspectiva de gloriosas esperanzas. Ocupaba la silla del gobierno el capitán general don Bernardo O'Higgins con el título de supremo director, y se hallaba a su lado el general San Martín, radiantes ambos con el prestigio del triunfo y llenos de la noble ambición de llevar a cabo la atrevida empresa de liberar al Perú. En estas circunstancias se hicieron sentir algunos síntomas de descontento a causa de un partido contrario, que aunque caído alimentaba antiguos resentimientos, conservaba su energía, y contaba con caudillos inteligentes y audaces. Despertóse con demasiada viveza la celosa susceptibilidad de los mandatarios, y esto fue parte a que hombres de gran mérito, manchasen sus glorias con acciones que apenas pueden disculpar la fuerza de los acontecimientos y las exigencias apremiantes de la causa de la libertad. El doctor Marín, aunque sincero admirador de los talentos del general San Martín, no tenía por su carácter ningún género de simpatía, y siempre se había mantenido a cierta distancia de su persona; pero íntimo amigo de O'Higgins, deploraba con amargura el ascendiente que sobre él ejercía el genio preponderante y audaz del general argentino, atribuyendo a este doble influjo los actos de arbitrariedad que se perpetraban a la sombra de un régimen

militar. La entereza de sus principios no se avenía ni con las violencias del general, ni con la inercia aparente del supremo director, y suspiraba en secreto por un estado de cosas más análogas a las ideas de verdadera libertad, sin olvidar no obstante el objeto principal de los votos formados por los patriotas de aquel tiempo: la total extinción de la dominación española sobre el continente americano. Mantúvose el doctor Marín retirado de la escena pública sin dejar por eso de servir a su patria siempre que se presentaba la ocasión. Como su noble carácter daba todo género de garantías a la confianza, fue algunas veces depositario de secretos importantes que le comunicaban sus conciudadanos, y pudo por sus atinados consejos contener los movimientos anárquicos que un patriotismo imprudente hacía nacer en los ánimos exaltados.---Consultado por los gobernantes sobre asuntos de público interés, siempre prestó gustoso el auxilio de sus luces; supo decir verdades atrevidas de palabra y por escrito, y aun hubo vez en que el decoro de la patria halló en su alma impertérrita un escudo contra los avances del despotismo militar. Probaremos esta aserción, refiriendo un hecho poco conocido que recordamos haber oído a personas que lo presenciaron, y que es sin duda notable. Tratábase de activar la expedición al Perú; San Martín reunió a algunos de los principales vecinos de Santiago para exponerles su designio y estimularlos a coadyuvar con sus esfuerzos a tan noble como denodada empresa. Todos los concurrentes participaban de sus mismos sentimientos; pero abrigaban algún recelo de que el general se propusiese conducir la expedición bajo una bandera extraña, a cuya conjetura daba lugar su preferencia decidida por las tropas argentinas, el influjo de su sociedad privada, compuesta toda de individuos de aquella nación, y tal vez otros datos de mayor peso. Sea pues con justos motivos, o por una susceptibilidad extremada, el señor Marín y otros chilenos se hallaban alarmados por esta idea, y nadie había osado aventurar una sola pregunta para salir de sus dudas, fascinados por el prestigio de aquella voluntad omnipotente. Terminado que fue el elocuente discurso del general San Martín, el señor Marín con aquella fina sagacidad que en ocasiones importantes sabía dar a su palabra, le dijo: “estamos todos de acuerdo, señor; la empresa no puede ser más útil ni más loable, pero ¿bajo qué bandera marchará esta expedición?” Turbóse algún tanto San Martín a una interpelación tan imprevista; pero recobrándose instantáneamente, contestó con su acostumbrada viveza: “bajo la chilena, señor Marín.” Esta expresión disipó todas las alarmas, tornó la serenidad a los corazones y al disolverse la asamblea, O’Higgins apretaba cordialmente la mano a su antiguo amigo con un sentimiento inexplicable de admiración y gratitud. El doctor Marín, sensible en extremo a los estímulos de la gloria, recordaba siempre con gusto este rasgo de su vida.

Es indudable que había en el alma de Marín algo de la de Catón y de Régulo; pero esta estoica firmeza se hermanaba con una tierna sensibilidad que le hacía sumamente compasivo. ¡Cuántos hermosos ejemplos se presentan a nuestra memoria en apoyo de este aserto! Y a la verdad: si el espíritu de partido se ensaña contra alguna familia desgraciada suscitándole una cruel persecución, si la severidad del gobierno estimó justo aplicar un ejemplar castigo al iluso a quien juzgó delincuente, ó delincuente, en tales circunstancias

una desconsolada madre, una esposa afligida se presentó al señor Marín solicitando su patrocinio para elevar sus clamores hasta el sodio del poder, él supo ofrecerla una mano socorredora, alentarla en su infortunio y prestarla su enérgica voz, no por ninguna clase de interés personal, sino por el placer inefable de proteger la justicia o consolar la humanidad afligida. Nosotros recordamos los nombres y las desgracias de estas personas a quienes el señor Marín servía de padre y de amigo, después haber agotado en su favor todas las solicitudes y buenos oficios del abogado. Sinceramente adicto a su profesión, aún lo era más al reposo de las familias. Por tanto, cuando le buscaban para alguna defensa, si el asunto admitía transacción, la procuraba empleando para ello las persuasiones más eficaces. Jamás alucinó a ningún pleiteante acerca de la justicia que concebía en su derecho, ni prostituyó a fines indecorosos su pluma ni su influjo personal.

Un mérito tan distinguido atrajo de nuevo la atención del gobierno, y el señor O'Higgins le llamó a servir en la fiscalía, por una carta llena de las manifestaciones más expresivas del alto concepto que le merecían sus relevantes prendas; pero él rehusó admitir este destino por razones que es fácil inferir de los antecedentes que hemos sentado. El señor Marín estaba persuadido de que los hombres de bien no deben tomar parte en las administraciones tenebrosas, en que los derechos del ciudadano no se hallan suficientemente garantizados: al menos este es el espíritu de una contestación que arrancó a su reserva la inquieta curiosidad de su esposa, interesada en saber los motivos que le habían estimulado a no aceptar la fiscalía, y aunque es doloroso para nosotros revelar lo que Marín hubiera querido ocultar, aun de sí mismo, por amistad y gratitud, nos obliga a hacerlo la imparcialidad de la historia y el respeto que debemos a la verdad.

El gobierno del señor O'Higgins era ya muy vacilante a fines del año 1822, y a semejanza de una máquina gastada cuyos resortes no pueden marchar, todo le presagiaba un trastorno. Hallábase a esta sazón el señor Marín en la provincia de Coquimbo, y allí recibió cartas del general don Ramón Freire, en que le invitaba a unirse a él para verificar una revolución que pensaba hacer con el objeto de regenerar al país reuniendo un congreso nacional. Aunque la propuesta era seductora, el señor Marín no pudo resolverse a tomar parte activa en aquel movimiento, bien sea por no haber tenido inclinación a las revoluciones, o porque no conociendo a fondo el carácter y principios del joven general¸ le faltó quizá aquel grado de confianza indispensable para dar un paso tan avanzado. Pero cuando vio decididas a todas las provincias por el cambio de administración, juzgó que era necesario respetar la voluntad nacional; invitado por el gobierno de la Serena a una junta de vecinos que tuvo lugar con el fin de resolver sobre tan importante asunto, y obligado a dar su dictamen, lo expresó con franqueza y conforme en todo a los derechos de los pueblos y a las ideas liberales y de orden, de que siempre había hecho profesión.

Reunido que fue el congreso constituyente de 1823, esta corporación llamó al señor Marín para que ocupase un lugar entre los ministros de la suprema corte de justicia, destino honroso que admitió lleno de la más pura satisfacción, y como aquel viajero que después de

una larga jornada, torna a sus hogares proponiéndose disfrutar en ellos del más dulce y apacible sosiego. Consagróse desde el primer día al desempeño de su nuevo empleo, no como un antiguo jurisconsulto versado en la administración de justicia, sino con el ardor de un joven que principia su carrera. Fuera de las acostumbradas asistencias de que jamás supo dispensarse mientras conservó algún vigor, pasaba largas horas en su gabinete registrando los puntos más delicados del derecho, a fin de formar dictámenes justos y legales sobre todo género de asuntos. Por la constitución de 1823 quedaron los juicios de conciliación a cargo de los señores ministros de la suprema corte, y es indecible lo que el señor Marín trabajó en su desempeño. Nosotros le hemos visto buscado diariamente por infinitas personas, recibirlas lleno de afabilidad y cortesía, oírlas con la mayor paciencia y sacrificarles gustoso el tiempo destinado a tomar un ligero descanso en el seno de la familia o en la compañía de sus amigos. Su mayor complacencia era evitar las lítis que habrían arruinado a muchas familias, y estampar por la noche en su diario estos lisonjeros triunfos de su persuasión y de sus luces.

¡Qué feliz habría sido este benemérito ciudadano, si este estado de tranquilidad hubiese podido prolongarse hasta el término de sus días! pero no lo permitió así el destino, sino que contrariando sus mejores esperanzas, le había reservado para sus últimos años el cáliz amargo de la más injusta persecución. Al tocar este delicado punto, séanos permitido decir que no nos proponemos ventilar cuestiones políticas, y menos aún despertar pasiones adormecidas por el tiempo; pero siendo absolutamente necesario, para dar alguna idea del último período de la vida pública del señor Marín fijar la vista en ciertos acontecimientos, procuraremos hacerlo con rapidez y sin ninguna parcialidad.

Promulgada la constitución de 1823, fue el señor Marín llamado por el director don Ramón Freire a ocupar una silla entre sus consejeros de estado. La nueva legislatura embarazaba de tal modo al supremo magistrado en el ejercicio de sus funciones, que a pesar de sus tendencias liberales, varias veces indicó a su consejo el deseo que tenía de ser investido de facultades extraordinarias. No ignoraba el señor Marín que hay circunstancias difíciles, en que el único recurso para salvar la patria, es oponer la voluntad firme y vigorosa de uno solo, contra una multitud anárquica; pero sabía también que estas ocasiones son raras, y juzgó que no era necesario ocurrir a tan peregrino medio, para conducir a un pueblo dócil, que observaba tranquilamente la marcha de sus instituciones. Opúsose por consiguiente a esta medida el celoso republicano con toda la fuerza de su carácter, y logró en efecto paralizar el golpe que, estallando poco después con mayor violencia, echó por tierra dicha carta, a los nueve meses de su promulgación. Celebróse una especie de convenio entre el señor Freire y el senado, por el cual se obligaba aquel a convocar prontamente el congreso nacional. Reunido que fue en 1825, el señor Marín pasó a ocupar un asiento en él, como diputado por San Fernando, después de haber lamentado en el silencioso retiro de su casa males que no podían ocultarse a su penetración, y cuyo remedio no era fácil encontrar. En efecto, el congreso y el poder ejecutivo estuvieron

siempre discordes, y el 8 de octubre, después de haber disuelto violentamente aquel cuerpo, el director expidió un decreto, por el cual se ordenaba la expatriación de algunos de sus miembros, sin formarles causa, ni dar oído a sus justas reclamaciones. Se procuró difundir el rumor de que eran conspiradores, pero no se produjo ningún dato, no se exhibió la menor prueba. El señor Marín fue aprehendido, puesto en prisión y remitido con escolta armada al lugar de su destierro. No nos es fácil dar una justa idea de la impresión que labró en su ánimo tan indigno tratamiento. Diremos solamente que no fue la pérdida de su empleo, ni la separación de una familia adorada lo que le llenó de amargura, sino la imputación vaga de traidores a la patria con que se pretendió grabar a los comprendidos en el decreto. Tal vez el gobierno de aquel tiempo no tuvo un conocimiento exacto del mérito del señor Marín: ignoró, puede ser, el número y calidad de sus servicios, desconoció el verdadero temple de su alma, y por tanto no supo graduar la fuerza del golpe con que le había herido.

El doctor Marín esperaba al pie de los Andes se abriese la cordillera para cumplir su destierro en tanto que su afligida esposa se ocupaba en Santiago en remover influencias para que éste no tuviese efecto. Entre las personas que intercedieron por el señor Marín, hubo una, que alucinada sin duda por el tenor del decreto, y por las voces que se hicieron correr en orden a los confinados en un documento público, se había expresado de un modo agraviante al honor de aquellos, y aun dándoles epítetos infamantes. Noticioso Marín de este hecho, escribió al instante al supremo director una carta respetuosa, pero llena de noble altivez, en que le dice: "que si compadecido de sus dolencias, o tocado de las lágrimas de su familia, S.E. tiene a bien conmutarle su destierro, lo aceptará; pero que si esta gracia se le concede por la mediación de ciertas personas, que sabe han interpuesto a su favor su influjo, antes se someterá gustoso a su adverso destino, que deber nada a gentes que han vulnerado su honor, y ofendido tan gravemente su delicadeza." El público tuvo luego conocimiento de esta carta y unos creyeron reconocer en ella al Romano Marín[109], otros al discípulo de Juan Jacobo, y otros en fin al hombre de bien, luchando con la adversidad, y protestando noblemente contra los juicios apasionados y erróneos de sus deslumbrados compatriotas.

Ausente el director Freire a causa de la expedición a Chiloé, el gobierno provisorio aligeró el destierro del señor Marín, permitiéndole pasar a la provincia de Coquimbo; y últimamente el congreso de su espontánea voluntad le restituyó a su casa persuadido sin duda de su inocencia. Pero no bastando esta satisfacción indirecta a la delicadeza de Marín, se justificó victoriosamente después ante la legislatura nacional por medio de una representación enérgica [110] que contiene una multitud de hechos interesantes, poco conocidos aun en aquel tiempo, y que ponen en claro su inculpabilidad. Algunos observadores superficiales dieron a este paso una interpretación siniestra, atribuyendo a

[109] Este nombre le daban en el colegio sus condiscípulos a causa de su entereza. [N. de la A.]

[110] Este documento existe y nos ha servido para ilustrar esta biografía.

resentimiento y animosidad el calor de sus expresiones, y la fuerza de sus raciocinios; pero estuvieron muy distantes de creerlo así los que conocían al fondo generoso de su carácter. Un sentimiento exaltado de pundonor, un celo ardiente por la justicia y la verdad, su natural franqueza, y si podemos explicarnos así, un amor excesivo de su buen nombre, junto con el convencimiento íntimo de su inocencia y de su propia dignidad, le hicieron empeñarse demasiado en una justificación inútil para la mayor parte de sus oyentes. No: el decreto del 8 de octubre de 1825 no podía grabar el sello de la ignominia sobre tan incorruptible ciudadano, ni aun mancillar en lo más leve su reputación. Dicho documento contiene un expresivo elogio de los confinados, y si bien se examina su contenido, parece que al expedirlo hubiese vacilado la mano del que lo firmó por una emoción involuntaria de respeto para con sus víctimas.

Y en efecto ¿cómo podría con justicia tacharse de díscolo al que tantas veces, y en tan diversas épocas de su vida, se había ocupado en sofocar revoluciones, en tranquilizar los ánimos, persuadiendo a los que pretendían atentar contra las autoridades sacrificasen al bien general su ambición o sus resentimientos? ¿Cómo había de pensar en abrir las puertas al extranjero, después de haber trabajado tanto por la libertad de su país y combatido las aspiraciones al poder absoluto que abortaron en el seno mismo del gobierno? ¿Qué especie de seducción podía tentar al que todo lo había sido en su carrera, al republicano virtuoso que, satisfecho con una mediocridad decente, a nada aspiraba sino a la felicidad y a la gloria de su patria?

Lo decimos con la convicción más íntima. El doctor Marín no desmintió jamás el aventajado concepto que se había sabido merecer. Su carácter imparcial y justo se sostuvo sin interrupción hasta el fin de su carrera, y los últimos actos de su vida pública van a suministrarnos pruebas que acreditarán hasta la evidencia cuán lejos estuvo de servir a los partidos, y cuán dispuesto se le encontró siempre a reconocer el mérito ajeno y a rendir homenaje a la verdad.

Pero el señor Marín experimentó aun una nueva decepción. Al fin de la memoria que presentó al congreso para la justificación de su conducta, añadió una solicitud sobre el cobro de los medios sueldos de que se le había privado durante su destierro. Nada parecía más obvio, puesto que separado de su destino por un golpe de estado y sin formación de causa, todas las disposiciones legales estaban a su favor; y sus compañeros de destierro, empleados como él, habían sido reembolsados hacía ya mucho tiempo. Pues bien, para él solo hubo otra jurisprudencia desconocida y jamás practicada en Chile, ni aun en los tiempos del gobierno español. Después de haberle llevado de tribunal en tribunal con los más frívolos pretextos, la corte de apelaciones, en tono de oráculo, sin dar la menor razón ni escudarse con ley alguna, decretó: “que el fisco no era responsable a los sueldos del señor Marín.” Dejamos al buen sentido de nuestros lectores el comentar este proceder; por lo que hace a nosotros, jamás hemos podido darnos la razón de tan notoria injusticia.

Nuestro virtuoso ciudadano continuó, como era justo, mereciendo la confianza de sus compatriotas, y en 1827 fue elegido diputado al congreso nacional. En esta legislatura se acordó conceder honores fúnebres a la memoria de los malogrados Carreras, y conducir a su patria las cenizas de estas tres víctimas infelices de propias y ajenas pasiones. El diputado Marín juzgó debía hacerse el mismo honor a los restos del ilustre Rodríguez, y al efecto hizo una moción que, por una fatalidad inconcebible, por uno de aquellos signos de desgracia que parecen marcar la existencia de ciertos individuos aun más allá de la tumba, no halló eco en la representación nacional. Hubo diputado que contestó al señor Marín con un necio y grosero sarcasmo, y aquél, demasiado delicado y pundonoroso, guardó silencio contentándose con haber promovido este acto de alta justicia, en que no tenía parte el espíritu de partido ni afección de personal amistad. Lo que acabamos de referir nos da un ejemplo bien triste de la facilidad con que la generación que se levanta se olvida de la que le ha precedido, y desconoce la voz de los que aún tienen derecho de aconsejarla y dirigirla. Pero volviendo al señor Marín, parece que sus propias desgracias le hubiesen hecho más reconocido y justo para con las notabilidades patrióticas, puesto que en el congreso de 1836 aun hizo otra moción semejante. Persuadido como lo estaba de ser un baldón para Chile el desconocer los servicios del capitán general don Bernardo O'Higgins, y temiendo que este veterano de la independencia acabase sus días en país extraño, cargado con el anatema de un ostracismo injusto en fuerza de su larga duración, solicitó en una moción elocuente y empapada toda en los sentimientos de su amistad y respeto por el noble deportado, se le restituyesen sus honores y se le abriesen de nuevo las puertas de la patria. Su voz fue oída con entusiasmo por la cámara, su moción aceptada; pero no sabemos por qué motivos quedó al fin sin efecto. Hemos oído sobre este acontecimiento varias versiones, que por ser opuestas entre sí, no nos merecen entera fe. Lo que nos parece más verosímil es que los hombres influyentes de la época no supieron sobreponerse al espíritu de facción. No vivían como el señor Marín en el porvenir para legarle sin mezcla de pasiones bastardas las más preciosas glorias del pasado.

El señor Marín fue uno de los diputados que firmaron en 1828 la constitución más liberal que haya tenido Chile; pero descontento en general del orden de cosas que existía, perteneció por sus opiniones al movimiento revolucionario que siguió a la promulgación de aquel código. El nuevo gobierno establecido en la república a consecuencia de este trastorno halló por conveniente reformar una constitución que no se hallaba en armonía con la actitud fuerte de una administración que se asienta sobre las ruinas de un partido, y al efecto una asamblea de plenipotenciarios nombrados por las provincias, los cuales debían convocar un congreso para llevar a cabo esa reforma. El señor Marín se encontró elegido diputado; pero celoso como lo fue siempre de las libertades de sus conciudadanos, miró dicha reforma como un verdadero atentado, y lejos de cooperar a ella, votó siempre en contra de todos los artículos alterados, guardando en las discusiones un tétrico y profundo silencio, bastante expresivo sin embargo para los que conocían el temple de su ánimo lleno de rectitud e incapaz de doblegarse al poder a costa de sus convicciones.

Este último acto de firmeza coronó la carrera pública del doctor Marín, y nosotros vamos también a terminar la honrosa tarea de recomendar su memoria. Grato nos es reposar un momento a la sombra de esta reputación sin mancha, después de haber visto al digno republicano atravesar las tempestades revolucionarias, conservando ileso el sagrado depósito de su honor. Su vida pública, si se examina con imparcialidad, fue una protesta no interrumpida contra los extravíos de los gobiernos, y los desbordes de las pasiones populares, tan rara vez regidas por la razón. Pudo como hombre padecer errores; su alma ardiente no podía presenciar estas luchas en que figuran las grandes ideas sin tomar alguna parte; pero tan luego como creyese comprometido el bien de su país, o los sagrados principios de la justicia, retrocedía espantado, asilándose en el santuario de su conciencia y el retiro de la vida privada. Se le objetará quizá haber sido severo en el modo de juzgar a sus contemporáneos: tal vez le faltó algo de esa impasibilidad filosófica que transige con las ajenas debilidades, y economiza muchos disgustos en la vida; pero no entraba este indiferentismo en su carácter apasionado y vehemente, y es preciso acordarnos que, herido en las más nobles instintos de su corazón, no podía dejar de afectarse, rechazando con horror todo lo que se dirigiese a empañar su buen nombre y la gloria póstuma a que con tan justo título debía aspirar. De tal manera le ocupaba esta idea, que muchas veces en la época de su persecución, se le oían proferir a solas exclamaciones dolorosas que revelaban toda la amargura de su alma, y solía decir a sus hijos estas sentidas palabras: "No ocuparé una sola página en la historia de Chile, y sin embargo, *he merecido bien la patria*." A pesar de todo, jamás abrigó el menor deseo de vengarse. A la vuelta de pocos años, y por una de aquellas crueles vicisitudes del destino, el general Freire se vio a su vez desgraciado y perseguido en su país, engañado en sus expectativas, mal comprendido en sus sentimientos, y víctima en fin de una larga y penosa expatriación. En tales circunstancias, el doctor Marín, que siempre había hecho justicia a la bondad de carácter del general y a su mérito patriótico, tomó por su suerte un decidido interés, compadeció de corazón su infortunio, y nadie pudo con tanta propiedad como Marín aplicarse en aquel caso este tan conocido verso del poeta:

Non ignaramali, miserissuccurrere disco[111].

El doctor Marín no fue jamás aspirante, ni hubiera podido serlo, tanto por su extremado desinterés, como por no estar avezado a los artificiosos manejos de la ambición: él mismo decía que todos sus deseos se hallaban satisfechos con el papel que le había tocado representar en el drama de nuestra revolución, y con el honroso destino que le había confiado la patria.

Preocupados por la faz seductora que presenta la vida pública del señor Marín, habíamos omitido hasta este momento la descripción de su persona, como si ignorásemos que nada es indiferente en los hombres de un mérito no común. Fue Marín de estatura poco más que mediana, delgado, garboso y de buenas proporciones. Su rostro moreno y enjuto

[111]Locución latina escrita por Virgilio y que significa: "Sin desconocer el infortunio, aprendo a socorrer a los desgraciados". [N. de la C.]

nada tenía de bello, pero era distinguido por un aire de penetración y firmeza que expresaban perfectamente sus ojos pequeños y negros, llenos de inteligencia, y sus labios juntos y delgados que le daban cierta semejanza de expresión con algunos bustos romanos. Tenía el habla suave en la conversación ordinaria; pero cobraba grande energía siempre que le animaba la pasión. Sus maneras finas, su fácil elocución y la ligereza y gracia con que discurría sobre todo género de asuntos, hacían interesante su trato, y bastaba verle entrar en un salón o saludar a alguna persona, para reconocer en él al hombre culto y de mundo que pertenece a una sociedad adelantada.

A fines de 1837, sintiendo debilitarse su salud de día en día, pidió su jubilación, y es notable una cláusula de su escrito, en que después de confesarse de todo punto inhábil para el trabajo, ofrece a sus hijos y nietos, para que continúen sus servicios a la patria. Concedióle el gobierno su solicitud, por un decreto en que no solo se tuvieron presentes las calidades indispensables para obtener la jubilación, sino también su acendrado patriotismo; y el ilustrado chileno don Mariano Egaña, fiscal entonces de la suprema corte de justicia, le llamó en su vista *uno de los fundadores de nuestra libertad*, y añade recomendando su mérito que "no puede presentarse objeto más digno de la consideración del gobierno, que aquellos patriotas, a cuyos gloriosos esfuerzos debe la nación su existencia como tal, y todos los chilenos una patria."

Estos honoríficos testimonios del aprecio de sus conciudadanos, y de la atención del gobierno, fueron un suave bálsamo para el ánimo del señor Marín, y esparcieron alguna calma sobre sus últimos días, en medio de sus graves dolencias e infortunios de consideración de que se miró rodeado. Su alma grande era también profundamente religiosa. Por tanto la beneficencia y la piedad fueron su mayor consuelo. Pero aunque privado del uso de todos sus miembros, no parecía existir sino para el dolor, aun se interesaba cordialmente en todo lo respectivo a la dicha de su adorada patria. Tres días antes de su muerte, llegó a Santiago la noticia de la gloriosa victoria de Yungay[112], y al oírla fue tal su enternecimiento, que rompió en llanto mezclado con expresiones bíblicas de religiosa gratitud a la divina providencia por tan singular favor. La impresión de una súbita alegría pareció aflojar los débiles lazos que le unían a la vida, y en efecto falleció el 24 de febrero, confundiéndose en su alma hasta el último suspiro el sentimiento precioso que había sido el norte de sus acciones con sus afectos más caros y las interminables esperanzas de la vida futura.

[112]El 20 de enero de 1839 las tropas que comandaba el general Manuel Bulnes,durante el gobierno de José Joaquín Prieto, obtuvieron la victoria sobre la Confederación Peruano-Boliviana en la Batalla de Yungay.Tras la victoria se disolvió la Confederación. La hazaña marcó un hito en la historia de Chile, puesto que afianzó el sentimiento de nación que no se había afianzado sino hasta ese hito histórico: "Y vino Yungay como espléndido desquite de Paucarpata, y cayó el Protector y con él se desmoronó en un instante la mal cimentada Confederación". *Campaña del Ejército Chileno contra la Confederación Perú Boliviana en 1837*, Memoria presentada a la Universidad de Chile por Ramón Sotomayor Valdés, 1896.

Dos días después fueron conducidos sus restos mortales al panteón de esta capital, y sobre su modesta losa gravó la ternura filial el siguiente epitafio, que no desmentiría la posteridad.

AQUÍ YACE
EL DOCTOR DON JOSÉ GASPAR MARÍN,
MUERTO EL 24 DE FEBRERO
DE 1839,
DE EDAD DE 67 AÑOS.
FUE EMINENTE PATRIOTA,
RELIGIOSO, BENÉFICO, ILUSTRADO,
INCORRUPTIBLE Y HÁBIL MAGISTRADO;
SI CHILE AGRADECIDO
DEL AÑO DIEZ VENERA LA MEMORIA,
EL NOMBRE DE MARÍN ESCLARECIDO
EN SUS ANALES GUARDARA LA HISTORIA.

BIOGRAFÍA DE MANUEL VICUÑA, PRIMER ARZOBISPO DE SANTIAGO

Subiendo al sagrado altar dio gloria
a la vestidura de santidad, y cuidó de
su pueblo y le libró de la perdición
(Eclesiastés, cap. 50, vers. 12 y 4)

No hay una idea más consoladora para la humanidad, ni que tenga una tendencia tan directa con sus inmensas aspiraciones, como la consideración de la dignidad a que ella misma puede elevarse por el ejercicio constante de la virtud. ¡Con qué interés no leemos u oímos referir los diferentes rasgos de bondad, de benevolencia, de magnanimidad, que se encuentran esparcidos en la historia, y cuánto placer hallamos en admirarlos! Pero si acontece que estos diversos rasgos se vean reunidos en una misma persona formando aquel conjunto armonioso y perfecto que constituye los verdaderos héroes del cristianismo, si el objeto sobre quien han recaído tantos dones del cielo nos es conocido y en cierto modo nos pertenece, entonces la admiración se convierte en entusiasmo, nos apropiamos su gloria, queremos conocerle en detalle y estudiar, por decirlo así, este modelo que la divina Providencia se ha dignado presentarnos. Por otra parte, al considerar que estas mismas virtudes han crecido y se han perfeccionado bajo el influjo de la religión, la fe parece tomar a nuestros ojos mayores grados de certeza, la esperanza se afirma en el alma, y comunicándole nuevos consuelos le da un aliento generoso para continuar con constancia la dolorosa prueba de la vida. A estas reflexiones nos conduce naturalmente la venerada memoria de nuestro primer arzobispo, el señor don Manuel Vicuña, cuya interesante vida nos proponemos bosquejar. Vamos a tratar de un santo, y por lo mismo no deberá extrañarse el lenguaje que emplearemos ni el giro que tomarán muchas veces nuestras ideas. Los lectores de estas biografías van a trasladarse de las escenas tumultuosas de la guerra, de las estrategias de la política y de la encarnizada lucha de las pasiones humanas, a la consideración del animado pero suave panorama de las virtudes evangélicas, tocando con su perfección al heroísmo, y a la soledad de una alma privilegiada, que se depura y santifica, bajo las benignas influencias del espíritu de la religión. Estamos seguros de que nada perderán en el cambio; y entre tanto, guiados siempre por la verdad, invocaremos nuestros recuerdos y dejaremos correr la pluma en un asunto no menos honroso para Chile, que dulce y grato a nuestro corazón.

Nació el ilustrísimo señor don Manuel Vicuña en esta ciudad de Santiago en 20 de abril de 1778 de una noble y distinguida familia, siendo sus padres el señor don Francisco Vicuña y la señora doña Carmen Larraín y Salas. La belleza de su rostro y una dulzura particular de fisonomía trasmitida por su virtuosa madre parecieron anunciar desde su nacimiento las extraordinarias gracias con que le previno el cielo. Aún no contaba seis años, cuando perdió a su madre, y entonces sucedió una cosa digna de notarse y que le caracteriza perfectamente, porque sabedor el sensible niño de su desgracias fue tal la

explosión de su dolor, que alarmados sus deudos no sabían qué hacer para consolarle; pero en medio de sus llantos, se le vio quedar repentinamente sereno y como sorprendido por alguna idea nueva. Preguntáronle la causa y respondió: "Me ha venido al pensamiento que siendo mi madre tan buena como era, debe estar ahora en el cielo y por eso no quiero llorarla más". Así se preludiaban en aquella alma inocente el imperio de la fe y el saludable fruto de las ideas sobrenaturales. Hasta los juegos de su infancia presagiaron su vocación apostólica, teniendo particular gusto en reunir en su casa niños, a quienes hacía lleno de fervor, pláticas y sermones. Desarrollábase con la edad en él la inclinación a la piedad y al estudio, por lo cual su padre, que había puesto particular esmero en su primera educación, apenas tuvo la edad correspondiente, le puso en el colegio convictorio de San Carlos, donde en breve tiempo terminó la reducida carrera de estudios que se cursaba entonces hasta recibir el grado de bachiller en sagrada teología. Su recogimiento, su modestia, y la regularidad de su conducta, le atrajeron desde luego el respeto de todos sus colegas y su ejemplar devoción fortificada con el uso frecuente de los sacramentos fue sin duda una egida poderosa contra la tempestad de las pasiones. Desconoció totalmente los entretenimientos juveniles; pero supo hermanar esta extremada rigidez con unas modales tan dulces y tan atractiva franqueza, que desde entonces echaron raíces entre él y sus compañeros aquellas tiernas amistades que tan útiles le fueron en lo sucesivo para sus piadosos designios, y que supo conservar mientras vivió. El estudio y el retiro formaban sus delicias, y de tal modo vivía desprendido de lo terreno que se negó con obstinación a recibir el grado de doctor en teología, bien sea porque temiese hallar en este acto algún oculto lazo para su amor propio juvenil, o porque creyese que un corazón lleno de Dios debía ser superior a toda gloria mundana.

Convencido de que el cielo le había escogido para sí, abrazó el estado eclesiástico, siendo tal el ascendiente de su fervor, que muchos amigos suyos siguieron su ejemplo, resueltos a consagrarse al ministerio apostólico a que le conocían tan decidida inclinación. Con el nuevo estado creció su devoción a tal punto, que no era posible verle sin sentirse penetrado de respeto a su persona. Desde luego se advertía en la expresión de su rostro una mezcla singular de dignidad, de modestia y de emoción, que parecía revelar la existencia de un pensamiento grave y tierno, que predominaba en su mente sobre todos los demás; y que siempre en la presencia de su Dios sentía por él como los serafines tanta reverencia como amor. Cuando celebraba el sacrificio de la misa, se veían correr de sus ojos devotas lágrimas, y el involuntario temblor de sus manos a la elevación de la sagrada víctima, atestiguaba la fe viva de que estaba penetrada su alma. Empero todas estas extraordinarias gracias tenían un centro determinado y le inspiraban una pasión ardiente y generosa que vivificaba toda su existencia: el celo por la gloria de Dios y la salvación de sus prójimos.

La extinguida Compañía de Jesús[113] había dejado en Chile un vacío inmenso, y al mismo tiempo una memoria de bendición que los años no podían borrar. Su templo abandonado iba a reducirse a escombros. Los habitantes del campo ya no escuchaban la voz de sus misioneros, ni rodeaban estos hombres de Dios el lecho del moribundo para darle los últimos consuelos. La extensión de nuestras parroquias, aumentando las atenciones de los curas, no les dejaba tiempo suficiente para vacar a la instrucción del pueblo a medida de sus necesidades; y en fin las nuevas ideas que preparaban la revolución, exaltando las cabezas, eran un objeto constante de distracción que no permitía fijarse en nada concerniente a la piedad y mejora de las costumbres. El señor Vicuña sintió, no solo el deseo, sino también la fuerza de remediar estos males. Tomar a su cargo un curato, dirigir un cierto número de almas, habría sido en algún modo estrecharse y poner límites a un celo que no los conocía. Emulo de los enviados del Señor, salió por los campos y villas en compañía de otros jóvenes sacerdotes a repartir la divina palabra, y Dios derramó con liberalidad sus bendiciones sobre estos primeros ensayos de su celo. Tomó bajo su protección la iglesia de la Compañía con el título de su capellán, y en poco tiempo, merced a la cooperación de otras personas piadosas, la puso en un regular estado de aseo y de decencia, estableciendo en ella varias distribuciones y prácticas en que se atendía no menos a la instrucción religiosa, que a mantener viva la preciosa llama de la devoción en los corazones de los fieles. Los jóvenes sacerdotes asistían constantemente en esta iglesia al confesonario, al púlpito, y a las conferencias sobre puntos de moral y otras materias análogas a su profesión. No contento con haber establecido las misiones dos veces por año en la Compañía, salió a darlas por los extramuros de la ciudad, buscando a ejemplo del Divino Maestro a los pobres y miserables, y parece que aún resuenan los acentos de su voz penetrante en la plazuela de San Lázaro y otros sitios de esta capital donde recordamos haberle oído muchas veces en los primeros años de nuestra infancia, recibiendo de sus palabras de fuego impresiones religiosas que no se borrarán jamás.

Habíale dotado la naturaleza de un órgano de voz puro, lleno, sonoro y flexible, y reunía a una pronunciación perfecta, un lenguaje limpio y correcto. Familiarizado con las santas escrituras habíase apropiado en cierto modo su estilo; y menos se ocupaba de citar los textos, que se servía como sin pensarlo de aquellos vivos coloridos y aquellos giros elevados y majestuosos de que tanto abundan los sagrados libros. Si reprendía los vicios, si anunciaba los terribles castigos de la justicia divina, era con la voz tremenda de Isaías o los lúgubres acentos de Jeremías. Si hablaba del último día del mundo, parecía escuchar como San Jerónimo el sonido de la terrible trompeta. Si era la eternidad el tema de su discurso, a todos sus oyentes agobiaba la inmensidad de este pensamiento sublime. Pero si excitaba a

[113]Respecto a la extinción de la Compañía es preciso referir la expulsión de los jesuitas como hecho paradigmático: "Después de la expulsión de los jesuitas del país y de América por el Rey Carlos III de España en 1767 y la extinción universal de la Compañía en 1773 por el Sumo Pontífice Clemente XIV, la propiedad de la cuarta iglesia de la Compañía pasó a la diócesis de Santiago. Esta iglesia de la Compañía, después del incendio de la Catedral de Santiago, el 22 de diciembre de 1769, pasó a ser el templo catedralicio de la diócesis". En: Correa Castelblanco, Jaime: *Historia de la Compañía de Jesús en Chile después de la restauración universal.* Santiago de Chile, 2006.

los pecadores al arrepentimiento y a la penitencia, era entonces el buen pastor corriendo por los amenos campo de la misericordia del Señor en pos de la oveja perdida, y empleando para llamarla voces tan dulces como las sentidas quejas de la esposa, o los melodiosos acentos del rey profeta. Al opinar de este modo nosotros seguimos nuestro propio juicio formado por las impresiones que en diversos tiempos hemos recibido; pero cualquiera que sea el concepto que una severa crítica haga de las prendas oratorias del arzobispo, no vacilaremos un momento en colocarle entre los buenos oradores cristianos, menos aún por las dotes ya mencionadas, que por aquella unción divina que acompañaba sus palabras y el ascendiente supremo que ellas ejercían sobre los corazones; y en efecto ¿cómo habían de ser débiles los argumentos que partían de una convicción tan íntima, ni opaco y tenue el colorido de sus pensamientos, siendo sus emociones tan vivas y tan profundas? Y ¿podrían recibirse con indiferencia las amonestaciones del sacerdote santo, cuyo pecho transparente, por decirlo así, nos descubría su ardiente caridad, y cuya vida ejemplar era una noble y segura garantía de la sinceridad de sus palabras? Convengamos pues en que elegido por el cielo para apóstol de la iglesia chilena, él mismo le había concedido en alto grado, el don de conmover, de persuadir y de inspirar. Pero volvamos a tomar el hilo de nuestra interrumpida narración.

Los acontecimientos funestos de los años 1814 y 1815 en nuestro país, son tan conocidos, que nadie deberá ignorar fue aquel un tiempo de prueba para los habitantes de Chile, hechos el blanco del odio de sus opresores. No emprenderemos analizar los sentimientos patrióticos que sin duda alguna había en el corazón del señor Vicuña, aunque embalsamados por su caridad; pero recordamos muy especialmente que penetrado de celo por el bien de las almas y deseando por otra parte aligerar los sufrimientos de sus compatriotas, una de las noches de la misión de la Compañía, convidó para el día siguiente a su auditorio anunciando que la materia del sermón sería muy importante. Llenóse con efecto el templo, y entonces pronunció un excelente discurso sobre el perdón de las ofensas con tal fuerza y unción, que arrancó lágrimas a todo el concurso, saliendo de allí unos arrepentidos de sus malos procederes y otros dando mil bendiciones al que armado solo de las verdades religiosas, osaba levantar la voz en medio de los gritos de la persecución, y demandar en nombre del Dios de paz el consuelo para sus oprimidos hermanos.

No es menos digno de recuerdo otro rasgo de caridad de nuestro arzobispo. Concluida la acción gloriosa de Maipú[114] que afianzó nuestra independencia, dispuso el gobierno se trasladasen los heridos del campo de batalla al hospital de San Borja, para que allí recibiesen la asistencia que requería su situación. Verificóse con prontitud, y dos mil y tantos hombres, incluso los prisioneros fueron transportados en el estado más deplorable,

[114]La Batalla de Maipú ocurrida el 5 de abril de 1818, es el hito definitivo del proceso de Independencia de Chile iniciado el 18 de septiembre de 1810.En la Batalla dieron enfrentamiento las tropas patriotas comandadas por el general José de San Martín, frente al ejército realista encabezado por el brigadier español Mariano Osorio.Venció el ejército de San Martín acorralando a las tropas de Osorio en los llanos de Maipo. Se presenta al campo de batalla Bernardo O`Higgins y el mismo día 5 de abril ocurre el célebre "Abrazo de Maipú" que marca un hito en la historia de la independencia de Chile. [N. de la C.]

hallándose el hospital desprovisto de recursos para tan crecido número de dolientes. Fue necesario apelar a la caridad pública, y al momento se colectaron auxilios en abundancia para los pobres guerreros. Las señoras sobre todo manifestaron en esta ocasión su tierna sensibilidad, presentándose ellas mismas, para curar y servir a los enfermos; pero el que las presidía en estas obras de caridad, animándolas con sus dulces palabras y con sus edificantes ejemplos, era el señor Vicuña. Ora se le vía junto al lecho del moribundo, oyendo su confesión y encaminando su alma al cielo, ora ministrando a otros el alimento por sus manos; ora a ejemplo de Fénelon[115] ayudaba a vendar las heridas de un veterano, o bien como otro Javier descendía en su ayuda a los más abatidos ministerios. Esta clase de actos tan conformes a su extremada humildad eran familiares al señor Vicuña desde sus más tiernos años, y era fácil conocerlo en la brevedad y gusto con que los desempeñaba. Así este árbol plantado a la corriente de las aguas, daba sus frutos según las sazones y los tiempos, y a medida de las necesidades. Pero aún le quedaba mucho que hacer en los designios de la divina Providencia.

El torrente de irreligión que inundó la Europa a fines del siglo pasado había salido de madre y sus impuros raudales penetraban hasta en nuestro Chile, este suelo virgen, cuyos habitadores llenos por la mayor parte de una fe pura y sencilla no hubieran imaginado algunos años antes hubiese hombre bastante atrevido para atacar de frente los fundamentos de nuestra creencia. Oyéronse con asombro proposiciones impías. Viéronse aparecer una multitud de libros perniciosos, y los nombres de ciertos autores, por desgracia célebres, eran repetidos con entusiasmo por la juventud alucinada o por aquellos hombres que aspirando al concepto de sabios, despreciaban lo que no conocían, y pretendiendo trabajar por la dicha del género humano, ahondaban el abismo de infelicidad en que iban a precipitarse para siempre. Por otra parte la escena tumultuosa de los negocios políticos, conmoviendo todas las pasiones y relajando los vínculos de la sociedad, amenazaba con el olvido de Dios y la total corrupción de las costumbres. Es fácil comprender lo que debió sufrir el alma religiosa de nuestro digno sacerdote en esta peligrosa crisis. ¡Cuántas noches pasaría ante las aras santas implorando el remedio para tan graves males! Cuántas lágrimas derramaría en la presencia del Señor! Al fin debió ser oído; lo cierto es que la caridad y la prudencia le inspiran de consuno un proyecto, que no tardó en realizar, y de cuyo acierto son buenos testigos los felices resultados que hemos visto.

Las exigencias de la guerra habían obligado al gobierno a ocupar en otros destinos la antigua casa de ejercicios de la Ollería[116], y su falta consternaba a la parte piadosa de los

[115]Francois Fenelón (1651-1715) fue un clérigo y teólogo francés. Fenelón en 1694 fue elegido Arzobispo de Cambray por el rey Luis XIV de Francia. Su obra Explicación de la Máxima de los Santos publicada el año 1867 fue denunciada al rey por Bossuet al creer ver en la obra de Fenelon el sistema del quietismo La sumisión que manifestó el prelado no basto para que Luis XIV mostrase clemencia, condenando injustamente a Fenelon por su obra *Telémaco* al considerarla una injuria contra su nombre. [N. de la C.]

[116] "La casa de ejercicios, denominada de Loreto, había sido fundada por los jesuitas en un terreno de su propiedad, situado en el callejón llamado de la Ollería (al sudeste de la ciudad) por existir allí mismo la fábrica de vasijas de barro que aquellos habían establecido. Después de la expulsión de los jesuitas, se destinó, como contamos en otra parte, a hospicio de incurables la quinta en que existía aquella fábrica, y la casa de ejercicios espirituales, que estaba enfrente, fue conservada con ese mismo destino, debiendo ser

habitantes de Santiago. El señor Vicuña, heredero de un ingente patrimonio, resolvió emplear una porción considerable de él en la construcción de una casa de ejercicios, a fin de poner un dique a los males que de otro modo no le era dado remediar. Allí se retiró a vivir no cansándose jamás de repartir la palabra del Señor y trabajando de un modo poco notable a los ojos del mundo, pero ciertamente muy eficaz, en la reacción de los buenos principios y en el triunfo de la fe.

Los observadores ligeros nos ven por lo común en los ejercicios sino una práctica piadosa, reducida cuando más a excitar en los ánimos débiles ciertas impresiones de temor que se disipan fácilmente y que no producen ningún efecto sólido ni útil. ¡Pero cuánto se engañan! Atraer fuertemente la voluntad hacia el bien por los móviles poderosos de la razón y las verdades reveladas, es y ha sido siempre el objeto exclusivo de los ejercicios. Un padre de la iglesia decía, que era mejor ver nuestras propias faltas que todas las maravillas del universo; y los más grandes filósofos y moralistas de todos los tiempos han convenido en el fondo de esta idea. Ahora preguntaremos nosotros, ¿la esposa, la madre ante cuyos ojos se ha desplegado el cuadro de la eternidad, y que durante ocho días ha oído eficaces exhortaciones sobre la importancia de unos deberes que tal vez desconocía, no volverá a sus hogares más solícita por la educación de sus hijos y la moralidad de toda su familia? El joven ¿no se apartará de sus malas compañías; la doncella no dejará sus libros peligrosos: y en fin las gentes de cualquiera edad o estado no sacarán alguna impresión saludable, alguna resolución que influya en su ventura y la de la sociedad? Además ¿quién no ha sentido alguna vez la necesidad de detenerse en la carrera de la vida para sondear las inclinaciones de su corazón, y echar una ojeada sobre su conducta, a fin de nivelarla con aquella pauta eterna que Dios ha puesto dentro de nosotros mismos? ¿Quién no suspira por aligerarse del peso del remordimiento, o por lo menos, del de los cuidados que le sitian por todas partes en el torbellino del mundo? Y ¿habrá medios más adecuados, ni más felices para llenar estos objetos, que los ofrecidos por una religión que bendice las lágrimas, y convida a los que están cargados y fatigados para aliviarlos en sus trabajos y alentarlos con sus consuelos? Pero dejando aparte los raciocinios ¿cuántas restituciones hechas, cuántos odios extinguidos cuántas injusticias reparadas no hemos visto a consecuencia de los ejercicios? Perdónesenos por tanto la breve apología que hemos hecho de una institución tan estrechamente ligada con la vida del ilustre arzobispo que consagrado durante veinte y seis años a este piadoso ejercicio se había adquirido por él, aún antes de ascender al episcopado, el título honroso de padre espiritual y maestro de todo el pueblo chileno.

La expatriación del ilustrísimo, señor don José Santiago Rodríguez acaecida en 1825 había dejado sin pastor nuestra iglesia y los resortes de la administración no marchaban tan expeditos que no presentasen algunas dificultades y dudas a las conciencias timoratas. Llegó el conocimiento de estos sucesos al sumo pontífice León XII, que

dirigida por un administrador, bajo la dependencia del Obispo". Texto citado en: Diego Barros Arana: *Historia general de Chile, Tomo XI,* Editorial Universitaria, 2013.

orientado además de las esclarecidas prendas del señor Vicuña juzgó conveniente nombrarle obispo de Ceran y vicario apostólico de esta santa iglesia. Todo Chile aplaudió con entusiasmo una elección que galardonando el mérito prometía al mismo tiempo los más felices resultados. Solo el señor Vicuña la reprobó en términos que casi se rindió al peso de su dolor. Desconfiando modestamente de sus aptitudes para cargo de tanta responsabilidad, lo habría renunciado gustoso, si las instancias de sus deudos y amigos, y los votos de un pueblo que le adoraba no le hubiesen obligado a reconocer la voluntad del cielo. El 21 de marzo de 1830, fue ascendido a la augusta dignidad del episcopado, no cesando de dar en todo el curso de su vida, pruebas irrefragables de la acertada elección de su santidad.

La explosión de la guerra civil se hizo sentir en el mismo año con el mayor estrépito y estuvo cerca de envolver en sangre toda la república. La familia del obispo arrostraba en esta terrible lucha los más serios compromisos; mas no por eso se desmintió en lo menor su prudente manejo, ni aquella santa imparcialidad que no le dejaba ver en las diferentes facciones que se agitaban otra cosa que su amado rebaño por el que imploraba incesantemente el bien inestimable de la paz. Querido y respetado de todos los partidos, ni la persecución ni la calumnia osaron turbar su reposo. Hasta la última clase del pueblo dio en aquellos aciagos días una prueba de la veneración que le profesaba. Habiéndose dirigido a la casa de San José, que era entonces la de su habitación, una partida de forajidos y gente armada con el objeto de apoderarse de los bienes de algunas personas a quienes su ilustrísima había dado hospitalidad, golpeaban reciamente la puerta y disparando sus fusiles amenazaban derribarla. Consternadas las gentes que estaban dentro, no sabían qué hacerse ni adónde huir. Solo el señor obispo conservó en aquel lance su acostumbrada serenidad, y desoyendo las súplicas de los que intentaban detenerle, revestido de sus ropas episcopales se adelantó a la puerta que hizo abrir inmediatamente, y dirigiéndose a la multitud, les habló con tal autoridad, que confundidos los malvados, no solo abandonaron su criminal designio, sino que arrodillados muchos de ellos pidieron su bendición.

Suscitáronse poco después en el cabildo eclesiástico algunas dudas sobre la extensión de las facultades del señor obispo. Sintiólo su ilustrísima en extremo; pero tan ajeno de personalidades como de injustas y exageradas pretensiones, en breve se vieron sofocados estos gérmenes de discordia, a efecto no menos de su singular prudencia, que del amor que le profesaban aquellos mismos eclesiásticos, que teniendo opiniones diversas de las de su ilustrísima sobre puntos delicados y controvertibles, se habían visto en la dolorosa precisión de manifestar francamente su modo de pensar.

Despejado algún tanto el horizonte político, y expedita la marcha del gobierno de la iglesia, pensó en poner manos a varios proyectos que había concebido para su mejor desempeño. Persuadido de que el medio más seguro de lograrlo, es la elección de buenos ministros, dirigió a este fin todos sus desvelos. Examinaba por sí mismo a los ordenandos y sometía cuerdamente su vocación a repetidas pruebas. Trabajó con indecible constancia en la reposición del Seminario Conciliar; e hizo construir a sus expensas una casa inmediata

a la de su morada para velar por sí mismo sobre este nuevo plantel, objeto de sus más lisonjeras esperanzas. Quería que su clero fuese tan sabio como piadoso y que su educación marchase a par de las luces del siglo en que vivimos: por esto es que no satisfecho con haber puesto aquel establecimiento en el pie brillante en que le vemos, tenía resuelto fabricar otra casa de retiro para los jóvenes que se sintiesen con vocación al estado eclesiástico, a fin de que se consagrasen allí exclusivamente a los estudios que requiere tan delicado ministerio.

Desembarazado algún tanto pensó en visitar el obispado; pero como nada podríamos decir a este respecto, que no haya dicho la *Revista Católica* en su número 4, copiaremos el siguiente pasaje. "Dispuso, dice, la visita general de esta vasta diócesis, y de tal manera que era necesaria la constancia infatigable del señor Vicuña, para no arredrarse en el plan de trabajos que se había propuesto.- Marchaba una comitiva de predicadores y confesores para misionar en las parroquias visitadas, se examinaba con esmero la administración parroquial en todos su ramos, se tomaban datos estadísticos y se administraba el sacramento de la confirmación con tesón a la inmensa muchedumbre que se presentaba.-No había hora segura de partida, ni lugar fijo de hospedaje en el camino, cuando se presentaba algún infeliz a pedir los socorros espirituales de su ministerio. Un año empleó en tan penosas fatigas el señor Vicuña en las dos épocas de su visita, y habría recorrido las parroquias a donde no alcanzó, si la muerte no le hubiese arrebatado tan pronto."

Erigida esta diócesis en metrópoli eclesiástica, fue presentado por el supremo gobierno para su primer arzobispo, y la Santidad de Gregorio XVI[117] le instruyó por tal en su bula de 23 de junio de 1840. El mismo día que cumplían once años de su episcopado, fue inaugurado en la dignidad metropolitana, vistiendo el palio en medio de las aclamaciones de toda la población.

Se embarazan la imaginación y la pluma cuando se trata de enumerar las eminentes virtudes de este prelado ejemplar. Si la bondad de su corazón fue siempre manifiesta a todos, no lo fueron otras prendas que supo ocultar su modestia y que solo las ocasiones dieron con el tiempo a conocer. Tales eran su firmeza, su extremada circunspección en las deliberaciones y aquella prudencia admirable que resplandecía en todos los actos de su administración. Irresoluto porque era timorato, desconfiado de si mismo porque era humilde, siempre tomó consejo de otros, aún sobre negocios de menor importancia; pero conservando de tal modo su independencia que nadie pudo decir jamás ejercía predominio sobre su voluntad. Llamado por el gobierno, o por sus compatriotas a ocupar destinos importantes en el consejo de Estado, o en los cuerpos legislativos, siempre prestó sus servicios; pero extraño a los manejos de la política supo inspirar tan plena confianza a sus conciudadanos, que su nombre figuraba el primero de todas las listas formadas por diferentes partidos para las elecciones populares. Siendo su renta menos que módica, no

[117] Gregorio XVI durante el año 1840 permitió la existencia de la Arquidiócesis. El primer Arzobispo fue Mons. Manuel Vicuña Larraín. [N. de la C.]

parece posible se extendiese a hacer grandes limosnas; y no obstante era difícil hallar un corazón más compasivo que el del señor arzobispo, ni manos más liberales que las suyas. La viuda y el huérfano jamás le imploraron sin fruto. Cercenaba cuanto podía de sus gastos más precisos para acrecentar el patrimonio de los pobres, y si por alguna cosa se afligía, era por no tener como subvenir a todas las necesidades. ¡A cuántas doncellas desvalidas sustrajo de los lazos de la seducción poniéndolas en asilos decentes y seguros! A cuántos sacerdotes indigentes y enfermos enviaba el alimento y el vestuario! Qué de escándalos evitaba con sacrificios pecuniarios que excedían sus recursos, y cuán crecidas sumas no invertía en la compra de estampas y libros inmorales que condenaba a las llamas, antes que con su veneno infestasen los corazones inocentes! Hasta la tierna infancia le mereció particulares atenciones, y a veces le vimos separar niñas pequeñas de la compañía del vicio para ponerlas en casas de respeto. Nosotros podríamos referir hechos particulares en apoyo de cada una de estas aserciones, si no diesen de ellas un elocuente testimonio tantas lágrimas vertidas sobre su sepulcro, y tantas alabanzas tributadas a su memoria. Con todo no podemos terminar este cuadro sin fijar nuestra atención en otras prendas de nuestro arzobispo que eran como las flores de esta magnífica planta y el pulimento de esta piedra de inestimable valor. Queremos decir, su dulzura, su condescendencia, su cortesía, su tierno amor para con sus deudos, su consecuencia con la amistad y otras cualidades que tan interesante hacían su trato. Siendo un varón espiritual y abstraído de las cosas del mundo, sabía no obstante llenar sus deberes de sociedad con afabilidad y gracias. Su humor era igual y aún festivo, cual convenía a la suavidad de su índole y a la paz interior de una conciencia tan pura. Amable y franco para con sus amigos, era en extremo bondadoso para con sus inferiores, y aunque gustaba del retiro, siempre estuvo dispuesto a dar audiencia a los que le buscaban para tomar sus consejos o exponerle sus necesidades, no habiendo querido jamás descargar en otros estos cuidados minuciosos de una caridad activa, que solo su tierno corazón sabía debidamente apreciar. Hasta los últimos períodos de su vida continuó dando ejercicios, por lo que podía decirse con toda propiedad, que él era el pastor bueno y que sus ovejas le conocían y escuchaban su voz; esta voz cuya suave persuasión, cuya dulzura eficaz era un verdadero imán para los corazones. Rodeaban su palacio una multitud de familias pobres, a las cuales daba gratuitamente habitación. Había establecido una escuela allí cerca para niñas y hubiera fabricado un asilo destinado a los eclesiásticos indigentes e inhabilitados por vejez o por enfermedad para el servicio del culto, si la muerte no hubiese tan pronto terminado su carrera. Sin exageración puede afirmarse que él tuvo la primera idea y echó los fundamentos de las instituciones de caridad, que tan felizmente se desarrollan y progresan en el día; porque todo se revelaba a aquella mente superiormente ilustrada, y nada podía arredrar a aquel corazón magnánimo. Pero en medio de sus vastos proyectos y a fines de 1842, una grave enfermedad se presentó con síntomas tan alarmantes que le fue indispensable abandonar la capital e ir a buscar aires más propicios. Un triste presentimiento se apoderó de las personas que le rodeaban el día de la partida. Los pobres lloraban amargamente a las puertas del palacio, haciendo ardientes votos por la conservación de una vida tan preciosa; pero estaba decretado no debían volver a verle sino

en los brazos de la muerte. Vanos fueron los esfuerzos de la medicina y los solícitos cuidados de la ternura y de la amistad. Viósele por muchos meses apurar con indecible paciencia la copa de los sufrimientos, no cesando durante tan largo período de aconsejar a su clero las virtudes de su estado. En fin, el día 3 de mayo del año 1843 hallándose en Valparaíso después de haber recibido lleno de resignación y de fervor los últimos sacramentos, a las once de la mañana entregó su espíritu a su criador:

Y fue su muerte el sueño delicioso
Del discípulo amado,
De Jesús en el seno reclinado.

Tal fue la edificante vida y el dichoso fin de nuestro primer arzobispo, a quien con justicia podemos llamar, columna de nuestra iglesia, regenerador de la moral, apóstol, hombre evangélico, y una de aquellas criaturas extraordinarias que honran la especie humana y son objetos de complacencia a los ojos de Dios, cuya imagen reflejan en la tierra para consuelo de sus semejantes y estímulo poderoso de la virtud. Dejemos a la crítica de los hombres discurrir a su modo sobre esta especie de fenómenos, o enmudecer y confundirse sin saber qué pensar; y suspendiendo nosotros nuestra justa admiración, procuremos penetrar en el santuario de esta alma privilegiada y remontarnos al origen de tan esclarecidas virtudes.

Desde luego nos inclinamos a creer que fueron muy copiosas las gracias que Dios se complació en derramar en el alma de este justo, y tal vez las pasiones humanas resbalaron sobre su corazón, como la punta de una flecha sobre un acero bien templado, sin dejar la menor huella de su paso; pero a juzgar por el conocimiento que tenemos de la naturaleza del hombre en general, ¡cuántos contrastes no debieron ofrecérsele antes de alcanzar tan sublime grado de perfección! Tal vez la historia de sus combates interiores y de sus triunfos sobre sí mismo no sería menos interesante que la relación de sus hechos, porque si se reflexiona bien sobre su perfecta abnegación, su extremada pureza y su ardiente caridad, no debemos dudar fue su juventud un campo de batalla donde lidió valerosamente contra sus afectos más naturales, sometiéndolos a la ley del espíritu y al imperio de la razón. Pero ¿cuál sería la recompensa de tan grandes sacrificios? ¡Qué dulzuras celestiales anegarían su alma! ¡Qué alegría tan pura sentiría todo el resto de su vida y qué inefable consuelo al acercarse la muerte! Uniendo a la práctica de una moral perfecta, la exaltada fe de un mártir, ni el fantasma aterrador de la duda sorprendió su mente, ni la ferrada mano del remordimiento se asentó jamás sobre su corazón: y si tal vez corrieron lágrimas de sus ojos, o alguna nube oscureció su frente, fue al espectáculo del remordimiento y de la miseria, o cuando su grey no guardaba le ley del Señor con la exactitud a que aspiraba su fervoroso celo. Querríamos saber con qué elementos podría formarnos un hombre semejante la árida

filosofía, la moral del interés: actos de beneficencia hechos de vez en cuando, uno que otro sacrificio dictado por el entusiasmo, ¿podrán jamás compararse a este conjunto grandioso de todas las virtudes evangélicas, practicadas con infatigable constancia durante más de sesenta años de vida? Pedir a la moral del egoísmo un modelo tan acabado, sería exigir de un hombre que animase un mármol, o sacase un mundo de la nada, lo que no podría hacer, aún cuando tuviese la mano de Fidias, o la inteligencia de Newton. Solo sobre la base incontrastable de la fe, a la vista de un modelo divino, y con la perspectiva de interminables esperanzas, puede nuestra frágil naturaleza elevarse a tan alto grado de dignidad; y si la religión de Jesucristo produce estos milagros, si ella sola posee el secreto de transformar los hombres en ángeles, es preciso confesar que en ella está la verdadera luz y el camino que conduce a la vida; porque nunca la felicidad y la virtud pudieron ser hijas del error, cuyo imperio destruye el tiempo, y cuyas consecuencias son siempre funestas a la especie humana.

¡Sublime, celestial y consoladora religión, tú eres el único rayo de luz que ilumina las tinieblas de nuestro destino, la guía que nos conduce en el laberinto de nuestra doble naturaleza, el suave lenitivo que calma las ansias que producen en el corazón del hombre su inquieta curiosidad y sus insaciables deseos! ¡Felices nosotros, si alentados por tan nobles ejemplos, nos proponemos imitarlos! ¡Feliz mil veces Chile, nuestra dulce y querida patria, si altamente ilustrada sobre sus verdaderos intereses, fiel a sus honorables y religiosos antecedentes, llena los votos, que sin duda formó hasta el último suspiro, aquel venerable y digno pastor, que no solo quería para ella una prosperidad material y terrena, sino el bien inestimable de la fe y la santa aureola de una dichosa inmortalidad.

Nuestros lectores tendrán a bien aceptar estas reflexiones, corolario indispensable del cuadro que acabamos de trazar; pero para terminar debidamente nuestra tarea aún tenemos que añadir algunas líneas. Los restos del ilustre arzobispo, después de embalsamados debidamente, fueron conducidos con toda la veneración posible a la capital, y estuvieron durante tres días expuestos a las dolorosas miradas de su pueblo, en el antiguo palacio de los obispos, de donde fueron trasladados con solemne pompa a la sepultura que se les dio en la iglesia Catedral. La elocuencia y la poesía pagaron su tributo a tan esclarecido varón; su lápida se vio por muchos días toda cubierta de flores; y en fin la patria siempre celosa de sus glorias, ha querido consignar su memoria entre sus hombres ilustres, añadiendo a los timbres de sus guerreros y de sus hombres públicos, la palma de los trabajos evangélicos, y el indefinible encanto de la pureza y de la virtud.

CARTAS, ARTÍCULOS Y OTROS DOCUMENTOS

CARTAS

CARTA DE MERCEDES MARÍN A MAURICIO RUGENDAS, EN COQUIMBO[118]

Santiago y Octubre 27 de 1836

Señor Mauricio Rugendas[119]

Muy señor mío y amigo:

Incluyo a Ud. las cartas para mis amigos de Coquimbo conforme lo prometí a Ud. la última vez que nos vimos. Yo no he hablado a Ud. nada del señor Coustillas[120]; pero tengo por una idea feliz la de hacérselo conocer a Ud. pues no dejará de agradarle su trato y aun su originalidad. Es un francés entrado en edad a quien no falta talento e instrucción y que tiene muy buen carácter. Él ha sido muy amigo de toda mi familia y con particularidad mío; le quiero sinceramente y no dudo reciba con gusto mi carta, le proporcione a Ud. algunos momentos agradables, y le presente en algunas casas si es que Ud. quiere conocer algo más que la topografía de Coquimbo. Siento muchísimo no tener otras personas para quienes dar a Ud. cartas porque aunque tengo otros parientes allí, no me merecen esta clase de confianza.

Supongo que Ud. pasará luego a Guamalata es decir la residencia actual de José María[121]. No le escribo a este con Ud. porque lo haré antes por el correo y le comunicaré que ya Ud. ha principiado su viaje. Deseo mucho se haga este con toda felicidad y si puedo tener el gusto de servir a Ud. en algo, le ruego a Ud. me ocupe. Sobre todo le recomiendo a Ud. se venga con José María lo que creo será muy agradable para ambos.
Sírvase Ud. admitir mis más sinceros votos para su felicidad y la protesta de la estimación y amistad con que soy su afma. s.q.s.m.b[122].

Mercedes Marín del Solar

---

[118] Carta extraída del valioso trabajo de compilación epistolar femenina realizada por el historiador Sergio Vergara en 1987. Vergara, Sergio. *Cartas de mujeres en Chile 1630-1885*. 1987, p. 102,103. En adelante cuando se haga referencia a las notas originales de este trabajo se utilizará la abreviatura de [N.de V.], es decir, nota de Vergara.
[119] Juan Mauricio Rugendas, natural de Augsburgo, Alemania. Famoso pintor, recorrió Brasil, México, Perú, Bolivia y Chile, donde estuvo entre 1834 y 1845. Nota original de Vergara, en adelante [N.de V.]
[120] Pedro Coustillas; llegó a Chile en 1822 como ingeniero geógrafo. [N.de V.]
[121] José María del Solar, esposo de la remitente desde 1830. Tuvieron seis hijos; fue diputado y dueño de propiedades en Santiago y Colina. [N.de V.]
[122] Quiere decir: "servidora que sus manos besa". [N.de V.]

Tal vez parecerán a Ud. muy largas mis cartas para ser de introducción. Si así fuese perdónemelo Ud. amigo, porque escribiendo a personas con quienes no me comunico algún tiempo ha, y que por otra parte me merecen aprecio no he podido evitar estos defectos. Todo se remediará con que Ud. se acomode bien en su asiento antes que la señora mi prima o el señor Coustillas se ponga a leer sus cartas.

Luisita[123] se acuerda mucho de Ud; bien que no sabe los muchos días que va a durar su viaje.

[123] Hija de la remitente, casada después con Wenceslao Vial. [N.de V.]

CARTA DE MERCEDES MARÍN A JUAN MARÍA GUTIÉRREZ

Sr. Dn. Juan María Gutiérrez
Santiago y septiembre, 1 de 1846.
Muy Sr. mío:

No habiéndome sido posible escribir a V. tan pronto como lo había prometido en mi primera carta[124], tengo el gusto de verificarlo ahora remitiéndole mi *Canto a Portales*, ligeramente adicionado, y unas cuantas composiciones sueltas. V. podrá publicar de esto lo que guste[125], como también otra composición que puse en el álbum de la Sra. Pantanelli y que debo suponer ha llegado a manos de V. pues hace algunos meses a que Dn. Jacinto Chacón me pidió copia de ella para la *América poética* que no tuve dificultad en darle.

En cuanto a noticias biográficas espero se sirva V. dispensarme de dárselas. V. puede poner mis versos en su colección como una suerte de curiosidad por ser de una mujer americana que no ha tenido educación literaria y que debe sus inspiraciones a la pura naturaleza sin otra influencia externa que alguna ligera afición a la lectura. Ajena toda mi vida de pretensiones al saber, sólo he escrito cuando alguna fuerte emoción o alguna indispensable condescendencia me ha puesto la pluma en las manos y casi siempre bajo el velo del anónimo. Nunca recibí lecciones de poética ni de gramática castellana, porque, nacida con la revolución de mi país, sólo alcancé en los primeros años de mi vida aquella mezquina enseñanza que se daba a las personas de mi sexo por aquel tiempo. Soy, pues, acreedora a toda indulgencia y espero que por lo menos se reconocerá que no he plagiado ni imitado a nadie intencionalmente. El carácter de mis producciones ha sido siempre una cierta independencia, propia de quien nada debe a otros ni aspira a captarse su favor. A pesar de la severa rigidez del clasicismo se ve que desde mis primeros ensayos desdeñé los

[124] Tanto esta como la siguiente carta fueron reproducidas del archivo personal de Juan María Gutiérrez, publicado en Buenos Aires.

[125] Finalmente Gutiérrez decidirá incluir las siguientes composiciones de Marín: el ya mencionado "Canto fúnebre a la muerte de don Diego Portales", "A la sepultura del señor don Manuel Vicuña, primer Arzobispo de la Iglesia chilena" e "Impresiones de la ópera. A la señora Clorinda Pantanelli". Como se puede apreciar estos poemas simbolizan los tres discursos quizás más importantes en la producción poética de la autora, los cuales por cierto serán sumamente valorados por la crítica epocal: el primero de ellos representa a una Marín profundamente patriótica; el segundo a una mujer comprometida con los valores de la fe cristiana y la familia, encarnando así el ideal femenino hegemónico instalado; mientras que el tercero revela el profundo entusiasmo de la autora por los temas vinculados a la ilustración, la cultura y las artes. Creo que no es azaroso que Gutiérrez haya optado por publicar estos tres textos, pues de acuerdo al programa político y estético que promueve en su antología, estos cumplirían con el rol edificante y pedagógico que le cabe a la poesía en el proceso de construcción del estado nación así como también contribuirán a conformar una literatura nacional/latinoamericana. [N. de la C.]

adornos mitológicos instintivamente, aunque los encontraba a cada paso en los pocos libros en verso que leía y que más adelante, cuando se empezaron a ver poetas en Chile y el vértigo de la nueva escuela llenó todas las cabezas, yo supe preservarme de la exageración, siempre fiel a los principios de gusto que me había formado, y cuyo origen creía encontrar en la sensibilidad del corazón y en los raptos sublimes de la fantasía subordinada no obstante a aquellas ideas de orden y de belleza, sin las cuales nada se puede concebir que sea verdaderamente propio para despertar en el alma impresiones agradables y de una esfera elevada.

Se me preguntará tal vez por qué no he cultivado más mis disposiciones naturales y voy a satisfacer a esa objeción. Desde muy pequeña me hicieron entender mis padres que cualquiera que fuese la instrucción que yo llegase a adquirir por medio de la lectura, era necesario saber callar. Cuando empecé a reflexionar por mí misma conocí cuán acertado era a este respecto su modo de pensar y exagerándolo tal vez en demasía juzgué que una mujer literata en este país era una clase de fenómeno extraño (tal vez) acaso ridículo y que un cultivo esmerado de la inteligencia exigiría de mí hasta cierto punto el sacrificio de mi felicidad personal. Después de casada, mi marido y otros amigos me han estimulado más de lo que yo merecía pero es tarde. Una contracción asidua al estudio alteraría mi tranquilidad y, lo que es peor, no podría conciliarse con los deberes que me impone una numerosa familia. El tiempo que me dejan libre mis ocupaciones lo empleo en leer algunos libros útiles para la educación de mis hijos, sin que yo haga en esto el menor sacrificio, pues no conservo pretensión alguna contraria al género de vida que tengo adoptado y que conservaré siempre. Mi Soneto a Mr. Belmont, de que incluyo a V. una copia, revela que éste ha sido siempre en todo tiempo, mi modo de pensar; y en efecto una reputación literaria habría sido para mí una carga insoportable, mientras que en el sistema de independencia que llevo, mis versos, por poco que valgan son como un hijo de mi vida privada y no pocas veces han contribuido a librarme de alguna fuerte y dolorosa impresión.
Creo haber llenado para con V. toda la extensión de mis obligaciones hablándole con la franqueza que a un amigo íntimo. Solo me resta suplicar a V. se sirva verme cuando venga a Santiago y que entretanto acepte los sentimientos del distinguido aprecio con que soy de V.A.Q.S.M.B[126].

Mercedes Marín de solar

[126] Vuestra amiga que sus manos besa. [N. de la C.]

CARTA DE MERCEDES MARÍN A JUAN MARÍA GUTIÉRREZ

Sr. Dn. Juan María Gutiérrez
Santiago y septiembre, 15 de 1846.
Muy Sr. mío de todo mi aprecio:

Ayer tuve el honor de recibir una de V. en que me comunica haber llegado a sus manos mi carta del 1° y las composiciones que V. me había pedido de antemano. La aprobación que V. da a mis opiniones me es sumamente lisonjera, no sólo por ser de una persona tan inteligente e ilustrada como V. sino también porque esta conformidad de ideas es una garantía anticipada del gusto que hallaré en cultivar su amistad cuando haya tenido el gusto de conocerle.

No sé si mi composición a la Pantanelli tendrá, como mi soneto, la buena suerte de agradar a V.; pero de todos modos remito a V. una copia, ya que la que di al Sr. Chacón[127] se extravió sin saber de qué modo, pues no hay duda que él la había remitido con un joven cuyo nombre no puedo acordarme en este momento y que me aseguró la entregaría a V. sin falta. Por evitar estos inconvenientes he remitido mis comunicaciones al Sr. Toro.

Deseo a V. la mejor salud y acepte V. los sentimientos de la distinguida consideración con que soy su afma. S.Q.S.M.B.

Mercedes Marín de solar.

[127] Jacinto Chacón (1820-1893), abogado, escritor, jurisconsulto, poeta y profesor de varias asignaturas en el Instituto Nacional. Formó parte del movimiento intelectual de 1842, participando como colaborador en importantes medios de prensa como *La Revista de Santiago*, dirigido por José Victorino Lastarria y *El Crepúsculo*, donde se familiarizó con las doctrinas del liberalismo. También fue redactor del diario *El Mercurio*. Posteriormente se casó con la destacada escritora nacional Rosario Orrego Carvallo. [N. de la C.]

CARTA DE MERCEDES MARÍN A MARUCIO RUGENDAS, EN TALCA[128]

Santiago y Febrero 26 de 1840.

Sr. Dn. Mauricio Rugendas

Apreciable amigo:

En días pasados recibí una de V. con tanto mayor gusto cuanto todo este tiempo he carecido absolutamente de sus noticias, sin que haya disminuido por eso mi amistad. Yo habría querido contestar a V. inmediatamente, pero sucesos de familia bastante melancólicos y de que informaré a V. en esta, han ocupado mi atención sin dejarme un solo momento de buen humor, para escribir a V. una carta agradable. Mi hermano Francisco[129], conductor de esta dará a a V. una idea cabal del estado de la familia en la cual soy yo la persona que menos tiene que sufrir y que por tanto toma una parte activa en los sufrimientos de los demás individuos. A Dios gracias mi marido y mis niños[130] y yo nos hallamos buenos: pero nuestra Ventura[131] sigue mal, y últimamente hemos tenido el pesar de que Rafael Echeverría[132] nuestro primo haya perdido enteramente el juicio, a consecuencia de una antigua enfermedad, y se halle en peor estado que mi hermano, siendo en el del todo inútiles los recursos de la medicina, pues hace hoy veinte días que principió su delirio sin que se le observe un solo intervalo lúcido, que de alguna esperanza de su restablecimiento. La desgracia de un joven de tanto mérito con quien me unen estrechas relaciones de parentesco, ha labrado en mi ánimo la más siniestra impresión, lo que unido a algunos otros disgustos menos considerables, me han producido tristeza y fastidio al mismo tiempo, sin dejarme pensar en otras cosas, como la política por ejemplo, ni el viaje a Valparaíso de que V. me habla.

Seguramente creo que me convendría mucho un cambio de situación, pero hallándose José María precisado a causa de la ausencia de Fermín a residir en Santiago no me es posible pensar en moverme sobre todo con el engorro de 6 criaturas a quienes no me

[128]Carta extraída de la publicación de Sergio Vergara.
[129] Francisco Marín Recabarren: profesor de filosofía del Instituto Nacional, diputado varios períodos. [N.de V.]
[130] Los hijos de doña Mercedes fueron: Enrique, Matilde, Elena, Luisa, Carolina y Amelia. [N.de V.]
[131] Ventura Marín: abogado y profesor del Instituto Nacional, defendió a Blanco Encalada luego de Paucarpata y, según se dice, enamorado sin ser correspondido, enloqueció. Por último, se recluyó como hermano lego en la Recoleta Franciscana, donde falleció muchos años después, en 1877. [N.de V.]
[132] Hijo de Joaquín Echeverría, diputado en el primer Congreso Nacional y Ministro del Interior de O`Higgins, y de una tía de Mercedes Marín. [N.de V.]

sería fácil dejar. Por esto es que tengo hecho el ánimo a pasar aquí lo que queda del verano. Afortunadamente el tiempo es muy fresco y agradable.

He tenido el gusto de oír a Lanza[133] en su concierto y me ha gustado infinito. La semana pasada le vi casualmente en casa de Isidora[134] y me habría sido agradable hablarle, y hacerle saber cuanto celebro su venida a este país; pero nuestra amiga no tuvo a bien presentármele ni hablarle de mi por lo que me quedé con mis buenos deseos para mejor ocasión. Pienso continuar con él el estudio del italiano que principié con V., y entonces le diré todo lo que se me ocurra. Me parece hombre fino y de un trato agradablemente franco: no sé si me habré engañado.

¡Cuánto me complazco en saber que mi antiguo amigo Berkemayer se acuerde de mi! Si hubiese de venir a Santiago desearía saberlo para complimentarlo y hacerle venir a verme. Hágame V. el gusto de corresponderle del modo más fino sus recuerdos[135].

Me pregunta V. por mi musa. Ella es de suyo caprichosa, inconstante, fugitiva y más que todo perezosa; pero ahora duerme profundamente se lo aseguro a V. Las cosas políticas me afligen y no pienso en ellas. Temo el espíritu de partido que tanto fascina el entendimiento y que nos hace sin saber murmuradores e injustos y quiero conservar la libertad de mis opiniones, tanto como la tranquilidad de mi conciencia. Mi marido piensa del mismo modo, y he aquí una razón de más para que yo no siga otro camino.

Mi Luisa da a V. mil expresiones[136]. Cree mucho y siempre es viva, buena y estudiosa. La semana pasada compuso un cuento que escribió de un modo que jamás hubiese yo podido esperar aunque conozco su talento. Aprende conmigo la música y estoy encantada de su disposición y de sus progresos. Yo creo que Barré[137] hará de ella otra Eugenia Vicuña[138], cuando la enseñe pues no pienso darle otro maestro.

No quiero tocar el punto de la partida de V. así como no quería que se verificase. Cuando pierdo algún amigo sea por la ausencia o la muerte al instante se me ocurre la idea de la otra vida en la cual yo espero, que todos nos hemos de reunir. No: no es posible que Dios me haya dado solo por cuatro días una alma con tanta capacidad de afectos, ni que

[133] Henri Lanza, reconocido cantante lírico. Recordemos que este participaba de la aclamada compañía Pantanelli, anteriormente señalada. [N.de la C.]
[134] Isidora Zegers de Huneeus, salonieré, compositora y afamada intérprete española, no obstante avencida tempranamente en Chile. Fue una de las figuras lampareras en el desarrollo del arte musical chileno. [N.de la C.]
[135] Amigo de Rugendas y cónsul en Valparaíso. [N.de V.]
[136] Hija de Mercedes Marín. [N.de V.]
[137] M. Barré (París 1808-Santiago 1869), maestro de música y compositor. Permaneció en Santiago durante cuarenta años dando lecciones de piano y composición musical.[N.de V.]
[138] Hija de Rafael Vicuña y Juana Toro, distinguida pianista. Casó con el emigrado argentino Demetrio Rodríguez Peña.[N.de V.]

quiera burlar la esperanza única que puede consolarme de las dolorosas pérdidas que estoy expuesta a sufrir. Pero pasemos a otra cosa.

Supongo que V. habrá recibido carta de su familia y del interesante y religioso Huber[139] cuya amistad le es tan preciosa. En cuanto a los amigos de Santiago (es decir algunos solamente) le hablare a V. de ellos. Isidora se acuerda de V. con frecuencia y tuvo gusto al saber que la recordaba en la carta que me escribió. Por ahora está loca con los nuevos músicos. Me estimula mucho a que estudie lo que haré si logro superar mis disgustos. Doña Flora me ve cuantas veces puede, y es amabilísima conmigo, lo mismo todos sus hijos y la apreciable Merceditas. Todos ellos me tratan con más cordialidad que nunca, y yo hallo para ellos en mi corazón un fondo de ternura que se une al recuerdo de mis amados padres y de los primeros y más alegres días de mi juventud.

Sin saber cómo he llorado y es ya preciso terminar esta carta. Me he formado un hábito de moderar la sensibilidad de mi corazón y lo he conseguido; pero cuando alguna vez me abandono a las efusiones de la confianza siento que renace toda mi debilidad sin dejar de sentir en ella algún placer.

Adiós mi buen amigo. Mi José manda a V. mil cariñosas expresiones. El y yo felicitamos a V. por la buena disposición en que parece estar su ánimo y entre tanto ténganos siempre por sus verdaderos amigos. Queda de V. con la más sincera afección su s.q.b.s.m.

Mercedes Marín de Solar

Me es sensible remitir esta carta con tanto papel en blanco y así diré a V. algo de Pepa Luco que está siempre buena y amable aunque con sus satirillas de cuando en cuando. Javiera ha mudado de barrio en el cual no puede acostumbrarse. Stanislao se pasea en la hacienda de Doña Carmen Velasco con esta señora y una comparsa de gente alegre y desocupada entre la que está el señor Casotte[140] que dicen se casará con la Carmencita Alcalde, de quien está apasionado. Cuando Stanislao vuelva le informaré de lo que V. me dice en su carta respecto de él.

Mi hermano Francisco creo que visitará a V. con frecuencia. Yo no puedo menos que encargar a V. le procure distraer y a mi sobrinito Victor que va en su compañía algo indispuesto.

[139] Huber, alemán, amigo de Rugendas. [N.de V.]

[140] Enrique de Cazotte, Encargado de Negocios de Francia, casó con la aludida, hija del Conde de Quinta Alegre, don Juan Agustín Alcalde. Fue mujer alabada por su belleza.[N.de V.]

Me parece que tendremos un carnaval muy sosegado y sin otra diversión que el teatro. Este, aunque no es muy bueno, llena el tiempo y está muy a mi gusto porque no se representan tragedias. Hubo un tiempo en que esta clase de piezas me gustaba; pero además de no haber ahora buenos actores para su desempeño, no puedo yo tolerar la impresión que me producen.

Adiós otra vez mi apreciable y buen amigo.

CARTA DE MERCEDES MARÍN A JOSÉ IGNACIO EYZAGUIRRE[141], EN ROMA

Santiago de Chile 29 de junio de 1853.

Señor Don José I. V. Eyzaguirre

Muy señor mío de mi mayor aprecio:

Hace cerca de un año a que debí escribir a Ud. participándole un acontecimiento de familia que a Ud. no debía ser indiferente, pero circunstancias imprevistas me lo impidieron por entonces y después una invencible cortedad me había evitado totalmente la resolución de hacerlo, puesto que ya se había pasado el tiempo más oportuno. No obstante deseo sinceramente reparar esta falta, y como supongo a Ud. instruido del casamiento de Luisa con Don Wencesalo Vial[142], solo diré a Ud. que este enlace fue hecho con la mejor voluntad por aprte de los contrayentes, nos ha sido muy grato a José María y a mí, y aunque tarde (pues se verificó en julio del año pasado) ofrezco a Ud. estos novios, que le aprecian muy de veras y se honrarán siempre con su amistad. Mi hija sobre todo me ha impulsado a escribir a Ud., y me encarga además, ofrecerle un niño que ha dado a luz el día 21 del presente y se llama Luis Manuel Wenceslao, suplicándole quiera aceptarlo por su ahijado para la confirmación.

No puede Ud. imaginarse con cuánto placer he oído hablar del viaje de Ud. a Europa, de su peregrinación a los Santos Lugares, de sus visitas al Pontífice, etc. Concibo fácilmente cuánto provecho sacará de ese foco de ilustración, el aventajado talento de Ud. unido a su natural actividad. Dichoso Ud. que emplea tan bien su tiempo, que satisfaciendo noblemente su curiosidad, logra distraer sus pesares, sin olvidar por eso, los objetos de interés y cariño que ha dejado en su siempre cara patria.

Su amigo de Ud. mi José María y Wenceslao saludan a Ud. afectuosamente. Aquel estuvo en el mes de septiembre último bastante malo de una pleuresía; pero Dios quiso conservarle la vida, y a pesar de los anuncios de los médicos hoy se halla disfrutando de muy regular salud.

---

[141] José I. V. Eyzaguirre Portales (1817 - 1875) fue un eclesiástico, político e historiador chileno. Sobrino de Diego Portales, se destacó a lo largo de su vida tanto por su labor como diputado y vicepresidente de la cámara baja así como por la escritura de sus textos de historia eclesiástica, entre los que destacan *Historia Eclesiástica, Política y Literaria de Chile hasta 1810* (1850), *Los intereses católicos en América* (1859) y *El catolicismo en presencia de sus disidentes* (1875).[N.de la C.]

[142] Uno de los fundadores del Banco de Chile. [N.de V.]

Que Ud. se conserve perfectamente bueno; que consiga regresar a esta con toda felicidad: he aquí los votos de toda mi familia, y muy particularmente de esta su afectísima servidora Q.B.S.M.[143]

Mercedes Marín de Solar

[143] Que Besa Sus Manos. [N.de V.]

CARTA DE MERCEDES MARÍN A SU HIJA CAROLINA SOLAR, EN CHIMBARONGO

Señora Doña Carolina S. de Recabarren:

Hacienda Las Mercedes Junio 17 1861

Mi muy querida Carolina:

Por tu carta última veo está tu salud mejor y viviendo con más comodidad en tu nueva casa. Yo hijita estoy buena y lo mismo tu papá y demás familia, con excepción de la Matilde, que aún no sana de su ojo y según dice Sazie[144], la enfermedad va larga. Es una cosa parecida a la que yo tuve ahora dos años y que me duró siete meses. Enrique sanó del todo pero como su enfermedad fue grave, aún está convaleciendo aquí y pienso mandarlo pronto a su colegio para que no pierda más tiempo.

Mister Yoacham[145] está de visita en Las Mercedes y vuelve mañana a Valparaíso. Creo que si él se forma la posición que espera, no habrá obstáculo para su casamiento; pero si sus esperanzas salen fallidas temo no se verifique, al menos me parece no sería prudente hacerlo. Así lo consideramos todos aunque el joven nos gusta y ha presentado informes muy satisfactorios acerca de su persona.

Aquí están tu papá y Emilio sembrando y por lo tanto entretenidos y ocupados. Santiago nada agradable con las quiebras y descalabros en que se hallan todos, no ofrece ningún interés y te aseguro que me hallo mucho mejor en Las Mercedes[146].
Mi pobre Amelia[147] está buena pero siempre flaquita. José Luis todavía en los asuntos de su concurso y sin poder hacer nada. Wenceslao en el sur. La última vez que le vi estaba muy resuleto a ir a verte. Luisa buena y también su hijita. La Teresita estuvo enfermita, pero ya

[144] Lorenzo Sazie, médico francés establecido en Chile. [N.de V.]
[145] Norteamericano, por entonces en Valparaíso. [N.de V.]
[146] Las Mercedes: fundo en Isla de Maipo, cercanías de Santiago. Se constata en esta carta la crisis económica desencadenada sobre el país. [N.de V.]
[147] Amelia, una de las hijas de esta señora, casó con José Luis Claro Cruz; Wenceslao Vial era el esposo de otra hija, doña Luisa. [N.de V.]
Cabe mencionar que Amelia Solar de Claro (1865-1915) continuará los pasos de su madre y también se iniciará en la literatura. Es considerada por José Toribio Medina (1923) como la primera dramaturga y escritora de literatura infantil en Chile. Su obra más conocida es un *María Cenicienta* (1893) una comedia en tres actos destinada para el público infantil.[N.de la C.]

se ha restablecido. No sé si el día de San Luis me vaya a verla. Esto le dirá el tiempo pues ahora parece disponerse a llover lo que aquí se desea mucho.

¡Cuánto daría mi querida Carolina para verte y darte un abrazo! No hay día que no me preocupa esta idea como también de que puedas enfermarte por los muchos fríos. Si tal temieres vente, te lo repito pues no veo por qué no debas hacerlo. Tienes tu casa y espero que nada te faltaría.

A mi Manuel[148] dile que todos nos acordamos mucho de él tanto para lo serio como para lo jocoso. La Carmelita le ha tenido muy presente en sus asuntos y habría deseado a veces tenerle por intérprete, pues es muy embarazoso esto de tener un amante mudo o casi mudo y Mr. Yoacham no habla nada de español.

Las Reyes siempre finas y acordándose de ti. A ellas como a todas las señoras pobres les ha perjudicado mucho el estado pecuniario de Santiago. La tempestad es fuerte y a todos nos ha alcanzado.

A tu padrino le vi en días pasados muy guapo y tuve mucho gusto. Es tan buen amigo y tan cumplido caballero, que no se le puede dejar de querer.

Tu mamá Ponce está siempre muy escasa de vista pero no de salud ni de afecto para contigo. Así recibe sus recuerdos y los de la Rafaela C. Fuentes.

La Elena, la Carmelita y tus dos hermanos mil cariños. Tu papá un abrazo y yo muchos para Manuel y para ti, como que soy siempre tu amante y cariñosa

Mamá

[148] Manuel Recabarren, esposo de la destinataria y que sabía inglés. [N.de V.]

CARTA DE MERCEDES MARÍN A SU HIJA CAROLINA SOLAR, EN CHIMBARONGO

Santiago, Agosto 12 de 1861

Mi siempre amada Carolina:

Hace días estaba por contestar tu carta del 25 del pasado que recibí en la hacienda, pero mi venida acá con motivo de la enfermedad de Matilde[149], el estado de la Carmelita y mis otros disgustos me habían puesto en una disposición triste que no quería comunicarte. Hoy me siento más consolada y quiero dirigirte esta, para que tú lo estés también.

Petit[150] ha visto a Matilde y la está medicinando. Dice que sanará pero que para ver una notable mejoría es preciso esperar algunos días, creo que se logrará pues a mí me parece está algo recobrada.

La Carmen luego que llegué estuvo muy triste, tanto que a mi me puso lo mismo; pero va mejor; su razón se va recuperando y tengo confianza en que sanará del todo, ¿bien? Se le ha puesto en la cabeza variar de médico, siendo que Petit fue el que acertó a sacarla del triste estado en que se hallaba, cuando medicinaban otros, con método muy diferente. Ya tú conoces sus caprichitos y enferma ¿Cómo serán?

En orden a su casamiento no sé qué sucederá. El joven la quiere siempre y solo espera su sanidad pero ella se muestra algo indiferente, y no sé en lo que quedará al fin. Ella sola, y nadie absolutamente la metió en esto y con una decisión y empeño cual no puedes imaginarte: esto solo puede explicarse por el trastorno de su razón y esa indecisión de que desgraciadamente tenemos anticipadas pruebas. Quiera Dios mejorarla y sacarnos a todos de tan extraña situación.

Tu papá está en Colina[151] con Emilio bueno y siempre trabajando: antes de ayer te escribió. Amelia y José Luis sin novedad y lo mismo su familia. Luisa y la suya disfrutan igual beneficio y Elena me dice que te va a escribir. Enrique en su colegio; le vi ayer y

[149] Doña Matilde desposada con Iván Claro Correa. [N.de V.]
[150] Doctor Jorge Petit, nacido en Francia, profesor universitario de clínica médica, venía llegando de Europa y se le consideró una eminencia en medicina. [N.de V.]
[151] En Colina tenía esta familia otro fundo. [N.de V.]

recibe de él y de todos tus hermanos las más finas expresiones como también de la Carmelita y Matilde.

La Rafaela está en Santiago curándose de un dolor a una pierna pero va mejor: ella, la Carmen y tu mamá Ponce, te dan mil cariñosos recuerdos.

Hoy trajinando encontré tu retrato y el de Manuel y les he dado mil amorosos besos. ¡Cuánto tendré la dicha de darlos a las queridas personas que me representan! Yo todo lo espero de Dios y entretanto, seguiremos amando y padeciendo que según ha dicho alguno, es el destino que en el mundo le cabe a la mujer.

Hablando de otra cosa te diré que fui a ver a la futura Presidenta. La hallé en su casa nueva muy amable: me parece que me preguntó por ti. Yo le manifesté muy expresivamente mi satisfacción por la nueva presidencia y Pérez algo circunspecto me dijo haría cuanto estaba de su parte por la felicidad del país[152].

Escríbeme cómo está mi Manuel y tú misma; cómo te hallas en la casa y recibe el más estrecho abrazo de tu siempre amante

Mamá.

[152] Se refiere a José Joaquín Pérez, por entonces Presidente electo, y a su mujer, doña Tránsito Flores.[N.de V.]

CARTA A UN AMIGO AUSENTE[153]

Querido amigo[154]:

Con indecible placer he recibido la carta de Ud. después de cinco años de un silencio tanto más extraño para mí, cuanto menos debía esperarlo en virtud de sus promesas; pero, soy indulgente y encuentro con facilidad su excusa en sus largos viajes, continuas ocupaciones sobre todo en esta flaqueza del corazón humano, que vencido por la ausencia no puede conservar largo tiempo las impresiones que ha recibido, con la misma viveza que en presencia de los objetos que las producen. En fin Ud. me escribe, me recuerda amistosamente, y me interroga sobre cosas que le interesan. Mil gracias por lo primero; y por lo respectivo a lo segundo haré cuanto esté de mi parte para dejarle satisfecho.

Ud. me habla lleno de satisfacción del estado de mi país, cuya prosperidad y buen orden administrativo es conocido en Europa. Ciertamente comparado Chile con las otras repúblicas americanas es un tipo raro de felicidad. En paz con todo el mundo y cortadas las odiosas cuestiones que tanto nos alarmaban, su agricultura y su comercio deben progresar admirablemente en lo sucesivo. La educación se difunde en todas las clases de la sociedad, tenemos ferrocarriles y telégrafos, bancos y fortunas colosales. Hay libertad y garantías y los partidos parecen haber depuesto sus armas al espectáculo de la dicha común. No obstante aunque poseemos todos estos bienes yo creo que nos falta algo, y que un poco menos lujo y alguna mayor industria proporcionaría bienestar a nuestras clases pobres, y las gente acomodadas los verdaderos goces de una sociedad ilustrada y culta. Pero veo que ya toco el punto principal en que me había fijado al comenzar esta carta y en la cual estoy por desgracia muy lejos de coincidir con sus ideas.

Ud. se imagina que nuestro Santiago es el mismo que dejó al tiempo de su partida, es decir, ahora veinte años, con sus costumbres sencillas, su sociedad alegre y franca, sus agradables tertulias, sus bailes improvisados, sus partidas de campos, cts. No amigo mío, no es el mismo y está muy lejos de serlo. A la verdad yo no sé cómo ha sucedido este cambio; pero ello es que las familias concentradas en sí mismas hacer por lo regular una vida tan aislada como si estuviesen en un destierro. Las casas están solas y la visita de algún hombre es un acontecimiento. Los viejos mismos no ven a sus contemporáneos

[153] Esta carta privada fue publicada en el periódico *La República Literaria*, n°4, 25 de junio de 1865, dejándola firmada como L.P.[N.de la C.]
[154] Ignoramos a quién se refiere.

siquiera para recordar sus buenos tiempos. Nuestras niñas se educan bien, visten con elegancia y su belleza, sus habilidades y gracias en nada las hacen inferiores a las que las han precedido. Los jóvenes por la mayor parte se encuentran a su altura por lo relativo a la educación y al rango social. No obstante apenas se conocen, apenas se ven, por una suerte de antipatías, cuyo origen no siendo conforme a la naturaleza y al curso regular de las cosas es para mí imposible de explicar. Siento que Ud. no esté aquí para que con su sagacidad me ayudase a descifrar este enigma… ¿Será acaso la influencia de las ideas políticas que en diversas épocas se apodera de las inteligencias completamente, no dejándolas lugar a los goces del buen trato, ni a las suaves emociones del corazón? ¿Serán los clubs (también los tenemos donde una árida reunión de hombres que no se ocupa por cierto de grandes cosas, goza de una independencia absoluta, los delicados miramientos que exige la presencia de las señoras y cuyos concurrentes, ora, forman una partida de naipes, ora piden un bifstek, o bien duermen sobre una poltrona. ¿Será la literatura a que nuestros jóvenes tienen tan decidida afición y cultivan con tan buen suceso? No ella me parece la que menos merece este cargo. También las mujeres gustan de la literatura y la cultivan en silencio. No pocas veces han hecho sentir a los hombres la amenidad de sus goces que tan en armonía se encuentran con la sensibilidad y las precepciones finas de su delicada organización. Ellos nada perderían en la comunicación con esos seres a quienes Dios ha dado con el poder de agradar, no solo el buen gusto, sino también la dignidad y la virtud.

Yo recuerdo, y Ud. debe también recordarlo que en nuestra juventud, es decir, cuando no había colegios para niñas y toda nuestra educación se hacía en el hogar doméstico, la lectura era una de nuestros más agradables entretenimientos. ¡Cuántas hermosas páginas de Fenelón, de Cervantes, de Chateaubriand, y en suma de Stael han rodado por nuestras manos y encantado los oídos de nuestras madres en algunos ratos de ocio en nuestras deliciosas veladas! Si no bastaban los pocos libros de nuestras casas, los amigos traían los suyos. Su lectura daba amplia materia de conversación a la gente joven, estableciéndose así un cambio mutuo de ideas, no menos favorable al cultivo del talento que al desarrollo de los más puros y honestos sentimientos del corazón.

¡Pobres jóvenes! De cuantas ventajas se privan desdeñando la buena sociedad. Las mujeres bien educadas forman en ellos las maneras cultas y finas. La necesidad de agradarlas les impone una multitud de pequeños esfuerzos sobre sí mismos, que les son útiles en todo el curso de su vida y la naturaleza áspera y dominante del hombre recibe un pulimento precioso, que le hace a la vez dócil a la razón y accesible a los impulsos benévolos que son el dote más distinguido de la verdadera civilización. Se dice que el lujo es la causa de ese retraimiento, y vida algo excepcional de la juventud. En efecto, hay en Santiago mucho más lujo del que conviene a un Estado republicano. Yo le detesto y le he mirado siempre como un cáncer que es necesario extirpar; pero felizmente entre nosotros no le acompaña el orgullo. Sus goces no satisfacen el corazón y creo muy de veras, que

sería fácil de remediar este mal, si el espíritu de las mujeres no se conservase en la vida que se las hace llevar.

Pero yo me entiendo demasiado y antes de concluir debo decir a Ud. que a pesar del opaco cuadro que he presentado a Ud. de la sociedad de Santiago, hay excepciones que hacer, pues entre esa multitud de jóvenes esquivos, no faltan algunos, cuyo mérito nada deja que desear. Yo sería también muy injusto si no le dijese, que se va a abrir la sociedad filarmónica por los esfuerzos de algunos de nuestros jóvenes y que la compañía que actualmente funciona en el teatro también es empresa suya. Ya ve Ud. que tengo buena conciencia y que les hago justicia, a pesar del mal humor que me causa la comparación de lo presente, con ese pasado que los viejos vemos siempre llenos de encantos.

A pesar de cuanto he dicho, yo creo que este estado de cosas es transitorio y ha de cambiar ventajosamente sobre todo si se separan las causas que lo motivan y que indudablemente tiene poco en que fundarse. Entre tanto hay otros bienes sólidos que gozar y no es pequeño para mí, el que me proporciona la amistad de Ud. y su interesante correspondencia.

Soy de Ud. afectísimo servidor y amigo[155].

P. L.

[155] Este fenómeno de la autoría escondida tras el disfraz de un nombre ficticio masculino fue común a muchas escritoras del siglo XIX como George Sand (seudónimo de Amandine Lucile Dupin), Fernán Caballero (seudónimo de Cecilia Böhol de Faber) y Currer, Ellis y Acton Bell (seudónimos de las hermanas Charlotte, Emily y Anne Brönte). [N.de la C.]

ARTÍCULOS Y OTROS DOCUMENTOS

CONTESTACIÓN AL CRÍTICO FRANCÉS MAX RADIGUET

Rectificación al juicio anterior[156]

SS. EE.de *El País:*

Desagradable es por cierto para mí la idea de ocupar al público, aun por un momento, con un asunto puramente personal, y de bien poca importancia; pero como creo tener algunas razones para hacerlo, reclamo su indulgencia y no dudo que me la concederá.

En el folletín publicado en el número 16 del *País*, he visto mi nombre citado con motivo de una leyenda que publicó el *Crepúsculo* en 1843, y que ha tenido la bondad de recordar el señor Max Radiguet, en la reseña[157] que hace de la literatura chilena de aquel tiempo. Confieso que siempre me sería grato su recuerdo, aun cuando solo hubiera sido para criticarme; pero tengo que rectificar dos errores del literato, que solo puedo atribuir a falta de atención, o a una lectura demasiado rápida y poco reflexiva. El señor Radiguet dice

[156] Lamentablemente no hemos podido acceder a la fecha original de publicación de esta carta pública.
[157] El texto al que se refiere la autora es el siguiente:

"*La Novia y Carta*
(Justificación del crítico francés Max Radiguet. Traducción)

Esperamos que el movimiento actual remate en una era verdaderamente fecunda; débense citar algunos de los escritores, cuyas inspiraciones, dispersas sin orden en los periódicos de Santiago o Valparaíso merecen se les recoja y salve del olvido. Chile no solo cuenta con poetas, sino también con literatos. La cortesía nos ordena citar en primera línea, entre estos representantes de una literatura naciente, a la señora doña Mercedes Marín. Una leyenda en verso que ha publicado, *La Novia y la Carta*, corresponde a los ensayos del propio género que aparecieron en Francia en medio de la efervescencia poética anterior a 1830, y en la que el elemento clásico no se borraba aun sin pasar ante las exigencias del romanticismo. El argumento de la leyenda, es la lucha entre el amor y el deber en el corazón de una deber casada. Se juzgará del calor general del poema por el siguiente pasaje, en que el autor canta la virtud expirante:

Mas tu cedes ¡ay Dios! y un sí terrible
Se escapa de tu labio
Descolorido y trémulo cual rosa
Que en tarde borrascosa
Agita el huracán . La faz turbada
Tornas en rededor como buscando
Inútil protección; las rutilantes
Pupilas apagadas se extravían

Hay en el autor de *La Novia* cualidades y defectos que pocas veces andan unidos. Su leyenda algunas veces llena de gracia y naturalidad, cae otras en efectos vulgares; es una relación comenzada como un poema y que concluye como un melodrama". Tampoco se ha podido tener certeza de la fecha de publicación de este artículo.

que «el asunto de la *Novia y la Carta* es la lucha entre el amor y el deber en el corazón de una mujer casada»… Se juzgará, dice, el color general del«poema, por el siguiente pasaje, en que el autor canta la virtud expirante»:

> Mas tu cedes ¡ay Dios! y un sí terrible
> Se escapa de tu labio
> Descolorido y trémulo cual rosa
> Que en tarde borrascosa
> Agita el huracán . La faz turbada
> Tornas en rededor como buscando
> Inútil protección; las rutilantes
> Pupilas apagadas se extravían
> Y miradas de espanto solo envían,
> Como la luz siniestra del relámpago,
> Que amedrenta y aterra,
> Presagiando mil males a la tierra

El autor de la crítica no me ha comprendido. La novia a quien iban dirigidas estas palabras en la carta de su amante, era una joven, soltera aun, y que, violentada por su padre a contraer matrimonio contra su voluntad, recibe la carta un momento después de haber empeñado su fe y recibido la bendición nupcial. Las fogosas expresiones que se citan, las escribe el amante cuando aún no se había verificado el funesto enlace, de modo que el *sí terrible* de que se hace mérito no es la voz de la *virtud expirante*, como ha creído el señor Radiguet, sino la aceptación de un esposo aborrecido y el sacrificio doloroso de un amor puro y casto a la voz del deber y a la voluntad inexorable de un padre desnaturalizado. El amante lo ve todo en su imaginación y reproduce su pluma el cuadro que tiene delante de los ojos... No, yo no habría empleado jamás estos colores para juntar un sentimiento bastardo, y, a decir verdad, esa clase de argumentos nunca ha sido de mi gusto.

El señor Radiguet añade que mi leyenda es «una relación comenzada como un poema y concluida como un melodrama». El crítico no la leyó toda sin duda, pues, a ser así, habría visto, que mi obra concluye como principió, es decir, terminando la relación del poema, con una serie de quintillas que dejan perfectamente cerrado el argumento y que principian así:

> Hundió en el sepulcro frío
> A Delina su dolor,
> Que no pudo el albedrío
> Resistir al poderío
> De la elocuencia de amor

Delina muere, en efecto, a causa de la funesta carta del que ama y en las otras quintillas se da razón de la suerte del malhadado amante, de los padres, y aun del desairado novio. No sé cómo el literato francés se ha equivocado en mi contra tan groseramente; pero hay un proloquio antiguo que nos asegura que también *dormitó Homero.* De todos modos me es grato el que haya quien se ocupe de nuestra literatura. ¡Ojalá este noble y delicado gusto recobre sus derechos en Chile!

Mercedes Marín de Solar

JUSTIFICACIÓN AL "CANTO FÚNEBRE A LA MUERTE DE DIEGO PORTALES"[158]

Las oscilaciones políticas de mi país han sido causa de que yo jamás haya pensado en reimprimir este *Canto*. Estamos muy lejos del tiempo en que la historia pronuncie su fallo imparcial sobre don Diego Portales, que aun en el día tiene admiradores entusiastas y apasionados detractores. Ajena de toda cuestión política, yo no quiero pertenecer ni a unos ni a otros; pero, como hija de ilustres patriotas, no puede serme indiferente el juicio que mis contemporáneos formen por esta producción acerca de mi modo de pensar, y esta es la razón porque me anticipo a exponer ligeramente mis ideas sobre este hombre célebre, a fin de justificar la pureza de mis intenciones en los elogios que le he prodigado.

Yo he creído siempre, que, dotado Portales por la naturaleza de talentos superiores y una energía poco común, tenía vocación a mandar; que, elevado sobre las ramas de un partido poderoso y dominado por una situación extraordinaria, se vio en la necesidad de tomar providencias fuertes, que le concitaron muchos odios; pero, que más adelante desplegó con una incesante laboriosidad grandes miras patrióticas y el más generoso desprendimiento de todo interés personal. Que, empeñado Chile en la cuestión del Perú, se mostró vivamente interesado en una empresa, que al honor de la patria importaba tanto llevar a cabo y conducir a un glorioso desenlace: y, en fin, que, a pesar de hallarse revestido de influjo ilimitado, supo respetar la vida de los hombres, aun de sus mayores enemigos; sin hablar de otras preciosas garantías conservadas en tiempo de su gobierno.

Estos antecedentes, unidos al carácter alevoso y trágico de su muerte, excitaron por él una vehemente simpatía, que, suspendiendo toda animosidad y antiguo resentimiento, obligó al pueblo chileno a derramar sobre su sepulcro sincero y amargo llanto. Yo me sentí conmovida hasta lo íntimo del alma; y, con todo, no he creído ser otra cosa en aquellos días que intérprete fiel del sentimiento general. Mi *Canto* halló eco en todas partes; y, para mí, tiene algo de muy extraordinario que una simple mujer, poetisa improvisada al parecer solo para aquel momento, sin relaciones de ninguna clase con Portales, se alzase entonando su elogio. La espontaneidad de este hecho, unida a la consideración de mi carácter personal, le dan cierta semejanza con aquellos testimonios que obtiene a veces la verdad, de un modo casual, de los labios de la inocencia y que tanto peso tienen en la balanza de la justicia.

Agosto 25 de 1846 - *La Autora*

[158] Esta defensa fue publicada por la autora nueve años después de la publicación original del polémico poema dedicado a Portales. La tribuna escogida fueron las páginas de la *América Poética*, antología dirigida por Juan María Gutiérrez, donde Marín colaborará con esta y otras dos composiciones más.

CONTESTACIÓN A PROPÓSITO DE LAS CRÍTICAS SOBRE LA BIOGRAFÍA DE GASPAR MARÍN[159]

[159]"Galería de chilenos célebres

Como lo prometimos, vamos a ocuparnos con placer de la quinta entrega de esta obra, expresando nuestro humilde juicio con la libertad que acostumbramos.

Al leer la biografía de D. Gaspar Marín, uno de los patriotas notables de la Independencia, se conoce desde sus primeras líneas que está escrita con amor y que la autora, la señora doña Mercedes Marín, ha tenido un conato de hacer concurrir a la poesía al engrandecimiento de su personaje. El placer que por una parte causa ver el talento, el bello estilo y el sentimiento patriótico que resplandecen en esta biografía, desaparece con la consideración de ser escrita por una hija, circunstancia penosa que quita a esta pieza histórica el sello de imparcialidad que debía tener a los ojos del que quisiera leerla. Es sensible, de cierto, que esta obra monumental de *la Galería de chilenos célebres,* que hace con razón la gloria del literato, del litógrafo y del impresor entre nosotros, se vea algo deslucida con biografías a modo de panegíricos, escritas por parientes muy cercanos de los personajes, como son la de que venimos hablando y la nueva que anuncia del *Conde la Conquista.* Aunque en la misma obra hay tal vez más de una biografía impregnada de cierto espíritu de bando, este defecto, sin embargo, no es tan remarcable como el de mediar estrechas relaciones de parentesco entre el biógrafo y el hombre cuyos rasgos más prominentes pone a luz pública. Sentimos estas imperfecciones tanto por la obra, de la cual nos sentíamos hasta aquí enorgullecidos, como por los autores de esas biografías que han sido mal aconsejados por el sentimiento de la naturaleza. Una biografía no es un discurso laudatorio pronunciado al borde de una sepultura, es un trozo, es una página, digámoslo así, desprendida de la historia verdadera e imparcial de un país o de una época.

Encontramos, además, en la biografía de don Gaspar Marín, elogios como este: "Pretendía hallar en la vida del filósofo (J. J. Rousseau) ciertas coincidencias notables con su persona, y las había indudablemente en la índole y en la fuerza de los sentimientos… Desde la altura de sus convicciones miró con desdén las producciones frívolas (oíd) de los escritores *adocenados* del siglo XVIII." – "Es indudable que había en el alma de Marín algo de la de Catón y Régulo," dice la biógrafa en otro lugar, después de haber requerido el hecho siguiente: Tratándose de la expedición al Perú, el general San Martin reunió a los vecinos principales de Santiago. Aunque aprobaban el propósito, los concurrentes receleban algo de que el general se propusiera conducir la expedición bajo una bandera extraña. En tanto que nadie se atrevió a declarar este recelo por el sumo respeto que les imponía el general, el Sr. Marín osó preguntarle bajo qué bandera marcharía la expedición. San Martin, recobrado de su ligera turbación al oír aquella pregunta, contestó con viveza: "Bajo la chilena, señor Marín." Por nuestra parte, no creemos ver un Régulo o un Catón en el Sr. Marín por este y otro rasgo semejante que la biografía menciona; vemos en él a un patriota ilustre, noble, desinteresado, más no un personaje colocado en tanta altura como nos lo presenta la señora Marín.

Lamenta la biógrafa y reprocha al director D. Ramón Freire, el injusto destierro sin formación de causa que hizo sufrir en 1825 a su sr. padre. Por lo que hemos oído a personas competentes, la injusticia de ese destierro es dudosa, y nosotros aguardamos que la historia presente los datos fehacientes que aclaren nuestra duda sobre este punto. Acaso el Sr. Gaspar Marín pudo errar entonces de un modo trascendental para el Estado, sin dejar de ser un esclarecido patriota.

Una de las biografías que más adornan a la *Galería de chilenos célebres*, es sin disputa, la de D. José Miguel Infante escrita por D. Domingo Santamaría. La vida de aquel patriota de 1810, uno de los más ilustres de aquella época revolucionaria, por sus servicios, su ardoroso patriotismo, su espíritu de independencia y su liberalismo, está escrita con talento, brillo e imparcialidad. Merecía un biógrafo como el Sr. Santamaría el liberal por excelencia, el autor de la moción de la libertad de los esclavos en Chile, el patriota eminente que decía siempre: "Después de muerto no querría otra recomendación para la posteridad, ni otro epitafio sobre la lápida de mi sepulcro, que el que se me llamase autor de la moción sobre la libertad de los esclavos."

Son notables en esta biografía los fundamentos que aduce el biógrafo respecto de la cuestión relativa al destierro impuesto al Sr. Obispo Rodríguez por el directorio, de que formó parte el Sr. Infante.

Importa verdaderamente a todo el que se crea un patriota como al que no lo sea, el conocer la biografía del célebre Infante, porque beberá en ella algo del acendrado patriotismo y amor al pueblo en que pocos le igualan, sobre todo en esta última cualidad; ella era la que le hacía decir conmovido: "No quiero los honores que prodigan los gobiernos, porque siempre son injustos; quiero las manifestaciones populares, porque el pueblo tiene el instinto de la justicia".

En el número 8,552 del *Mercurio*, que tengo a la vista, se registra un artículo de correspondencia fecha 26 de enero, en que cumpliendo la promesa hecha con mucha anticipación de ocuparse de las últimas biografías publicadas en la "Galería Chilena," se habla con especialidad de la del Sr. D. Gaspar Marín, ocupándose de paso de su autor. Yo me había propuesto no responder a ninguna crítica que se hiciese de mi obra, figurándome que ésta pudiese recaer sobre mi mérito literario; pero desde el momento que una pluma desconocida se atreve a tachar de apasionado mi escrito, a poner en duda la justificación y virtudes cívicas de mi padre, a reducir una figura grande y noble al pequeño espacio que él le ha señalado en su fantasía, creo de mi deber contestar animosamente a los cargos que se me hacen, con tanta mas seguridad, cuanto me encuentro apoyada por mi conciencia, libre de pasión, y algún tanto indiferente a los elogios o vituperios que pudieran resultarme.

Dice el corresponsal que desde las primeras líneas se conoce *que la Sra. Marín la escrito su biografía con amor*. En efecto, no se engaña, y yo no puedo añadir que con admiración y orgullo, pues además del estrecho vínculo con que me une la naturaleza al personaje de que me ocupo, le creo altamente digno de los sentimientos que me inspira; pero en cuanto al *conato* con que se sienta que *he hecho servir la poesía al engrandecimiento de mi héroe*, permítaseme decirle que se equivoca muy mucho. La primera ley que me impuse al escribir la biografía del Sr. Marín fue guardar a la verdad el más escrupuloso respeto. Documentos importantes que me presentaron, conversaciones con mi madre que (con perdón del señor corresponsal) era señora de mucho talento, mis propios recuerdos y las confianzas con que mi padre siempre me había favorecido; he aquí lo que me ha servido de guía para la composición de mi obra, habiendo tenido siempre el cuidado mas estricto de escribir solo aquello de que podía estar enteramente segura. De modo que si por poesía comprende el articulista, invención o exageración, como parece darlo a entender, desde luego le diré que incurre en una equivocación grosera y sumamente ofensiva a la delicadeza de mi carácter. Mi biografía ha sido revisada con meditación, y si lo que en ella se refiere no es del gusto del corresponsal o de otras personas que piensen como él, me deben perdonar la falta, porque yo no he podido disponer de los acontecimientos, ni hacer que lo que ha sido no sea. También añadiré que si la palabra poesía se quiere tomar en su propio y riguroso sentido, siempre queda resuelta la cuestión a mi favor. La viveza de la imaginación y el fuego de los sentimientos regidos por el buen criterio, jamás han perjudicado a la historia, y según dice Villemain, el historiador necesita ser poeta, no solo para ser elocuente, sino para ser verdadero.

Es interesante también, aunque no como las anteriores, la biografía de D. Agustín Eyzaguirre, ilustre patriota que formó parte de la primera junta revolucionaria, que preparó nuestra emancipación política, y el cual figura, a nuestro juicio, como uno de tantos patriotas de aquella época cuyos hechos no son muy distinguidos para la historia. La pluma bien cortada y diestramente dirigida de D. Francisco Vargas Fontecilla hace ser la vida del Sr. Eyzaguirre más digna de atención en la Galería de chilenos célebres"

El Mercurio, Enero 28 de 1856, nº 8552

Pero el corresponsal padece aun otros engaños de mayor consecuencia. Dice así: "En la biografía se encuentran elogios como este: *Pretendía* (el Sr. Marín) hallar en la vida del filósofo (Juan Jacobo Roussseau) *ciertas coincidencias notables con su persona y las había indudablemente en la índole y en la fuerza de los sentimientos*." Se equivoca el corresponsal si cree que al sentar esta proposición, he pretendido hacer algún elogio a mi padre; mi objeto solo ha sido indicar desde el principio ciertos rasgos prominentes de su carácter, y corroborar mi aserto con lo que él pensaba de si mismo, juzgando como era regular, que no se rechazaría su testimonio. Entendámonos, señor crítico. La índole y los sentimientos no son de ninguna manera el genio de la elocuencia, ni el brillo de la celebridad literaria, únicos lados por donde pudiera parecer extraña la comparación. Se sabe que la suspicacia, el humor melancólico y una excesiva sensibilidad hicieron muy desgraciado a Rousseau y yo no creo que nadie le haya envidiado estas imperfecciones de la naturaleza por mas descollado que haya sido su talento. Pero lo que mas me aturde, y casi me provoca a risa, es ver que Vd. se manifieste tan escandalizado por este dicho, cual si yo hubiese proferido una blasfemia. Dígame Vd. ¿es en su concepto Juan Jacobo Rousseau, algún ser superior a la humanidad, o está creyendo de buena fe la fanfarronada que en el delirio de su orgullo dejó escapar el filósofo, cuando dijo que la naturaleza había quebrado el molde en que él había sido formado? ¿También se imagina Vd. que mi padre era algún necio? Por lo que a mí toca, aseguro a Vd. que, sin dejar de reconocer la reputación colosal de Juan Jacobo, siempre he creído que tuvo errores, extravíos y debilidades, como cualquier otro hombre y aún más que muchos. Se duda aun si sus escritos han hecho más mal que bien a la sociedad, y contrayéndome al caso presente diré a Vd. que si él alabó las virtudes republicanas, mi padre las supo predicar; si él proclamó la libertad en abstracto, mi padre trabajó por la de su patria; y en fin, (oíd, señor corresponsal y horripilaos) yo me estimo en más hija del chileno Marín, que si lo fuese de vuestro decantado filósofo, y voy a daros la razón. Hija de Marín pertenezco a una familia llena de honor y probidad: he sido educada en las máximas de la más sana moral, disfrutando a un mismo tiempo los goces de la inteligencia, y los puros deleites del corazón: ocupo una posición honrosa en la sociedad en que vivo: soy esposa y madre bastante feliz y ¿sabe Vd. cuál habría sido mi suerte hija de Juan Jacobo? Apenas hubiese visto la luz, me habrían arrojado a la casa de expósitos, como se que lo hizo (muy filosóficamente) con sus dos hijos, el ciudadano de Ginebra y en tal caso, el olvido, la miseria, la degradación y el oprobio, habrían tal vez formado mi destino.

Pero yo experimento a mi vez algunas sorpresas de que voy a dar a Vd. cuenta. Extraño, por ejemplo, que Vd. (siendo, como lo supongo, persona instruida) ignora que en el siglo XVIII hubo una infinidad de escritores *adocenados*. Sabido es que en la propaganda irreligiosa de Voltaire se afiliaba todo el que quería contribuir a la obra, y había entre los adeptos hombres tan insignificantes, y de poco valer, que Voltaire mismo solía decir en su lenguaje chistoso: *Estos hombres con sus sandeces me han de hacer al fin*

devoto. ¿Por qué, pues, pretende Vd. que mi padre ni yo respetemos lo que Voltaire despreciaba y lo que desprecian aun todas las gentes sensatas? ¿Qué concepto se merecen hoy las obras de Helvecio Holbach y otros escritores de ese jaez? Aun esos grandes genios que casi deificó el fanatismo irreligioso del siglo pasado, ya no gozan del prestigio que gozaron. La posteridad los ha juzgado y empiezan a descender del pedestal de su fama. Los progresos de las ciencias han desmentido muchos hechos que se creían y creyeron ellos mismos, con una ciega fe: la experiencia ha desacreditado sus teorías, y envueltos en el torbellino del tiempo, son arrastrados, como todas las cosas humanas, a su fin.

Volviendo a mi propósito quiero también preguntar a Vd., ¿por qué encuentra ridículo que yo diga que en el alma de mi padre había algo de la de Catón y de Régulo? Reflexione Vd. que solo digo *algo* lo cual disminuye mucho la *profanación;* y en cuanto a la osadía con que el Sr. Marín se dirigió al general San Martín, en la ocasión importante que cita la biografía y que Vd. ha querido tomar en ridículo, yo no he pensado poner este hecho como digno de equipararse por el mérito del sacrificio, con los tormentos de Régulo ni la muerte de Catón. Tengo mas buen sentido del que Vd. me concede (Vd. concede muy poco) pero cualquiera que recuerde el estado en que se encontraba Chile por aquel tiempo, el carácter y las pretensiones de San Martín, sabrá valorizar cuánto la energía y sagacidad de mi padre pudo valer en aquella ocasión. En este punto de su artículo ha confundido Vd. con un afectado descuido, proposiciones que en mi escrito están divididas por largos períodos, haciendo una amalgama indigesta de los pasajes de mi biografía, algo desvirtuados, con sus violentas interpretaciones, para sacar consecuencias absurdas. Esto es cruel, señor corresponsal; pero afortunadamente mal inventado y por tanto digno de que yo se lo perdone.

Pero lo que sobretodo ha llamado mi atención, es lo que el corresponsal se permite decir acerca del destierro del Sr. Marín por el director Freire en 1825. Este destierro, como él mismo lo confiesa, fue sin formación de causa, luego fue ilegal y por consiguiente injusto. ¿Por qué, pues, no se le formó causa al Dr. Marín?... Porque no había sobre qué recayese; luego fue doblemente injusto. Y ¿quiénes son esas personas *competentes* que condenan al Sr. Marín o ponen en duda su inocencia? que nos revelen sus nombres, que nos exhiban sus pruebas y entre tanto oigamos al mismo respetable patriota, cuando en pleno Congreso, el año 31 se expresaba así. "Para acusar a un ciudadano virtuoso, para presentarle al público como criminal no basta decir fulano es un ladrón, un revolucionario, etc., etc., porque el arbitrio de comprometer la vida y el honor del semejante, por meras generalidades está detestado por la conciencia pública. A ser de otro modo, en manos de cualquier malvado estaría el hacer infeliz al hombre justo, y como dice Richardson: *Si cada uno fuese tan infeliz que sobre su vida se oyese a testigos interesados en sacarle culpable ignoro de quién estaría a cubierto la opinión*. Cuando los impostores quieren propagar una calumnia adoptan el partido de decir: Un sujeto respetable de Lima, de México, de Buenos Aires, asegura esto o lo otro, ellos consiguen seducir a los incautos; pero los hombres

sensatos, los que no saben decidirse sin pruebas y sin examen, lejos de deferir a sus relatos, miran con horror este género de acusaciones". Tales fueron las palabras que profirió el Dr. Marín con la noble convicción de su inocencia y ni una sola voz se alzó para contradecirle, ni un solo renglón se imprimió para acusarle, a pesar de que su defensa fue acre y debió por necesidad herir muchas susceptibilidades. El documento de donde he copiado este pasaje está en mi poder: razones de consideración, prudencia y delicadeza no me permiten darle publicidad. No lo creo necesario; todo está ya olvidado; y yo no permitiré se me reproche algún día haber contristado la sombra de un patriota benemérito, extraviado por un error del momento, ni de haber levantado inútil polvo delante de la estatua majestuosa de la libertad de mi patria.

Tal vez me decida yo pronto a leer ese escrito en que están consignados los testimonios de la inocencia de mi padre y los tormentos que sufrió su alma llena de pundonor, a dos o tres personas de mi elección, y estoy cierta de que deplorarán conmigo la facilidad con que en el mundo se vulnera el mérito y la virtud, etc.

Lamenta también el corresponsal la desgracia de que siendo muchas de las biografías de la *Galería Chilena* escrita por deudos de los personajes, carecen de ese carácter de imparcialidad tan apreciable en la historia. Primeramente hay mucha injusticia en creer que los biógrafos, por el mero hecho de ser parientes, hayan de disfrazar la verdad; y este inconveniente, que desaparece cuando los escritores tienen talento y buena fe, está compensado con otras muchas ventajas. Las personas de una misma familia se conocen perfectamente, saben una multitud de rasgos que retratan con fidelidad el verdadero carácter del personaje y en lugar de ofrecer al lector un relato frio de los hechos, le presentan un cuadro lleno de colorido y de vida. Por otra parte ¿qué biografía no se escribe bajo las inspiraciones de la amistad, del partido o de la familia? ¿A quién sino a estas se demandan los datos para formarla? La historia misma se ha escrito a veces así y sabemos que los anales conservados cuidadosamente por las familias romanas sirvieron mucho a los historiadores para componer sus libros, Madama de Stäel escribió en elogio de su padre páginas encantadoras; Lamartine habla en sus confidencias con el interés mas tierno de la mujer distinguida a quien debió el ser y el feliz desarrollo de sus talentos y en fin, Chateubriand, queriendo muy cuerdamente evitar las interpretaciones arbitrarias de la posteridad, escribió sus memorias de Ultra tumba, último monumento de su genio, que tanto placer ha proporcionado a sus lectores. Además, los hombres que como el Sr. Marín, no pertenecieron a partido, estos cometas de las revoluciones, que giran algún tanto apartados de la órbita de las pasiones y de las opiniones de su tiempo, necesitan que sus deudos recomienden su memoria, porque a pesar de todo su mérito, los hombres de facción los rechazan como sensores importunos. Es preciso reconocer, Sr. Corresponsal, que el interés que inspira la biografía del Dr. Marín es efecto más bien del mérito de los hechos, que de la favorable prevención que Vd. supone en su autora. Esta escribió la del Sr.

Arzobispo Vicuña aun con mayor entusiasmo, sin que ningún género de parentesco le ligase con aquel santo prelado.

Los escritores se parecen el algo a los insectos, de los cuales unos liban la miel de las flores o vagan en torno de la llama, otros buscan las inmundicias y se alimentan de sustancias corrompidas. Como ella escribe rara vez y solo por gusto, elije bien sus asuntos o mejor diré, se deja arrebatar por las nobles inspiraciones de lo verdadero y lo bello. En fin. Le gusta cortar en buen paño, lo cual se hace siempre con gusto y facilidad. El Corresponsal se preocupa mucho contra las biografías escritas en sentido laudatorio, cuando debiera alegrarse de que haya producido su patria hombres dignos de que se hable de ellos en este sentido: esto es renegar de una gloria nacional y en cierto modo incurrir en un delito de lesa patria. Que no se contriste por esto el Sr. Corresponsal ni tampoco porque hay una mujer que gusta de vez en cuando de colocarse al lado de una sepultura para esparcir en ella algunas flores, o entonar un himno a la virtud. Si es Sr. Corresponsal quiere ejercitar su crítica, y sobre todo, dar pábulo a ese odio tan inveterado que parece profesar a las comparaciones, no le faltaran escritos en qué poder hacerlo con mejor suceso, ya que felizmente estamos en unos tiempos tan hiperbólicos, que no hay demagogo a quien no se llame *el Cristo*, ni mujer de pasiones algo vivas, que no sea una Santa Teresa de Jesús.
Concluyo diciendo al Sr. Articulista que estoy irrevocablemente resuelta a no escribir una línea más sobre este asunto. No gusto de la polémica; y si no lo he dicho todo en este escrito, creo a lo menos haber llenado suficientemente la obligación en que me hallaba de vindicar mi carácter, y la venerada memoria de mi ilustre y desgraciado padre.

Santiago, febrero 7 de 1856.

Mercedes Marín del Solar

(El Mercurio 9 de febrero de 1856)

CONTESTACIÓN A JOSÉ ANTONIO TORRES

Respuesta a la carta anterior[160]

Mayo 9 *de* 1858

Muy señor mío y buen amigo: Con indecible satisfacción he leído la elocuente y lisonjera carta que por el *Mercurio* de ayer ha tenido Ud. La bondad de dirigirme, y que ciertamente me habría envanecido, si no tuviese tan bien formada la conciencia de mi poco valor.

En efecto, estoy íntimamente persuadida de que el buen suceso de mi *Canto a Romero* lo debo todo al mérito de este hombre excepcional, y a las simpatías que sus virtudes le habían ganado de antemano en todas las clases de la sociedad, y que Ud. joven, entusiasta, patriota y poeta, ha debido sentir en toda su plenitud. No obstante, confesaré francamente que me complace infinito haber sido en esta ocasión el eco de esa voz imponente y sagrada, que se ha levantado sobre el sepulcro del hombre del pueblo para honrar su memoria, y que me es igualmente grato coincidir con Ud. y con la generalidad de mis compatriotas en el amor a la justicia y el respeto que se debe a la virtud. Lo que siento es que Ud. no haya llevado a efecto sus deseos de escribir algo en verso sobre Romero, privándonos así de una nueva producción (muy bella sin duda) de su bien templada lira.

Reitero a Ud. mi gratitud y me suscribo su atenta servidora y amiga.

---

[160]El comentario crítico al cual la autora se refiere es el siguiente:

A JOSÉ ROMERO EL DÍA DE SUS EXEQUIAS.
CARTA DIRIGIDA AL AUTOR POR EL SEÑOR DON JOSÉ ANTONIO TORRES.
Redactor de *El Mercurio*

Mayo 7 de 1858

Mi inteligente amiga: me tomo la libertad de dirigiros públicamente esta esta carta porque todos los homenajes que se tributen al talento, al patriotismo y a las virtudes deben ser públicos.

La muerte de ese pobre José Romero ha sido una pérdida positiva y sensible para nuestro pueblo, en el cual había alcanzado por sus nobles acciones y generosos esfuerzos, una popularidad bien rara. El patriotismo y el amor a la humanidad me han inspirado siempre, y, reconociendo que en Romero se encontraban ambos reunidos, para celebrar sus exequias quise también unir los ecos de mi lira a los sentidos adioses de la multitud.

Ya había tomado la pluma cuando llegó a mis manos vuestra magnífica composición consagrada al mismo asunto. Mis versos entonces se convirtieron en esta carta, que será a la vez un tributo de admiración a

vuestro talento y el buen uso que habéis hecho siempre de él, y un homenaje a la vida de ese hombre del pueblo, que, lleno siempre de buen humor, llevó la esperanza, el consuelo, la salvación a tantos miserables y desgraciados, que lo bendijeron y que guardarán por largo tiempo su memoria.

Vuestro canto fúnebre es la flor más bella arrojada al sepulcro de ese hombre filantrópico y su mejor título para ante la posteridad. En él nos contáis sus virtudes; y sus hechos se desprenden de vuestra armoniosa lira en versos fáciles y sentidos. Habéis envuelto las nobles acciones de ese humilde amigo del pueblo en los ricos perfumes de la poesía.

Decís al principio de vuestro canto:

Y ¿aún debo yo cantar? El sacrificio
Lo exige la virtud, no el humo vago
De vanidad y adulación rastrera;
En la hora postrimera
Del que modelo fue de patriotismo,
De humanidad y honor,
El egoísmo
Ceda a la admiración y la justicia

Sí, señora, debíais cantar porque el asunto era digno de vos, y cantasteis. El poeta ha venido a la tierra a reparar las injusticias de los hombres, para disipar con su aliento ese "humo vago de la vanidad y de la adulación rastrera", y reestablecer sobre sus tronos todas las virtudes; cantasteis porque la inspiración se apoderó de vuestra alma, y un noble sentimiento templó las cuerdas de vuestra lira; porque sois patriota, y un hombre lleno de abnegación y patriotismo había bajado al sepulcro: porque "José Romero, como ha dicho muy bien un diario, fue un tipo aparte en esta tierra de Chile… Vivió para todos menos para él mismo. Vivió para los desgraciados más que para los que viven felices entre sus compatriotas. Fue, sin embargo, el amigo de todos los amigos de todos los ricos y de todos los poderosos, y murió sin herencia y sin honores".

Las gracias, el talento y el genio reclaman las alabanzas del poeta; pero también los bienhechores de la humanidad son dueños de sus cantos.

Ese popular plebeyo que jamás conoció otro partido que el de la desgracia, cuyas ambiciones solo sembraron en sus compatriotas la gratitud y el consuelo, a quien en las cárceles, y en los ranchos, y en los lugares del infortunios se le encontraba siempre alegre y solícito servidor, ha dejado a su muerte un ejemplo digno de imitarse: su vida entera.

En los desgraciados tiempos que alcanzamos, señora, cuando se desdeñan los méritos y se olvidan las virtudes por ensalzar vidas manchadas y de triste celebridad debemos empeñarnos en construir un pedestal brillante y de eterna duración a esas nobles figuras que aparecen de cuando en cuando para ser el orgullo de los pueblos; debemos anteponer con resolución y energía la fidelidad que inspiran los sentimientos puros, a esa otra fidelidad al vicio y al crimen inventada por los hombres.

Hacéis relaciones en vuestro canto a un hecho tristísimo que viene a amargar los últimos momentos de Romero y que indignó a toda la República; y hacéis relación de él en versos tan tiernos y tan llenos, que no puedo menos de transcribirlos en vuestro elogio:

Decís:

Crisol de a virtud es la desgracia;
Mas ¡ay, del que a los buenos ejercita,
Con criminal audacia
Saciando impone su insolente gusto;
Que venganza el delito al cielo grita,
Y si el hombre perdona
Dios es justo!
El sensible Romero

Atormentado fue y el fin postrero
De su avanzada vida
Una profunda herida
Su pecho laceró;
Baldón injusto,
Ultraje inmerecido
Cayó en el nombre de la casa ilustre
Donde vio la luz primera
Óyolo referir: sin verter llanto
Muda dejo caer sobre la almohada
Su cabeza abrumada
Por el dolor, la indignación y espanto…
¿Qué pensó ¡oh, Dios! en el supremo instante?
No lo sé, no; mi pluma no es bastante
A pintar su aflicción leal y profunda
Minó hiel corrosiva
Su noble corazón… Sordos rumores
Circundaron su lecho de dolores
Sus ansias redoblando
Y en un aciago día
Rompiéndose su frágil estructura
Su alma abandonó el mundo
Y su cuerpo ocupó la sepultura…

Habéis consolado, señora, perfectamente la sombra de Romero y habéis anatemizado como merece un hecho, que para nuestra mayor pena y confusión no tiene ejemplo en nuestra historia.

Vuestro canto fúnebre, una de las flores más bellas de nuestra naciente literatura vivirá para siempre en la mente del pueblo porque él es la historia de uno de sus hijos más queridos, y la expresión dulce y tierna de un alma llena de inspiración y de civismo.

Que ya se principie entre nosotros a hacer justicia siquiera a los que mueren, cantando con imparcialidad los sucesos desgraciados o felices que llenaron sus días, y desterrándose para siempre la calumnia infame y la adulación rastrera!

Vuestro apasionado amigo

José A. Torres

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA ENTREGA DE PREMIOS A LAS ALUMNAS DE UN COLEGIO (FRAGMENTOS)[161]

Vosotras tornareis algún día al hogar paterno; y empezando a dejar de ser niñas, haréis al lado de vuestras madres el aprendizaje de las virtudes domésticas, tanto más necesarias, cuanto ellas son la herencia de la mujer, y están de acuerdo con su naturaleza y con su posición. Solo el desorden de las costumbres, el trastorno de todos los principios, pueden hacer que se miren en una sociedad como bajos y despreciables los cuidados caseros. Ellos nos recuerdan los cuadros más interesantes de la Biblia, aquella sencillez primitiva tan encantadora en la pluma de los escritores antiguos; las nobles castellanas de la Edad Media, cuyo modesto decoro templaba por su dulzura el carácter agreste de aquellos siglos de hierro, y la índole demasiado belicosa de sus esposos y de sus padres. Creedme: nunca es más interesante una mujer, que cuando retirada al interior de su familia regla las ocupaciones, cuida de la economía, entabla el orden en todo y aplica sus dedos industriosos a la costura y al bordado. Los griegos divinizaron este arte y lo asociaron a la sabiduría en la persona de Minerva; y las princesas más elevadas de todos los tiempos lo han practicado en medio del esplendor de sus cortes. No es en el tumulto de los saraos, rodeadas del oropel del lujo, donde vuestras gracias aparecerán más seductoras, ni donde inspirareis afecciones más fuertes y profundas. En el hogar doméstico, os lo aseguro, no faltarán ojos penetrantes que se fijen en todo ese conjunto de prendas, que solo puede prometer una felicidad duradera (1).

La historia, la literatura, las bellas artes, os ofrecen sus inmensos tesoros: a todo puede elevarse vuestra inteligencia, que no cede en viveza y penetración a la del hombre. De todo podéis gozar sin mengua de vuestras gracias naturales, y sin contradecir el destino que les ha deparado la Providencia. Pero no es mi ánimo despertar en vosotras una

[161] Para reconstruir parcialmente este discurso se debió recurrir a dos fuentes: la primera, un fragmento citado por Miguel Luis Amunátegui el cual está señalado con el signo (1). Según el historiador esta alocución fue pronunciada por la autora en una ceremonia de entrega de premios a las alumnas de un colegio en 1848. Señalará, asimismo, que otra parte del mismo discurso es citado por Juan María Gutiérrez en el esbozo biográfico/ presentación que hace de Marín en la *América Poética*: "El célebre literato argentino don Juan María Gutiérrez ha reproducido con elogio otro fragmento del mismo discurso" (p. 520). Al revisar esta segunda fuente encontramos al parecer otro fragmento del referido discurso. Dice Gutiérrez: "Presidiendo una vez el acto de repartición de premios en un liceo de Señoritas, [la autora] les dirigió estas palabras, que copiamos de los periódicos que las reprodujeron con encomio" (del Solar, p. 301; Gutiérrez: 1846, p. 525), palabras que hemos decidido indicar con el signo (2). Como lamentablemente ninguno de los dos autores otorga más información para acceder a las fuentes originales se ha optado por ordenar estos fragmentos de modo que se advierta lo más claramente posible una coherencia entre los temas abordados. Sin embargo advertimos un problema de fechas que inquieta. Amunátegui sostiene que este discurso fue pronunciado por Marín en 1848, no obstante la publicación de la *América Poética*, donde se incorpora parte de él, corresponde a 1846. De este modo existe una incongruencia entre las fechas indicadas. En este sentido, y conscientes de la limitación que implica esto, aun así se ha decidido dejar el texto a los y las lectore/as de la forma que arriba se presenta, al menos preliminarmente.

ambición peligrosa: sé que el destino de la mujer es oscuro, y que el camino de la gloria está para ella erizado de espinas y cubierto de precipicios: no obstante, su vida que en gran parte forma la consagración al deber y una modesta sumisión a las conveniencias sociales, pude aun estar llena de encantos si la sensibilidad y las luces, reunidas en proporción, forman los elementos de su carácter… La solemnidad de este acto os dejará las más puras e indelebles impresiones. Vosotros lo recordareis con gusto cuando más adelantadas en la vida conozcáis el precio de la inocencia y del reposo; porque los goces de la virtud no se borran jamás, y su memoria, como la de la infancia, esparce una suave y encantadora luz, aun en los confines del sepulcro (2).

Pero ¡cuántos hechizos podéis aun añadir al mérito sólido si desenvolviéndose en vosotras el sentimiento de lo bello, queréis cultivar los talentos agradables, y adornaros con ese lujo del arte y de la naturaleza, que tanto realza al ser humano! Entonces vuestro imperio será mucho mayor, lo no dudéis; y jamás el fastidio vendrá a perseguiros en las horas de vuestro descanso. ¡Qué de veces he visto yo correr dulces lágrimas por el rostro de un padre a quien acosaban las penas, al oír las voz melodiosa de su hija, ya entonando un aire expresivo, ya vertiendo sus pensamientos en una conversación sazonada por la finura, la discreción y el ingenio! Las madres van a desaparecer con indiferencia al lado de tales hijas, los atractivos de su propia belleza, y no temen para la vejez el menosprecio y el olvido, pues saben serán indemnizadas de sus desvelos por aquellos mismos seres inocentes a quienes los han consagrado, que con el tiempo se tornan en verdaderas madres y protectoras de las que les dieron el ser! Aspirad, niñas, a una felicidad tan pura (1).